

WALTER J. CISZEK

con Daniel L. Flaherty

Caminando por valles oscuros

Memorias de un jesuita en el Gulag

ARCADUZ
PALABRA

WALTER J. CISZEK, S.J.
con Daniel L. Flaherty, S.J.

CAMINANDO
POR VALLES
OSCUROS

**Memorias de un jesuita
en el Gulag**

ARCADUZ

Título original: He leadeth me

© This translation published by arrangement with Doubleday Religion, an imprint of the Crown Publishing Group, a division of Random House LLC

© Traducción: Gloria Esteban

Colección: Arcaduz

© Ediciones Palabra, S. A., 2015

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

Diseño de portada: Raúl Ostos

Diseño de ePub: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-193-7

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*El Señor es mi pastor, nada me falta.
En verdes prados me hace reposar;
me guía hacia aguas tranquilas;
reconforta mi alma.*

*Aunque camine por valles oscuros,
no temo ningún mal, porque Tú estás conmigo;
tu vara y tu cayado me sosiegan.*

*A mis amigos rusos:
Nikolai,
Andrei,
Ivan,
Albert,
Giorgi,
Vladimir,
Katia,
Victor,
Yekaterina.
Que Él los guíe
como me guió a mí.*

*Y a mi hermana Helen Gearhart
y a mi querido amigo P. Edward McCawley, S.J.,
a quien Él guía siempre.*

PRÓLOGO

Aterricé en el aeropuerto Idlewild de Nueva York el 12 de octubre de 1963, después de vivir en la Unión Soviética veintitrés años, la mayoría de ellos en la cárcel o en los campos de trabajos forzados de Siberia. Algunos de los amigos y familiares que se encontraban allí ese día dicen que descendí del vuelo n° 501 de la BOAC como un nuevo Colón a punto de redescubrir América y retomar la vida de un hombre libre. Yo no me sentía así. Tampoco sabía que en 1947 me habían dado oficialmente por muerto y que mis compañeros jesuitas ofrecieron varias misas por el descanso de mi alma cuando se pensó que había perdido la vida en una cárcel soviética. Mi único sentimiento era de gratitud hacia Dios por sostenerme a lo largo de esos años y, en su providencia, devolverme por fin al hogar.

Poco después de dejar mi casa y a mi familia en Shenandoah (Pennsylvania) y, en 1928, ingresar en los jesuitas, me ofrecí por primera vez como voluntario para las «misiones rusas». En 1929, el papa Pío XI dirigió una carta a todos los seminaristas —«especialmente a nuestros hijos jesuitas»— pidiendo hombres dispuestos a trasladarse a un nuevo centro ruso que se pensaba abrir en Roma con el fin de formar a jóvenes sacerdotes para una posible futura labor en Rusia. Allí estudié teología y me preparé para llevar a cabo esa labor aprendiendo a celebrar la misa de rito bizantino. Pero, una vez ordenado, fue imposible enviar sacerdotes a Rusia y, en su lugar, me asignaron a una misión de rito oriental dirigida por jesuitas en la ciudad polaca de Al'Bertin.

Estaba trabajando allí cuando, en septiembre de 1939, estalló la guerra. Los alemanes tomaron Varsovia y el ejército rojo invadió la Polonia oriental y llegó a Al'Bertin. En medio de la confusión y de los efectos de ambas invasiones, me uní a muchos otros refugiados polacos y me trasladé con ellos a Rusia. Haciéndome pasar por un trabajador más, tenía la esperanza de poder asistirles en sus necesidades espirituales. Pero la policía secreta soviética no se dejó engañar. En junio de 1941, cuando Alemania invadió Rusia, el NKVD me descubrió y me encarceló.

Me trasladaron en tren hasta la temida prisión moscovita de Lubianka, acusado de ser un «espía del Vaticano». Allí permanecí todos los años que duró la guerra, sometido a periódicos y —muchas veces— duros interrogatorios por parte del NKVD. Cinco años después, me condenaron a otros quince de trabajos forzados en los campos de prisioneros de Siberia. Junto con varios miles de personas, me asignaron a las brigadas que trabajaban en la construcción en medio del frío polar del Ártico, o en las minas de carbón y cobre, mal vestido, mal alimentado y alojado en condiciones miserables en barracones de madera rodeados de un alambre de espinos y una «zona prohibida». En esos campos había hombres que morían, especialmente los que caían en la desesperación. Pero yo confiaba en Dios, jamás me sentí abandonado y sin esperanza, y tanto yo como muchos otros sobrevivimos. El hecho de seguir con vida no me pareció nunca algo especial o extraordinario, pero daba gracias a Dios por sostenerme y velar por

mí durante todos esos años.

Cuando por fin concluyó mi condena, no recuperé del todo la libertad. La acusación de espionaje me impedía salir de Siberia y volver a las principales ciudades rusas, y mucho más abandonar el país. De modo que me quedé en ciudades y pueblos siberianos, trabajando —entre otras cosas— como mecánico de automóviles, hasta que en 1963, gracias a los esfuerzos de mi familia y amigos y a los buenos oficios del Departamento de Estado estadounidense, me intercambiaron por dos espías rusos. Tras mi llegada, mis superiores y un buen número de editores me convencieron del enorme interés del público por el relato de los años pasados en la Unión Soviética, esos años en los que me habían dado por muerto. Accedí a narrar esa historia y así lo hice en el libro *Espía del Vaticano*.

Pero, para ser del todo sincero, ese no era el libro que deseaba escribir. Pensaba que, durante aquellos años de privaciones y sufrimientos, había aprendido muchas cosas que podían ser de ayuda en las vidas de otros. Porque la vida de cualquier hombre tiene su parte de sufrimiento; todos hemos rozado alguna vez la desesperación y nos hemos preguntado por qué Dios permite que el mal se abata sobre nosotros o sobre los que amamos. En los campos y en las cárceles vi a mi alrededor mucho sufrimiento; yo mismo estuve a punto de sucumbir a la desesperación y, en las horas más oscuras, aprendí a acudir a Dios en busca de consuelo y a confiar solo en Él.

Desde que volví a casa, la pregunta que más veces me han planteado los periodistas y otras personas es: «¿Cómo logró sobrevivir?». Mi respuesta siempre ha sido la misma: «La divina providencia». No obstante, sabía que esta sencilla afirmación jamás podría satisfacer a quienes la formulaban, ni expresar todo lo que yo pretendía decir con ella. Durante esos largos de años de soledad y sufrimiento, Dios me condujo a una comprensión de la vida y de su amor que solo quienes la han experimentado son capaces de entender. Me despojó de muchos de los consuelos externos, físicos y religiosos, en los que se apoya el hombre y me dejó como única guía un núcleo esencial de verdades aparentemente simples. Y, sin embargo, ¡qué profunda diferencia marcaron en mi vida, cuánta fortaleza me proporcionaron, cuánto coraje para seguir adelante! Sentía el deseo de hablar de ellas a los demás: es más, pensaba que una de las razones por las que Dios, en su providencia, me había devuelto a casa sano y salvo era la de poder ayudar a otros a entender un poco mejor estas verdades.

De ahí que en las páginas de ese primer libro, *Espía del Vaticano*, ya intentara expresar algo de lo que había aprendido y creía que debía decir, y proporcionar algún indicio al menos de las verdades que me guiaron y sostuvieron. Aunque, dadas las limitaciones de esas páginas, sabía que no había logrado hacerlo ni debida ni suficientemente, me sirvieron de consuelo las numerosas cartas y peticiones personales de guía espiritual que recibí, lo que indicaba que, en cierto modo, los lectores de mi historia descubrieron entre líneas mucho más de lo que yo había sido capaz de expresar. Y supe que algún día escribiría este libro.

Pero comprendí también que no podía hacerlo solo. Por poderosos que fueran los

motivos que me empujaban a escribirlo, por poderosas que fueran mis aspiraciones, era muy consciente de que mi escaso talento literario no se hallaba a la altura de la tarea. Nunca me he considerado escritor y nunca lo haré. No obstante, me urgía tanto la idea del mensaje que debía transmitir y compartir con otros que, tras dos años de titubeos, recurrí una vez más al P. Daniel L. Flaherty, S.J., quien tanta ayuda me había prestado en la elaboración de mi primer libro, y le expliqué mis proyectos e ilusiones respecto a este. El P. Flaherty es para mí más que un colaborador o un excelente editor: a lo largo de los escasos y breves años en que le he tratado y trabajado con él, se ha ido convirtiendo en uno de mis mejores amigos, casi en una parte de mi alma. Si se hubiera negado, creo que habría renunciado sobre la marcha y de una vez por todas a la idea de seguir escribiendo. Pero no se negó. Accedió a ayudarme de nuevo y su aliento alimentó mi entusiasmo por continuar adelante.

Descubrí, sin embargo, que este libro era mucho más difícil de escribir, y me llevó mucho tiempo poner palabras a lo que creía que quería decir. A veces, a Dan le llevó aún más tiempo entenderme a mí, pues es complicado que una persona capte el espíritu de otra y exprese lo que la mueve. Pero, de uno u otro modo, con la ayuda de Dios, las oraciones de muchos amigos y la paciente colaboración de Dan, este libro ha acabado tomando forma y, tras meses de tenaces esfuerzos, está listo –Dios mediante– para la imprenta. Y, ahora que por fin lo he terminado, solo puedo esperar y rezar para que resulte útil a quienes lo lean.

De ser así, querría aprovechar la ocasión para expresar mi profundo agradecimiento a cuantos de tantas maneras –con sus oraciones y con su apoyo material o moral– me han ayudado a concluir una tarea a la que siempre temí enfrentarme solo. Creo que es obvia mi inmensa deuda con Dan por haberme dedicado tanto tiempo y tantas energías para poder llevar a cabo lo que consideraba mi obligación. También estoy en deuda con el P. John B. Amberg, S.J., por permitirme vivir en Canisius House, la casa jesuita de escritores de Evanston asociada a la Loyola University Press, y dejarme pasar allí más de medio año plenamente entregado a la preparación del manuscrito definitivo. No menor es la deuda contraída con todos los miembros de la comunidad de Canisius House por tolerar mi presencia y ayudarme con su amabilidad a hacer de mi estancia entre ellos una experiencia sumamente productiva y agradable: un tiempo que nunca olvidaré. Naturalmente, mi más profundo agradecimiento también a los miembros de la comunidad del Centro de Estudios Orientales Juan XXIII de la Universidad de Fordham, a la que pertenezco. Fueron ellos quienes apoyaron mi ausencia de la comunidad durante más de seis meses para dedicarlos a escribir, mientras asumían la responsabilidad de llevar a cabo el trabajo que, de haber estado allí, me habría correspondido a mí como miembro activo de la comunidad. Mi más sincero agradecimiento, asimismo, a Mary Helen O'Neill por su generosa contribución y su ayuda durante el largo y arduo proceso de redacción. Por último, mi más profunda gratitud a todos aquellos cuyos nombres no aparecen mencionados por la ayuda, mucha o poca, que me han prestado durante este tiempo.

Para todos, mis oraciones y mis mejores deseos.

WALTER J. CISZEK, S.J.
Canisius House
31 de julio de 1972
Fiesta de san Ignacio de Loyola

Capítulo 1

AL'BERTIN

—¡El ejército rojo está aquí! Han tomado la ciudad. ¡Han llegado los soviets!

El 17 de octubre de 1939 la noticia recorrió la pequeña ciudad polaca de Al'Bertin sembrando el pánico. Esa memorable mañana acababa de celebrar misa y de desayunar cuando algunos fieles se presentaron demudados en la misión para comunicarme la noticia. Una noticia que siempre habíamos temido desde que quedó patente que Alemania y Rusia se repartían Polonia. Ahora nuestros temores se hacían realidad. El ejército rojo estaba en Al'Bertin.

Uno a uno, los fieles fueron abarrotando la misión para pedirme opinión, solicitar mi consejo o recibir una palabra de esperanza y consuelo. Estaban preocupados por sus familias. Estaban preocupados por los hijos alistados en el ejército polaco, por los maridos que trabajaban en el gobierno. Estaban preocupados por los niños y por el destino de todos. Intenté tranquilizarlos, pero ¿qué podía decir? Carecía de respuesta a unos hechos consumados, y ¿cómo iba a tranquilizarlos acerca del futuro o a confortarlos en medio de la confusión que reinaba en la ciudad? ¿Qué podía decirles excepto que rezaran y confiaran en Dios?

Incluso para eso me sentía inútil. Llevaba con ellos poco más de un año y poco más de dos ordenado sacerdote. ¡Qué inexperto e inmaduro me veía ante una crisis repentina de semejantes dimensiones! Refugiado en la rutina de un párroco cualquiera, había atendido a aquellas personas en sus problemas diarios, las había ayudado y consolado, había celebrado misa para ellas, llevado la comunión a los enfermos y ungido a los moribundos. Tenía muchos amigos y, a pesar de ser tan joven —el joven norteamericano que convivía con ellos—, confiaban en mí. Pero la guerra lo cambiaba todo. La crisis a la que se enfrentaban ahora no se reducía a disputas familiares, ni a una enfermedad, ni a la pérdida de un ser querido. El consejo que en ese momento necesitaban no tenía nada que ver con lo cotidiano de una parroquia, con los conocimientos de cualquier sacerdote. De repente, todo nuestro mundo, el suyo y el mío, había dado un vuelco.

Es imposible describir el sentimiento que te embarga en un momento como ese. Esa sensación de que, de alguna manera y en un único instante, todo ha cambiado y nada volverá a ser lo mismo. Que el mañana nunca se parecerá al ayer. Que ni siquiera los árboles, la hierba, el aire o la luz del día son los mismos, porque el mundo se ha trastocado. Es un sentimiento imposible de expresar, pero que conocen bien la mujer que ha perdido al marido o el niño que palpa el mal por primera vez o se enfrenta a una crisis inesperada. Es ese sentimiento que deja al corazón diciendo: «¡Ojalá pudiera retrasar el reloj hasta el momento antes!, ¡ojalá nunca hubiera sucedido!, ¡ojalá pudiera empezar de nuevo!...».

Si aquella mañana mis temores resultaban difusos, la sensación de impotencia era muy real. Y mis temores muy pronto dejarían de ser difusos para convertirse en algo muy concreto. Inmediatamente después de la llegada del ejército rojo empezaron las detenciones. Se confiscaron propiedades. Se sucedieron interrogatorios, amenazas e intimidaciones sin cuento, mientras los comunistas intentaban acorralar a cuantos consideraban una amenaza para ellos o para el nuevo orden.

En medio de todo aquello, la Iglesia se convirtió en blanco privilegiado de sus ataques. La iglesia de rito oriental de nuestra misión fue inmediatamente clausurada; a la parroquia de rito latino se le permitió funcionar durante algún tiempo más para atender a las pocas familias que se atrevían a acudir a ella. El resto de los edificios de nuestra misión pasaron a manos del ejército rojo y se utilizaron para alojar a las tropas. Se organizó una campaña de propaganda en contra de la Iglesia y de los sacerdotes: realizábamos nuestra labor bajo un acoso constante e incidentes de mayor o menor envergadura. Y fue una campaña eficaz. Hasta los más leales se mostraban cautos a la hora de acudir a la iglesia o de ver a un sacerdote. Los jóvenes desaparecieron enseguida. Los trabajadores no tardaron en comprender que podían perder el empleo si insistían en asistir a los servicios religiosos. Nuestras actividades como sacerdotes se limitaron estrictamente a la iglesia: no podíamos acercarnos a la gente a no ser que ella acudiera a nosotros. Y eran pocos los que se atrevían a hacerlo. Pronto nuestro ministerio quedó reducido a celebrar misa los domingos para unas cuantas personas. La misión jesuita de Al'Bertin, que llevaba diez años dando frutos abundantes, quedó destruida en cuestión de semanas.

Mientras contemplaba lo ocurrido, continuamente me obligaba a evitar la pregunta que surgía en mi mente con recurrencia y de modo espontáneo: «¿Por qué ha permitido Dios tanto mal?». ¿Por qué las persecuciones? Si Dios tiene que permitir los desastres naturales, e incluso las guerras motivadas por los errores de los hombres, ¿por qué no deja al menos que alguien guíe y conforte a su rebaño mientras persisten las calamidades? En lugar de distinguirlo haciéndolo objeto de esos ataques, habría podido defenderlo y protegerlo. El desconcierto y el dolor crecían en mi interior al ver cómo la Iglesia, en otro tiempo sólida y organizada, se disolvía bajo los embates de los invasores; cómo la gente se iba distanciando, cada vez más presionada a aceptar el nuevo orden. ¿Y qué decir de los jóvenes arrancados literalmente de sus padres y obligados a unirse a las organizaciones de los Jóvenes Pioneros o al *Komsomol*, y a quienes se enseñaba a informar de cualquier «desviación» por parte de sus mayores? ¡Qué frustrante era oír cómo la propaganda comunista calumniaba abiertamente a la Iglesia, a los sacerdotes y a los religiosos, y saber que los niños debían aprender y repetir cada día doctrinas ateas en la escuela y en las clases! ¿Cómo podía Dios permitir todo eso? ¿Y por qué?

Yo no culpaba a la gente. Sabía que no habían perdido la fe: simplemente, tenían miedo de practicarla en público. Por las noches acudían a mí para preguntarme cómo debían actuar, si estaba bien colaborar con el nuevo orden, si debían permitir que sus

hijos se unieran al *Komsomol* o si ellos mismos debían unirse a los sindicatos. Y, finalmente, venían a preguntarme si, en aquellas circunstancias, estaba mal no ir a la iglesia los domingos o las fiestas de precepto. ¿Y qué podía decirles yo? ¿Cuánto heroísmo debía pedirles? ¿Qué era lo que Dios, que había permitido que ocurriera todo aquello, esperaba de la gente corriente y sencilla de un remoto lugar como Al'Bertin?

Para mí, como sacerdote, era una agonía hacerme esas preguntas, pero no podía evitar planteármelas. Se agolpaban en mi mente en mis ratos de oración, me asaltaban durante la misa, de día y de noche. Y estoy seguro de que es algo que no me ha ocurrido solo a mí. No se trataba de una crisis de fe, como no lo es cuando alguien que ha sufrido una gran pérdida o se ha enfrentado a una tragedia familiar se las formula. Era más bien una crisis en mi capacidad de comprensión, y a nadie debería avergonzarle admitir que ha pasado por ella. Cualquiera que haya leído a fondo el Antiguo Testamento está familiarizado con estas preguntas. «¿Hasta cuándo, Señor, los impíos, hasta cuándo los impíos triunfarán?». Sobre todo en los días posteriores a David, en los años de cautiverio, cuando en las orillas de Babilonia las glorias de la época dorada de Salomón no eran más que un recuerdo, e Israel había sido sometido y arrastrado a la vergüenza, esta pregunta reaparece una y otra vez. Sin duda, para Israel debió de significar el fin del mundo, el fin de la alianza, el fin de esa especial protección de Dios sobre su pueblo elegido.

Pero, desde la posición de ventaja que nos brinda la historia, sabemos que ocurría todo lo contrario. Las dificultades de Israel no eran sino una manifestación de la especial providencia de Yahvé, de su amor especial hacia el pueblo elegido. Como un padre cariñoso y amante, intentaba arrancarlos de su confianza en reyes, príncipes, ejércitos o poderes de este mundo. Intentaba enseñarles, una vez y otra, que solo en Él debían poner su confianza. Con cada prueba y en todo momento, los llevaba a darse cuenta de que solo Dios es fiel en cualquier tribulación, solo Él es constante en el amor y a Él solo hay que aferrarse, incluso con todo lo demás en contra. Yahvé sigue siendo el Señor detrás de los sucesos y los acontecimientos de este mundo: en ellos se le puede encontrar y en ellos se le debe buscar, de modo que se cumpla su voluntad. Era Él quien los eligió a ellos, no ellos a Él. Era Él quien se adelantó para establecer su alianza, quien los guió y los cuidó, los alimentó y los protegió en cada prueba. Su parte de la alianza consistía, a su vez, en creer solo en Él, en permanecerle siempre fiel, en poner los ojos en Él y no en otros dioses, en confiar en Él y no en los gobernantes, ni en los carros, ni en los arqueros. Si Dios siempre era fiel, también ellos debían serlo, incluso cuando los conducía a donde no querían ir, a una tierra que no conocían o al exilio. Porque Él los había elegido, ellos eran su pueblo; no los olvidaría, igual que una madre no puede olvidar al hijo de su vientre; y tampoco ellos debían olvidarse jamás de Él.

Es una dura lección. Y el Antiguo Testamento contiene la crónica de las muchas veces y los muchos modos de que se valió Dios para intentar enseñar esa lección al pueblo elegido. Es también un testimonio de con cuánta frecuencia, en épocas de paz y

de prosperidad, Israel acabó despreciando a Yahvé, acomodándose a cierta rutina y aceptando el *statu quo* como el principio y el fin, haciendo del orden establecido su apoyo y su sostén, y olvidando su fin y su destino últimos como pueblo de la alianza. Entonces Yahvé tenía que recordarles de nuevo, con la caída de la monarquía, o con el exilio, o con la destrucción de Jerusalén, que solo Él debía ser su principal esperanza, su único punto de apoyo, porque los había elegido entre todos los pueblos de la tierra como signo de su poder y su amor, y debían dar testimonio ante el mundo demostrando que su confianza estaba puesta solo en Él.

Es la misma lección que tenemos que aprender cada uno de nosotros, queramos o no. ¡Qué fácil nos resulta, en tiempos de bonanza, volvernos dependientes de nuestras rutinas, del orden establecido en nuestra existencia cotidiana, y dejarnos llevar! Empezamos a no dar valor a las cosas, a confiar en nosotros y en nuestros propios recursos, a «instalarnos» en este mundo y a buscar en él nuestro punto de apoyo. Todos tendemos demasiado fácilmente a asociar nuestra satisfacción con un sentimiento de bienestar, a buscarla únicamente en nuestra comodidad. Estamos rodeados de amigos y de cosas, a un día le sucede otro y gozamos de cierta salud y felicidad. No hay que desear mucho las cosas de este mundo –estar enamorado de las riquezas, por ejemplo, o ser codicioso o avaro– para lograr esa sensación de comodidad y de bienestar, para sustentarnos y confiar en ellas... y obviar a Dios. Es el *statu quo* de lo que dependemos, lo que nos hace pasar los días, y en cierto modo perdemos de vista que, por debajo y detrás de todo eso, está Dios, que nos mantiene y nos sostiene. Continuamos adelante dando por hecho que el día de mañana será exactamente igual que el de hoy: un mañana cómodo en el mundo que nos hemos creado, un mañana seguro dentro del orden establecido en el que hemos aprendido a vivir, por imperfecto que sea; y no dedicamos ni un solo pensamiento a Dios.

Entonces Dios tiene que buscar algún modo de acabar con esas rutinas nuestras y volver a recordarnos, como a Israel, que solo dependemos de Él; que Él nos ha creado y nos ha destinado a vivir a su lado por toda la eternidad; que las cosas de este mundo y el mundo mismo no son nuestra ciudad definitiva; que somos suyos y que debemos buscarle y acudir a Él en todo. Quizá tenga que permitir que nuestro mundo se trastoque para recordarnos que no es nuestra morada permanente ni nuestro destino final; para devolvernos la sensatez y restaurar nuestros valores; para que, una vez más, dirijamos nuestros pensamientos hacia Él, incluso aunque esos pensamientos al principio sean confusos y estén cargados de reproches. Quizá tenga que recordarnos con tremenda claridad que eso es exactamente lo que quería decirnos con esas palabras aparentemente tan simples del Sermón de la Montaña: «No estéis preocupados por vuestra vida: qué vais a comer; o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán».

Eso ocurrió con el pueblo de Israel: tuvo que aprender a no poner su confianza en príncipes o en reinos, sino a ser fiel solo a Yahvé como Yahvé le fue siempre fiel, y a

confiar solo en Él. Así ha sido a lo largo de la historia del Nuevo Testamento. En la propia Iglesia se han dado cambios y convulsiones, se han dado persecuciones. No son los príncipes o los gobernantes, las estructuras o las organizaciones lo que sustenta a la Iglesia. Es Dios quien la sustenta. También en Al'Bertin. Dios es constante en su amor si solo fijamos los ojos en Él; nos sostendrá en medio de cualquier tormenta si solo clamamos a Él; nos salvará si únicamente alzamos la mano hacia Él. Está ahí si solo nos volvemos a Él y aprendemos a confiar solo en Él. Las convulsiones del mundo o de la propia Iglesia no significan el final de todo, y mucho menos de su amor. En realidad, pueden servirnos de señales que nos recuerden su amor y su constancia, que nos hagan recurrir y agarrarnos otra vez a Él cuando todo aquello con lo que contábamos se derrumba a nuestro alrededor.

Y eso ocurre en la vida de cada uno de nosotros. ¡Qué triste que, en nuestra fragilidad humana, no logremos pensar en Dios ni descubrirle detrás de las cómodas rutinas de nuestra existencia diaria! Solamente en los momentos de crisis nos acordamos de Él y a Él acudimos, muchas veces como niños quejumbrosos y protestones. Cuando pierden a alguien, en las tragedias familiares o en la desesperación, los hombres se vuelven a Él y le preguntan: «¿Por qué?»: una vez más y como último recurso, nos vemos prácticamente obligados a acudir a Él en busca de ayuda, de apoyo y de consuelo. Misteriosamente, Dios, en su providencia, tiene que valerse de nuestras desgracias para recordar a nuestra naturaleza humana caída su presencia y su amor, su preocupación y su protección constantes sobre nosotros. No se trata de una venganza: no nos envía desgracias para castigarnos por haberle tenido tanto tiempo olvidado. Somos nosotros quienes fallamos. Él siempre está presente, siempre es fiel: somos nosotros los que no conseguimos verle ni le buscamos en épocas de bonanza y comodidad; los que no conseguimos recordar que está ahí, guiándonos, cuidando de nosotros y proveyándonos de todas las cosas con las que contamos y esperamos para subsistir cada día. Y no lo recordamos porque nos sentimos cómodos con nuestro orden establecido y con el *statu quo*, mientras los días van pasando.

Fue en Al'Bertin, cuando la guerra hizo trizas el orden de nuestras vidas apacibles, la mía incluida, cuando empecé a comprender con mayor claridad y hasta cierto punto esta verdad en toda su tremenda sencillez: «No estéis preocupados por vuestra vida: qué vais a comer; o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir. Bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso estáis necesitados. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán». Sobreviviríamos, aunque a nuestro alrededor el mundo se hubiese trastocado por completo. Saldríamos adelante, hoy, mañana y al día siguiente, reuniendo los pedazos y trabajando a diario por nuestro destino eterno y nuestra salvación. Habría un mañana y nosotros viviríamos en él; y Dios también estaría allí. La Iglesia sobreviviría –tal vez no como la habíamos conocido en la misión– porque entre el pueblo de Dios sobreviviría la fe, como había sobrevivido siempre en tiempo de persecución. Solo una cosa debía preocuparnos en medio de aquel cataclismo y aquella

catástrofe aparentes: permanecer fieles a Dios y buscarle en todo, confiando en su amor y en su constancia, sabedores de que este mundo y este nuevo orden no eran nuestra ciudad definitiva, como tampoco lo era el anterior, y procurando siempre conocer su voluntad y ponerla por obra todos los días en nuestras vidas.

Capítulo 2

LA DECISIÓN DE ENTRAR EN RUSIA

Una tarde, en medio del caos desencadenado por la guerra en Al'Bertin, apareció, como caído del cielo, el P. Makar, un georgiano jovial de cabello largo y ondulado, nariz ganchuda y brillantes ojos negros, que antes de la guerra había estudiado conmigo en el Centro Ruso de Roma, donde nos hicimos inseparables. Nuestro superior jesuita lo enviaba a Lvov para informarnos de que, dadas las circunstancias, el obispo había decidido cerrar temporalmente la misión de rito oriental de Al'Bertin. Nuestro encuentro en aquella ciudad destrozada por la guerra fue muy emotivo. El P. Makar me rodeó con sus brazos, me estrechó contra él con todas sus fuerzas y, siguiendo la costumbre europea, me besó tres veces. Mi respuesta fue igual de cálida y entusiasta.

Sin embargo, Makar traía en mente algo más que el mensaje del cierre de la misión. Había pedido encargarse de transmitirlo porque deseaba sondearme acerca de la posibilidad de entrar en Rusia. Makar me dijo que él y el P. Victor Nestrov, otro de mis compañeros de los años del Russicum, habían comentado con sus superiores la posibilidad de que los jesuitas acompañaran hasta la Unión Soviética a las brigadas de trabajo para atenderlas en sus necesidades. El plan era muy sencillo. Los soviets estaban contratando a mucha gente de las zonas ocupadas para trabajar en las fábricas rusas de los montes Urales. También capturaban a sospechosos de todo tipo y los enviaban a los campos de trabajo de los Urales. Makar y Nestrov hablaban de algo tan sencillo como cruzar la frontera con Rusia junto con algunos de aquellos trabajadores. No obstante, sabían que yo querría unirme a ellos. En Roma nuestros compañeros nos apodaban «los tres mosqueteros». Ya entonces nos tomaban el pelo por nuestro deseo insistentemente manifestado de ir a Rusia. Y esa era la propuesta que me traía Makar junto con la noticia de que el obispo cerraba la misión oriental de Al'Bertin.

En cuanto Makar me habló de ir a Rusia, el corazón me dio un vuelco. Estaba tan emocionado, me embargaba una alegría interior tan honda, que tuve que reprimir mis sentimientos para no parecer estúpido. Si no me controlaba –pensé–, haría alguna tontería. Era tal mi entusiasmo que apenas podía hablar. Y, en ese mismo instante de entusiasmo y alegría, supe cuál sería mi respuesta. No albergaba ninguna duda, ningún temor, ningún reparo. Vi claro lo que iba a hacer, lo que toda la vida había deseado y el sentido de la misión de Al'Bertin en la providencia divina.

Y no se trataba solo de la misión de Al'Bertin. Era como si, en los planes de Dios, toda mi vida hubiese apuntado a ese momento. Recordé vívidamente aquel lejano día, durante mi segundo año de noviciado en St. Andrew's, en Nueva York, en que el maestro de novicios nos leyó una carta de Pío XI pidiendo voluntarios para una nueva misión rusa que acababa de abrirse en Roma. Mientras leían la carta, me sentí

interiormente removido. Apenas pude esperar a que acabase la reunión antes de ir en busca del maestro de novicios y ofrecerme como voluntario para aquel nuevo apostolado en Rusia. Recuerdo que le dije:

—Padre, en cuanto ha leído usted la carta del papa, ha sido casi como una llamada directa de Dios. Inmediatamente he comprendido que tenía que ofrecerme para esa misión rusa. Lo he sabido desde el principio y, a medida que iba usted leyendo, ese sentimiento ha ido creciendo hasta quedar plenamente convencido de que Dios me estaba llamando; que dentro de los planes de Dios está que Rusia sea mi destino. He sabido —¡y lo creo firmemente!— que Dios me quiere allí y que en el futuro allí estaré.

Naturalmente, el maestro de novicios se mostró un tanto escéptico ante tanto entusiasmo por parte de un joven novicio. Sin embargo, esa idea de la llamada a Rusia no me abandonó nunca. Jamás la consideré una ilusión; influyó en cada momento de mi vida. Era algo intangible, algo que unas veces recordaba conscientemente y otras veces me asaltaba sin quererlo, pero algo muy real. Significaba para mí lo que debió de significar la llamada de Dios para el patriarca Abraham, la llamada que le ordenaba dejar su patria en Ur de los Caldeos y trasladarse a una tierra que el Señor le mostraría. Era la llamada que hizo posible que yo dejara familia y amigos, y a mis compañeros jesuitas de Estados Unidos, y me trasladara a Roma para estudiar en el Russicum. En los años que siguieron sentí mucha soledad y mucha nostalgia. Mi padre murió mientras yo estudiaba en Roma y me fue imposible asistir a su funeral. Cuando por fin me ordené, nadie de mi familia pudo permitirse viajar a Roma para acompañarme. Sin embargo, a lo largo de aquellos años jamás flaqueó mi convicción de que Dios me llamaba a las misiones rusas; nunca dudé de que algún día le serviría allí.

De ahí que una de mis grandes decepciones se produjera después de la ordenación, cuando me dijeron que por el momento era imposible ir a Rusia. Entonces me destinaron a la misión de rito oriental de Al'Bertin. Después de tanto sacrificio, tanto estudio y tantos sueños, después de tanta formación, fue una enorme desilusión; pero ni siquiera entonces, en aquel momento de profunda decepción, dudé que era voluntad de Dios que algún día viviera en Rusia. ¡Y ahora aparecía Makar para preguntarme si estaba dispuesto a cruzar la frontera con él y con el P. Nestrov! Cuando recobré la calma suficiente para atreverme a hablar, casi solté un grito:

—¡Por supuesto, por supuesto! Iremos juntos. ¡En primavera estaremos en Rusia!

Me sentía exultante. Y Makar, aquel georgiano alegre y despreocupado, era el compañero perfecto para mi estado de ánimo. Hablamos largo y tendido: los planes que describió eran los míos. ¡Qué extraños son —decíamos— los misteriosos caminos de la providencia divina! Los ejércitos rusos habían invadido Polonia y la misión de Al'Bertin, así que, en cierto modo, yo ya me hallaba dentro de Rusia. Si los rusos habían llegado hasta mí, ¿qué podía impedir que yo, a mi vez, llegara hasta ellos, aun cuando aquello significara cruzar una frontera vedada a los sacerdotes? ¿Y el cierre por parte del obispo de la misión de rito oriental de Al'Bertin no me liberaba acaso de la responsabilidad de

permanecer en ella? En Rusia los refugiados necesitaban sacerdotes y cruzar la frontera con ellos parecía bastante fácil, mientras que nuestra misión se encontraba con el obstáculo de las tropas rojas: todo era tan providencial que la voluntad de Dios parecía evidente.

Pese a la emoción, veía claramente la importancia de ese momento. Se trataba de un punto de inflexión, un nuevo comienzo que influiría en toda mi vida de cara al futuro. No obstante, era lo que siempre había deseado, lo que siempre había esperado y soñado desde aquel día en St. Andrew's. Estaba más seguro que nunca de que eso era lo que Dios quería de mí. Y, mientras hablaba animadamente con Makar acerca de nuestros planes de futuro, volví a experimentar esa inmensa alegría, esa profunda paz interior, esa honda convicción que sentí el día en que, años atrás, escuché por primera vez la llamada al apostolado en Rusia.

Pero no todo iba a ser tan fácil. La mañana siguiente trajo consigo un torrente de dudas. ¿Habría dejado que el entusiasmo que despertaba en mí un antiguo sueño anulase mi buen juicio? ¿Podía estar tan seguro de la voluntad de Dios? ¿No estaría interpretando los acontecimientos como una «señal» de la providencia divina solo porque quería que lo fuera? ¿No estaría limitándome a seguir mis propios deseos, considerándolos la voluntad de Dios en mi vida? Cualquiera que se haya debatido alguna vez con su conciencia sobre un determinado modo de obrar ha experimentado lo mismo que me ocurrió a mí. Cualquier joven que se haya sentido llamado a una vocación y haya dudado después, preguntándose si esa llamada es auténtica, conoce la agonía de esas dudas y la fuerza de los contraargumentos.

La razón y las razones ponen tu mente en ebullición. Piensas en las responsabilidades presentes y futuras sobre tu familia y tus amigos; te planteas el bien que puedes hacer desde tu sitio o la posibilidad de servir a Dios y a los hombres de otro modo; desconfías de los motivos que influyen en tu espíritu, para bien o para mal; dudas de tu capacidad para seguir la llamada (e incluso de la llamada misma); el futuro te inspira vagos temores y sientes un temor muy real a estar equivocándote; sabes que debes tomar una decisión y sabes también que esta conlleva un compromiso que no tiene vuelta atrás, que cambiará todo el curso de tu vida. El hombre que se enfrenta a la posibilidad de un trabajo nuevo y tal vez mejor; la mujer que se plantea una propuesta de matrimonio; los padres que proyectan una mudanza; el adolescente que intenta decidir su futuro en un mundo cambiante: todos conocen la agitada tempestad de dudas y temores, de razones contradictorias y de respuestas que en situaciones como estas pueden perturbar el espíritu y paralizar la voluntad.

Así me sentía yo. Y el argumento más descorazonador era este: ¿no estaría rehuyendo mis obligaciones para con los fieles de Al'Bertin? ¿No sería el pastor asalariado que escapa y deja al rebaño indefenso en cuanto llega el peligro? Era verdad que el obispo cerraba la misión de rito oriental. Pero la parroquia de rito latino continuaba abierta. La gente, sobre todo la de edad más avanzada, aún plantaba cara a la

persecución asistiendo a misa. ¿Estaría siendo yo menos valiente? ¿No es la primera obligación de un sacerdote quedarse junto a su rebaño bajo cualquier circunstancia, pero especialmente cuando se ve amenazado por algún peligro? ¿Estaba seguro de que Dios quería que fuera a Rusia? ¿No se las había arreglado –por decirlo de algún modo– para que yo ya estuviera en Rusia? ¿De verdad creía que Dios deseaba que abandonara una situación real, las necesidades concretas de su pueblo de Al’Bertin, para ir en pos de una quimera en una tierra desconocida y entre gente que no me había pedido ayuda ni que fuera allí? ¿Cómo podía estar tan seguro de la voluntad de Dios?

Estas eran las preguntas y los argumentos que me torturaban. Tenían sentido tanto desde un punto de vista lógico como espiritual, y sabía que eran algo más que razonamientos. La mente recurre a los razonamientos para justificar una decisión que ya se ha tomado sin razón suficiente, o bien para justificar que se obra como la voluntad ya ha decidido que obrará. Por eso este tipo de razonamientos suelen ser sospechosos; por eso hay que examinar siempre detenidamente los motivos. Sin embargo, mis argumentos iban *en contra de* lo que yo sabía que quería hacer, eran preguntas basadas en hechos y realidades, y eran argumentos válidos. Quien haya tenido que sopesar la elección entre una vocación y la llamada a formar una familia, o evaluar qué rumbo tomar o bien una perspectiva de futuro frente a las imperiosas realidades del presente, conoce la intensidad del dilema que me atormentaba. Abraham, llamado por Dios a abandonar cuanto conocía y amaba para, en virtud de una vaga promesa, salir en busca de una tierra desconocida, debió de sentir toda la fuerza de estos contraargumentos. Es más, cuando Dios le pidió que sacrificara a su hijo Isaac, quien encarnaba el pleno cumplimiento de la promesa original, ¿cómo pudo estar seguro de la voluntad de Dios? ¿Cómo puede nadie estar seguro?

Recuerdo muy bien aquella crisis. Hasta entonces no había dudado nunca de que Dios quería que fuese a Rusia. Desde el mismo día en que escuché la llamada, esa convicción se convirtió en el núcleo de mi vida. Esa certidumbre, esa fe absoluta en la divina providencia me habían sostenido en todas las dificultades, me habían llevado a superar cualquier desaliento. Era mi sueño, lo esperaba, en él confiaba, a él me había entregado, en él hallaba consuelo. Y ahora se abría ante mí ese dilema espiritual. ¿De verdad estaba tan seguro de la voluntad de Dios? ¿De verdad estaba tan seguro de que esa oportunidad de entrar en Rusia era lo que Dios quería de mí en ese momento?

Acudí a la oración, pero mi espíritu estaba tan alterado y mi intelecto tan activamente dedicado a sopesar los pros y los contras, que no era capaz de escuchar la voz de Dios. Lo hablé una y otra vez con el P. Makar y también con el P. Grybowski, el único sacerdote de la misión que se quedaría en Al’Bertin si yo me marchaba. Hablé con los feligreses, quienes me suplicaron que no me fuera. Por fin, decidí que no podía dejar Al’Bertin. No podía dejar una iglesia donde sabía que me necesitaban. No podía dejar una parroquia cuyas necesidades conocía tan de cerca; no podía huir del peligro o de la persecución para seguir la vaga visión, en buena parte idealista, de un futuro servicio en

una tierra lejana prestado a un rebaño desconocido. A través de mis superiores, Dios me había destinado a Al'Bertin: esa sí que era su voluntad. Así pues, me quedaría en Al'Bertin.

Pero, nada más tomar esa decisión con total honestidad y firme convicción, volví a sentirme desolado. Haber solucionado el problema no me trajo la paz ni la alegría ni sosegó mi corazón. La oración se me hizo difícil, casi imposible. Pensaba que me faltaba fe, que había decidido escuchando la voz de la razón y no la de Dios. Me inquietaba la sensación de haber roto con el patrón que hasta entonces había regido toda mi vida. Porque esa decisión representaba una ruptura con mi habitual manera de experimentar e interpretar la obra de la divina providencia en mi vida, tratando de ver en todo la voluntad de Dios y de seguirla. Pero lo más importante era la pérdida de ese profundo sentimiento de paz interior, ese sentimiento de alegría y entusiasmo, ese firme espíritu de fe en la participación de Dios en mi vida que, hasta el momento, había sido un elemento decisivo en mi vida interior.

Eso hizo que me replanteara la decisión de quedarme en Al'Bertin. Recé para abrimme totalmente a la providencia divina; para confiar solo en Él; para, como Abraham, estar dispuesto a seguir su llamada me llevara donde me llevara, sin egoísmos, ni dudas, ni razones personales. Deseaba estar plenamente abierto a la voluntad de Dios, escuchar su voz y dejar de lado el yo. Así fue como pedí que me guiara. Inmediatamente, volvió a invadirme esa sensación de paz, ese sentimiento de alegría, esa confianza en la fe sencilla y directa que se manifiesta en fiarse solo de Él. Supe lo que debía hacer. Experimenté lo que ya había escuchado de algunos directores espirituales o leído en algunos libros, pero nunca había entendido plenamente: que la voluntad de Dios se puede discernir por los frutos espirituales que trae consigo; que la paz del alma y la alegría del corazón son dos de esas señales, siempre que surjan de un total compromiso, de una plena y exclusiva apertura a Dios, y no residan en los propios deseos. Que la validez de una llamada –bien sea la llamada a una vocación, bien a algún nuevo comienzo dentro de esa vocación– puede probarse por los movimientos del alma que la acompañan. Que los movimientos de la gracia de Dios deben ser siempre aceptados y entendidos a través de la vida de fe, porque, en definitiva, la verdad de toda acción misteriosa de la gracia se distingue a la luz de la fe, y no por la fuerza de la razón o el intelecto.

Hay movimientos del alma, más profundos de lo que las palabras son capaces de describir y más poderosos que cualquier razón, que pueden hacer que el hombre sepa, salvando cualquier pregunta, cualquier argumento o duda, que *digitus Dei est hic*, que «este es el dedo de Dios», y el nombre de esa realidad es la gracia. Dios *inspira* al hombre con su gracia, eleva su corazón, ilumina su mente y mueve su voluntad. Para aceptar esa realidad se necesita fe, pero no por ello deja de ser una realidad. Ni todas las explicaciones lógicas y razonadas de los teólogos serían suficientes para convencer de ella a quienes no poseen el don de la fe, pero sigue siendo una realidad. Y, por si sirve de algo, yo soy testigo de ello. Tan solo la decisión de entrar en Rusia me trajo la alegría y la

paz interior que son señales de la auténtica intervención de Dios en el alma. Así que iría a Rusia.

Capítulo 3

RUSIA

—¡Mira, Nestrov! —dije—. Fíjate qué tierra negra tan rica estamos atravesando. Es infinita...

Luego, de repente, lancé un grito:

—¡Mira qué señal acabamos de pasar! ¡Es la frontera con Rusia!

De un salto, me levanté de los tablones de madera del vagón y grité a los que iban en él:

—¡Estamos en Rusia!

Inmediatamente, todos los ocupantes del furgón se levantaron y se arremolinaron junto a la puerta, escudriñando a través de los listones de un lateral del vagón, y miraron atrás para ver cómo la señal se iba haciendo cada vez más pequeña a medida que el tren continuaba su lenta marcha. Pese a que los compartimentos de madera estaban abarrotados, los ánimos subieron como la espuma. Los rostros se iluminaron. La gente se palmeaba la espalda. Alguien rompió a cantar. Profundamente conmovido, guardé silencio mientras contemplaba por primera vez el fértil suelo ruso. Al rato, me volví hacia el P. Nestrov y le susurré:

—¿Qué te dije? ¡En primavera en Rusia!

Y, tras una pausa, añadí:

—Hoy es diecinueve de marzo, fiesta de San José Obrero.

Nestrov y yo nos miramos un buen rato en silencio. Imposible saber qué nos depararía el futuro, pero al menos estábamos haciendo lo que llevábamos muchos años soñando, aquello de lo que tanto habíamos hablado durante nuestra época de formación en Roma, lo que habíamos planeado cuidadosamente en Lvov en los últimos meses. No importaba que en ese vagón nadie más supiera que éramos sacerdotes. Lo sabíamos nosotros. Para ellos, yo era Wladimir Lypinski, un polaco cuya familia había sido aniquilada durante un bombardeo de la aviación alemana. Cruzar la frontera me proporcionó un curioso sentimiento de euforia y, al mismo tiempo, de soledad; de principio y final. Hasta la tierra parecía diferente: la vasta extensión de Ucrania, con terrenos de cultivos aparentemente interminables que formaban aquí y allá suaves colinas onduladas y pastos.

El entusiasmo del resto de los ocupantes del vagón era contagioso y tenía su origen en causas distintas. Significaba, por una parte, que nos acercábamos al final de nuestro viaje dentro de los toscos contornos del vagón 89725. Aunque al inicio éramos veinticinco personas, a lo largo del camino se fueron subiendo en sucesivas paradas más trabajadores. Dos filas de literas compuestas de ásperos tablones de madera recorrían las paredes del vagón; el suelo estaba cubierto de paja y en el techo había un respiradero. El

resto del mobiliario consistía únicamente en un viejo bidón de aceite perforado que nos servía de estufa y un balde que hacía de retrete. Nos había contratado Lespromhoz, un fornido maderero soviético que reclutaba hombres para trabajar en la región de los Urales. Buscaban mano de obra barata, sobre todo refugiados, procedente de las zonas recientemente ocupadas por el ejército ruso. Nadie hacía demasiadas preguntas. La mayoría de los ocupantes de nuestro vagón eran judíos huidos antes de que los nazis entraran en Polonia. En el tren viajaban familias enteras: el abuelo, la abuela, el padre, la madre y los hijos. Arrancados de su tierra después de generaciones, cargaban a la espalda, como cualquier refugiado, sus pertenencias para empezar una nueva vida en una tierra extranjera. En medio del intermitente traqueteo de un viaje que duró más de dos semanas, se pasaron horas hablando del hogar que habían dejado y de sus nuevas esperanzas. Todos hablábamos de las oportunidades que nos aguardaban en los Urales.

Cruzar la frontera con Rusia tenía para cada uno de nosotros un significado concreto. Para el P. Netrov y para mí era un sueño hecho realidad. Y también para Franck, un judío de Varsovia de quien Netrov y yo nos habíamos hecho muy amigos durante el viaje. Se trataba de un comunista que había huido de Varsovia justo antes de que la ciudad cayera en manos de los alemanes. Fue entonces cuando decidió llevarse a su familia –su mujer, su hijo de diez años y su sobrino– a vivir a ese paraíso sobre el que tanto había leído en la literatura comunista. Todos los que viajaban en el vagón tenían sin duda sus propias razones para sentir la alegría que nos embargó al cruzar la frontera con Rusia. En cuanto a mí, jamás olvidaré ese sentimiento. Al júbilo espontáneo por haber alcanzado un objetivo se unían una profunda alegría y paz interiores. El entusiasmo y la esperanza se mezclaban con la súbita constatación de hallarme separado de todos los apoyos conocidos: mis superiores y compañeros jesuitas, mi familia, la Iglesia visible y la autoridad del gobierno norteamericano para protegerme en caso de serias dificultades. Por un momento, pensé con tristeza y nostalgia en la posibilidad de no regresar nunca a Europa, a Estados Unidos, a Shenandoah. Pero al mismo tiempo me invadió la sólida certeza de no hallarme separado de Dios: estaba en mi interior; ahora dependía solamente de Él de un modo nuevo y muy real. Esa certeza elevó mi espíritu y la felicidad aceleró un poco mi corazón, mientras me unía a la fiesta que se celebraba en el vagón llevado por mis propios motivos.

La llegada a Chusovói y Teplaya Gora, ciudades de los Urales dedicadas a la industria maderera, pronto puso fin a nuestra euforia. Estábamos agotados, la comida y las provisiones que llevábamos para el viaje hacía mucho que se habían terminado y llovía. Muertos de hambre, tuvimos que esperar bajo el aguacero a que un agente de Lespromhoz hiciera el recuento, antes de conducirnos a través de un barrizal hasta un campo situado a un kilómetro de la ciudad. Los barracones eran nuevos y rudimentarios. Buena parte de las paredes, hechas de maderas alabeadas, estaban parcheadas con barro y una especie de estuco de yeso. El trabajo que nos tocó hacer era duro. En brigadas mixtas de hombres y mujeres, sacábamos a rastras los troncos del río y los apilábamos

en montones de más de dos metros de alto y unos treinta de largo. El salario inicial era muy bajo y dependía del número de metros cúbicos que reunieras en un día. Lógicamente, los recién llegados no eran muy eficientes y ganaban muy poco. Nestrov y yo, por ejemplo, juntábamos nuestros salarios para comprar comida, pero a veces no conseguíamos más que una hogaza de pan de centeno. Algunas noches no teníamos ni para eso, pues también debíamos pagar el alojamiento en los barracones, cantidad que nos deducían del sueldo antes incluso de llegar a verlo. Nuestro amigo Franck, que soñaba con el paraíso obrero, no daba crédito.

También el P. Nestrov y yo estábamos a cual más desanimado. No por el trabajo físico, pese a que era agotador, o por las constantes incomodidades, el precario alojamiento, la falta de intimidad y un hambre persistente. Aunque todo aquello ya era de por sí difícil de soportar, lo habríamos hecho encantados de haber podido poner por obra el propósito que nos había llevado a Rusia. En realidad, nuestra sorpresa más desagradable fue la gradual constatación de que allí no se podía llevar a cabo ningún apostolado. Aunque la libertad religiosa está técnicamente garantizada por la Constitución soviética, el proselitismo se encuentra sujeto a una estricta prohibición. La Constitución garantiza la libertad de la propaganda atea, pero quienes intenten difundir verdades de fe o promover la religión están infringiendo la ley. Naturalmente, para Nestrov y para mí aquello era un simple dato; ahora, sin embargo, empezábamos a comprobarlo en nuestro día a día.

Nadie quería hablar de religión, y mucho menos practicarla. Aunque ninguno de los trabajadores de nuestros barracones sabía que Nestrov y yo éramos sacerdotes, de todas formas se mostraban reacios a hablar de nada relacionado con Dios o con la religión. Nos trataban como a compañeros de trabajo, en un espíritu de amable camaradería. Compartíamos con ellos las tareas, la escasa comida, un alojamiento miserable y las penalidades diarias. Los refugiados sobre todo eran gente sencilla con un difícil destino que aceptaban con resignación. Nos admitían en su compañía, hablaban sin reservas con nosotros y reaccionaban ante los problemas prácticos con los clichés y los tópicos nacidos de unos problemas y una herencia cultural comunes. Pero no querían hablar ni oír hablar de Dios.

Tenían miedo. También Nestrov y yo nos volvimos cautos e incluso temerosos; en ese ambiente no había más remedio. No solo temíamos por nosotros y por lo que seguíamos confiando que acabaría siendo el éxito de nuestro apostolado, sino también por las personas a las que esperábamos servir. Era tan poco lo que tenían en la vida que no queríamos causarles más dificultades. Ellos y nosotros sabíamos que había confidentes y miembros del partido dispuestos a denunciar cualquier actividad religiosa. Ni siquiera a los niños se les podía hablar de Dios, por tentador que fuese, pues se corría el riesgo de que, en su inocencia, comentaran con otros nuestras conversaciones y nos delataran.

Mientras planeábamos nuestra entrada en Rusia, teníamos la esperanza de poder

empezar nuestro apostolado atendiendo a los refugiados, muchos de los cuales eran polacos católicos, para luego ir ampliando poco a poco nuestro radio de acción entre los rusos que aún conservaban la fe. Pero lo que descubrimos fue que ni siquiera podíamos mencionar el tema de la religión con nuestros compañeros de trabajo, fueran refugiados o rusos, y mucho menos decirles que éramos sacerdotes. Y, cuanto más nos convencíamos de ello, mayor era la decepción. Nuestras expectativas eran tan altas y nuestro entusiasmo tan grande que el desengaño de vernos incapaces de iniciar ningún apostolado fue aún peor.

Poco a poco, la decepción fue dando paso a la desilusión y el abatimiento. A veces incluso sentía lástima de mí mismo y juzgaba con dureza a mis compañeros. ¡Tantas renunciadas, tantos sacrificios, tantos peligros para llevarles a Cristo...!, ¿y ahora no iban a sacar nunca ese tema?

—Jamás conseguiremos nada —le decía de vez en cuando a Nestrov—; la gente está muerta de miedo.

Hasta se planteaban si correr o no el riesgo de bautizar a sus hijos o recibir los sacramentos en secreto. No obstante, esa era la gente a la que había ido a servir, gente privada de cualquier medio de rendir culto a Dios. Quería sufrir con ellos y por ellos: ¡si por lo menos estuvieran dispuestos a aceptarme, además de como compañero, como sacerdote...!

Otras veces me sentía humillado. El celo de los comunistas —pensaba— era para avergonzarse. No cabía duda de que ellos sí eran eficaces. De hecho, su eficacia me hacía sentirme a mí, como sacerdote, un extraño entre mi propia gente. Había ido a servirles y me era imposible hacerlo: nadie deseaba escucharme. ¿Qué podíamos Nestrov y yo contra el poder del sistema? La idea de trabajar en aquel país en semejantes circunstancias ahora me parecía tan solo una quimera. Habíamos acometido lo que pensábamos que sería una gran empresa misionera, llenos de celo y entusiasmo, para acabar dándonos de bruces con esa realidad. Las cosas no eran para nada como preveíamos y no estábamos preparados para enfrentarnos a lo que nos habíamos encontrado. ¿Qué había sido de nuestras esperanzas, de nuestras expectativas, nuestros sueños, nuestras convicciones y, sobre todo, de nuestro entusiasmo?

Torturados por estas dudas y preguntas, Nestrov y yo nos vimos seriamente tentados de buscar algún modo de salir de Rusia y regresar a Polonia, donde al menos podríamos volver a ejercer nuestra labor como sacerdotes, aun en medio de las dificultades de un país ocupado. Allí la gente, sometida a persecución, seguro que nos necesitaba: si sabía que estábamos disponibles, acudiría a nosotros. Allí podríamos servir a la Iglesia: aquí no había nada que hacer. Ahora la aventura rusa nos parecía un error, un empeño misionero abocado al fracaso y basado en esperanzas y en sueños antes que en la cruda realidad; un proyecto nacido de datos falsos e insuficientes.

Esa fue la tentación a la que nos enfrentamos el P. Nestrov y yo en Teplaya Gora. Y, aunque en cierto modo nuestras circunstancias podrían considerarse únicas, la tentación

no lo era. Es la misma a la que se enfrenta todo el que ha respondido a una llamada y descubre que la realidad de la vida no coincide con las expectativas creadas bajo el primer impulso de sus perspectivas y su entusiasmo. Es la tentación que sale al paso, por ejemplo, de quien ha abrazado la vida religiosa con un ardiente deseo de servir a Dios y solo a Él, y descubre que el día a día de esa vida es monótono y prosaico; que está tan lleno de momentos de confusión humana, de rutinas diarias y de distracciones como la vida del siglo del que se ha apartado. Es la misma tentación que sale al paso de los matrimonios jóvenes cuando, acabada la luna de miel, deben enfrentarse a un futuro aparentemente interminable de vida en común, labrándose una existencia en el mismo lugar de siempre y del mismo modo que siempre. Existe la tentación de decir: «Esta vida no es lo que yo pensaba. No es lo que tenía previsto. Ni es, desde luego, lo que deseaba. De haberlo sabido, jamás lo habría elegido, jamás habría hecho esta promesa. Perdóname, Dios mío, pero no quiero cumplir mi palabra. No puedes obligarme a una promesa hecha en la ignorancia; no puedes esperar que mantenga un compromiso basado en la fe sin un conocimiento previo de la realidad de la vida. No es justo. Jamás pensé que esto sería así. Sencillamente, no puedo soportarlo y no seguiré adelante. No te serviré».

Es la tentación a la que se enfrentan cualquier hombre y cualquier mujer, a veces a diario. Volviendo la vista atrás, dado el horrible escenario de Teplaya Gora, no es sorprendente que nos asaltara a Nestrov y a mí, pero estuvimos a punto de caer en ella. Nos planteamos buscar algún modo de volver a Lvov. Nuestro argumento consistía en que debíamos informar a nuestros superiores y contarles la verdadera situación en los Urales antes de que destinaran más hombres a aquella misión. Continuamos trabajando en los campos madereros, atentos a cualquier oportunidad de marcharnos y, mientras tanto, recurrimos a la ayuda de la oración.

Nuestro único consuelo espiritual era la misa. De vez en cuando, podíamos escaparnos los dos solos al bosque para celebrarla en secreto. No había vestiduras, el tocón de un árbol nos servía de altar y debíamos estar constantemente alerta para evitar que nos descubrieran. De alguna manera, esta necesidad de ocultarnos para ofrecer el sacrificio de la misa solo venía a subrayar las dificultades a las que nos enfrentábamos: la práctica imposibilidad de hacer lo que habíamos ido a hacer por las personas que esperábamos atender. Pero nos infundía fuerzas. Después del Evangelio, pronunciábamos una breve homilía, primero el P. Nestrov y luego yo. Era increíble lo incisivo que podía resultar el mensaje evangélico en aquellas circunstancias: nuestras almas parecían beber las palabras, saborearlas y sentir su divino poder. Y, en el momento de la consagración, Dios se hacía presente en Teplaya Gora de un modo nuevo. En respuesta a nuestras súplicas, estaba allí donde el sacrificio del Calvario jamás se había celebrado antes. En ese sacramento podíamos ofrecer todos nuestros sacrificios junto con el suyo; podíamos pedirle que bendijera a aquellos por quienes trabajábamos y rezábamos secretamente; por aquellos que quizá rezaban también en secreto, pero no

podían rendirle culto abiertamente. Esos eran mis pensamientos más consoladores, mis momentos más felices, en lo que en Teplaya Gora resultó ser casi un no-apostolado. El consuelo de ese sacrificio, de esa ofrenda, me acompañaba de vuelta en medio de la oscuridad y el silencio del bosque.

Y de repente, un día, los dos vimos la luz. Dios nos concedió la gracia de descubrir la solución a nuestro dilema, la respuesta a nuestra tentación: una gracia tan sencilla como la de plantearnos nuestra situación desde su punto de vista, y no desde el nuestro. La gracia de no juzgar nuestros esfuerzos según estándares humanos ni por lo que nosotros queríamos o esperábamos que ocurriera, sino según el designio de Dios. La gracia de comprender que nuestro dilema, nuestra tentación, la habíamos creado nosotros y solo existía en nuestras mentes: no se ajustaba ni se podía ajustar al mundo real dispuesto por Dios y gobernado en última instancia por su voluntad.

Así lo expone lisa y llanamente san Ignacio en su Principio y Fundamento: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar dellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, cuanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas». A esto lo llama san Ignacio el Principio y Fundamento de sus ejercicios espirituales, pero es también la verdad más esencial de la existencia del hombre y de la providencia de Dios. Estas frases la expresan con la mayor claridad y la mayor sencillez posibles. ¿Cuántas veces habíamos escuchado Nestrov y yo estas palabras, leído estas afirmaciones, rezado y meditado con ellas? Y, sin embargo, presionados por las circunstancias de Teplaya Gora, las olvidamos. Las aceptábamos como principios abstractos de la vida espiritual, pero no se habían convertido en parte de nuestra vida diaria. O, al menos, hasta entonces no las habíamos hecho operativas al plantearnos nuestra vida y nuestras alternativas en Teplaya Gora.

De ser así, habríamos comprendido mucho antes que nuestro único fin en Teplaya Gora –y a lo largo de toda nuestra vida– consistía en hacer la voluntad de Dios. No la voluntad de Dios que nosotros hubiéramos deseado, ni tal y como nosotros la concebíamos, ni como –con nuestra pobre sabiduría humana– considerábamos que debía ser; sino la voluntad de Dios tal y como Dios la concebía y nos la revelaba cada día en las circunstancias concretas en que se manifestaba ante nosotros. Su voluntad eran las veinticuatro horas del día, las personas, los lugares, lo que nos ponía delante en cada momento. Eso era lo que Dios consideraba importante para Él y para nosotros *en ese instante*, y sobre esa base quería que actuáramos, y no movidos por un principio abstracto o un deseo subjetivo de «hacer la voluntad de Dios». No. Eso, esas veinticuatro horas del día, eran su voluntad: ahí debíamos aprender a reconocerla y a obrar conforme a ella. Debíamos aprender a mirar nuestra vida diaria, todo lo que nos salía al paso, con los ojos de Dios: aprender a ver el valor que poseían para Él las cosas,

los lugares y, sobre todo, las personas, dándonos cuenta de que Dios tenía un objetivo y un propósito al ponernos en contacto con esas cosas y con esas personas, y luchando siempre por hacer esa voluntad –su voluntad– cada hora del día en las circunstancias en que nos había colocado. ¿Para qué otro fin habíamos sido creados? ¿Por qué otra razón había arreglado las cosas de manera que tuviéramos que estar aquí, ahora, en este momento, entre esta gente? ¿Con qué otro fin había dispuesto nuestra estancia aquí si no era para ver su voluntad en esas circunstancias y luchar siempre por hacer lo que Él quería, del modo que Él quería, como Él habría querido hacerlo, en su propio nombre, para poder recibir fruto y gloria?

El dilema que se nos planteaba en Teplaya Gora derivaba de nuestra frustración por no poder hacer lo que pensábamos que sería la voluntad de Dios en esa situación; de nuestra imposibilidad de trabajar como *nosotros* estábamos seguros de que Dios quería que trabajáramos, en lugar de aceptar esa situación como voluntad suya. Se trata de un error que es fácil que cometan todos los hombres: el santo y el sabio, la autoridad eclesiástica y el jornalero. En último término, esperamos que Dios admita *nuestra* idea de lo que debería ser su voluntad y que nos ayude a cumplir *esa* voluntad, en lugar de aprender a descubrir y aceptar la *suya* en las situaciones concretas en las que nos pone a diario. El alma sencilla que ofrece cada mañana «todas sus oraciones, sus obras, sus alegrías y sufrimientos del día» –y que actúa aceptando cualquier situación diaria como enviada por Dios sin cuestionársela y respondiendo amorosamente a ella– ha entendido con una fe casi de niño la profunda verdad acerca de la voluntad divina. Predecir cuál será la voluntad de Dios, argumentar cómo debería ser, es al mismo tiempo una estupidez humana y la más sutil de las tentaciones. La verdad pura y simple es que su voluntad consiste en lo que Él desea enviarnos a través de las circunstancias, los lugares, las personas y los problemas diarios. La cuestión está en aprender a descubrirla: no solo en teoría ni solo de vez en cuando en ese relámpago de lucidez que concede la gracia de Dios, sino todos los días. Ninguno de nosotros tiene necesidad de preguntarse cuál será la voluntad de Dios para él: la voluntad de Dios se nos revela claramente en las situaciones cotidianas, si somos capaces de aprender a mirarlo todo como Él lo ve y como nos lo envía.

La tentación es la de no ver en esas cosas la voluntad de Dios; pasar por encima de ellas precisamente por ser tan constantes, insignificantes, monótonas y rutinarias, e intentar descubrir otra «voluntad de Dios» en teoría más noble que se ajuste mejor a *nuestra* idea de lo que debería ser. Y esa fue nuestra tentación en Teplaya Gora, exactamente la misma que sufre todo el que descubre de repente que la vida no es lo que esperaba. La respuesta consiste en comprender que son esas cosas –y solo esas, aquí y ahora, en este instante– las que constituyen de verdad la voluntad de Dios. El reto radica en aprender a aceptar esa verdad y actuar conforme a ella, cada momento del día. El problema está en que, como todas las grandes verdades, parece demasiado simple. La tenemos siempre ahí, delante de nuestros ojos, mientras buscamos en otro sitio

respuestas más originales. Lleva la marca de todas las verdades divinas: la simplicidad; y precisamente porque parece tan simple tendemos a pasarla por alto o a ignorarla en nuestra vida diaria.

Por otra parte, como toda verdad divina, no es fácil ponerla por obra. Su misma simplicidad hace que nos resulte casi imposible no solo creer en ella, sino ponerla humanamente en práctica, porque nuestra pobre naturaleza se distrae fácilmente. Las propias circunstancias de nuestras vidas –tan constantes, tan monótonas y rutinarias y, al mismo tiempo, las que Dios quiere para nosotros cada día– son también las que nos llevan a distraernos tanto –justamente porque nos vemos tan inmersos en ellas– y hacen que perdamos de vista, aunque sea momentáneamente, esta gran verdad. Y, sin embargo, entender esta verdad divina, por simple que parezca, y esforzarse por ponerla en práctica; afrontar cada momento del día a la luz de su inspiración; intentar en la medida de lo posible recordarla en toda situación y en toda circunstancia de nuestra vida diaria; luchar un día tras otro por convertirla en el único principio que rija cada una de nuestras acciones y al que aspiremos: todo eso significa llegar a conocer la verdadera alegría y la paz del corazón, seguros de estar intentando cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios, el fin último por el que existimos, el único fin para el que hemos sido creados. No hay mayor seguridad que pueda pedir el hombre ni mayor paz interior que pueda conocer.

Capítulo 4

ARRESTO Y PRISIÓN

El ejército alemán emprendió su *blitzkrieg* contra Rusia el 22 de junio de 1941; inmediatamente, la Unión Soviética declaró el estado de guerra. Esa misma noche, a las tres de la madrugada, la policía secreta irrumpió en nuestros barracones de Teplaya Gora. El P. Nestrov y yo, junto con nuestros compañeros Fuchs, Valery y Janocz, fuimos arrestados a punta de pistola, acusados de ser espías alemanes. Esa noche arrestaron a cientos de personas en el campamento maderero. Pasamos toda la noche detenidos en Chusovói y luego nos escoltaron, bajo estricta vigilancia, a la prisión de distrito (*oblast*) de Perm. Allí me fotografiaron —de frente y de perfil, según el procedimiento penitenciario ordinario—, me cortaron el pelo, me despiojaron y me metieron en una amplia celda de unos diez metros por diez. Por la mañana, cuando entré, había cinco personas; al caer la noche la llenaban más de cien. Al parecer, bajo la amenaza de la invasión alemana, los soviets detenían a cualquiera que despertase en ellos la más leve sospecha. Había maestros, obreros, funcionarios subalternos del gobierno, abogados y algunos soldados: aparentemente, nadie que pudiera representar un serio riesgo para la seguridad.

El P. Nestrov y yo siempre habíamos sabido que algún día podíamos acabar arrestados; a veces nos lo planteábamos como una posibilidad. Cuando sucedió, sin embargo, fue tan repentino que nos parecía irreal. No podía creer que aquello me estuviera pasando a mí. Me hallaba aturdido, desorientado. Mi cabeza era sencillamente incapaz de asimilar todo lo que sucedía: sobre todo, la pérdida total de la libertad y la inmediata privación de cualquier derecho o de la posibilidad de recurrir. No había manera de exponer argumentos, de defender la propia inocencia, de decirle a alguien que todo aquello era un error. La policía secreta tenía órdenes: eran hombres que hacían su trabajo. Se limitaban a reunirnos como a un rebaño. No querían escuchar nuestras protestas, no tenían ganas de discutir y se desentendían totalmente de cuestiones como la inocencia o los derechos ignorándolas.

Es una experiencia difícil de describir. Cualquiera que haya sido arrestado por error o pasado la noche en la cárcel conocerá ese sentimiento, pero yo no soy capaz de encontrar palabras para expresar con claridad la conmoción, tanto espiritual como física, que se sufre al experimentarlo. Quizá la forma más sencilla de explicarlo con una sola palabra sea «indefensión»; y, aun así, me parece un término suave y poco adecuado para describir la realidad. Te sientes completamente aislado de todo y de todos los que, en principio, podrían ayudarte; imposibilitado de hacer cualquier cosa para obtener auxilio e impotente para comunicarte con alguien que pueda ayudarte; totalmente a merced de quienes te custodian, sin libertad para ir a ningún sitio, ni para hacer nada a menos que te

lo autoricen. Es como si el mundo que conoces y en el que puedes moverte quedara tras una puerta de acero y entraras en un universo enteramente nuevo con su propio conjunto de reglas, poderes y fronteras. Quienes imparten las órdenes no tienen que escuchar, ni parece que tengan que justificarse ante nadie. Tú, por tu parte, estás privado de la posibilidad de decir o hacer nada capaz de mejorar tu triste situación.

Indefensión es la palabra. Si en Teplaya Gora me había sentido frustrado por no poder trabajar entre la gente como esperaba, aquel sentimiento no era nada al lado de esa desasosegante sensación de indefensión e impotencia. Ni siquiera cuando me recobré un poco de la conmoción que siguió a lo repentino de mi arresto pude superar la ocasionada por la pérdida completa de libertad y la sensación de que todas mis acciones, toda mi libertad, todas mis necesidades se hallaban bajo el pleno control de otro. Todas las cárceles deben de generar en los presos, sobre todo en los nuevos, ese sentimiento de frustración absoluta y de total indefensión. No pueden sino deshumanizar en cierta medida, debilitar el espíritu, degradar a la persona. Pero una prisión soviética en tiempo de guerra, las prisiones soviéticas dirigidas por la policía secreta de Stalin, lo hacían de una manera especial. En las cárceles la gente podía desaparecer sin que se volviera a saber nada de ella. A los prisioneros se les podía matar —y se les mataba— de un tiro. El control de las autoridades era absoluto: la falta de recursos de los presos era total. La policía secreta empleaba como armas favoritas el miedo y el terror. Si su poder sobre la vida y la muerte de los presos en la práctica no era total y absoluta, así se lo parecía en aquella época a los prisioneros y a la población en general. En esas circunstancias, el afán por la propia supervivencia sumía a los presos en un estado de docilidad y servilismo auténticamente inhumano.

También las condiciones físicas eran inhumanas. Las celdas estaban tan increíblemente abarrotadas que apenas quedaba espacio para moverse. No había agua corriente y unos baldes nos servían de retrete. Habían cubierto las ventanas con postigos metálicos y entraba muy poca luz y aún menos aire fresco. Estábamos sucios, no sabíamos lo que era mudarse de ropa y dormíamos en un suelo lleno de inmundicia con los insectos trepándonos por encima. El aire siempre estaba viciado y el hedor de esa nauseabunda pestilencia no se nos despegaba de la nariz. Lo único que podías hacer era aprender a ignorarlo como pudieras.

Todo era tan degradante, tan humillante, que algunos hombres dejaban de considerarse humanos. Y, en medio de todo eso, la sensación de indefensión e impotencia atormentaba el espíritu. La mayoría de los ocupantes de nuestra celda eran, como yo, presos políticos; en realidad, no tenían ni idea de por qué estaban presos. Pocos podían acusarse justamente de alguna infracción deliberada contra el Estado. Al principio, muchos intentaban consolarse pensando que su arresto era un error, que pronto habría alguien que descubriría la equivocación y les devolvería la libertad. Enseguida quedaban desilusionados, amargados, furiosos por la injusticia. Pero ¿qué podían hacer, de qué recursos disponían? Sus derechos habían sido totalmente ignorados, se les

consideraba traidores o algo peor, vivían bajo la constante amenaza de recibir un tiro. No tenían adónde acudir en busca de ayuda; es más, cada protesta se consideraba una nueva infracción, una nueva transgresión, una nueva traición a la confianza en «el sistema».

Aparte de toda esa miseria que compartíamos, había una humillación más que solo yo padecía. Al comentar con los demás las distintas razones de nuestro arresto, no oculté mi conjetura de que, en mi caso, se contara entre ellas el hecho de ser sacerdote. Si pensaba que esa revelación podía servir para corroborar mi inocencia o inspirar en mis compañeros de celda un sentimiento de mayor confianza en mí, o incluso para brindarme la oportunidad de servirles mejor o de consolarlos en su angustia, enseguida se me abrieron los ojos: en vez de eso, me trataron con desprecio. Al parecer, los largos años de propaganda soviética habían producido sus efectos. Me llevé la sorpresa de constatar que muchos de mis compañeros consideraban a los sacerdotes parásitos sociales que vivían regaladamente gracias al dinero de las pobres ancianas, u hombres inmorales dados a la bebida, las mujeres y el vicio. Los presos más instruidos o los funcionarios subalternos del partido habían adquirido una imagen distorsionada de la Iglesia a través de los panfletos comunistas, en los que los aspectos políticos, sociales y humanos de la Iglesia se describían con todos sus errores, defectos, abusos e injusticias. En el mejor de los casos, consideraban al sacerdote un hombre desfasado y fuera de lugar en la sociedad socialista; y, en el peor, un incauto manejado por la Iglesia, la cual era a su vez un instrumento en manos del capitalismo.

Me parecía increíble la intensidad de los sentimientos y prejuicios que desplegaban en contra de la Iglesia. Y más dadas las circunstancias. La mayoría de los ocupantes de la celda éramos presos políticos, casi todos injustamente sospechosos o acusados de cosas que jamás habíamos hecho, y a quienes se nos había negado la oportunidad de responder a los cargos o demostrar nuestra inocencia. Compartíamos un agravio común y un común sentimiento de angustia, indignación, humillación e indefensión. Entre los presos políticos de la celda existía un mínimo espíritu de camaradería, un cierto compañerismo en la desgracia... pero no conmigo en cuanto supieron que era sacerdote. Me insultaban, me rehuían, me miraban con desprecio y desdén. En contraste con el entorno polaco y católico en que había crecido, donde al sacerdote se le trataba siempre como a alguien especial, te cayera bien o no, esta reacción por parte de mis compañeros me hacía sentirme entre enojado y desconcertado. No lograba entenderlo y me enfurecía la injusticia añadida de ese estúpido y ciego prejuicio. Casi me hacía llorar. Me parecía completamente desleal, absolutamente injusto, degradante, humillante. Si todos nos sentíamos impotentes para defendernos del sistema penitenciario, tampoco en este aspecto podía yo dar explicaciones o defenderme. Nadie quería escucharme; de hecho, muy pocos hablaban conmigo. En palabras de Isaías, me sentía «despreciado y rechazado de los hombres». A ojos de los carceleros y a los de mis compañeros carecía de valor: era despreciable. Por eso, sumada al sentimiento compartido de indefensión e impotencia, yo padecía una sensación propia, hueca y repugnante: la de ser un cero a la

izquierda.

No tenía a nadie a quien recurrir, nadie con quien hablar, nadie en quien buscar consejo o comprensión, nadie a quien ofrecer consuelo. No había vuelto a ver al P. Nestrov desde el arresto. Los demás compañeros de barracón detenidos junto con nosotros en el campamento debían de ocupar otras celdas. Entonces, igual que había hecho siempre en situaciones difíciles, recurrí a Dios en la oración. Supliqué su ayuda, su misericordia, su consuelo. Ya que estaba sufriendo tanto por Él, ya que me despreciaban precisamente por ser sacerdote suyo, no podía dejar de confortarme, cuando Él mismo, durante su vida en la tierra, tanto se identificó con lo que describe Isaías: «Despreciado y rechazado de los hombres». También Él había buscado a alguien que lo consolara y no lo encontró. Seguro que entendería mi súplica; seguro que me confortaría y me aportaría consuelo.

Sin embargo, su manera de consolarme, como ya ocurriera en otras ocasiones, fue la de hacerme ahondar en el conocimiento de mí mismo, de su providencia y del misterio de la salvación. Cuando desde lo más profundo de mi humillación me volvía a Él en la oración, cuando corría a su encuentro completamente abatido porque me sentía inútil y despreciado, la gracia que recibía era luz para reconocer qué gran dosis de egoísmo se había filtrado en mi visión de las cosas. Me habían humillado y sentía lástima de mí mismo. Nadie apreciaba mi sacerdocio y yo me entregaba a la autocompasión. Me trataban con deslealtad, injustamente, llevados por los prejuicios. No había nadie que escuchara mi triste historia o me ofreciera comprensión, así que sentía pena de mí mismo. Ese era en realidad el sentido de mi «humillación».

Es cierto que en esa celda las condiciones físicas eran inhumanas. Quizá hasta estuvieran diseñadas para serlo, para minar la voluntad de los presos, para destruir esa energía espiritual que hace a los hombres auténticamente humanos, libres y fuertes. Pero que las condiciones fuesen inhumanas no era razón para que ni yo ni ningún otro hombre dejáramos de ser humanos. No éramos ni debíamos ser el producto de nuestro entorno. Las circunstancias solo eran degradantes si nos dejábamos degradar.

En cuanto a la humillación de no recibir el respeto debido a un sacerdote de Dios, ¿acaso «es el siervo más que su señor»? El Señor dijo a sus discípulos: «Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán». Desde niño me habían enseñado a respetar al sacerdote porque representaba a Dios entre los hombres. Pero, como sacerdote, yo también había acabado esperando ese respeto (e incluso cierta adulación) por parte de los demás. ¿Así creía yo estar siguiendo de verdad las huellas del Maestro? Si realmente me pareciera más a Cristo, ¿no debería esperar rechazo y humillación? ¿Por qué me sorprendía tanto que ocurriera? ¿No debía más bien alegrarme de que se me permitiera imitarle más de cerca?

¿De qué otro modo había dejado que esa dosis de egoísmo, esa abundancia de autocompasión nublaran mi vista y me impidieran contemplar con los ojos de Dios la situación en que me encontraba? Ningún hombre, por despreciable que sea su situación,

deja de tener valor a los ojos de Dios. Ninguna situación carece de valor o de sentido en la providencia divina. Es una tentación muy humana sentirse frustrado por las circunstancias, sentirse abrumado e indefenso ante el orden establecido, sea este una prisión del NKVD, o el sistema soviético en su conjunto, o el «statu quo», el «ayuntamiento», las carreras diarias, el *establishment*, la presión social, el entorno cultural ¡o todo este mundo agobiante y podrido! En las peores circunstancias imaginables, el hombre sigue siendo hombre, dotado de una voluntad libre, y Dios siempre está dispuesto a ayudarlo con su gracia. Es más, Dios espera de él que *actúe* en esas circunstancias, en esa situación, como Él quiere que actúe. Porque también esas situaciones, esas personas, esos lugares y esas cosas son lo que Dios quiere para él en ese momento.

Puede que no esté en sus manos cambiar el «sistema», como no estaba en las mías cambiar las condiciones de la prisión, pero eso no es ninguna excusa para dejar de actuar. Muchos hombres se sienten frustrados, o desalentados, o incluso derrotados cuando se encuentran frente a una situación o un mal contra el que no pueden hacer mucho. La pobreza, las adicciones, el alcoholismo, la injusticia social, la discriminación racial, el odio y el resentimiento, la guerra, la corrupción y la opresiva burocracia de las instituciones: todo puede generar una amarga frustración y, a veces, un sentimiento de absoluta desesperanza. Pero Dios no espera que ningún hombre cambie el mundo él solo, que acabe con todos los males o cure todas las enfermedades. Lo que sí espera de él es que actúe como Él quiere que lo haga en las circunstancias dispuestas por su voluntad y su providencia. Para actuar así no le faltará la ayuda de la gracia divina.

El sentimiento de desesperanza que todos experimentamos en circunstancias como estas nace en realidad de nuestra tendencia a introducir demasiado de nuestro yo en la escena. Al hacerlo así, es fácil que nos sintamos invadidos por sentimientos personales de impotencia o de pura incapacidad física cuando constatamos la aparente insignificancia de un solo hombre en un mundo corrompido. Tendemos a concentrarnos en nosotros, a pensar en lo que podemos o no podemos hacer, y nos olvidamos de Dios, de su voluntad y de su providencia. Dios, sin embargo, no se olvida nunca de la importancia de cada uno, de su dignidad y su valor y del papel que nos pide que desempeñemos en la obra de la providencia. Para Dios, todo individuo es igual de importante en todo momento. A Él sí le importamos. Pero también espera que cada uno aceptemos, como venidas de sus manos, las situaciones diarias que nos envía y que obremos como Él quiere que obremos, con la gracia que nos concede para ello.

Lo que el hombre *sí puede* cambiar es, antes que nada, a sí mismo. Y todo hombre ejerce —es más, debe ejercer— cierta influencia en las personas que Dios pone en su vida cada día. Como cristiano, se espera de él que influya en ellas positivamente. También puede influir en ellas negativamente, pero hoy pasarán por su vida —porque así lo tiene previsto Dios— y, por lo tanto, influirá sobre ellas de una u otra manera. Al menos en pequeña medida, también él rozará sus vidas y Dios le hará responsable del bien o el mal

que obre en ese roce. En esta verdad tan simple reside la clave de nuestro modo de entender el misterio de la divina providencia y, en último término, la salvación del hombre.

No, en la prisión de Perm yo no estaba indefenso, ni carecía de valor, ni era inútil. No sufría una terrible humillación porque me rechazaran por ser sacerdote. Los hombres que tenía a mi alrededor sufrían, necesitaban ayuda. Necesitaban a alguien que les escuchara con comprensión, alguien que les ofreciera consuelo, alguien que les infundiera coraje para seguir adelante. Necesitaban a alguien que no se compadeciera de sí mismo, sino que compartiera sinceramente con ellos su dolor. Necesitaban a alguien que no buscara consuelo, sino que pudiera consolar. Necesitaban a alguien que no buscara respeto y admiración por lo que era, sino que les demostrara amor y respeto aunque ellos le rechazaran y le trataran con desprecio. Igual que Cristo era un ejemplo para mí, también yo podía ser para ellos un ejemplo de caridad y solicitud cristianas. En cualquier caso, si insistían en evitarme, al menos podía rezar por ellos y ofrecer por ellos al Padre de todos el sufrimiento y la angustia que me ocasionaba a mí, sacerdote, su rechazo. Cristo había orado por quienes le perseguían: «Padre, perdónales». Si en ese momento no podía hacer otra cosa en la prisión de Perm, al menos eso sí.

Dios no le pide a ningún hombre nada imposible. En realidad, a mí no me pedía más de lo que le pide a diario a cada hombre, a cada cristiano. Solo me pedía que aprendiera a ver a los que sufrían a mi alrededor y las circunstancias de la cárcel de Perm como salidas de sus manos y dispuestas por su providencia. Me pedía que *hiciera* algo, como otro Cristo: que me olvidara del yo y de la autocompasión y obrara en aquella situación siguiendo el ejemplo del mismo Cristo. Me pedía que me olvidara de mi «impotencia» frente al «sistema» y me preocupara, en cambio, por las necesidades de quienes me rodeaban hoy, de manera que pudiera hacer cuanto estuviera en mi mano a través de la oración y del ejemplo. Eso era *todo* lo que me pedía y lo que esperaba de mí. Eso era todo lo que tenía que hacer, pero era mucho: y no podía hacerlo si seguía sentado compadeciéndome de mí mismo. Tampoco me hallaba impotente: estaba en mi mano y podía hacerlo con la ayuda de su gracia. Y no era la menor de sus gracias la luz y la comprensión de esta verdad: descubrir que ese día, como todos los de mi vida, venía de sus manos y tenía una finalidad en su providencia. Debía aprender a creerlo así, fuesen cuales fuesen las circunstancias, y obrar en consecuencia, con una fe y una confianza absolutas en su voluntad, en su sabiduría y en su gracia.

Capítulo 5

LUBIANKA

Bajo la acusación de ser espía del Vaticano –que nunca me acostumbré a tomarme en serio, aunque al parecer el NKVD sí lo hiciera–, me trasladaron custodiado desde la cárcel de distrito de Perm a la prisión moscovita de Lubianka. En Rusia la palabra «Lubianka» causaba terror. De la prisión de la calle Lubianka se decía, en temerosos susurros, que era el lugar donde el NKVD realizaba mejor (o peor) su trabajo. Allí se aniquilaba al hombre física y espiritualmente. Durante los años de terror estalinista previos a la guerra, a los camaradas más prominentes del partido se les llevaba allí, de donde volvían a emerger para los célebres «simulacros de juicios» como sombras huecas de lo que fueron, después de que les vaciaran el espíritu en las profundidades de la temida Lubianka. Otros, simplemente, eran engullidos detrás de las puertas de la cárcel y jamás volvían a salir de ella. Los relatos de terror, torturas y ejecuciones sumarias en Lubianka estaban a la orden del día. No era tanto la prisión de máxima seguridad del NKVD como el cuartel general donde llevaban a cabo sus peores fechorías. Afortunadamente, yo no estaba demasiado al tanto de todo eso cuando llegué allí, después de un largo trayecto que recorrí en tren desde Perm, yo solo y bajo vigilancia.

Lubianka había sido antes un hotel y las celdas se parecían más a la habitación de los huéspedes que a una cárcel. Eran pequeñas, pero pulcras y muy limpias, con un suelo de madera reluciente y paredes blancas, e iluminadas por una bombilla desnuda que colgaba en medio del techo. Aunque tenían una ventana, esta se hallaba completamente enrejada y recubierta con una enorme lámina chapada. Solo asomaba un trocito de cielo por arriba, donde la lámina se separaba del marco para dejar pasar la luz y el aire. La puerta era como la de cualquier habitación de hotel, pero reforzada en hierro, con un cerrojo especial que se abría desde fuera y una mirilla redonda para que el guardia vigilara a través de ella: por fuera la habían tapado con una chapa con bisagra de modo que el preso no pudiera ver el exterior. En una esquina había una cama de hierro con sábanas limpias, una manta y una almohada. Ese era todo el mobiliario, aparte de una *parasha* (un balde con tapa) que se hallaba en una esquina al lado de la puerta. No había mesa, ni silla, ni nada donde sentarse. Solo en las horas en que estaba permitido dormir podías tumbarte en la cama. De ahí que los presos se pasaran el día de pie o malamente sentados contra la pared, o bien recorriendo constantemente y sin descanso la celda, de una pared a otra de aquella pequeña habitación de dos metros por tres.

Todos los días se nos autorizaba a veinte minutos de ejercicio en el patio de la prisión, siempre que el tiempo lo permitiera, y dos veces al día recorríamos el pasillo hasta los aseos, donde en dos minutos debíamos vaciar la *parasha* y lavarnos de prisa bajo el grifo. Aparte de esto, en Lubianka todo nuestro universo se reducía a ese

dormitorio de paredes blancas con su cama, sus rejas y su ventana tapada, y su puerta firmemente cerrada con su eterna e inquisitorial mirilla. Cualquiera que haya pasado cierto tiempo «recluido» en una habitación de hotel o confinado en una enfermería, en una habitación de hospital o en el dormitorio de una residencia, conoce los sentimientos que ese constante aislamiento entre cuatro paredes puede provocar. En Lubianka, sin embargo, aquello no tenía un final: al menos, no un final que el preso pudiera controlar o prever. Los días parecían alargarse interminablemente, hora tras hora, sin otra variación que la de que el guardia empezara a servir la comida desde un extremo u otro del pasillo, de manera que el hambre constante y acuciante del recluso se prolongaba o no cerca de una hora. En semejante aislamiento, una hora puede parecer una eternidad y, con el paso de los días, el tiempo deja de tener significado. Una semana equivalía, simplemente, a siete días idénticos de veinticuatro horas; un mes, a una forma matemática de marcar cuatro semanas, treinta días de lo mismo.

El mundo del que está confinado en aislamiento es un universo en sí mismo. En Lubianka, además de ser muy restringido, estaba también fuertemente reglamentado. Había reglas y normas muy estrictas respecto al comportamiento en las celdas, al recorrido por el pasillo, a los escasos minutos que pasábamos a diario en los aseos o al rato de ejercicio en el patio. La violación de esas reglas se castigaba limitando aún más las pocas cosas autorizadas al prisionero, es decir, el ejercicio o el alimento. Como los días transcurrían en una interminable sucesión, dichas reglas proporcionaban un patrón de vida, pero también se convertían en una fuente más de tormento, pues daban la impresión de acentuar todavía más la sensación de confinamiento y la angustiosa falta de libertad.

Y luego estaba el silencio. Bien para intensificar la fúnebre quietud de Lubianka, bien por una simple cuestión de comodidad e higiene, los guardias llevaban un calzado de tela especial, de modo que no se les oía moverse en el pasillo hasta que estaban prácticamente encima de tu puerta. Nunca había nadie con quien hablar: del pasillo llegaban muy pocos sonidos, excepto a la hora de la comida. De ahí que los presos se volvieran extraordinariamente sensibles al ruido más insignificante. No podías evitar, casi siempre inconscientemente, intentar oír algo que rompiera el silencio absoluto y omnipresente que parecía envolverte y amenazarte sin cesar. El repentino sonido del guardia abriendo la mirilla o el chasquido de un cerrojo que cerraba una puerta sobresaltaban a todo el mundo. Eran casi motivo de terror, aunque también el silencio sepulcral fuese, a su manera, terrorífico.

Pasé cinco años en Lubianka, la mayoría de ellos aislado en medio de ese silencio. De cuando en cuando me trasladaban de celda: a veces, durante unos cuantos días o durante unas semanas, la compartía con alguien. Pero incluso eso respondía a un meticuloso plan del NKVD. Los compañeros de celda servían –a sabiendas o no– para descubrir si el otro podía contar algo que no hubiera declarado en el interrogatorio. Se trataba de una trampa y, sin embargo, la necesidad psíquica –nacida del aislamiento y el

silencio repetidos— de hablar constantemente, hora tras hora, de todo y de cualquier cosa, con alguien que compartía tu sufrimiento era insoportable. También nos sometían a sesiones de interrogatorios imprevistas y poco frecuentes. A veces se llevaban a cabo a diario durante meses, para luego cesar también durante meses, mientras los días, las horas y los minutos de silencio y de solitaria rutina transcurrían interminables. Las sesiones con un solo interrogador podían durar unas pocas horas, o bien prolongarse durante veinticuatro y cuarenta y ocho horas o más con equipos de interrogadores que se iban turnando, mientras que el preso no descansaba, ni dormía, ni comía. Pero, por terribles que fueran esas sesiones, por mucho que temieras el trayecto a lo largo de los pasillos y las escaleras que subían a las salas de interrogatorios, había veces en que, en medio del espantoso silencio de Lubianka y la interminable rutina del aislamiento, casi deseabas recibir una orden tan terrible, llevado de la necesidad de ver otro rostro y de tener alguien con quien hablar.

Pese a las insoportables condiciones de las celdas abarrotadas de Perm que viví en su momento, con sus compartimentos atestados de gente y su aire viciado, si echaba la vista atrás me parecían en todos los sentidos preferibles a aquel pulcro mundo de confinamiento solitario entre blancas paredes de Lubianka. En aquellas celdas llenas hasta arriba por lo menos tenías siempre alguien con quien hablar, alguien con quien compartir tu desgracia, alguien a quien mostrar tu compasión o dar consejo, a quien decirle que no se rindiera o contarle la manera de sobrevivir. En Perm, cuando regresabas de una sesión de interrogatorios, podías contárselo a alguien, darle vueltas en compañía de otro, buscar juntos respuestas inconsistentes o estúpidas o intentar imaginar adónde quería llegar el interrogador, qué había detrás de su particular forma de preguntar y qué tipo de respuesta podía haberte sacado de apuros, satisfaciendo a alguna «instancia superior». En Lubianka esta clase de compañía humana no existía. Allí, cuando volvías de una sesión de interrogatorios, estabas tú solo. No podías sino torturarte repasando una y otra vez la sesión en tu cabeza, preguntándote si habrías dicho lo correcto o qué podías haber hecho mejor, sin dejar de atormentarte por cada pregunta y cada respuesta. Allí no era posible hallar alivio comentándolo con otro, buscando consejo (por pobre que se demostrara), compartiendo experiencias o compadeciéndose mutuamente. La reclusión en aislamiento, en resumen, se debe parecer mucho a lo que algunos teólogos describen como el principal tormento del infierno: el alma que por fin reconoce sus faltas tal y como fueron y es condenada para siempre a la pérdida del cielo, constantemente atormentada por los reproches y desgarrada porque ahora ve, entiende y desea lo que ha perdido para siempre, pero sabe que está condenada a carecer de ello a causa de sus propias elecciones, sus propios fallos, sus propias faltas.

La mente humana no descansa y no puede ser reclusa. Está siempre en funcionamiento, todas las horas del día, pensando en algo, recordando algo, soñando con algo o temiendo algún acontecimiento futuro con un miedo y una angustia reales. Uno puede controlar esa actividad, puede encauzarla, pero no puede detenerla. Y, cuando te

separan de cualquier fuente externa, cuando te someten a un encierro silencioso y solitario con esa marea emergente de pensamientos, recuerdos, preguntas y temores que es la mente humana, o bien aprendes a controlarla y encauzarla, o enloqueces. Puede parecer que el tiempo no pasa, pero la mente humana nunca se detiene. Si una hora se puede convertir en una eternidad, la mente del hombre es capaz de llenar cada uno de sus segundos con miles de pensamientos, miles de preguntas, miles de temores. Durante las interminables horas que pasé en Lubianka, no tenía otra cosa que hacer que rumiar una y otra vez mi vida pasada y mis temores futuros, con mucho tiempo para la reflexión y las preguntas. Pero, por encima de todo, rezaba.

Al principio me costaba creer que los soviets pudieran tomarse en serio las acusaciones que habían motivado mi arresto y los interrogatorios. De sus preguntas deduje que lo sabían todo de mí y de cuanto había hecho. Aparte de eso, no estaba en posesión de ningún secreto terrible. Mi caso me parecía muy sencillo y en absoluto digno de la atención que le estaban prestando. Y pensaba que no tardarían en verlo del mismo modo que yo. Los esfuerzos que me dedicaban apenas valían la pena y nada de lo que había hecho merecía la muerte. Por eso, en un primer momento no me preocupé demasiado. Los interrogatorios eran insoportables y a veces duros, pero al principio no me inquietaban mucho. Estaba convencido de que, antes o después, las «altas instancias» se darían cuenta de lo que yo ya sabía: que no merecía la pena preocuparse por mí. Mi conciencia estaba limpia, así que mantenía la moral alta e inquebrantable.

De hecho, confiaba mucho en mí mismo. Me costaba creer que los interrogadores probarían su acusación obligándome a admitir algo que no había hecho: era por naturaleza terco y porfiado; y, por otro lado, llevaba buena parte de mi vida trabajando la autodisciplina y entrenando la voluntad. Me enorgullecía de ello y creía que, probablemente, ningún interrogador sería capaz de doblegarme. Por eso, consciente de que no había hecho nada grave y convencido de que nadie me llevaría a reconocer lo contrario, al principio mantenía alta la moral y albergaba la esperanza de que el NKVD no tardaría mucho en darse cuenta de su error al considerarme alguien importante.

No obstante, después de unas cuantas sesiones de interrogatorios en Lubianka y de varios meses de aislamiento que se me hicieron interminables, empecé a pensar de otra manera. Me di cuenta de que, dada mi escasa importancia, el NKVD podía reparar su error de un modo sencillo mediante una orden de ejecución. No habría abogados, no habría juicio y no habría apelación. La Unión Soviética estaba en guerra. Miles de personas morían a diario y a los espías y traidores se les pegaba un tiro sin hacer demasiadas preguntas. Así de claro me lo dejaron los interrogadores. Para entonces, mis intentos de convencerlos bien de mi inocencia, bien de mi insignificancia, habían fracasado, de modo que comenzaba a dudar de mis fuerzas frente a los plenos poderes y los métodos del NKVD. Nunca llegué a pensar que fueran a matarme de un tiro, pero la duda y el miedo empezaron a filtrarse en mi autoconfianza. Y las angustiosas conjeturas que llenaban mis horas en el silencio de la celda después de cada tanda de interrogatorios,

el repaso constante de las preguntas y las respuestas, la agonía de darle vueltas una y otra vez a lo mismo, empezó a producir sus efectos y a ir minando mi moral. Fue entonces cuando recurrí a la oración de un modo especial.

Nada más iniciarse mi encierro en Lubianka, a medida que el tedio infinito del aislamiento se iba apoderando de mí, decidí organizar y dividir los días. Me impuse a mí mismo lo que en las casas de los jesuitas se conoce como «orden del día». Por la mañana, en cuanto nos despertaban, hacía el ofrecimiento de obras; a continuación, después de la excursión matutina a los aseos, dedicaba una hora completa a la meditación. En Lubianka la hora de levantarse –las cinco y media– y la del desayuno, a las siete, coincidían con las de la mayoría de las casas de jesuitas donde había vivido, de manera que los días comenzaron a ajustarse de nuevo a mis pautas habituales.

Después del desayuno, celebraba la misa de memoria: es decir, recitaba todas las oraciones, porque, lógicamente, no podía celebrar realmente el Santo Sacrificio. A mediodía y por la noche rezaba el ángelus cuando el reloj del Kremlin daba las horas en la Plaza Roja, a unas cuantas manzanas de la calle Lubianka. También a mediodía hacía un examen de conciencia, tal y como sugiere san Ignacio en sus ejercicios espirituales. Por la noche, antes de acostarme, volvía a hacer examen y preparaba los temas de la meditación de la mañana siguiente. Todas las tardes rezaba tres rosarios: uno en polaco, otro en latín y un tercero en ruso, que sustituían a mi breviario.

De vez en cuando, entonaba himnos en polaco, latín o inglés –los que podía recordar de los días de mi infancia o de los años de formación jesuita–, o bien los cantos litúrgicos que tanto empeño había puesto en aprender durante la época del Russicum romano. A veces podía pasarme horas intentando recordar algún verso que había huido de mi memoria y le daba vueltas y más vueltas hasta que creía haber dado con él. En mi opinión, aquello se convirtió más en un ejercicio mental que en oración: era un modo de pasar el tiempo, la única cosa de que disponía en abundancia. *Qui cantat bis orat* («el que canta ora dos veces») es un antiguo axioma de la vida monástica. No sé si afirmar que Dios estaba doblemente complacido con mis himnos en Lubianka, pero estoy convencido de que era comprensivo.

En la oración, como todo ser humano, cometía los mismos errores en que caemos todos. Pedía la conversión de mis interrogadores, por ejemplo, pero nunca hubo ninguno que diera la más mínima señal de conversión. También rezaba con insistencia para recibir más comida. En las cárceles la comida siempre ha sido mala e insuficiente, pero en Lubianka el racionamiento de guerra conllevaba una ración aún más escasa y deplorable de lo normal. Estaba constantemente hambriento, hasta el punto de que lo primero que me venía a la cabeza nada más terminarme el aguachirle de la sopa o la última gota de agua caliente de la comida era el tiempo que faltaba para la siguiente. El hambre lacerante que padecimos aquellas días hacía imposible evitar tales pensamientos; las ansias físicas de más alimento generadas por el ínfimo alimento sencillamente desterraban todos los demás pensamientos durante un rato. Y los calambres del hambre, cuando regresaban,

eran tales que no podía sino pensar que ningún otro dolor o sufrimiento sería capaz de igualar ese tormento. De hecho, tu conciencia se veía forzada a plantearse el suicidio como medio de poner fin a esa espantosa agonía. Y, según había oído, algunos hombres eligieron esa forma de morir en lugar de una muerte lenta y torturante por inanición. Aun así, por mucho que rezara, jamás recibí una ración de comida ni una taza de agua extras.

Supongo que los ayunos, las privaciones y las penitencias autoimpuestas que había practicado hasta entonces me hicieron algo más fácil soportar los padecimientos del hambre que sufrimos durante aquellos años en prisión. Al menos en mi caso, la experiencia no era nueva, aunque sí su intensidad. Y enseguida comprendí que la oración no elimina el dolor físico ni la angustia psíquica. Pero sí proporciona cierta fortaleza moral para sobrellevarlos con paciencia. Sin duda, fue la oración la que me ayudó en cualquier momento de dificultad.

Poco a poco, fui aprendiendo también a purificar mi oración y despojarla de todo lo que significara buscarme a mí mismo. Aprendí a rezar por mis interrogadores: no para que vieran las cosas igual que yo ni para que descubrieran la verdad y mis sufrimientos terminaran, sino porque también ellos eran hijos de Dios y seres humanos necesitados de su bendición y de su gracia diaria. Aprendí a dejar de pedir más pan para mí y a ofrecer, en cambio, los sufrimientos, los dolores del hambre, por tantos otros como en el mundo y en Rusia pasaban en aquellos momentos por una agonía parecida y por males aún mayores. Procuré con todas mis fuerzas no preocuparme por lo que me depararía el mañana, qué comería o con qué me vestiría, sino buscar el reino de Dios y su justicia, su voluntad para mí y para toda la humanidad.

«Hágase tu voluntad». Esa era la clave, pero solo poco a poco fui experimentando lo perfecta que es la oración del padrenuestro, la oración del Señor. «Señor, enséñanos a orar», dijeron los discípulos, y el Señor respondió explicándoles toda la teología de la oración en los términos más sencillos, exhaustivos en su contenido pero concebidos para que los emplearan todos los hombres sin distinción. La mente humana no hubiera podido elaborar un modelo de oración mejor que la que el mismo Señor nos dejó.

Comienza poniéndonos en presencia de Dios. Dios Todopoderoso, que ha creado todas las cosas de la nada y las mantiene en su existencia hasta que vuelvan a la nada, que lo rige todo y lo gobierna todo en el cielo y en la tierra según los designios de su propia providencia. Y, sin embargo, ese mismo Dios Todopoderoso es nuestro Padre, que nos ama y cuida de nosotros como hijos suyos, que nos mantiene en su amorosa bondad, nos guía con su sabiduría, vela por nosotros cada día para protegernos del mal, nos da el alimento, nos vuelve a acoger con los brazos abiertos cuando, como el hijo pródigo, malgastamos nuestra herencia. Igual que un padre guarda a sus hijos, así Él nos guarda del mal: porque el mal existe en este mundo. Y, si nosotros esperamos de su corazón de Padre que nos perdone, Él espera que nosotros le imitemos perdonando a sus otros hijos, nuestros hermanos, sean cuales sean sus ofensas.

El padrenuestro es una oración de alabanza y acción de gracias, una oración de

petición y de reparación. Sus frases breves y sencillas abarcan toda relación entre el hombre y su Creador, entre nosotros y nuestro Padre amoroso del cielo. Es una oración para cualquier momento, para cualquier ocasión. Es, al mismo tiempo, la oración más simple y la más profunda. Podemos meditar de continuo cada palabra y cada frase de la fórmula sin agotar nunca plenamente su riqueza. Si fuéramos capaces de traducir cada una de sus frases en las obras de nuestra vida diaria, seríamos tan perfectos como nuestro Padre del cielo desea que lo seamos. La oración del Señor es verdaderamente el principio y el fin de todas las oraciones, la llave para cualquier otra forma de oración.

Si pudiéramos vivir siempre conscientes de que somos hijos de un Padre celestial que nos contempla sin cesar y que desempeñamos un papel en su creación, todos nuestros pensamientos y nuestras obras serían oración. Entonces acudiríamos constantemente a Él, estaríamos pendientes de Él, le preguntaríamos, le daríamos gracias, pediríamos su ayuda o imploraríamos su perdón cuando caemos. Y toda auténtica oración comienza precisamente ahí: poniéndose en presencia de Dios. Esta es una expresión que emplean todos los autores espirituales, un concepto que cada uno visualiza a su manera, pero darse cuenta de lo que significa en la práctica suele ser más difícil de conseguir. Las palabras no hacen una oración, ni siquiera las del padrenuestro, que el mismo Señor nos ha enseñado, ni las de cualquier otra oración conocida que nos sale sola a base de repetirla. No hay ninguna fórmula que funcione por sí misma, ninguna palabra mágica que automáticamente Dios tenga que escuchar y que produzca su efecto. La oración, la auténtica oración, es comunicación, y solo tiene lugar cuando dos personas, dos almas, se hacen de alguna manera real y mutuamente presentes. Por eso, en la oración hemos de hacer algo más que limitarnos a visualizar a Dios presente ante nosotros bajo alguna figura paterna. La ficción de su presencia no vale de nada, ni tampoco su imagen. La fe nos enseña que Dios está en todas partes, que está siempre con nosotros, pero solo si acudimos a Él. De ahí que seamos nosotros quienes debemos ponernos en presencia de Dios, nosotros quienes debemos acudir a Él con fe, nosotros quienes hemos de superar una imagen para creer –para constatar– que estamos en presencia de un Padre amoroso siempre dispuesto a oír nuestras historias infantiles y a responder a nuestra confianza de niños.

Es algo que parece muy fácil cuando lo describen los autores espirituales o cuando el maestro de novicios habla del tema. En realidad, en las raras ocasiones en que tal cosa sucede, la oración *es* fácil. La conversación con Dios surge con facilidad siempre que sentimos –no existe otra palabra para describir esta experiencia– que Dios está presente en el alma. Pero la mente del hombre se distrae también muy fácilmente: es más, se engaña muy fácilmente. Es capaz de pronunciar las palabras prescritas y las fórmulas más devotas con la misma facilidad con que un perro «dice» que quiere comer: ha aprendido qué tiene que hacer y utiliza la fórmula adecuada. Esas fórmulas repetidas no son –ni en sí ni por sí mismas– más oración que los ladridos emitidos por el pobre perro. Puede que Dios oiga y entienda, igual que nosotros oímos y damos de comer al perro: se

ha establecido una mínima comunicación y Dios no deja de recompensar ningún esfuerzo. Pero, desde luego, no hemos aprendido a rezar de verdad.

La auténtica oración –como he dicho– tiene lugar cuando logramos encontrarnos en presencia de Dios. Entonces cualquier pensamiento se convierte en padre de una oración y, con mucha frecuencia, las palabras resultan superfluas. Esta oración es absorbente. Una vez que la has experimentado, no puedes olvidarla nunca. Y no me estoy refiriendo a ninguna gracia mística extraordinaria. Me refiero únicamente a la conversación con Dios, al desbordamiento espontáneo del alma que ha llegado a darse cuenta –aunque sea fugazmente– de que es un niño pequeño a los pies de un padre amoroso y providente. La alabanza y la acción de gracias brotan de manera natural, así como las preguntas, las peticiones y los pensamientos acerca de los amigos y de sus necesidades, mezcladas con sinceras confesiones de las faltas y con sencillas promesas de hacer en el futuro solo lo que Él quiere de nosotros.

A veces, por la gracia de Dios, esos momentos de luz y de oración sobrevienen inesperadamente. Pero, por lo general, la oración exige un esfuerzo por nuestra parte. Hemos de aprender, como aprendió el mismo Cristo, a apartarnos de cuanto nos rodea si queremos estar a solas con el Padre. El Señor se retiraba al desierto, a la montaña, al campo, separándose de sus apóstoles, de sus discípulos y de las muchedumbres que le seguían, para orar al Padre. Y, más aún en nuestro caso, resulta más fácil encontrarse a solas con el Padre si nos hallamos físicamente solos, si podemos retirarnos a un lugar tranquilo donde recoger nuestros pensamientos.

Porque la infatigable mente del hombre, nuestro principal instrumento en toda comunicación humana, es también nuestro principal obstáculo para la oración. La mente parece tender de manera natural a la distracción, y no al recogimiento. Prefiere ser libre, vagar incesantemente, captar cada idea nueva y explorarla en todas direcciones en lugar de encauzar su atención en una sola dirección y detenerse allí. Quiere estar siempre ocupada, en constante funcionamiento, sumida en sus preocupaciones, recordando, haciendo planes y organizando, previendo y argumentando, indagando y preguntando; y, en nuestro intento de rezar, incluso suplantando a Dios y contestando a cada una de nuestras propias peticiones, interviniendo de uno y otro lado de lo que pretende ser una conversación divina. O bien se inflamará de orgullo, impaciencia, rencor, resentimiento u odio cuando menos lo deseemos; se sentirá agraviada u ofendida, culpable o desalentada cuando estamos a punto de alcanzar nuestro objetivo. Algunas veces, e incluso muy a menudo, el tiempo que hemos reservado para la oración se nos pasa simplemente luchando por controlar nuestra mente incansable, por recoger nuestros pensamientos y centrar nuestra atención en Dios. Y en esas ocasiones resulta útil y consolador recordar dos cosas: (1) que es Dios mismo quien ha iniciado esa conversación, inspirándonos para que dediquemos un rato a la oración; y (2) que valora nuestros esfuerzos por responder y los bendice.

Para orar, ni la postura ni las fórmulas verbales son esenciales, pero sí lo es la

perseverancia. Arrodillarse no necesariamente favorece más la oración que estar sentado, como quedarse de pie no es por fuerza mejor que estar tumbado. Pero el hombre mortal es una criatura peculiar compuesta de cuerpo y alma, de manera que nuestros esfuerzos por controlar la mente a menudo pueden ir unidos al esfuerzo por controlar el cuerpo. Relajar el cuerpo y la mente invita al esparcimiento. Somos seres de costumbres y, a veces, adoptar una postura que tradicionalmente asociamos a la oración puede ayudarnos a conseguir cierto autocontrol que lleva más rápidamente al recogimiento. Es más, ese esfuerzo, esa perseverancia, son manifestaciones de nuestro deseo de responder a las inspiraciones divinas y de hacer su voluntad. La actitud de insistir una y otra vez en nuestra búsqueda de Dios y de su voluntad en la oración es en sí misma una gracia y una bendición con importantes consecuencias. ¿Qué otro fin tiene el hombre en la vida que no sea el de hacer la voluntad de Dios? Y todo esfuerzo por seguir en todo momento las indicaciones de su voluntad es en sí mismo una gracia y una bendición de consecuencias nada insignificantes.

Si lográramos unirnos a Dios en la oración, descubriríamos claramente su voluntad y solo desearíamos conformar nuestra voluntad a la suya. De ahí que sea cierta la afirmación de que nuestros esfuerzos más infructuosos por lograr la unión con Dios en la oración son, sin embargo, un esfuerzo por responder a la inspiración y a la gracia que nos invitan a orar; son, por lo tanto, esfuerzos por conformar nuestra voluntad a la suya y por cumplir sus mandatos. Y la perseverancia en los esfuerzos es, en el peor de los casos, la práctica del hábito de encontrar la voluntad de Dios en todo momento y en todas las cosas.

En más de un sentido, Lubianka fue para mí una escuela de oración. Estaba solo, pero no por eso me resultaba mucho más fácil rezar. Por encerrado y aislado que me encontrara de las imágenes y los sonidos habituales que consideramos –y los autores espirituales llaman– «distracciones», me era imposible poner límites a mi mente y mantenerla recogida. Aprendí a rezar, sencillamente, como cualquiera debe aprender a rezar. Debilitado por el hambre, agotado y dolorido después de largas horas de interrogatorios, distraído por las dudas y por los crecientes temores ante el futuro, invadido por la angustia y con una sensibilidad exacerbada causada por la marginación y la soledad constantes, tuve que aprender a volverme hacia Dios lo mejor que podía y cuando podía. Tuve que aprender a encontrarle en medio de las pruebas y en los agobiantes silencios; a reconocerle y a descubrir su voluntad detrás de todos esos acontecimientos; a ver su mano en todas las experiencias de mi vida pasada; a alabarle, a darle gracias y a pedir su bendición sobre todos los rostros que poblaban mi memoria (cuando a diario no veía otro rostro que el de los guardias); a implorar su perdón por las muchas faltas cometidas entonces y hasta entonces durante los interrogatorios; a prometer el perdón y a procurar perdonar a aquellos por quienes solía sentirme acosado; y a pedir en todo momento su constante y paternal protección contra el mal que parecía envolverme. «Señor, enséñanos a orar», pidieron los discípulos. «Él les respondió:

“Cuando oréis, decid: Padre nuestro...”».

Capítulo 6

LOS INTERROGATORIOS

«Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué debéis decir; porque en aquel momento se os comunicará lo que vais a decir. Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino que será el Espíritu de vuestro Padre quien hable en vosotros». ¡Cuántas veces cruzaron por mi mente estas palabras durante los interrogatorios del NKVD en Lubianka! O bien estas otras recogidas por Lucas: «Convenços de que no debéis tener preparado de antemano cómo os vais a defender; porque yo os daré palabras y sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios». ¡Cuántas veces hubiera deseado que un comentario brillante, un argumento inapelable hiciesen rendirse a mi interrogador! Pero aquello no parecía suceder nunca.

Cuando me llamaron al primer interrogatorio, me sentía totalmente tranquilo y confiado. Sabía que la acusación de espía del Vaticano que había originado mi arresto y me había llevado de Moscú a Lubianka era absolutamente falsa y obviamente (pensaba yo) absurda. No me podía tomar en serio una acusación tan disparatada y estaba seguro de que a las «altas instancias» del NKVD les ocurriría lo mismo en cuanto estudiaran mi caso a conciencia y conocieran los hechos. Pero en este punto el desengaño fue brutal. Nunca he sabido si se creían la acusación; quizá a alguna «alta instancia» le resultara imposible o peligroso admitir que se había tomado demasiadas molestias por un «don nadie», de modo que mis interrogadores recibieron instrucciones de demostrar que no existía error. En cualquier caso, se emplearon a fondo para hacerme admitir la acusación, por absurda que me pareciera. Eran implacables, meticulosos y conocían bien su oficio.

Una vez que empezaron los interrogatorios –pasado un período inicial de aislamiento–, se sucedieron casi sin interrupción. A veces las sesiones se prolongaban durante días. Pero lo normal era que durasen toda la noche: por alguna razón, los preferían a las entrevistas diurnas. Los interrogadores eran varios y empleaban distintos métodos. Unas veces podían mostrarse amistosos y otras, hostiles, amables o insultantes, airados o desapasionados, amenazadores o perfectamente razonables. Pero su objetivo era siempre el mismo.

A medida que avanzaban los interrogatorios, me iban formulando invariablemente la misma serie de preguntas recogidas en un formulario impreso que había encima de la mesa. El interrogador anotaba cada una de mis respuestas en unas hojas grandes de papel. Muchas veces daba la impresión de prestar muy poca atención a lo que yo contestaba. No dejaba de escribir –seguramente porque eso era lo que se esperaba que hiciese–, pero tampoco parecía poner ningún empeño en entender lo que yo intentaba decir o explicar. De vez en cuando, se reclinaba en su silla, me leía lo que había escrito y me preguntaba si era, en términos generales, correcto. Yo trataba de puntualizar que

había falseado el significado de los hechos expuestos, ajustándolos a un patrón preconcebido y establecido de antemano, y formulado en buena parte mediante tópicos. El informe sobre mi presencia en Teplaya Gora, por ejemplo, me describía como un agitador extranjero llegado para mover a las masas a rebelarse en contra del régimen y del sistema.

Al principio intentaba exponer mis argumentos o lograr que el interrogador cambiara lo escrito. Si es que este se tomaba la molestia de anotar mi queja, solía replicar que había redactado los hechos tal y como se presentaban a la luz de la ley soviética. La Constitución soviética permitía la práctica de la religión a título individual, pero prohibía su predicación; una cláusula obviamente muy sabia, porque, bajo el pretexto de instruir en la religión, la Iglesia, en realidad, enseñaba a odiar el comunismo: las declaraciones de los papas al respecto eran buena prueba de ello. Pero él no estaba ahí para discutir. Su trabajo no consistía en aclarar si yo me hallaba o no involucrado en algún complot en contra del gobierno –la presencia en el país de un sacerdote extranjero era prueba suficiente para eliminar cualquier duda–, sino descubrir todos los detalles de la trama, incluido quiénes estaban implicados en ella, cómo se financiaba, los medios empleados y las organizaciones que pudieran estar conspirando conmigo. Para finalizar, me acusaba de ocultarle información y sugería que fuéramos al grano.

Después de que distintos interrogadores hubieran formulado infinidad de veces las mismas preguntas con las mismas respuestas, me limité a dejar de discutir, concentrándome en procurar responder siempre lo mismo, pues la más mínima variación por mi parte se consideraba un desliz, un punto flaco de mi historia susceptible de ser atacado y examinado con objeto de atraparme en una mentira o en una contradicción. No obstante, si repetía exactamente la misma historia una y otra vez y proporcionaba los mismos detalles biográficos y las mismas secuencias cronológicas, el interrogador solía montar en cólera. La invariabilidad de las respuestas se convertía en prueba de que estas tenían que formar parte de una mentira cuidadosamente memorizada.

Los meses de interrogatorios fueron pasando y mi inicial e ingenuo optimismo, así como la confianza en mí mismo, dieron paso al resentimiento y al asco. Se me hizo casi insoportable afrontar una nueva sesión. Cuando el guardia me llamaba para otra excursión más por los pasillos tenuemente iluminados que conducían a las salas de interrogatorios, la sensación de náusea era tan intensa que un temblor físico me recorría todo el cuerpo. Era algo que escapaba a mi control y ningún esfuerzo por mi parte podía evitarlo. Pero quizá lo peor de todo fue que empecé a darme por vencido. Estaba cansado de intentar corregir las torcidas interpretaciones que se hacían de cada uno de mis actos: lo que decía o escribía el interrogador, sencillamente, me daba igual. Me parecía completamente inútil seguir intentándolo. Prescindí de cualquier otra tentativa y me limité, siempre que fuera posible, a contestar sí o no, o con un evasivo «no sé».

La ley estipulaba un plazo de un mes para la investigación de un caso. El mío había llegado al duodécimo y los interrogatorios aún continuaban. Mi paciencia y la seguridad

en mí mismo, e incluso mi innata obstinación, fueron desapareciendo poco a poco. Estaba cansado de aquella prueba, cansado de luchar y, sobre todo, cansado de darle vueltas a todo en el silencio de mi solitario encierro después de cada sesión de interrogatorios; cansado de las dudas, los temores y de una ansiedad y una tensión constantes. El último interrogador, con aquella voz suave, parecía un hombre razonable y humano. Daba la impresión de entender mis deseos de poner fin a las interminables preguntas: me sugirió que aquello podía acabar siempre que colaborara y contara la verdad. Me habló de terminar de una vez por todas, de salir de Lubianka y de mi aislamiento. Solamente pensarlo, la sola idea de volver a estar con gente, bastó para desequilibrarme. Ya no me importaba lo que pudiera ocurrirme. Únicamente deseaba poner fin a todo aquel lío, cuanto antes mejor.

—Sí —dije—, contaré la verdad y colaboraré.

Eso no significaba que fuese a mentir o a admitir algo que hasta entonces no había admitido, sino que no iba a discutir la interpretación que pudieran hacer de los hechos admitidos.

Cuando me di cuenta del error cometido era demasiado tarde. Me percaté también de los motivos que provocaban mi conducta, la fatiga mental y la frustración, el deseo de librarme por fin de la tensión física y mental que suponían tanto los interrogatorios como el aislamiento. Por eso, cuando volvimos a repasar juntos las mismas preguntas, intenté desviar de nuevo el rumbo. Traté de retomar el terreno que con tanto esfuerzo y tanta terquedad había conquistado durante muchos meses. Pero mi amable y educado interrogador reanudó su ofensiva aprovechándose de la ventaja. Parecía muy ofendido, quizá enojado, por las «puntualizaciones» que yo quería hacer, por las «aclaraciones» que intenté exponer. Las ignoró: no cambió nada, sino que me recordó amablemente que a ese paso el proceso no acabaría nunca. Entonces me rendí. Me convencí a mí mismo de la inutilidad de mis esfuerzos y dejé que las cosas siguieran su curso encogiéndome de hombros. Después de todo, me decía, ¿qué más daba? ¿Qué diferencia supondría para nadie, excepto para mí? Y lo que yo quería era, simplemente, terminar con aquello. Me convencí a mí mismo de que, por mi parte, solo había dicho la verdad y continuaba diciendo solo la verdad. Poco importaba todo lo demás, excepto que aquello terminara pronto.

Una vez tomada la decisión, fue sorprendente lo fácil que se volvió todo. Si aún persistía alguna duda, era tan solo qué ocurriría conmigo después de Lubianka. En cualquier caso, la prueba acabaría pronto. Vislumbraba el final. El sentimiento de alivio, de liberación de la tensión y la lucha, impregnaba cualquier otra idea. Debía dejar que el mañana se ocupara de sí mismo.

El mañana no se hizo esperar. El interrogador me dijo que me preparara para la última sesión. Me explicó que tendría que firmar los documentos que había redactado. Confiaba en que leyera y firmase cada hoja del material reunido. Me advirtió que aquel era uno de los pasos decisivos de todo el procedimiento. No sé por qué, pero no me lo

esperaba. Ahora me sentía cazado dentro de una trampa y pasé la noche sumido de nuevo en la angustia y la agonía. Estaba resentido por la aparente amabilidad y la cortesía del interrogador, que con tanta facilidad me había guiado hasta ese momento. Deseaba volver a retractarme de mi promesa de colaborar y de las sesiones que la habían seguido. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Negarme a firmar los documentos? ¿Y luego qué? Había llegado el momento de que el Espíritu Santo interviniera y nos protegiera a mí y a la Iglesia. Ahora o nunca. El martirio quizá, o la capitulación.

Atormentado aún por estos pensamientos, a la mañana siguiente me llamaron al despacho del interrogador. Este me tendió el montón de hojas y me pidió que leyera y firmara cada una de ellas. Era el momento de decidirse, pero intenté ganar tiempo. Comencé a leer los informes con un rencor y una incredulidad crecientes. ¡Cómo podía haber accedido a aquello! Continué leyendo, pero no firmé nada. Cuando intenté reflexionar, tan solo descubrí que mi mente había dejado de funcionar. No veía ante mí más que un papel en blanco. Pedí al Espíritu Santo que me inspirara algo que decir al interrogador, que me diera sabias palabras capaces de abrirle los ojos y persuadirle en el último momento de que creyera en mí y cambiara los cargos. Pedí al Espíritu Santo que me guiara... y nada.

Sintiéndome abandonado por Dios, sabía que algo tenía que hacer. Deseaba tirar los papeles encima de la mesa y decirle al interrogador sin contemplaciones que no firmaría una sola página. El miedo me paralizó. Luché contra mí mismo. Quería desesperadamente demostrarle con quién estaba tratando: no con una piltrafa de sacerdote temeroso de hacer valer sus derechos, ni con un estúpido que no sabía lo que estaba pasando. Deseaba hablar claro y acabar definitivamente con aquello. Es más, tenía en la punta de la lengua las palabras que con tanta vehemencia quería soltar. Alcé la cabeza lentamente y miré al interrogador, ocupado con otros papeles. Pero las palabras «no firmaré» no llegaban. Tenía miedo, y eso hacía que estuviera enfadado conmigo mismo. Hice un ímprobo esfuerzo por superar el miedo que me invadía, pero solo conseguí que me venciera. Estaba asqueado de mí mismo, terriblemente decepcionado. Confundido, volví a bajar la cabeza despacio y simulé estar leyendo.

El interrogador acabó fijando su atención en mí.

—¿Qué ocurre, Wladimir Martinovich? ¿Por qué no firmas las hojas a medida que las vas leyendo?

Por fin me veía obligado a hablar, así que, demasiado débilmente, dije:

—No puedo firmar esto tal y como está redactado. No es esto lo que dije ni lo que he hecho. Usted sabe que no soy el espía que describe este informe tan astutamente y con tanto detalle.

Al oír estas palabras, mi amable y amistoso interrogador se transformó. Se puso pálido y montó en cólera, incapaz de hablar al principio y temblando a causa de su intensa ira. Solo después de tomar aire varias veces consiguió decir en voz baja y glacial:

—¿Te das cuenta, estúpido americano, de lo serio que es el trámite final? Estás

jugando con un asunto de vida o muerte, ¿entiendes? O firmas el documento tal y como está, sin cambiar nada, o nos desharemos de ti igual que nos deshacemos de todos los espías. Ahí fuera se está librando una batalla sangrienta. Si no firmas estas hojas, ahora mismo puedo ordenar que te maten antes de que se ponga el sol. De una manera o de otra, esto se acaba aquí. ¡O haces lo que tienes que hacer o morirás!

Su alegato me dejó literalmente helado. El cambio repentino y vehemente del interrogador, el temblor de su voz, que imprimía una nota de terror y urgencia a sus amenazas, mi propia confusión y agitación interiores, la conmoción motivada por todo ello... Instintivamente, sin pensarlo, cogí el bolígrafo y empecé a firmar.

Mientras pasaba las hojas, prácticamente sin leerlas, me empezaron a consumir la vergüenza y la culpa. Me sentía totalmente hundido, totalmente humillado. Fue un momento de agonía que no olvidaré mientras viva. Estaba abrumado por el temor y los remordimientos. Después de firmar las cien primeras hojas, renuncié incluso a leer el resto. Solo quería acabar lo antes posible y salir del despacho del interrogador. Todo aquello me asqueaba: me estaba condenando a mí mismo antes de que pudieran hacerlo otros. Era despreciable a mis propios ojos, no menos de lo que debía de parecerles a los demás. Mi voluntad se había quebrado: había demostrado no ser ni de lejos la persona que creía que era. En una nauseabunda fracción de segundo, me había rendido al miedo, a las amenazas, a la idea de la muerte. Cuando llegué a la última hoja, quería literalmente salir corriendo del despacho del interrogador.

Una vez en la celda, me quedé de pie, tembloroso y vencido. Al principio ni siquiera era capaz de asimilar las proporciones y el porqué de lo que me había ocurrido en el despacho. Me torturaban los sentimientos de derrota, de fracaso y de culpa. Pero, por encima de todo, me consumía la vergüenza. Físicamente, los espasmos de la tensión liberada me hacían temblar. Cuando por fin comencé a recuperar el control de mis nervios, de mis pensamientos y emociones, acudí como pude a la oración.

Una oración que al principio estuvo llena de reproches. Me reprochaba no haber sabido mantenerme firme ante el interrogador y no haber hablado claro, no haberme negado a firmar el informe. Me reprochaba haber cedido al miedo, haberme dejado llevar por el pánico y actuado por un simple mecanismo de defensa. Y no excluía a Dios de esos reproches. ¿Por qué me había abandonado en el momento más crítico? ¿Por qué no había sostenido mi fortaleza y mi coraje? ¿Por qué no me había inspirado para hablar con valentía? ¿Por qué no me había protegido con su gracia del temor a la muerte? ¿Y por qué, como último recurso, no se había encargado de que la tensión me provocara un infarto o un derrame que me impidieran firmar los documentos? Yo confiaba en que Él y su Espíritu me concedieran las palabras y la sabiduría para enfrentarme a cualquier enemigo. Y, en lugar de confundir a nadie, había acabado completamente derrotado y confundido. Y, si yo no merecía su intervención, ¿cómo había podido permitir que firmara cosas tan dañinas para la imagen de la Iglesia? ¿No eran acaso su honor, su gloria y el futuro de su reino lo que estaba en juego?

Poco a poco —y, sin duda, bajo su inspiración y su gracia—, comencé a plantearme preguntas sobre mí mismo y sobre mi oración. ¿Por qué me sentía así? El sentimiento de derrota y fracaso tenía fácil explicación después del episodio del despacho del interrogador, pero ¿por qué ese intenso sentimiento de culpa y de vergüenza? Había actuado presa del pánico, me había rendido bajo amenaza de muerte. ¿Por qué me hacía plenamente responsable, por qué me sentía tan culpable de acciones realizadas sin deliberación plena y sin pleno consentimiento de la voluntad? En ese momento no era plenamente responsable: prácticamente había perdido la razón. El acto de firmar lo provocó un afán de supervivencia casi animal. Había sido algo apenas consciente y, sin duda, no lo suficientemente deliberado para merecer el nombre de humano. Había fallado, sí, pero ¿cuánta culpa había por mi parte y por qué me sentía tan avergonzado?

Lentamente, de mala gana, animado por el amable aguijón de la gracia, me fui enfrentando a la verdad oculta en la raíz de mi problema y mi vergüenza. La respuesta era una única palabra: yo. Estaba avergonzado porque, en mi fuero interno, sabía que había intentado hacer demasiado yo solo y había fracasado. Me sentía culpable porque comprendía que, aunque había pedido la ayuda de Dios, en realidad confiaba en mi propia capacidad para evitar el mal y afrontar cualquier desafío. Llevaba años dedicando mucho tiempo a la oración, había logrado valorar y agradecer a Dios su providencia y su protección sobre mí y sobre todos los hombres, pero nunca me había abandonado de verdad. En cierto modo, siempre había agradecido a Dios no ser como el resto, que me hubiera dotado de un físico sano, de unos nervios templados y una voluntad fuerte: con esas gracias físicas concedidas por Dios, continuaría haciendo su voluntad en todo momento y dando lo mejor de *mí mismo*. En pocas palabras: me sentía culpable y avergonzado porque en la prueba más crítica había confiado casi solamente en mí mismo... y había fracasado.

¿Acaso no había establecido hasta los términos en que el Espíritu Santo debía intervenir en mi favor? ¿No había esperado que me inspirara para dar la respuesta que yo mismo había decidido dar? Al no sentir su inspiración tal y como yo la esperaba —es más, tal y como la exigía—, me sentí fracasado y desalentado. Entonces pensé que me había abandonado e intenté hacer por mi cuenta lo que había resuelto de antemano que debía hacer. No había permanecido verdaderamente abierto al Espíritu. De hecho, había decidido desde mucho antes lo que esperaba escuchar del Espíritu y, cuando no fue exactamente *eso* lo que escuché, me sentí traicionado. Fuera lo que fuera lo que el Espíritu pudiera decirme en aquel momento, no era capaz de escuchar. Estaba tan resuelto a oír un único mensaje, el mensaje que quería oír, que no oí nada.

Esta tendencia a ponerle a Dios condiciones aceptables, a procurar inconscientemente que su voluntad coincida con nuestros deseos, es una característica muy humana. Y, cuanto más importante es el asunto, cuanto más comprometidos estamos en él y más depende de él nuestro futuro, más fácil nos resulta cegarnos y pensar que lo que *nosotros* queremos es, sin duda, lo que Dios tiene que querer también. No somos capaces de ver

más que una solución y, naturalmente, suponemos que Dios nos ayudará a alcanzarla. En cualquier caso, estoy seguro de la fuerza de esa tendencia en mí mismo. De niño era muy tenaz. Cuando abracé la vida religiosa, ese rasgo me parecía un talento que Dios me había dado, y no un defecto. Me enorgullecía haberlo desarrollado aún más mediante prácticas ascéticas como el ayuno, las penitencias severas, los ejercicios de la voluntad y la disciplina personal. ¿Cómo no había comprendido que no siempre lo hacía únicamente en respuesta a la gracia de Dios o con un fin apostólico, sino también por orgullo? Sí, estaba orgulloso de hacer esas cosas mejor y con más frecuencia que los demás, emulando las vidas de los santos para demostrar que *yo* (¡otra vez esa reveladora palabra!), podía estar a su altura y, de alguna manera, ser mejor que mis coetáneos.

Es terrible cómo la escoria de nuestro yo echa a perder lo mejor que hacemos por los motivos aparentemente más nobles. «Los probó como oro en el crisol», dice de los justos el Libro de la Sabiduría. A través de las pruebas y las dificultades de esta vida, nuestras almas deben ser purificadas de algún modo de esa escoria del yo si queremos acabar siendo aceptables para Dios. Son pruebas que nos llegan a cada uno de distintos modos y en distintos momentos —a algunos vencer el yo les resulta más fácil que a otros—, pero hemos sido creados para hacer la voluntad de Dios, y no la nuestra; para conformar nuestra voluntad a la suya, y no al revés. Quizá rezamos todos los días pidiendo la gracia para hacerlo sin querer decirlo realmente; quizá en la oración nos resulta muy fácil prometer que lo haremos. Lo que no acertamos a ver es cuánto de nuestro yo sigue habiendo en esa promesa; cuánto confiamos en nuestras fuerzas cuando decimos que lo *haremos*. Por eso, en las pruebas grandes o pequeñas, Dios a veces tiene que permitir que obremos nosotros solos para que aprendamos a ser humildes, para que aprendamos la verdad de nuestra total dependencia de Él, para que aprendamos que todas nuestras obras están sostenidas por su gracia y que sin Él no podemos hacer nada: ni siquiera equivocarnos.

Aprender la plena verdad de nuestra dependencia de Dios y de nuestra relación con su voluntad: en eso consiste la virtud de la humildad. Porque la humildad es la verdad, la verdad plena, la verdad que abarca nuestras relaciones con Dios Creador y, a través de Él, con el mundo que ha creado y con nuestros semejantes. Y lo que llamamos humillaciones son las pruebas con las que se mide si hemos entendido plenamente esa verdad. El que se humilla es el yo: no habría «humillación» si aprendiéramos a poner el yo en su preciso lugar, a vernos con la perspectiva adecuada ante Dios y ante el resto de los hombres. Y, cuanto más abundante es esa dosis de yo en nuestras vidas, más severas son nuestras humillaciones con el fin de purificarnos. Esa fue la extraordinaria luz que recibí en Lubianka, mientras rezaba en mi celda, herido y derrotado, después de mi experiencia con el interrogador.

El Espíritu no me había abandonado: todo aquello era obra suya. Me sentía culpable y avergonzado por haber cometido el error de no poner la gracia por encima de la naturaleza, de confiar en mis propias fuerzas antes que en Dios. Había fracasado y sufría

una honda herida, pero una herida saludable. Si la amenaza del interrogador había sido totalmente sincera, en aquel momento me jugaba la vida o la muerte. Y fue un momento en que no vi la muerte como la ve Dios o como yo afirmaba creer que la veía. Del mismo modo que las sesiones con el interrogador las había considerado siempre –unas veces de manera consciente y otras inconscientemente– y de principio a fin como un combate entre su voluntad y la mía, en el instante más crítico contemplé la muerte desde la perspectiva del yo, y no como lo que es realmente: el momento de volver a Dios. De ahí que tuviera motivos para sentirme avergonzado y culpable. Había sido un tremendo error por mi parte no abandonarme a la voluntad de Dios con un total compromiso cristiano: había fracasado miserablemente no siendo lo que afirmaba ser, no actuando de acuerdo con los principios en los que afirmaba creer. Y, sin embargo, ese fracaso era en sí mismo una gracia inmensa, porque me había enseñado una importante lección. Pese a lo dura que había sido la prueba, Dios me había sostenido y ahora me instruía con la luz de su gracia.

«El que persevere hasta el final, ese se salvará»: tal es la conclusión de todos los textos del Evangelio que se refieren a la confianza en el Espíritu, a no dejarnos inquietar por lo que diremos en tiempos de persecución. Yo había interpretado esos textos al pie de la letra y esperaba que el Espíritu me instruyera para ser capaz de vencer a mi interrogador, a mi perseguidor. ¡Qué necio y qué soberbio! En Lubianka no era la Iglesia la que estaba siendo probada. Ni era aquella una cuestión entre el gobierno soviético o el NKVD y Walter Cizek, sino entre Dios y Walter Cizek. Con esa experiencia, Dios me estaba probando a mí, como oro en el crisol, para saber cuánto quedaba de mí mismo después de todas mis oraciones y de mis profesiones de fe en su voluntad. En aquel año de interrogatorios, en aquellas terribles últimas horas, la primacía del yo que se había manifestado e incluso reforzado a través de mis métodos de oración y de mis prácticas espirituales se sometía a una purificación, a un purgatorio, que me dejaba desnudo hasta los huesos. Era un crisol, cuando menos, abrasador, casi tan abrasador como el infierno. Pero, gracias a Dios, todavía perseveraba: y había aprendido, en lo más profundo de mi alma herida, cómo dependía de Él en todo, incluso para sobrevivir, y la necesidad de confiar en mí mismo.

De alguna manera, aquel día creí comprender lo que sintió san Pedro cuando sobrevivió a sus negaciones y recuperó su amistad con Cristo. Aunque el Señor le prometiera que, una vez convertido, confirmaría a sus hermanos, dudo mucho de que Pedro volviera a presumir nunca de no abandonar al Señor aunque todos los demás lo hicieran. Entiendo muy bien que en sus cartas a las primeras iglesias recordara a los cristianos que trabajaran por su salvación con temor y temblor. Porque es verdad que, cuando el hombre empieza a confiar en sus propias capacidades, acaba de dar el primer paso en el camino hacia el fracaso final. Y la mayor gracia que Dios puede concederle es enviarle una prueba que no sea capaz de soportar con sus propias fuerzas... y sostenerlo con su gracia para que pueda perseverar hasta el final y salvarse.

Capítulo 7

CUATRO AÑOS DE PURGATORIO

Dos semanas después de firmar el falso expediente en el que confesaba cosas que no había hecho, me informaron del castigo impuesto a mis «delitos». Quince años de trabajos forzados. El veredicto se había pronunciado por la vía que llamaban administrativa, no judicial. Nunca me juzgaron, así que el veredicto no lo tramitaron ni un tribunal ni un jurado, sino que se decidió solamente en virtud de mi confesión de culpabilidad. Sutilezas legales aparte, quince años eran quince años.

Por lo menos –pensé–, la tortura de los interrogatorios había terminado. Incluso llegué a esperar gustoso Siberia y los trabajos forzados: allí todo se reducía a soportar un sufrimiento físico que no implicaba vergüenza ni culpabilidad. En aquella época, mi oración ya no era de petición y, desde luego, tampoco de consuelo. Era una oración de sufrimiento, de dudas, de temores y de angustia. La revelación y la constatación de mi propia fragilidad me dejaron tan hundido que dudaba de mi capacidad para sobrevivir a otra embestida contra mi fe. Temía que en algún momento, de alguna manera, pudiera dejar de ver a Dios y caer definitivamente. Anhelaba el día en que me sacarían de la prisión para trasladarme a los campos de trabajo. Aquello significaría un nuevo comienzo, una nueva vida. Entonces quizá olvidara mis errores y mi debilidad y reemprendiera con mayor fidelidad mi servicio a Dios.

Pero no fue así. Aún hubo cuatro años más de interrogatorios y de penalidades en los que el Señor acabó de templar y purificar mi alma en la cárcel. No me bastó con comprender que la experiencia de Lubianka era un designio divino dirigido a purgar la confianza en mí mismo y a hacerme depender solo de Él. Después del terrible período del año anterior y de la caída final, por fin había logrado entender esa verdad. Pero entender no significa practicar ni poner por obra: y nuevamente fui guiado a la práctica de la purificación.

Al principio, el interrogador me dijo que se trataba de una etapa «clarificadora». Quedaban cosas que esclarecer, cosas en las que no habíamos profundizado lo suficiente. Ya que había accedido a colaborar, ya que de hecho había colaborado firmando el expediente, estaba seguro de que a partir de ahora las sesiones serían más productivas. En cuanto a mí, me invadió una nueva oleada de asco y de premoniciones. Estaba terriblemente asustado. Después de caer una vez, sentía auténtico pánico a que esta vez la caída fuese definitiva y perdiera lo único a lo que todavía seguía aferrado: mi fe en Dios. Y no veía salida. El error que había cometido firmando lo empleaban ahora como palanca para seguir presionándome. Volvía a maldecirme por haber cometido ese error, pero no había manera de retractarse. El futuro se presentaba irremediabilmente marcado por ese único instante de fracaso.

Me hallaba tan desamparado que hasta rezar se me hacía imposible. Me sentía nuevamente en peligro y amenazado, pero no podía encontrar luz ni consuelo en la oración. En cambio, reprochaba a Dios que no me ahorrara esta nueva prueba. Me preguntaba por qué permitía que aquello continuara, día tras día, sin hallar algún modo de ponerle fin ni ayudarme a encontrar la manera de salir del camino descendente que tenía la sensación de haber emprendido.

Porque, al parecer, «colaborar» implicaba algo más que aclarar algunas cosas tratadas en sesiones anteriores. Ahora colaborar significaba trabajar activamente con ellos en cualquier tipo de estrategias que iban aplicando. Me describieron los detalles más penosos y sombríos de la vida en el campo de trabajo y me explicaron lo fácil que me resultaría escapar de ellos si quería trabajar para el NKVD. Primero me molestó y luego volvió a avergonzarme mi falta de decisión. ¿Por qué no era capaz de levantarme y decir «no»? En vez de eso, me puse a contemporar. Me dediqué a jugar al gato y el ratón con el interrogador, buscando tiempo para meditar sus distintas propuestas.

Él no parecía albergar ninguna duda de que acabaría colaborando. Ordenó que me facilitaran algunos libros para poder matar el tiempo leyendo. Eran en su mayoría libros de historia o de filosofía comunista, o bien textos de Marx y Lenin. Cuando nos volvíamos a reunir, el interrogador me examinaba para comprobar si había entendido los argumentos y conocer mi opinión sobre ellos. Una vez más, confié en mi ingenio y en mi inteligencia innatas para prolongar las discusiones y posponer de ese modo la necesidad de decidirme a colaborar o no. Pero me sentía morir y era consciente de que cualquier paso que diera por ese camino no haría sino más difícil y más peligroso negarme a cooperar. Miente una vez y has perdido la inocencia para siempre. Cae una vez y el cántaro se rompe. Quizá lo puedas reparar y volver a utilizarlo, pero ya no será nuevo. Eso es lo que ocurre con la naturaleza humana caída y con el espíritu roto. Atormentado por estos pensamientos, cada vez me hundía más.

El interrogador, por su parte, iba cada vez un poco más lejos y ganaba confianza. Estaba tan seguro de que yo avanzaba en su dirección que llegó a ofrecerme una jovencita con la que casarme. Me las arreglé para convencerle de que mi trayectoria como sacerdote difícilmente me hacía adecuado para el matrimonio y que no sería justo para la joven. A él le pareció lógico y gané esa batalla. Entonces me sugirió que, puesto que quería continuar siendo sacerdote, debía convertirme a la fe ortodoxa. Me explicó lo fácil que sería arreglarlo todo, así como facilitarme una tribuna desde la que atacar al papa. Hizo hincapié en que la Iglesia ortodoxa, al revés que la católica, condenaba el fascismo y prestaba apoyo al gobierno en su lucha contra el totalitarismo. Los papas, sin embargo, atacaban el comunismo, especialmente Pío XII, quien sin duda simpatizaba secretamente con Mussolini y con Hitler. De ahí surgieron largas discusiones sobre la Iglesia. Por fin, logré convencerle de que para mí la Iglesia era por lo menos tan importante como para él el partido comunista; que me inspiraba el mismo sentimiento de lealtad y compromiso. No podía evitarlo: formaba parte de mí. Así que coincidimos en la

discrepancia y creí haber ganado otra batalla.

Mientras tanto, me iba hundiendo cada vez un poco más. Por muchas pequeñas victorias que lograra, era consciente de que solo estaba aplazando lo inevitable. En la oración pedía valor y sabiduría para enfrentarme a cada nueva discusión, aunque en mi fuero interno sabía que todo aquello era un craso error. En cuanto estaba a punto de poner fin a mi plan de acción, de tomar una postura, volvía a enfrentarme a ese terrible instante entre la resolución y la debilidad... y no me decidía. No podía hacerlo. Y sabía que, cada vez que me acercaba a esa decisión y no la tomaba, más difícil acabaría resultándome hacerlo.

Entonces, un día, me envolvió la oscuridad. Quizá fuera fruto del agotamiento, pero me invadió la desesperación. Me angustiaba no ver una salida a la situación. Era consciente de hallarme cada vez más cerca de agotar mi capacidad para posponer la decisión. No veía cómo escapar de aquello. Sí, desesperé en el sentido más estricto de la palabra: me abandonó todo sentimiento de esperanza. Solo veía mi fragilidad y mi impotencia para decidirme por cualquiera de las opciones: la colaboración o la ejecución. Últimamente ya nadie mencionaba los campos de prisioneros. El interrogador me decía que debía presentar a su superior un informe sobre la colaboración que estaba prestando: me habló de la ejecución como una de las posibilidades que se planteaban. No era la idea de la muerte lo que me preocupaba. De hecho, alguna vez había pensado en el suicidio como el único medio de escapar del problema: contra toda lógica, no cabe duda, pero el desaliento y la desesperación son así. Lo que dominaba mi mente era la falta de esperanza en todo aquello y mi impotencia para hacerle frente.

La verdad es que no sé qué palabras poner a ese momento. Ni siquiera sé cuánto duró. Pero sí sé que, mientras ocurría, sentí pánico y desconcierto: sabía que había traspasado todos los límites, que había cruzado el umbral de una oscuridad hasta entonces desconocida. Era algo sumamente real, y empecé a temblar. Estaba asustado y avergonzado, era víctima de un nuevo sentimiento de culpa y humillación. Si antes había tenido miedo, ahora tenía miedo de mí mismo. Sabía que no era el primer fracaso, pero sí el definitivo. Era la desesperación. Porque en ese momento de oscuridad no solo perdí la esperanza, sino los últimos retazos de mi fe en Dios. Me había quedado solo, sin nada, y ni siquiera pensé ni recordé lo que había sido mi única guía constante, mi única fuente de consuelo en todos los demás fracasos, mi último recurso: dejé de ver a Dios.

Al darme cuenta, aterrado y tembloroso, acudí inmediatamente a la oración. Sabía que debía correr en busca del Dios al que había olvidado. Tenía que pedirle que ese momento de desesperación no me hiciera indigno de su ayuda. Tenía que pedirle no volver nunca a dejar de recordarle y de confiar en Él. Alegué mi impotencia para enfrentarme al futuro sin Él. Le dije que mis capacidades se habían agotado y que Él era mi única esperanza.

De repente, hallé consuelo recordando la agonía del Señor en el Huerto. «Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz», dijo el Señor. En el Huerto de los Olivos, también Él

experimentó el miedo y la fragilidad de su naturaleza humana frente al sufrimiento y la muerte. No en una, sino en tres ocasiones pidió ser librado de la prueba o, al menos, que no fuera esa. Pero cada una de esas ocasiones concluyó con un acto de abandono y total sumisión a la voluntad del Padre. «Que no sea tal como yo quiero, sino como quieres tú». No se trataba solamente de conformarse a la voluntad de Dios: se trataba de rendirse totalmente, de despojarse de todo temor humano, de cualquier duda sobre sus capacidades humanas para resistir la Pasión; del último retazo del yo, incluidas las dudas sobre sí mismo.

¡Qué tesoro y qué fuente tan maravillosa de fortaleza y de consuelo fue para mí la agonía del Señor en el huerto a partir de ese momento! Vi perfectamente claro lo que debía hacer. Solo puedo describirlo como una experiencia de conversión; y solo puedo decir con total sinceridad que, en adelante, mi vida se transformó. Si mi momento de desesperación había sido de absoluta oscuridad, aquella fue una experiencia de luz cegadora. Supe inmediatamente que podía hacerlo. Supe que debía abandonarme plenamente a la voluntad del Padre y vivir en adelante en ese espíritu de abandono en Dios. Y lo hice. Solo puedo describir la experiencia como una sensación de «dejarse llevar», de renunciar a todo esfuerzo o incluso a mi deseo de tomar las riendas de mi propia vida. Aunque suene demasiado simple, esa decisión ha condicionado a partir de entonces cada uno de los momentos de mi vida. Solo puedo llamarlo una conversión.

Siempre había confiado en Dios. Siempre había procurado descubrir su voluntad, reconocer la acción de su providencia. Siempre había pensado que su voluntad guiaba mi vida y mi destino. De una manera más o menos consciente, había estado atento a sus inspiraciones, a su llamada, a sus promesas, a su gracia. Especialmente en momentos de crisis, intentaba discernir su voluntad y seguirla en la medida de mis posibilidades. Pero este era un modo nuevo de ver las cosas, una luz totalmente novedosa, algo más que una mera cuestión de énfasis. Hasta entonces, siempre había visto mi papel —el papel del hombre— en la economía de la salvación como algo activo. Hasta ese momento, mis manos habían sujetado las riendas de cualquier decisión, de cualquier acción y esfuerzo. Mi misión consistía en «cooperar» con su gracia, involucrarme hasta el fin en la obra de la salvación. La voluntad de Dios estaba oculta «ahí fuera», en algún lugar, pero era clara e inconfundible. Mi misión —la misión del hombre— era descubrirla y conformarme a ella, trabajando para alcanzar los fines de su divina providencia. Yo —el hombre— seguía siendo básicamente el dueño de mi propio destino. La perfección consistía simplemente en aprender a descubrir la voluntad de Dios en cualquier circunstancia y dedicar todos mis esfuerzos a hacer lo que debía hacer.

Ahora, con una evidencia y una sencillez casi cegadoras, me daba cuenta de que había empleado mi propia voluntad y mi inteligencia en intentar hacer algo que era a la vez excesivo para mí y en buena parte equivocado. La voluntad de Dios no estaba oculta «ahí fuera», en las circunstancias en las que me encontraba, sino que esas mismas circunstancias *eran* su voluntad para mí. Lo que quería era que yo aceptara esas

circunstancias como salidas de sus manos, que soltara las riendas y me pusiera enteramente a su disposición. Me pedía un acto de confianza plena, sin permitirme ninguna interferencia ni ningún esfuerzo infatigable, ninguna reserva, ninguna restricción, ningún aspecto en el que pusiera condiciones ni diese señales de duda. Me pedía la entrega total de mí mismo, sin reservarme nada. Exigía de mí una fe absoluta: fe en la existencia de Dios, en su providencia, en su preocupación por el detalle más nimio, en su poder para sostenerme y en que su amor me protegería. Aquello significaba desprenderse hasta de la duda más escondida, del miedo más oculto a que Dios no esté allí para sujetarte. Algo parecido a esa terrible eternidad entre la angustia y la fe que experimenta un niño cuando por primera vez se deja caer hacia atrás y prescinde de todo apoyo para descubrir que el agua realmente lo sostiene y que es capaz de flotar inmóvil y sin ningún esfuerzo.

Una vez entendido, parecía muy sencillo. Era sorprendente que me hubiese costado tanto tiempo y tanto sufrimiento aprender esa verdad. Claro está que creemos que dependemos de Dios, que su voluntad nos sostiene en cada instante de nuestra vida. Pero nos da miedo comprobarlo. En lo más hondo de cada uno de nosotros queda una pequeña duda persistente, un pequeño nudo de temor al que nos negamos a enfrentarnos o que no reconocemos ni siquiera ante nosotros mismos, y que nos dice: «¿Y si no es así?». Nos da miedo abandonarnos totalmente en las manos de Dios por temor a que no nos sujete cuando caigamos. Es el test definitivo, la prueba última de toda fe y toda confianza, y está presente en cada uno de nosotros, acechando silenciosamente desde un cajón de nuestra mente que nos da miedo abrir. En realidad, no es cuestión de confiar o no en Dios, porque de hecho deseamos confiar en Él: es cuestión de nuestra fe última en su existencia y en su providencia, y exige el acto de fe más puro.

En mi caso, el hecho de haber perdido por completo la esperanza en mis propias fuerzas y capacidades me condujo a hacer ese acto de fe perfecto, ese acto de pleno abandono en su voluntad, de confianza plena en su amor y en sus cuidados, y en su afán de sostenerme y protegerme. Sabía que ya no podía confiar en mí mismo y lo más sensato parecía ser confiar plenamente en Él. Dios llevaba ofreciéndome esa gracia toda mi vida y yo nunca había llegado a aceptarla del todo. Cuando hablaba de descubrir y hacer su voluntad, no me refería a renunciar totalmente a la mía. Cuando hablaba de confiar en Él –y, de hecho, confiaba en Él–, no me refería a abandonar todos los demás puntos de apoyo y a depender exclusivamente de su gracia. Hasta entonces nunca había tenido el valor de renunciar completamente a mí mismo. Siempre había límites que no cruzaba, pequeñas vallas que señalaban lo que, en mi fuero interno, sabía que era un punto sin retorno. Dios, en su providencia, había sido constante en su gracia: había estado brindándome siempre ocasiones para ese acto de fe y de confianza perfectas, animándome a soltar las riendas y a confiar solo en Él. Y yo confiaba en Él, cooperaba con su gracia... pero solo hasta cierto punto. Hasta que mis fuerzas entraron definitivamente en bancarrota no me rendí.

Ese momento, esa experiencia me transformaron por completo. Hoy lo puedo decir con absoluta sinceridad, sin falsas modestias, sin ninguna sensación de estar exagerando y sin sonrojarme. Solo puedo llamarlo una experiencia de conversión: significó al mismo tiempo una muerte y una resurrección. No fue algo que yo buscara ni que quisiera, nada por lo que me hubiera esforzado o que mereciera. Como toda gracia, fue un don gratuito de Dios. El que lo recibiera cuando había llegado al límite de mis propias fuerzas forma parte, sencillamente, del gran misterio de la salvación. Ni me lo cuestioné entonces ni me lo voy a cuestionar ahora. Tampoco puedo explicar cómo esa sola experiencia ejerció en adelante un efecto tan inmediato y prolongado en mi alma y en mi modo habitual de proceder, sobre todo cuando tantas otras experiencias, tantas otras gracias no lo habían hecho. Aun así, fue una elección deliberada por mi parte. Sé que fue una elección que no podría haber hecho nunca –y que no había hecho antes– sin la inspiración de la gracia de Dios. Pero fue una elección deliberada. Elegí, consciente y voluntariamente, abandonarme en la voluntad de Dios, despojarme totalmente de mis últimas reservas. Sabía que estaba cruzando un límite que hasta entonces dudaba y temía cruzar. Pero esa vez elegí cruzarlo... y el resultado no fue una sensación de temor, sino de liberación; una sensación no de peligro o de desesperación, sino una oleada de confianza y felicidad renovadas.

Una vez traspasado el umbral que tanto temía cruzar, todo me parecía sencillísimo. No veía más que una cosa: a Dios, que era todo en todo; no había más que una voluntad que lo gobernaba todo: la voluntad de Dios. Solo tenía que verla, descubrirla en cualquier circunstancia en la que me hallara, y dejarme guiar por ella. Dios está en todo, lo sostiene todo, lo gobierna todo. Descubrirlo así en cada situación y en cada circunstancia, ver su voluntad en todo, significaba aceptar cada circunstancia y cada situación, y dejarse llevar con una seguridad y una confianza perfectas. Nada podía separarme de Dios, porque Él estaba en todo. Ningún peligro podía amenazarme, ningún temor podía estremecerme, excepto el de dejar de verle a Él. Por escondido que estuviera el futuro, estaba escondido en su voluntad y, por lo tanto, yo sería capaz de aceptarlo, trajera consigo lo que trajera. El pasado, con todos sus fallos, no estaba olvidado: seguía ahí para recordarme la fragilidad de la naturaleza humana y la necesidad de poner la confianza en uno mismo. Pero ya no me pesaba. Ya no confiaba en mi propia guía, ya no dependía de mí mismo, así que no podía volver a fallar. Al renunciar completa y definitivamente a todo control sobre mi vida y mi destino futuro, me liberaba de cualquier responsabilidad. Me liberaba de la angustia y la preocupación, de toda tensión, y podía flotar serenamente, con perfecta paz de espíritu, en la marea de la providencia divina que me sostenía.

Lleno de este nuevo espíritu y transformado interiormente, ya no temía mi siguiente entrevista con el interrogador. No había motivo alguno para tener miedo al NKVD, porque todo lo consideraba venido de las manos de Dios. No temía cometer ningún «error», porque detrás de cualquier acontecimiento, detrás de cualquier alternativa, se hallaba la voluntad de Dios. Confiado en su gracia, me sentía capaz de enfrentarme a

cualquier situación y de afrontar cualquier reto: me deparase el futuro lo que me deparase, lo aceptaría.

De hecho, el cambio sufrido era tan llamativo que hasta el interrogador lo percibió. Esta vez me propuso que sirviera como capellán en el ejército comunista polaco, recientemente formado a las órdenes de Wanda Wasilewska, o bien en el ejército de voluntarios polacos del general Anders, destinado al segundo frente. Me limité a contestarle afirmativamente a cualquiera de las dos cosas. Él pareció agradablemente sorprendido por la rapidez de mi respuesta y por mi nueva actitud. Me comentó que me encontraba más relajado y con la cabeza más despejada: cosa que era cierta porque, consciente de que Dios estaba conmigo, había perdido todo temor a equivocarme. No obstante, creo que mi repentino cambio de actitud despertó sus sospechas.

—Muy bien, les diré a los de arriba que estás preparado y dispuesto a servir como capellán allí donde te envíen —me dijo—. Te informaré de la respuesta en cuanto sepa algo.

Pero, en la siguiente ocasión, tenía una nueva propuesta que hacerme. Me dijo que esta vez los de arriba querían que fuera a Roma y sirviera de intermediario entre el Kremlin y el Vaticano. Ahora que la Unión Soviética se había unido a los Aliados, quizá fuera posible algún tipo de concordato sobre el comunismo. Por disparatado y absurdo que aquello pareciera, accedí. En el pasado, la idea de volver a Roma, al mundo libre, me habría emocionado; pero el que aquella oferta no me causase más emoción que otra cualquiera era indicio de mi nuevo sentido del abandono. A Dios le tocaba decidir si iría o no a Roma: era asunto suyo. Estaba dispuesto a aceptar ese y cualquier otro acontecimiento como venidos de su mano. Las conversaciones sobre aquel asunto llenaron muchas sesiones con el interrogador, en el curso de las cuales me mantuve totalmente distante y perfectamente sereno. Por supuesto —me explicó el interrogador—, en Roma no estaría solo. Formaría parte de un equipo y me pedirían que pasara otro tipo de información, que facilitara algunos detalles para transmitirlos a Moscú. Si no lo hacía así, si traicionaba su confianza, los mismos con los que iba a trabajar se encargarían de acabar conmigo al instante. Antes de partir hacia Roma, recibiría un mes de entrenamiento en técnicas de espionaje que probablemente me resultarían muy necesarias.

Ni un solo momento perdí la calma. Así como antes la simple idea de colaborar me habría atormentado y desasosegado, ahora no me preocupaba nada. Si aquello tenía que ocurrir, ocurriría... y solo Dios sabía por qué. Y, si no tenía que ocurrir, no ocurriría. Mi confianza en su voluntad y en su providencia era absoluta: sabía que únicamente tenía que seguir las inspiraciones de su gracia. Estaba seguro, completamente seguro, de que, llegado el momento de tomar una decisión, Él me guiaría por el camino correcto. Y así fue. Cuando por fin el interrogador me pidió que firmara un documento accediendo al asunto de Roma, me limité a decir que no. No fue premeditado: de hecho, hasta ese momento me había mostrado de acuerdo en todo. Pero, de pronto, me pareció que eso

era lo que había que hacer, y lo hice. Él montó en cólera y me amenazó con fusilarme en ese mismo momento. No sentí ningún temor. Creo que incluso sonreí. Entonces supe que había ganado. Cuando llamó a los guardias para que me sacaran de allí –sin otro destino, pensaba yo, que el pelotón de fusilamiento–, me fui con ellos como si fueran ministros de la gracia del Señor. En ese momento, sentí su presencia y supe que el futuro al que me enviaba estaba trazado por Él con un objetivo. No deseaba nada más.

Capítulo 8

EN CAMINO

Efectivamente, salí de Lubianka, pero no para enfrentarme a un pelotón de fusilamiento, sino para emprender un largo viaje desde Moscú hasta Siberia. Encerrados como cabezas de ganado en trenes abarrotados de presos durante un trayecto agotador que no parecía tener fin, o bien recogidos como animales en rudimentarios campamentos de tránsito y en recintos vallados masificados, nos vimos sometidos a unas condiciones lamentables, e incluso inhumanas; y, a pesar de todo, el mero hecho de poder estar de nuevo con gente era una delicia. Sorprendentemente, ansioso como estaba de compañía y de conversación, al principio me costó comunicarme con los demás. Les escuchaba lleno de curiosidad y con avidez, pero hablaba poco. Mi mente parecía seguir otros derroteros; a veces hasta me costaba comprender lo que decían. Sufría una especie de desorientación, me imagino que motivada por los largos períodos de aislamiento y los hábitos mentales defensivos desarrollados a lo largo de las sesiones de interrogatorios. Al principio tenía que hacer un auténtico esfuerzo para entablar conversación con el resto de los presos. Aun así, el simple hecho de estar con otros y escucharles hablar bastaba para levantarme el ánimo. No sabía con certeza lo que me aguardaba al final del viaje, ni siquiera adónde me dirigía, pero por el momento no me importaba demasiado. Aunque seguía estando preso, me sentía libre y sin control externo. Era casi como si hubiera resucitado de la tumba de Lubianka.

Me hallaba literalmente hambriento de noticias acerca de los acontecimientos ocurridos durante mis cinco años de prisión, por no hablar de los actuales. Sabía que en el último año de mi estancia en Lubianka había acabado la guerra en Europa. Las campanas de la cercana Plaza Roja repicaron con entusiasmo y la noticia fue motivo de tanta agitación y alegría que uno de los guardias la difundió rápidamente entre los prisioneros. Fue una de las pocas veces durante aquellos años en que supe algo del mundo exterior. Así que ahora tenía hambre de información acerca de la guerra y del régimen, de los presos y del mundo en general. Sentía una curiosidad desbordada, casi una adicción a historias de todo tipo, incluso a los rumores. El hábito de recogimiento que había logrado en soledad se resquebrajó bajo aquel bombardeo. Estaba constantemente distraído, incluso cuando intentaba rezar. Los serenos encuentros con Dios de que había disfrutado en la prisión, los tiempos de meditación y contemplación pasaron a ser menos eficaces y frecuentes.

No fue esa la única adaptación que tuve que llevar a cabo. Mi deseo de ver la voluntad de Dios en cualquier situación, de buscar y entender la obra de su providencia en cada circunstancia, volvió a entrar en conflicto con el mundo real. Durante los ratos de oración y de contemplación resultaba fácil imaginar acontecimientos futuros y el modo

en que intentaría responder ante ellos. Bajo la luz especial de que gozaba, no me costaba nada navegar libre y eufórico surcando el futuro, dispuesto a aceptar cualquier cosa que Dios me tuviera preparada. Pero ahora el futuro pasaba a ser presente y, como suele suceder, era mucho menos manejable y más complicado de lo que parecía en teoría. De ahí que la burda realidad de la vida sometiese a una dura prueba a mi nuevo espíritu interior, decidido a buscar, discernir y aceptar la voluntad de Dios en cada detalle de cada situación. En otras palabras: había estado a solas con Dios en la cima del monte y ahora debía descender para incorporarme al ajetreo, al bullicio y a las discordias del campamento.

Y, casi como le ocurrió a Moisés, lo primero que descubrí fue la presencia del mal: no como una idea abstracta o una definición filosófica, sino como una realidad espantosa, brutal, dura e implacablemente cruel. Porque la mayor parte de mi viaje a Siberia a través de las vastas extensiones de las estepas rusas, encerrado entre los toscos límites de los trenes de prisioneros o en los rudimentarios campamentos de tránsito, lo hice acompañado de delincuentes empedernidos. No de presos políticos como yo, sino de los rufianes que pueblan el submundo ruso —y me imagino que cualquier submundo—. Eran hombres violentos, duros e infames, con sus propios principios, sus propias normas de conducta y su propia escala de valores. Las virtudes que admiraban eran la fuerza y el engaño; si es que la conciencia significaba algo para ellos, se trataba simplemente de una muestra de debilidad. Hacía mucho tiempo que habían aprendido a ignorarla y a regirse por su propio código. Eran absolutamente despiadados y carecían de escrúpulos. Por eso, trataban a patadas a todos los presos políticos con los que se relacionaban; hasta los guardias temían vérselas con ellos o hacerles frente.

No dudaban en matar a la menor provocación. Consideraban la violencia física el medio para conservar el control e inspirar terror a los demás. Existía entre ellos cierta jerarquía basada en la fuerza, la resistencia y una crueldad salvaje. Sin embargo, frente «al resto» se mantenían unidos: formaban una piña y compartían una actitud de desprecio hacia el que no era uno de ellos. Parecían guardar especial rencor a los presos políticos, con quienes se ensañaban. Los consideraban traidores, lo que de alguna manera justificaba su desdén. Y como los políticos eran en su mayoría gente culta o antiguos miembros del partido, los tildaban de «instrumentos del NKVD». Todo ello les otorgaba dentro de su propio código cierto derecho a dominar y maltratar a los presos políticos. De primeras y sin mediar discusión, se quedaban con su comida y su ropa. Cualquier intento de resistencia u oposición se castigaba con la violencia física. La fuerza es el derecho de las bestias. Repartían palizas sin compasión ni remordimiento.

El mundo y la mente criminales eran algo totalmente nuevo para mí. Algo terrorífico y, al mismo tiempo, fascinante. Por primera vez experimenté de modo palpable el poder del mal y su capacidad para eclipsar completamente el bien. Dadas las circunstancias, los buenos no podían competir con quienes mentían, robaban, acosaban, golpeaban, maldecían e incluso asesinaban sin escrúpulos. Tendrían que haber renunciado a lo mejor

de sí mismos, descender al nivel del instinto, la pasión y el odio animales, para combatirlos o responder del mismo modo. Y ni siquiera entonces hubieran podido igualar su violencia física y su brutalidad salvajes. Porque no había nada que detuviera a aquellos hombres: carecían de restricciones; habían crecido acostumbrados a una jungla donde gobernaba el más fuerte, el más violento, y donde el más débil se las arreglaba para sobrevivir valiéndose de una astucia sin principios. Y lo que hacían lo hacían abiertamente. Se sentían seguros e incontestados en el mundo que habitaban, un mundo con unos códigos, unas leyes y unos valores propios, tan absolutos como cualquier otro «código moral»... pero totalmente pervertido.

Simplemente, daban por hecho su control sobre el resto de los presos, como si estuvieran destinados por algún derecho divino desde toda la eternidad a regir el universo de las prisiones y de los campos de prisioneros. Era la arrogancia del mal lo que lo hacía tan espantoso. No había recursos a los que acudir, excepto el de volverse tan malo y perverso como ellos y pagarles con la misma moneda. Así actuaban algunos presos políticos cuando su número se lo permitía. Pero el dominio del submundo de las prisiones hunde sus raíces en el terror y cuenta con muy buena memoria y con un sistema de organización que le permite contraatacar con el terror en otro momento y en algún otro lugar. Más adelante, en los campos, yo mismo presencié cómo unos matones entraban en un barracón, sacaban a rastras de su litera a un preso político –el cual, junto con algunos amigos, había dado una paliza en otro campo a un criminal de cuyo acoso era víctima– y lo mataban a patadas delante del resto del barracón, mientras los hombres, atónitos, permanecían quietos y en silencio. El submundo presumía de su habilidad para vengarse y el miedo que generaban sus amenazas de represalias hacía que nadie discutiera su reinado.

En Perm ya había sido testigo de este tipo de cosas. Durante los años de Lubianka, mi encierro solitario y el hecho de que la inmensa mayoría de los presos fueran políticos me evitaron casi cualquier experiencia de este tipo. Ahora, sin embargo, volvía a verme brutalmente inmerso en ellas. En el tren de prisioneros en el que abandoné Moscú me encerraron en un compartimento junto con veinte ladrones y criminales. Yo era el único preso político. En cuanto los guardias me metieron a empujones, me hallé totalmente a su merced. Se quedaron con mi ropa de repuesto, que canjearon con los guardias por comida... solo para ellos. Me retaron abiertamente a que hiciera o dijera algo al respecto. Cuando, furioso y sin decir palabra, me quedé mirando al jefe, este me insultó, me dijo que no le gustaba cómo le miraba y amenazó con ordenar a sus compinches que me doblegaran a base de golpes.

Fue un duro regreso al mundo real. Sentía miedo físico, ira interior y cierta confusión espiritual. Esas eran las circunstancias, esas eran las personas –intentaba decirme a mí mismo– que encarnaban la voluntad de Dios para mí en ese momento. No me entretuve con estos pensamientos tan tristes, pero estaba confuso. Incapaz por el momento hasta de rezar o recogerme, me senté en un rincón del compartimento del tren de prisioneros y

observé angustiado lo que ocurría a mi alrededor.

Pensaba en las necesidades de la vida. De pronto me di cuenta de lo poco que me habían preocupado hasta entonces. Incluso en la prisión había recibido comida, techo y ropa –por miserables que fueran–. En cierto modo, en palabras del Evangelio, no había tenido que inquietarme por qué comería o qué bebería, con qué me vestiría o dónde dormiría: a lo largo de mi vida religiosa y en los campos de trabajos forzados de la Unión Soviética siempre me lo dieron todo. ¡Solo debía preocuparme por el reino de Dios y su justicia! Ahora, mientras observaba cómo los ladrones y criminales se buscaban la vida en un universo con una «justicia» y unos estándares propios, comencé a plantearme mi supervivencia. No cabía duda de que los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz. ¿Cómo iba a sobrevivir allí en medio? Para ellos, no existía nada más allá de ese mundo material y ese momento. Sobrevivían porque habían aprendido a sobrevivir. Dominaban el arte de la supervivencia. Liberados de los frenos de la conducta y la conciencia civilizadas, abusaban del más débil y se vengaban de la sociedad a través de sus crímenes y sus robos violentos. Pensaban que la sociedad les debía algo y ellos lo tomaban: tan sencillo como eso.

En medio de todo aquello, no podía evitar pensar lo distintas que eran su forma de ver la vida y sus convicciones de las mías. Ese pensamiento no nacía de considerarme mejor o de estar por encima de ellos. Todo lo contrario. A su lado me sentía fuera de lugar, como un paria o un extraño. Me escandalizaba su lenguaje, en el que las blasfemias eran habituales, pero aquello no era nada comparado con el abismo que separaba mi visión de la vida en general de la suya. No teníamos prácticamente nada en común, excepto tal vez el instinto humano de supervivencia, un instinto que en ese momento provocaba en mí un leve temblor. Por lo demás, despreciaban todo lo que yo valoraba. Lo que yo consideraba virtudes, para ellos no eran más que señales de debilidad: según su código moral, todo lo que para mí era pecado ellos lo tenían por virtud. Eran ateos, materialistas, oportunistas y absolutamente faltos de escrúpulos.

Durante los largos años que conviví con esta clase de hombres en los campos de prisioneros, fui descubriendo gradualmente que esas primeras impresiones no eran del todo acertadas. Poco a poco, comprendí que, bajo su violenta apariencia externa y su torcido código moral, esos criminales también eran hombres: hombres movidos por el miedo, quizá incluso más que el resto, pero hombres al fin y al cabo. Como todos, alguna vez tuvieron esperanzas; como a todos, aún les perseguían los recuerdos: los de sus familias, los de sus seres queridos, los buenos tiempos perdidos, las ocasiones desperdiciadas. En cierto modo, eran hombres que se habían unido en un mundo propio llevados del mismo y básico deseo de amistad y camaradería (incluso en el crimen) que sentimos todos; llevados de la misma necesidad de un sentido de pertenencia y de seguridad; de la misma necesidad de compartir un objetivo común y un conjunto de valores, aunque aquello muchas veces significara vengarse de la sociedad. Comprender todo esto en años sucesivos nunca me llevó a aceptar o a justificar sus actos, pero sí a

compadecerlos como seres humanos, aunque al mismo tiempo me asustara lo que eran y lo que pudiesen hacer. Pero en ese momento, dentro de aquel vagón de prisioneros, lo único que sentía era miedo; lo único que podía percibir era el lado más oscuro de aquellos hombres, y me quedé sentado pensando con aprensión en mi futura vida entre ellos.

¿Cómo serían los hombres que me encontraría en los campos hacia los que me dirigía? ¿Serían iguales que estos delincuentes profesionales? ¿Habrían asimilado sus mismos valores y conductas para salir adelante en ese mundo y poder seguir con vida? Y, de ser así, ¿me adaptaría a ellos? ¿Tendría que adquirir también yo la astucia de los hijos de este mundo para conseguir alimento y ropa suficientes y para sobrevivir? ¿Sería capaz de cuidar de mí mismo?

Casi inmediatamente, me di cuenta de que estaba planteándome preguntas y alimentando dudas en las que había prometido no caer después de haberme abandonado a la voluntad de Dios. Y me di cuenta también de que una cosa es renunciar a esas dudas y a esas preguntas en un momento de gracia, de inspiración y de luz interior, y otra muy distinta impedir que broten espontáneamente cuando las circunstancias duras y exigentes de cada momento de la vida diaria alejan de la mente todo lo que no sean pensamientos relacionados con el aquí y el ahora. Por eso, no me avergoncé ni de esas dudas ni de esas preguntas: simplemente, las reconocí como lo que eran e intenté recogerme para recuperar mi compromiso con la voluntad de Dios también en medio de esas circunstancias.

No sabía cómo reaccionaría en el mundo al que había sido brutalmente arrojado y en el que transcurriría mi vida en el futuro, en la medida en que era capaz de preverlo. Solo sabía que esa sería mi vida y que era la que Dios quería que viviera. Sería el trabajador de una viña en la que los viñadores, en realidad, poco podían hacer. Pero la cosecha, igual que la siembra, no dependerían de mí, sino de la providencia divina. Ignoraba los detalles de lo que Dios esperaba de mí ni cuánto podía esperar yo de mí mismo. Pero precisamente por eso estaba decidido a aceptarlo todo, fuera lo que fuera, como venido de sus manos.

Volví a pensar en esas palabras: «Los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz». Era extraño que siguieran rondando mi cabeza, pero suponían un reto singular y emocionante para un sacerdote-apóstol que se dirigía en un tren de prisioneros hacia los campos de trabajos forzados. El desafío resultaba evidente. ¿Podrían ser mi sacrificio, mi entrega total, mi fortaleza en el cumplimiento de la voluntad de Dios menores que los de los hijos de este mundo? Ellos sabían que, para sobrevivir a una larga condena, un hombre debía enfrentarse a los días de uno en uno y conquistarlos. ¿No estaba decidido yo a ver en los días, en cada día, un don de Dios dentro de cuyos límites cumplir su voluntad? Los presos sobrevivían aceptando la vida tal y como era, a puñetazos, con la única esperanza de sobrevivir cada día como se presentaba, uno detrás de otro. Sin duda, mi motivación me ayudaría a trascender aquello. Para mí, cada día

debía ser algo más que un obstáculo que superar, algo más que un espacio de tiempo que soportar, una sucesión de horas de supervivencia. Para mí, cada día llegaba recién salido de las manos de Dios y repleto de oportunidades para hacer su voluntad. Para mí, cada día era una serie de momentos y sucesos que ofrecer a Dios, que consagrar y devolverle con una dedicación plena a su voluntad. Eso era lo que mi sacerdocio me pedía, como le pedía a todo cristiano.

Los hijos de este mundo ponían todo su empeño en sobrevivir valiéndose de cualquier medio a su alcance. También yo tendría que empeñarme en ello, pero con una dimensión añadida. No debía evitar las privaciones ni suavizar su impacto. Debía ver en ellas la voluntad de Dios y emplearlas para trabajar por mi salvación. Si no, estaría actuando como un hijo de este mundo, y no como un hijo de la luz. Estaría obrando movido por el fatalismo, y no por la fe. Sobreviviría a una sucesión de momentos, a una sucesión de días, pero no habría logrado nada para ellos ni para mí. Por eso, una vez más, tomé la decisión de aceptar cada día y cada momento como venidos de las manos de Dios y ofrecérselos lo mejor que pudiera. En lugar de limitarme a sobrevivir pasivamente, como los hijos de este mundo, con su ayuda y su gracia participaría activamente... y sobreviviría. Jamás dudé de que lo haría, porque no temía no sobrevivir. La muerte solo sería una llamada para volver al Dios al que servía cada día. Mi vida consistía en hacer la voluntad de Dios, como el Señor nos enseñó a decir con sencillez en su oración: «En la tierra como en el cielo». Su voluntad decidiría cuánto tiempo pasaría en la tierra.

Estos pensamientos y esta oración me hicieron recobrar la paz: una vez más, esa paz que conlleva el pleno abandono a la voluntad de Dios. Solo que esta vez no me hallaba dentro de los tranquilos límites de una celda solitaria de Lubianka, sino en un rincón de un vagón de prisioneros traqueteante, tosco y obscuro. Aunque las circunstancias no habían mejorado, recuperé mi disposición a aceptar la voluntad de Dios. Y, junto con ella, la paz y una confianza renovada: no en mi propia capacidad de supervivencia, sino una fe y una confianza absolutas en el poder de Dios para sostenerme y darme toda la fortaleza precisa con que enfrentarme a los retos que Él me enviase. ¿Qué otra paz, qué otra confianza mayores necesitaba? Casi anhelaba volver a trabajar en su viña.

Capítulo 9

EL CUERPO

«El espíritu está pronto, pero la carne es débil». ¡Cuántas veces medité estas palabras de la Escritura durante los largos años que pasé en los campos de trabajo!: a veces con cierta dosis de ironía, pero por lo general sumido en la agonía de un dolor físico lacerante o desesperado por el agotamiento más absoluto. ¡Cuántas veces, a lo largo de esos años, medité lo importante que es el cuerpo para el hombre, lo esencial que resulta el bienestar físico para el bienestar humano, el papel tan decisivo que desempeña en cualquier actividad ese barro en el que Dios insufló por primera vez el aliento de vida! «El hombre es una criatura compuesta de cuerpo y alma». Hemos recitado esta verdad desde el primer día en que estudiamos el catecismo. Sin embargo, hasta que el cuerpo nos falla, o nos duele, o reclama nuestra atención a través de una leve punzada o de su derrumbe definitivo, tenemos tendencia a subestimar o a tratar con displicencia el primero y más preciado de los dones que Dios concede al hombre.

Mi segundo día en el campo de trabajo fue una de esas ocasiones. Ya el primero había sido bastante malo. Me enviaron a la bodega de un barco a palear carbón. El ritmo era endiablado. En los largos meses de invierno, mientras el agua estaba helada, el carbón se almacenaba en el puerto ártico de Dudinka, a orillas del río Yeniséi. Todos los años, durante la corta temporada en que el hielo se derrite y el río se hace navegable, había que cargarlo en los barcos, que lo transportaban a otro lugar. Allí llevaban a los presos de los campos de Dudinka a trabajar sin descanso entre doce y quince horas diarias, hasta que se extinguía la luz de los largos días del verano ártico. Era un trabajo brutal para empezar y yo llevaba más de cinco años inactivo. Físicamente, no estaba en condiciones de trabajar. Aun así, me bajaron a la bodega, me dieron una pala y me dijeron que fuera nivelando la cascada de carbón que descendía por una cinta transportadora, de manera que se pudiera cargar uniformemente.

Trabajé hasta caer prácticamente desplomado –cosa que, dadas mis condiciones físicas, ocurrió muy pronto–, pero tuve que continuar paleando por temor a perder la vida. No había forma de detener la cinta y, si dejaba de mover la pala, el carbón que caía en medio de un estruendo me habría sepultado. De modo que debía mantenerme en movimiento, tropezando y resbalando sobre los inestables montones de carbón mientras la bodega se iba llenando, y manejando la pala lo mejor que podía hasta que los brazos y el pecho se me entumecieron y no sentía nada mientras seguía moviéndome mecánicamente. Aquella noche, cuando me derrumbé en la litera de madera del campo de prisioneros, cada músculo y cada tendón de mis brazos y mis piernas, de mi pecho y mi espalda, estaban completamente agarrotados.

A las cinco de la mañana siguiente, cuando sonó la señal de levantarse, tenía todos

los músculos del cuerpo tan rígidos como el hierro forjado. Hasta ponerse en pie suponía una agonía. El más leve movimiento me sacaba un grito de dolor. Pasar las piernas por el borde de la litera fue una tortura y me resultaba prácticamente imposible mantenerme en pie. ¿Cómo iba a bajar a la bodega a palear carbón yo solo durante otras quince horas seguidas? Era imposible. Físicamente imposible. Pero lo hice.

Ese fue mi estreno en los campos de trabajo de Siberia. No hubo período de aclimatación. Después de casi cinco años de constante inactividad en la cárcel, llegamos al campo una tarde y a la mañana siguiente iniciamos una jornada de trabajo completa. A partir de entonces, a menos que la enfermedad nos lo impidiera o que algún otro milagro viniera a salvarnos, trabajamos sin apenas un día de descanso. Para eso precisamente nos habían llevado a los campos del extremo norte. A lo largo del trayecto desde Moscú, a los enfermos y a los débiles los habían descartado en los campamentos de tránsito. Detrás de aquellos exámenes médicos no había motivos humanitarios, sino una mera política expeditiva. El gobierno había decretado la industrialización de Siberia; trabajar en aquella región congelada era una pesadilla; a pesar de las buenas promesas del gobierno y de las elevadas primas, los voluntarios escaseaban; se necesitaba mano de obra y los presos se la facilitaban. De ahí que no mereciera la pena trasladar ni alimentar a un prisionero a menos que pudiese trabajar. Si se trataba únicamente de detener a alguien, había innumerables cárceles donde encerrar a los que estaban enfermos, débiles o exhaustos. Si te enviaban a las heladas estepas siberianas, era porque podías trabajar. Y trabajabas.

Las condiciones de vida en los campos eran insoportables. Los barracones protegían de los vientos penetrantes tan solo lo necesario para hacer posible la supervivencia: nada más. Las raciones de comida apenas eran suficientes para mantenerse con vida y proporcionar la energía indispensable para trabajar. Había una «ración garantizada» suficiente para sobrevivir; pero, como incentivo añadido, a quienes superaban su cuota diaria de trabajo se les entregaban cupones sencillos, dobles o triples de raciones extra de comida. Ese plan de incentivos, de manera o no deliberada, podía volverse físicamente en contra de los presos. Cuando, por ejemplo, no alcanzabas tu cuota diaria durante varios días y solo recibías las raciones garantizadas, cada vez estabas más débil y te costaba más llegar a tu cuota al día siguiente. Era un círculo vicioso. Y, sin embargo, los hombres sobrevivían.

Dadas las circunstancias, el hecho de que sobreviviéramos es un tributo a la tenacidad y al poder de la voluntad del hombre, que le llevan a traspasar los límites de lo que es capaz de soportar; pero es también un tributo al cuerpo humano, esa obra maravillosa de la creación divina. Ninguna máquina ideada por el hombre podría resistir, un día detrás de otro, esa carga de trabajo constante y demoledor, llevado a cabo en el clima más extremo, que el cuerpo humano demostró ser capaz de soportar en los campos de trabajos forzados de Siberia. Aunque se suele decir que lo que nos ayuda a superar situaciones críticas como esta es el «indomable espíritu humano», el cuerpo merece sin

duda más atención que la que habitualmente se le presta: no el cuerpo entrenado y en óptimas condiciones de un atleta, sino el cuerpo débil y malnutrido, el cuerpo que se nos concede a todos. Sometido a aquel agotador régimen de trabajo diario en los campos, a la tortura permanente del hambre y el frío, a través del dolor y el sufrimiento, de la debilidad y la enfermedad, de una fatiga inconcebible y una resistencia inimaginable, llegué a comprender y valorar realmente esa verdad del catecismo: que el hombre es una criatura compuesta de cuerpo y alma.

En la ascética cristiana existe una corriente que tiende a despreciar el cuerpo y lo considera la parte corruptible del hombre y el origen de la corrupción. Especialmente entre los místicos orientales, puesto que el alma es inmortal y el cuerpo corruptible, este último se considera una bestia estúpida a la que hay que apalear hasta someterla, como a un asno tozudo. «El espíritu está pronto» para servir a Dios y buscar la perfección, pero «la carne es débil», perezosa e indolente, inclinada a la concupiscencia y al pecado; persigue su propio placer y distrae al alma de la búsqueda exclusiva de Dios. Los primeros padres del desierto orientales, por ejemplo, procuraban someter su cuerpo mediante penitencias extravagantes y ayunos extremos para alcanzar el dominio de la debilidad de la carne y liberar al alma de cualquier tendencia a ceder a los antojos de la naturaleza humana pecadora. Esta predisposición a considerar la naturaleza humana – sobre todo la llamada «naturaleza humana caída»– como innoble, corrupta, pecadora y, por lo tanto, despreciable, constantemente necesitada del freno y el control de la parte más noble del hombre, continúa en cierto modo presente en la espiritualidad cristiana tradicional. Y creo que es un error. Para los gnósticos, los maniqueos, los cátaros, los albigenses, los jansenistas y toda corriente herética, la materia es mala y la carne tiene tendencia al mal. Por alguna razón, es siempre el pobrecito cuerpo el que se lleva la peor parte, como si la mente y la voluntad no tuvieran pensamientos y tendencias pecaminosos; como si el pecado no consistiera precisamente en oponer la propia voluntad (y no el cuerpo) a la voluntad de Dios.

En los campos de prisioneros adquirí un respeto y un amor inmensos al pobre cuerpo. Era el cuerpo el que cargaba con la peor parte de todo sufrimiento, por mucha angustia que pudiera experimentar el alma. Y era el cuerpo el que tenía que sostenerte, por mucha fuerza de voluntad y mucha determinación que pudieras tener. Era el cuerpo el que sentía el azote del viento, la dentellada del frío, los calambres de los músculos doloridos, las heridas en carne viva de la piel agrietada y ensangrentada, la constante agonía del vacío en las tripas, el dolor y el entumecimiento de los tendones llevados al límite. La congelación y los rugidos del estómago, los pies hinchados, los ojos llorosos, los labios cuarteados y los nudillos maltrechos, las torceduras y los tirones, y las heridas y moratones: todo eso lo soportó el cuerpo pacientemente durante los largos, larguísimos días de trabajo en medio de una nieve copiosa, o de una lluvia helada, o del barro de las primaveras del extremo norte. Y aun así, no se sabe cómo, siempre se las arreglaba para permitirte sobrevivir un día más. Era el cuerpo el que padecía el dolor, el que

experimentaba la agonía y soportaba sobre sus hombros la pesada carga de esa Pasión diaria y de la muerte lenta de un trabajo inhumano. Para mí el cuerpo había sido siempre, en muchos sentidos, algo que daba por sentado. De joven había practicado muchos deportes y destacado en algunos, como el béisbol o el boxeo. Era peleón. Siempre quería ganar a los demás, ser el mejor, el más fuerte. Había recibido palizas y las había repartido. Durante mis primeros años de vida religiosa, intenté emular las historias de los santos con ayunos y penitencias de todo tipo. Pero lo hacía no tanto por castigar el cuerpo o alcanzar la perfección como por demostrarle al mundo y a mí mismo lo recio que era. Solo entonces, cuando cada día acababa exhausto y el cuerpo clamaba por cualquier minuto extra de descanso, por cualquier pequeño respiro en el trabajo, por cualquier migaja sobrante de comida, llegué a valorar realmente el don maravilloso de la vida que Dios había dado al hombre en los recursos del cuerpo humano.

La íntima relación entre el alma y el cuerpo es un prodigio de la Creación y un misterio de la existencia humana. Y, sin embargo, como después de la muerte el alma es juzgada mientras que el cuerpo se desmenuza en la tumba, cometemos el error de pensar que ese puñado de polvo mortal es un don menor de Dios, algo menos noble y hermoso que el alma inmortal. Existimos con el cuerpo y con el cuerpo nos ganamos la salvación. Con el cuerpo contemplamos y gozamos de la belleza del universo creado por Dios y en el cuerpo llevamos las señales de la Pasión de Cristo. La misteriosa interacción del cuerpo y el alma es una característica esencial de nuestra naturaleza. Si el cuerpo está enfermo o dolorido, cansado o hambriento, o sufre de algún modo, se resienten nuestro espíritu y nuestros juicios, y cambia nuestra personalidad. Algo tan nimio como un dolor de cabeza puede influir en nuestro trato con los que nos rodean. A través del cuerpo expresamos y experimentamos el amor, la bondad y el consuelo. Justificamos nuestra conducta irritable, mezquina y grosera con los demás con la excusa de que nuestro cuerpo tiene un mal día. Permanentemente, día tras día, hora tras hora, nos hallamos bajo la influencia de esa misteriosa acción del alma en el cuerpo y del cuerpo en el alma.

Los teólogos han escrito mucho sobre la Encarnación como el hecho central de nuestra Redención, como el punto culminante del drama de la historia de la salvación. Los autores espirituales son capaces de escribir incansablemente sobre ello, hablar de la salvación y de los actos salvíficos, de la nueva creación y de la restauración del orden social; de una humanidad enaltecida que ha recuperado la plenitud y la santidad; de la expiación, de la reparación y de la reconciliación del mundo caído con la voluntad divina; del nuevo Adán, del reino de Dios y de la vida del mundo futuro. Pero lo que solemos olvidar es una verdad tan sencilla como que Dios, en su Encarnación, tomó un cuerpo humano. No nos detenemos a reflexionar sobre el significado más básico de esta doctrina: que también Dios conoce exactamente qué se siente con el frío, el cansancio, el hambre o el dolor, porque también Él ha tenido un cuerpo. Ha pasado muchas horas, año tras año, haciendo el trabajo monótono y sin brillo de un carpintero; ha recorrido durante días caminos polvorientos con los pies cansados; ha encogido los hombros para

protegerse del aire de la noche o de una lluvia helada; se ha quedado despierto mientras los demás dormían; ha sentido sed y calor y fatiga, y ha estado a punto de caer extenuado.

Cristo debe de saber lo que es levantarse agarrotado, dolorido y llagado una mañana gris y sin luz; le tuvieron que doler la cabeza, las muelas, la espalda y los huesos; debió de experimentar alguna vez la angustia, la irritación y el enfado. En la Encarnación, Dios ha conocido Él mismo qué es la vida del hombre, qué obra salida de sus manos es esa criatura compuesta de cuerpo y alma. Desde la oscuridad del vientre materno hasta las tinieblas de la tumba, desde la infancia hasta la madurez y hasta la última, lenta e interminable agonía del moribundo, ha conocido lo que significa vivir en un puñado de barro, sentir la mano fresca de una madre sobre el cuerpo febril, gustar la sal del sudor y las lágrimas, escuchar la música y el canto de los pájaros y los insultos más viles; tropezar y caer, estar herido, magullado, molido y roto. Como cualquiera de nosotros en algún momento, acabó clamando para que se le ahorraran más cargas o sufrimientos. La Encarnación, en fin, significó que Dios se hizo hombre, igual a nosotros en todo, dice san Pablo, menos en el pecado.

Y, aun así, ¿descubrió Dios que el cuerpo del hombre era bueno, como dijo en los primeros días de la Creación? Creo que sí. Y a través de él llevó a cabo nuestra Redención. Al redimirnos, no nos libró del sufrimiento, del dolor ni de las penalidades. Si su resurrección es nuestra victoria y nuestro triunfo sobre la muerte sin que eso signifique que no vayamos a morir, tampoco su Pasión, que ha redimido nuestro sufrimiento, significa que no vayamos a padecer ni sentir dolor. Su ejemplo, sin embargo, nos ha enseñado a ver nuestro dolor de un modo nuevo y, por lo tanto, a contemplar nuestro cuerpo bajo una luz nueva. La Redención, la salvación de cada persona consiste, ni más ni menos, en hacer la voluntad de Dios: «Padre», dijo Cristo en el momento de su máxima agonía en el Huerto, «hágase tu voluntad y no la mía». Dios, sin embargo, no nos pedirá ni nos ha pedido que soportemos más de lo que Él mismo soportó en su Encarnación, su Pasión y su Muerte, ni que experimentemos nada que no haya experimentado Él.

Para todos nosotros, la salvación consiste, sencillamente, en tomar a diario la misma cruz de Cristo, en aceptar como voluntad de Dios lo que cada día trae consigo, en ofrecer a Dios cada mañana todas las alegrías, las obras y los sufrimientos de la jornada. Pero esto no son más que palabras. En la práctica, es el pobre cuerpo el que, como siempre y sin palabras, nos explica en qué consiste la salvación. Consiste en levantarse todas las mañanas y en acostarse agotado. Consiste en la rutina, no en el espectáculo. Puede consistir en un trabajo monótono, en un sufrimiento, en posponer los placeres, la felicidad o el amor que ansía el corazón humano para hacer lo que es preciso en ese momento. Consiste en trabajar por los demás, en cambiar su vida valiéndonos de nuestro cuerpo. ¡Cuántas veces agotado, sin fuerzas, a punto de caer rendido a causa de las duras condiciones de trabajo de los campos, pensé que no podía pedirle al cuerpo que

diera un paso más!; ¡cuántas veces, dolorido y con ironía, pensé en estas palabras: «El espíritu está pronto, pero la carne es débil»! En realidad, el hombre es una criatura compuesta de cuerpo y alma, y en este valle de lágrimas nos ganamos nuestra salvación por medio de la carne. Es el primer don que Dios y nuestros padres modelan para nosotros; nos sostiene y nos ayuda a lo largo de la vida y hace posibles tanto las alegrías como las penas; y, cuando finalmente la muerte nos separa de él, se merece todo descanso de que pueda gozar antes de resucitar para ser glorificado en el juicio final.

Capítulo 10

EL TRABAJO

«Con el sudor de tu frente», dijo Dios a Adán en el paraíso, «comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado, porque polvo eres y al polvo volverás». Tradicionalmente, el hombre ha interpretado este mandato divino como una maldición, y el trabajo como un castigo por el pecado. Sin duda, para muchos el trabajo ha sido una maldición, un mal necesario: especialmente las monótonas tareas diarias de un empleo rutinario. Lo hacen porque con él se ganan la vida, alimentan a su familia y sostienen su bienestar y su futuro, así como su propia seguridad en la ancianidad. Pero no tienen por qué disfrutar con él y, por lo general, no lo hacen. Y, si ha existido algún hombre para quien el trabajo haya significado una maldición y una carga sin ningún aspecto positivo, ese es sin duda el que ha vivido en un campo de trabajos forzados.

En su caso, el principio de Lenin —«el que no trabaja no come»— se aplica de la forma más rigurosa. A todo trabajo que se le encomienda se le asigna una cuota. Si la cubre, come; si no, no recibe más que la ración indispensable para sobrevivir. Y esa cuota se ajusta constantemente. El día en que el preso la alcanza, la cuota inmediatamente se incrementa. Y, cuando la supera con la esperanza de recibir una ración extra «sencilla» o «doble», el volumen de trabajo que sacó adelante para superarla se convierte en su nueva cuota. A partir de ese momento, si desea más comida, deberá superar su nueva cuota. Para unos hombres obligados a trabajar por hambre y debilitados por la inanición esta última vuelta de tuerca es un juego de lo más cruel.

Durante los años que pasé en los campos de prisioneros de Siberia, tuve numerosas oportunidades de reflexionar sobre la naturaleza y las razones del trabajo, tanto en los muelles y en las minas como en una tundra helada desprovista de abrigo, construyendo desde los cimientos un campo nuevo o nuevas fábricas con que cubrir las cuotas de «industrialización» quinquenales establecidas por el gobierno soviético para el extremo norte. Trabajábamos porque teníamos que trabajar para comer, para vivir, para sobrevivir. El trabajo era el objetivo para el que nos habían deportado a aquellos campos: nuestra existencia no tenía otra razón de ser. Éramos millones y a los responsables de los campos no les importaba en absoluto quién vivía y quién moría: no podían molestarse en alimentar bocas improductivas. Nos habían condenado por ser enemigos del Estado: si nuestro trabajo contribuía a reforzarlo, se consideraría una expiación y con el tiempo nos devolverían la libertad; en caso contrario, adiós muy buenas.

En aquellas condiciones, el trabajo era, sin duda, una maldición. Los presos odiaban trabajar, odiaban a los oficiales que les hacían trabajar y odiaban al gobierno que los había condenado a aquellas crueles tareas. Tan solo el hecho de tener que trabajar con el fin de obtener el alimento necesario para mantenerse, para sobrevivir, les hacía

presentarse cada mañana, mecánicamente y sin rechistar, en las brigadas y caminar resueltamente a través de las estepas árticas, con los brazos atados a la espalda, para enfrentarse una vez más a su cuota diaria de trabajo. Lo que los animaba a hacerlo era el afán de sobrevivir: la idea de la supervivencia era lo único por y para lo que trabajar. Realizaban el trabajo necesario para seguir viviendo y evitaban todo el que les era posible siempre que se garantizaran la supervivencia. El trabajo no era importante, pero la comida, sí; y la comida solo importaba porque sin ella no se podía subsistir mucho tiempo. Lo importante era superar un día más. Cuando el turno de trabajo finalizaba, los hombres contaban cuántos días quedaban de su larga condena y daban gracias a Dios por que hubiera pasado uno más.

En los campos de trabajos forzados el trabajo no tenía nada de ennoblecedor. Aparte de la necesidad de trabajar lo suficiente para contar con el alimento que le hacía falta para continuar con vida, el preso no le veía ningún sentido ni experimentaba ninguna satisfacción. No compartía el deseo oficial de industrializar el extremo norte, de alcanzar nuevos records de rendimiento soviético, de domesticar un terreno salvaje o de aprovechar la riqueza de los recursos naturales ocultos bajo la helada corteza siberiana. De hecho, a los hombres les causaba cierto placer sabotear el trabajo siempre que podían. Y, aunque los jefes de brigada los vigilaran de cerca, aunque se vieran obligados a cubrir determinada cuota para comer, ponían todo su empeño en trabajar negligentemente. Lejos de sentirse orgullosos de lo que hacían, hallaban en ello un modo de vengarse de quienes los obligaban a hacerlo.

El espíritu del *Komsomol*, de los Jóvenes Pioneros, de los estajanovistas o de las fuerzas de choque del Partido Comunista del Trabajo no iba con ellos. Tampoco iba con ellos el espíritu del simple obrero comunista, convencido por la insistente propaganda de que el trabajo duro es una virtud del «nuevo hombre soviético». El adoctrinamiento —en las escuelas, en la prensa, la radio y la televisión, las fábricas y los carteles— no hace distinción de ciudadanos. Exige exactamente el mismo sacrificio del instruido y del no instruido, del trabajador manual y del intelectual, del agricultor y del habitante de las ciudades. De todos se espera que en determinadas ocasiones se presenten «voluntarios» para trabajar en lo que haga falta, tanto si se trata de un trabajo físico en el campo o en las granjas colectivas, como de limpiar la nieve de las calles de las ciudades o de barrer los parques, de un proyecto de reforma del metro, las autopistas o los centros recreativos públicos, de descargar vagones o de cualquier otra cosa que requiera un intenso ejercicio físico. Poco importa el proyecto: todos los profesionales participan en el esfuerzo común. Médicos, abogados, ingenieros, profesores, maestros, obreros de las fábricas, oficinistas, alumnos de las escuelas, amas de casa: en esas ocasiones, todos echan una mano gratuitamente.

Nadie se niega a ello, nadie se siente disminuido en absoluto por participar en el trabajo organizado. Al contrario: están satisfechos e incluso orgullosos de aportar su granito de arena a la creación de una sociedad mejor. Sí: en esas ocasiones, buena parte

de lo que se dice es mera retórica y simples palabras, pero en buena parte, no. El ciudadano soviético de a pie se siente orgulloso de formar parte de una sociedad que durante la pasada generación ha avanzado de un modo espectacular –industrial, económica, educativa, científica, social e incluso culturalmente–; una nación que se ha alzado de las cenizas y de las ruinas de la guerra para convertirse en una de las dos principales superpotencias mundiales. Naturalmente, la gente refunfuña y se queja del precio que ha tenido que pagar, de la falta de bienes de consumo, de los años de penalidades y sacrificios. Pero, al mismo tiempo, puede estar –y está– orgullosa de los sacrificios realizados, y puede también atribuirse el mérito de una sociedad construida sobre ellos.

Los presos de los campos de Siberia carecían de este espíritu, aunque durante los años que pasé allí llegamos a construir ciudades enteras y a levantar enormes complejos industriales, a abrir y explotar nuevas minas y a construir todas las instalaciones necesarias para convertir una vasta y helada estepa en un núcleo industrial eficaz y productivo. Y lo hicimos viviendo en las condiciones más rudimentarias, miserablemente alimentados, sin otras herramientas que las básicas. Lo hicimos obligados por la fuerza bruta y violentamente. No nos animaban ningún sentido del reto ni ningún espíritu pionero, sino el castigo y el hecho de que debíamos trabajar para seguir viviendo. Pero lo hicimos. Hoy la industrialización del extremo norte es una realidad gracias al trabajo de los condenados, que eran literalmente millones. Sin embargo, la única satisfacción que esos hombres sometidos, hambrientos y agotados obtenían de aquel espantoso trabajo era la de sobrevivir un día más. Y, para los que aguantaron hasta el final, *ese* fue su logro: no los edificios, ni los agrestes terrenos domesticados, ni las obras de construcción que dejaron tras ellos, sino el hecho de haber sobrevivido para salir de allí.

En todos los años que estuve en los campos de Siberia, salvo escasas excepciones, siempre se me asignaron los peores trabajos y las brigadas más duras. Eso era lo que merecían los cargos que me habían valido la condena. Por otra parte, los campos me brindaban la oportunidad de ejercer de algún modo mi sacerdocio, y la aproveché. Los funcionarios estaban al corriente de dichas actividades gracias a los confidentes e insistían en que las abandonara. Cuando me negaba y continuaba atendiendo a mis compañeros presos, me castigaban enviándome a las brigadas más duras, al trabajo más sucio, a pesadas tareas extra que me dejaban prácticamente extenuado y con poco tiempo y energía para ejercer el sacerdocio. Ningún esfuerzo por parte de mis amigos o seguidores influyentes logró que me trasladaran a brigadas mejores, excepto en raras ocasiones y por poco tiempo. A lo largo de los años que pasé en Siberia, mi destino fue formar parte de las peores brigadas haciendo los peores trabajos, excavando cimientos con las manos, abriendo zanjas en la tierra helada con un pico y una pala para las largas conducciones de alcantarillado, descargando a pelo y por la fuerza bruta pesados materiales de construcción, o arrastrándome por los húmedos y oscuros agujeros de las minas, donde un mal paso o un accidente siempre significaba la muerte.

Así fue como, a lo largo de todos esos años, conocí lo peor del trabajo: lo más brutal, lo más degradante, lo más deshumanizador. Y, como he dicho, reflexioné mucho sobre él: me hizo pensar mucho y lo medité mucho en la oración. ¿Qué fue para mí el trabajo durante aquellos años sino un castigo, una maldición? En verdad «con el sudor de mi frente comí el pan», y un pan muy escaso, por cierto. ¿Qué había de ennoblecedor en mi trabajo? Ni siquiera tenía la satisfacción de un padre o una madre que, por agotados que estén, proporcionan a su familia comida y un mínimo de confort. No podía experimentar ese sentido de reto, de sacrificio personal, de patriotismo del ciudadano soviético que trabajaba como voluntario durante un año o dos en las «tierras vírgenes», dejando a su familia y todo cuanto apreciaba para trasladarse al Ártico y ayudar a construir una fábrica, abrir una nueva mina o rematar algún plan de viviendas. Tampoco mi trabajo ofrecía en sí mismo algo de lo que enorgullecerse o sentirse satisfecho. Era el trabajo más vulgar, más corriente, más sucio; el que no requería ninguna habilidad ni ninguna idea: solo «buenas espaldas y poca cabeza», como solíamos decir.

Y, sin embargo, me sentía orgulloso de él. Lo hacía lo mejor que podía. Trabajaba cada día hasta el límite de mis fuerzas y tanto como mi salud y mi resistencia me permitían en aquellas condiciones. ¿Por qué? Porque pensaba que ese trabajo era lo que Dios quería de mí. No construí una nueva ciudad en Siberia porque Iosif Stalin o Nikita Krushev lo quisieran, sino porque lo quería Dios. El trabajo que realizaba no era un castigo, sino un modo de ganarme la salvación con temor y temblor. Ni siquiera las duras tareas que llevaba a cabo eran una maldición, sino un camino hacia Dios; y quizá también el camino para ayudar a otros a llegar a Dios. De modo que no podía verlo como algo degradante: era ennoblecedor, porque me llegaba de las manos de Dios mismo. Era lo que Él quería de mí.

Naturalmente, mis compañeros no dudaban en preguntarme si estaba loco. Podían entender que un hombre trabajara para cubrir una cuota si eso significaba más comida, pero no que lo hiciera por orgullo o por satisfacción personal. Mis fuerzas y mi limitada resistencia después de años de cárcel pocas veces me permitieron mucho más que alcanzar mi cuota diaria —no superarla—, de modo que eran incapaces de entender que me entregara a él con tanta vehemencia y me esforzara al máximo cada día. Me preguntaban cómo podía estar contribuyendo a los deseos del gobierno; por qué siempre realizaba mi trabajo lo mejor posible en lugar de sabotearlo; cómo podía estar ayudando a construir una nueva sociedad para los comunistas cuando estos rechazaban a Dios y despreciaban todo lo que yo representaba. Los presos cristianos incluso me preguntaban si no era pecado colaborar con el comunismo o, al menos, dar muestras de estar haciéndolo.

Yo intentaba explicarles que el orgullo que me procuraba mi trabajo era distinto del que podía sentir un comunista que construye una sociedad nueva. La diferencia estribaba en la motivación. Como cristiano, podía compartir su propósito de edificar un mundo mejor. Podía trabajar tan duro como ellos por el bien común. Las personas que se beneficiaban de lo que hacía eran precisamente eso: personas. Seres humanos. Familias

necesitadas de refugio para protegerse del clima ártico de Norilsk o gente de otros lugares remotos que tendrían una vida mejor gracias a los recursos naturales que yo había ayudado a extraer de aquella tierra helada, o a los bienes que algún día producirían las fábricas que había ayudado a construir. Por eso, en caso necesario, justificaba mi cooperación por el bien de toda la humanidad; en ese sentido, difería poco del trabajo que cualquier hombre puede realizar en cualquier sitio. Pero había algo más: la idea de que el trabajo en sí mismo no es una maldición de Dios, sino una participación en su obra creadora, un acto redentor y positivo, noble en sí mismo y digno de lo mejor del hombre, igual que fue digno del mismo Dios.

Darse cuenta de que, cuando Dios se hizo hombre, se convirtió en un trabajador contiene una espléndida verdad. No fue rey, ni jefe de una tribu, ni un guerrero, ni un estadista o un destacado líder de las naciones, como algunos esperaban del Mesías. Los evangelios nos muestran a Cristo como maestro, como sanador y hacedor de milagros, pero esas actividades de su vida pública ocuparon tan solo tres breves años. El resto del tiempo de su vida en la tierra Dios fue un carpintero de pueblo, hijo de un carpintero. No empleaba milagros para fabricar los bancos, ni las mesas, ni las camas, ni las vigas de los techos o los arados, sino el martillo y el serrucho, el hacha y la azuela. Trabajó muchas horas ayudando a su padre y luego mantuvo a su madre viuda con el duro trabajo de un artesano de las colinas de Galilea. Nada de lo que hizo –al menos que nosotros sepamos– implantó una nueva moda ni se convirtió en objeto de coleccionistas. Trabajó en su taller todos los días, semana tras semana, durante cerca de veinte años. Trabajó lo que todos nosotros hemos de trabajar en nuestra vida. Lo que hacía no tenía nada de espectacular y sí mucho de rutinario; quizá mucho de monótono. Poco se puede decir de los trabajos que hacemos o hemos hecho que no se pueda decir del que llevó a cabo Dios cuando se hizo hombre.

Y Él no lo veía como algo degradante, indigno de él o deshumanizador. En todo caso, devolvió al trabajo del hombre su dignidad original, su función esencial de participación en el acto creador de Dios. Una vez más, Dios trabajó y al séptimo día descansó. Pero para el Señor aquello no fue un mero acto simbólico, como el del político que barre parte de una acera para lanzar una campaña de limpieza o echa la primera paletada de tierra en una ceremonia de inauguración. Trabajó día tras día durante cerca de veinte años para darnos ejemplo, para mostrarnos cómo ni siquiera los quehaceres rutinarios están por debajo de la dignidad humana, ni tampoco de la dignidad de Dios; que las sencillas tareas domésticas y el trabajo repetitivo de un asalariado no son un mal necesario, sino actos nobles y redentores dignos de Dios mismo. El trabajo no puede ser una maldición si el mismo Dios lo llevó a cabo; comer el pan con el sudor de nuestra frente es, ni más ni menos, lo que hizo el propio Cristo. Y lo hizo por una razón. Trabajó durante años, durante más de tres cuartas partes de su vida en la tierra, para convencernos de que Dios no nos pide que hagamos nada más tedioso, más cansado, más rutinario y monótono, y menos espectacular que lo que hizo Él mismo. Trabajó para dejar claro que el trabajo

más sencillo y menos brillante es —o, en cualquier caso, puede ser, si se ve desde la perspectiva de Dios y de la eternidad— una participación en la obra divina de la creación y la redención, una ocasión diaria para cooperar con Dios en los hechos fundamentales de su alianza de salvación.

Para mí, como sacerdote, la idea de Cristo carpintero, de Cristo obrero, era suficiente motivación. Ahora podía volver a ejercer mi sacerdocio en el campo, pero ese no era el único trabajo que Dios me había encomendado. «Os he dado ejemplo», dijo a sus discípulos en la Última Cena, «para que, como yo he hecho con vosotros, también lo hagáis vosotros». Mi ministerio no consistía solo en enseñar, en sanar, en administrar los sacramentos, igual que su vida en la tierra no se redujo a sus tres años de vida pública. Me había puesto ahí, en medio de los campos, para trabajar como hubiera hecho Él de haber estado en ellos, para dar ejemplo de cómo trabajaría Él si ocupase mi lugar. Porque en el campo yo era Cristo. Y parte de mi enseñanza tenía que ser la de que el trabajo, todos los trabajos, cualquier trabajo, tiene valor en sí mismo. Tiene valor en la medida en que participa del acto creador de Dios. Tiene valor en la medida en que participa de los actos redentores de Dios. Tiene valor en sí mismo y tiene valor para los demás.

Con él no solo me ganaba mi salvación —aceptando las circunstancias de cada día como venidas de las manos de Dios y trabajando de manera que pudiera ofrecérselas de alguna manera mejoradas con mi esfuerzo—, sino la de los demás, al menos a través del ejemplo que pudiera darles. Es más, mis quehaceres, mis penalidades, los podía ofrecer por otros como un acto redentor, y como un medio de reparar y expiar tanto mis pecados del pasado como los suyos. En las crueles circunstancias de los campos, donde los hombres habían perdido todo sentido y noción de la dignidad del trabajo, yo, sacerdote, debía hacer de otro Cristo. Llevando a cabo mi trabajo cada día, cada hora, lo mejor que podía y hasta el límite de mis fuerzas, tenía que intentar volver a demostrar, en medio del viento, de la nieve y de las agrestes tierras siberianas, lo que Cristo había demostrado con sus veinte años de carpintero en Nazaret: que el trabajo no es una maldición, sino un don de Dios; el mismo don que entregó al primer hombre, Adán, cuando lo creó a su imagen y semejanza, y lo puso en el jardín del Edén para que trabajara y lo guardara como administrador del Señor.

Capítulo 11

EL SACERDOCIO

A pesar de todas las penalidades y sufrimientos que padecí en los campos de prisioneros de Siberia, estos me aportaron un inmenso consuelo: volví a ejercer mi sacerdocio. Podía celebrar misa –en secreto–, confesar, bautizar, confortar a los enfermos y asistir a los moribundos. Podía hablar a los demás de Dios e instruirlos en la fe, fortalecer a aquellos cuya fe era débil, ayudar y proporcionar luces a quienes eran creyentes solo de nombre y querían ser algo más; a quienes, como el hombre del Evangelio, habrían podido decir: «¡Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad!».

Está claro que no podía hacerlo abiertamente. Las autoridades del campo no se limitaban a desaprobar la actividad sacerdotal. Naturalmente, se oponían oficialmente a la religión y contaban con el poder de la ley y de la Constitución soviética que prohibían el proselitismo; pero su oposición no se reducía a eso. Sabían que los sacerdotes ejercían una influencia en la gente, cosa que, a ojos de los responsables de los campos, los hacía especialmente peligrosos, fuera lo que fuera de qué hablasen con sus compañeros. De ahí que los agentes de seguridad del NKVD mantuvieran con ellos entrevistas periódicas, de las cuales yo tuve mi ración. Uno de los objetivos de dichas entrevistas consistía en una especie de guerra psicológica constante, una forma de amenaza e intimidación, un recordatorio no demasiado amable de que unos enemigos del pueblo soviético tan peligrosos como los sacerdotes se hallaban bajo permanente vigilancia.

De vez en cuando, en aquellas entrevistas daban a entender deliberadamente que muchas de las actividades de los sacerdotes llegaban de inmediato a sus oídos a través de los confidentes. Los campos estaban llenos de ellos: todo el mundo lo sabía. Los presos que trabajaban en las oficinas a menudo sospechaban o incluso tenían pruebas fehacientes de quiénes eran, y ponían sobre aviso a sus amigos para que no se relacionaran con ellos. Algunos confidentes recibían venganza en forma de palizas y supe de varios casos en que fueron asesinados. Pero, en general, los prisioneros asumían que se trataba de hombres que, sencillamente, habían cedido a las presiones empleadas por el NKVD: era cuestión de vida o muerte, y el primer deber de un hombre consistía en sobrevivir. Por eso, sus compañeros presos se compadecían de ellos o los miraban con desprecio, pero en la práctica se limitaban a evitarlos o no les hablaban de otra cosa que no fueran los asuntos de todos los días. En un grupo social tan unido como el de los campos, no tardaba en saberse quiénes se habían pasado a las filas de los confidentes. Eso, por una parte, facilitaba las cosas al resto de los prisioneros, pero servía también a los propósitos de las autoridades, pues generaba un sentimiento de desconfianza entre ellos: tenían auténtico pavor a confiar en nadie a quien no conocieran especialmente bien. Y eso era un importante obstáculo para organizarse o conspirar.

Del mismo modo y por idénticas razones, estoy convencido de que los agentes de seguridad hacían saber que los confidentes sometían a una estrecha vigilancia a los sacerdotes, de modo que cualquier hombre fuese reacio a entablar una conversación sobre materia religiosa con un círculo cada vez más creciente de personas a las que no conocían bien. Otro de los objetivos de aquellas frecuentes entrevistas entre la seguridad y los sacerdotes consistía en descubrir qué *decían* los presos. Si no hablaban de religión con los sacerdotes, desde luego sus conversaciones versarían sobre algo más que el tiempo. Por eso, el NKVD intentaba descubrir de qué se hablaba en el campo, quiénes eran los cabecillas de los distintos grupos, qué se decía en privado en los barracones, qué pensaban los presos del régimen, del sistema y del futuro. Yo me negaba a cooperar con cualquier línea de interrogatorio: en Lubianka ya había colaborado con el NKVD más que de sobra. Además, pensaba que debía evitar cuidadosamente cualquier indicio externo de colaboración, a riesgo de levantar sospechas entre los presos de haber puesto en peligro el secreto de confesión. Naturalmente, jamás me planteé algo semejante, pero debía actuar con un tacto especial para que nadie pudiera albergar dudas al respecto.

Mi falta de colaboración en aquellas sesiones merecía toda clase de castigos. Me asignaban a las brigadas de trabajo más duras e incluso a las brigadas de los condenados, de manera que me resultara imposible crear un grupo de seguidores. Me cambiaban de brigada a menudo, me racionaban la comida. Me enviaban a los barracones más miserables y me negaban todo privilegio, incluso los que me había ganado. Y, si el jefe de brigada o de barracón incluía mi nombre por una u otra razón en la lista de privilegiados, algún funcionario superior se apresuraba a intervenir para impedir que los recibiera. Y, mientras tanto, las amenazas y las entrevistas no cesaban.

No cabe duda de que, en este sentido, los sacerdotes eran objeto de un trato especial. Pero un sistema como el de los campos, basado en el miedo y en la intimidación, no se ceñía solo a esta minoría religiosa. Los funcionarios tenían pánico y estaban siempre alerta frente a las pequeñas insurrecciones o revueltas entre los prisioneros. Procuraban por todos los medios acabar con los grupos formados de acuerdo con las nacionalidades o el idioma, o por la gente procedente de las mismas ciudades o de un contexto común como, por ejemplo, los universitarios o los antiguos miembros del partido. En los campos de prisioneros del círculo ártico había hombres de todas las nacionalidades de la Unión Soviética y muchos que compartían un entorno común, como el ejército, la universidad o el partido, por lo que a los agentes de seguridad les resultaba imposible evitar la creación de grupos unidos por un interés común o la asociación entre ellos en horas de descanso. Sin duda, ese era uno de los motivos de que el tiempo de trabajo rozara los límites de la resistencia humana. Ese era el motivo de las brigadas mixtas, en las que los presos poseían escasos intereses comunes o ninguno. Ese era el motivo de los frecuentes cambios que sufrían las brigadas. Y ese era el motivo, en definitiva, de que los órganos de seguridad no mantuvieran en secreto el empleo de confidentes. Debían a toda costa poder aislar a los potenciales agitadores o líderes de todo tipo. Y la causa de que los

sacerdotes recibieran un trato especial era tanto su potencial liderazgo entre los grupos religiosos o de nacionalidades como la propaganda atea o la persecución religiosa.

No obstante, era sorprendente lo poco que todas esas medidas de seguridad afectaban a las relaciones entre los sacerdotes y el resto de los prisioneros. En cuanto aparecías en el recinto solo o acompañado de otro sacerdote, los presos que andaban por allí se te acercaban. En el momento en que una brigada, un barracón o un campo nuevos se enteraban de que alguien era sacerdote, lo buscaban. No tenías necesidad de hacer amigos: acudían a ti. Era una lección de humildad, porque enseguida te dabas cuenta de que aquello era obra de la gracia de Dios y de lo poco que estaba en tu mano hacer. La gente se te acercaba porque eras sacerdote, no por lo que fueras personalmente. Tampoco acudían siempre a ti con la esperanza de recibir consuelo, o guía espiritual, o la respuesta a un problema: acudían a ti esperando recibir la absolución de sus pecados, la fuerza del sacramento. Aquella constatación era motivo de alegría y de humildad. Comprendías que acudían a ti como hombre de Dios, como representante de Dios: alguien elegido entre los demás hombres y ordenado para servir a los demás hombres en las cosas de Dios. Comprendías también que esto te imponía un deber de servicio y de asistencia, sin reparar en los inconvenientes personales, por muy cansado que estuvieras físicamente o por muchos riesgos que corrieras ante las amenazas oficiales. En cuanto a mí, no podía sino ver en cada encuentro con cada prisionero lo que Dios quería de mí aquí y ahora, y la mano de la providencia que me había conducido hasta allí por extraños y tortuosos caminos.

No siempre se trataba de predicar a Dios o la fe. A veces bastaba con limitarse a respetar a cada uno de tus compañeros del campo, a hacer el bien a todos al margen de lo que hiciesen o dijese, al margen de cómo te trataran. Hasta los cristianos que acudían en busca de consejo necesitaban comprensión y apoyo moral antes que un recordatorio de sus obligaciones o sus faltas. No tenía mucho sentido predicar sobre el pecado, la condenación o el infierno a quienes experimentaban a diario el infierno de la soledad, de la separación, de la angustia. El sacerdote necesitaba mucha tolerancia y mucha comprensión si quería ser eficaz entre aquellos infortunados seres humanos al borde de la degradación. El sentido común y la intuición, darse cuenta de que detrás de una pregunta, una conversación o un encuentro se hallaba el dedo de Dios, eran mucho más necesarios que las respuestas teológicas de los libros de texto.

Antes de la triste experiencia de Lubianka, donde acabé comprendiendo que en materia espiritual todo depende de Dios y no de uno mismo, siempre creí tener una respuesta y una explicación claras para cualquier cuestión moral de todo problema de conciencia. No obstante, después de mi propio fracaso en la prueba, después de aprender por las malas la verdad divina, en los campos fui capaz de servir humildemente a los hombres que Dios ponía en mi camino cada día. Si las obras del espíritu en nosotros las acabamos conociendo lentamente, ¿cómo no vamos a empezar a detectar aún más lentamente las obras de ese espíritu en los demás? Mientras realizaba mi labor diaria,

daba gracias a Dios una y otra vez por la terrible etapa de purificación que atravesé en Lubianka para poder servir a aquellos hombres torturados, y le daba gracias también por las misteriosas obras de su providencia, que me habían llevado hasta allí. Pero, por encima de todo, le daba gracias por haberme elegido para el sacerdocio y por la alegría de poder ejercerlo de nuevo.

En todos los campos había unos cuantos sacerdotes, lo cual también para mí era una fuente de consuelo. Los que llevaban más tiempo allí solían disponer de los contactos precisos y conseguían lo necesario para celebrar misa. Felices de contar con otro sacerdote, se apresuraban a hacer correr la voz entre los presos. Esa camaradería ya de por sí era un placer, pero significaba además la posibilidad de volver a acudir a la confesión y recibir los sacramentos, de tratar de temas espirituales, de compartir experiencias. Entre nosotros hablábamos de cómo dar mejor respuesta a los problemas que los presos nos planteaban: problemas específicos de un campo de prisioneros de los que jamás se había ocupado ningún libro de teología. Nos predicábamos y animábamos unos a otros, compartíamos oraciones y breves homilias. Los sermones quizá no fueran demasiado pulidos, pero las circunstancias en que se pronunciaban solían hacerlos motivadores y muy estimulantes. Bastaba con estar con aquellos hombres y verlos demostrar con las obras y con las palabras su entrega a Dios y al rebaño que Él les confiaba día tras día.

No todos eran perfectos: de hecho, entre los sacerdotes también había confidentes. Lo sabíamos porque a veces los presos de confianza que trabajaban en las oficinas nos contaban los encuentros que ellos mismos habían presenciado. En ocasiones, los propios sacerdotes admitían las presiones que habían recibido para colaborar y nos pedían perdón. Por extraño que pueda parecer, nunca excluíamos de nuestra compañía ni a estos confidentes ni a los sospechosos de serlo. Participaban en nuestras misas. Les oíamos en confesión y ellos nos oían a nosotros: tal era la solidez de nuestra confianza en el sigilo sacramental. No teníamos valor para apartar a nadie de la gracia que se obtiene de los sacramentos o de la escucha de la Palabra de Dios: demasiado bien sabíamos lo mucho que dependíamos de Dios y de su gracia.

En todos los campos había también algunos ministros baptistas, pero muy rara vez se relacionaban con nosotros. De hecho, algunos de ellos eran fervientemente anticatólicos y, en ocasiones, abiertamente contrarios y hostiles. Ellos y sus seguidores solían formar un grupo muy unido. Se reunían periódicamente para rezar, recitaban la Biblia de memoria y se orientaban mutuamente para ser fieles a Cristo y luchar contra el anticristo tanto bajo la forma del comunismo como del catolicismo. Quizá el hecho de que fueran tan intransigentes y tan críticos, o simplemente el formar parte de un círculo tan cerrado, hacía que los oficiales se mostraran especialmente severos con ellos y se emplearan a fondo para deshacer sus grupos. A mí me entristecía y hasta me desconcertaba su actitud hacia los demás creyentes, sobre todo dadas las circunstancias, pero uno no podía evitar admirar su entrega y el testimonio cristiano que daban de sus convicciones. Algunos

pensaban que en sus relaciones con el resto de los cristianos no se parecían demasiado a Cristo ni mostraban caridad; pero, puesto que estaban sinceramente convencidos de que la Iglesia, de alguna manera, representaba al anticristo, quizá se puedan entender sus reacciones y el temor que les inspirábamos. En realidad, en todos los demás sentidos eran admirables; y nunca temían defender su fe, padecer por ella y, de ese modo, dar testimonio en su vida diaria de sus creencias religiosas.

Lo mismo puede decirse de los pocos sacerdotes y monjes ortodoxos que conocí en los campos de prisioneros. La mayor parte no eran muy activos, pero daban la impresión de ser hombres verdaderamente santos. Se mantenían al margen de controversias y más aún de toda actividad religiosa pública, y llevaban una vida sencilla de oración y trabajo. En los barracones solían estar solos y rara vez hablaban con los demás. Algunos presos de más edad, ortodoxos también, los visitaban de vez en cuando y mantenían con ellos un rato de íntima conversación, pero parecían deseosos de evitar cualquier cosa que atrajera la atención de las autoridades del campo o pudiera crearles problemas con ellas. No obstante, el resto de los prisioneros les mostraban respeto, los dejaban solos y a veces se hacían preguntas sobre su vida de oración.

En realidad, la palabra clave de nuestro apostolado sacerdotal en los campos tenía que ser «testimonio». No se trataba tanto de predicar a Dios o de hablar de religión a los hombres que tratábamos como de vivir la fe que profesábamos. Al principio, muchos no lograban entender una vida dedicada a Dios en el trabajo, el sufrimiento y el sacrificio. Pero empezaban por respetarlo y de ese respeto nacía un sentimiento de admiración y luego de curiosidad. Lo que influía en ellos era, más que lo que decías, lo que hacías y cómo vivías. Sabían muy bien cómo funcionaban las cosas y el sistema penitenciario; sabían que los sacerdotes eran víctimas de un acoso especial por parte de los funcionarios. Pero veían cómo esos mismos sacerdotes se negaban a amargarse; los veían gastarse ayudando a los demás; los veían dar cada día más de lo que se les exigía sin quejarse, sin pensar en ellos mismos, sin preocuparse de su propia comodidad ni de su seguridad. Los veían disponibles para los enfermos y los pecadores, incluso para quienes los maltrataban o los despreciaban. Si un sacerdote se preocupa por esa gente, decían, es que cree en algo que le hace al mismo tiempo humano y cercano a Dios. Esa cualidad del sacerdote era lo que más los atraía. Y era esa cualidad la que los llevaba a buscar una nueva relación con Dios reconciliándolos con las leyes y con sus conciencias. Ayudar a los presos a volver a creer en un Dios que habían abandonado hacía mucho tiempo o que, sencillamente, llevaban años ignorando era nuestra mayor alegría y nuestro mayor consuelo.

Los católicos de ascendencia polaca, ucraniana, lituana y letona eran el principal objetivo de nuestro apostolado y el núcleo de cualquier «feligresía» de los campos. Se agarraban férreamente a la fe y les llenaba de alegría tener un sacerdote entre ellos y poder volver a recibir los sacramentos. Guardaban por tradición un profundo respeto a los sacerdotes y ponían todo su empeño en cuidar de nosotros y protegernos y en hacer

posible y eficaz nuestro apostolado. Compartían con nosotros la escasa comida extra de que disponían. Se quedaban a vigilar cuando celebrábamos misa para advertirnos de la cercanía de los guardias o de la presencia de confidentes. Y nos traían a otros prisioneros. Naturalmente, no todos eran cristianos ejemplares, pero creían. Quizá no siempre fueran capaces de explicar las verdades de fe para satisfacer la curiosidad de quienes habían crecido dentro del sistema soviético oyendo explicar o ridiculizar la religión en las escuelas, pero testimoniaban con su fe que esta proporcionaba otra dimensión de la vida; que un hombre podía creer en algo más que el mundo material; y que esa fe daba un sentido y un objetivo a una vida vivida en circunstancias que, de otra manera, solo serían motivo de desesperación. Gracias a su fe –por imperfectamente que la expresaran con palabras–, los demás acudían a nosotros para saber más sobre una religión capaz de dotar de ese significado a sus vidas.

En nuestros servicios religiosos no había conversiones impactantes, ni milagros, ni asambleas de oración espectaculares que manifestaran la acción del Espíritu Santo; no había en ellos ostentación ni esplendor que pudieran atraer a las mentes curiosas de los trabajadores corrientes a participar en ellas; no había pretensión religiosa alguna, ya que todas nuestras reuniones para celebrar la Eucaristía u otros servicios se llevaban a cabo en privado por miedo a las represalias. Lo sencillo y lo poco que se hacía por Dios –tanto una misa clandestina como un bautizo, un oficio de difuntos, un sermón predicado sobre la marcha, atender la llamada de un enfermo, una confesión, una palabra, un consejo o una oración susurrados caminando por el campo o desfilando entre la nieve de camino al trabajo– era misión conjunta del sacerdote y de los fieles. Por una parte, el sacerdote nunca perdía de vista su propia insignificancia. Como obrero de esa viña, se daba cuenta de la aparente imposibilidad de influir de un modo decisivo en las masas de gente que vivían dentro de un Estado declaradamente ateo. Por otra parte, notaba todos los días el poder de la gracia de Dios y confiaba plenamente en su divina providencia. De modo que su tarea consistía en hacer lo que se le pedía cada día lo mejor que podía y dejar el resto a Dios.

El sacerdocio proporcionaba también un propósito y un significado nuevos al duro trabajo y a los crueles sufrimientos que los hombres debían soportar para sobrevivir en los campos de Siberia. En su papel de otro Cristo, de mediador entre Dios y los hombres, el sacerdote podía ofrecer su propio sufrimiento y sus tareas por sus compañeros. Podía aceptar los trabajos y sufrimientos de cada día como venidos de las manos de Dios y ofrecérselos no solo por él, sino por todos los que lo rodeaban y luchaban por mantener la fe o aún no habían recibido ese don. Eso no hacía más fácil levantarse por las mañanas para afrontar un nuevo día de duro trabajo en medio del azote del viento, ni lo hacía menos agotador, pero añadía una dimensión de expiación y sacrificio a nuestras vidas más allá de la mera necesidad de sobrevivir y resistir otro día más. Confería otro sentido a la finalidad y a la dedicación del sacerdocio; sumaba un componente sacramental al trabajo y los sufrimientos diarios. Convertía cada momento y cada

esfuerzo en una labor sacerdotal. Porque un sacerdote se ordena para algo más que celebrar misa u oír confesiones, para consolar a los enfermos y confortar a los moribundos, para ofrecer palabras de consuelo y consejo espiritual a quienes lo necesitan. «Todo sacerdote ha sido escogido entre los hombres y puesto al servicio de ellos en las cosas de Dios», dice la liturgia de la ordenación. Y las cosas de Dios son todas las alegrías, el trabajo y los sufrimientos de cada día, por pesados y tediosos, por rutinarios e insignificantes que puedan parecer. La función del sacerdote consiste en ofrecer esas cosas a Dios por el prójimo y servir de ejemplo, de testigo, de mártir, de testimonio de la providencia y de los fines de Dios ante los hombres que lo rodean. Después de tantos años de aislamiento y soledad en Lubianka, me llenaba de alegría poder hacer de nuevo todo aquello entre el dolor y el sufrimiento físicos, la tristeza y la desesperación de los campos de prisioneros del Ártico siberiano.

Capítulo 12

APOSTOLADO

El objetivo de mi estancia en Rusia fue siempre, desde el principio hasta el final, el mismo: ayudar a la gente a encontrar a Dios y a alcanzar la vida eterna. El modo en que llevaría a cabo la tarea de salvar almas, la forma que tomaría fueron imprecisos desde el primer momento. Pero era una imprecisión que no me preocupaba, porque por entonces detrás de toda difusa visión del futuro contaba con la certeza de la fe y con una confianza plena en la obra de la divina providencia. Durante los veintitrés años que pasé en la Unión Soviética, siempre estuve convencido de que Dios me quería allí; y cualquier cosa que hiciera –importante o no– confirmaba de alguna manera mi fe, mi confianza en su voluntad. Una confianza derivada de la convicción de estar haciendo su voluntad e intentando cumplir lo que Él me pedía cada día. Al fin y al cabo, mientras Dios estuviera conmigo, nada malo podía sucederme. Tan sencillo me parecía entonces como cuando lo escribo ahora. Y esa extraordinaria sencillez no lo hace menos cierto, pues todas las grandes verdades nos parecen ingenuamente pueriles y simples cuando intentamos formularlas. La fe en la existencia de Dios y en su providencia, por ejemplo, es lo que subyace a la afirmación del catecismo de que «el hombre ha sido creado para alabar, reverenciar y servir a Dios nuestro Señor y para salvar su alma». Esta es la gran verdad que hay detrás de toda existencia humana.

Al principio solo tenía una vaga conciencia del dolor y el sufrimiento con que me encontraría en el curso de mi estancia en la Unión Soviética. Creo que, si alguien me hubiera preguntado si estaba dispuesto a padecer y morir por la fe, habría contestado que sí. Son cosas fáciles de decir cuando la amenaza es vaga y la fe, sólida. Para ser del todo sincero, nunca pensé demasiado en las penalidades a las que me enfrentaría en Rusia. No me costaba decir: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», y confiar en que Dios me protegería mientras yo me esforzara por cumplir su voluntad. En aquel entonces nunca me detuve a reflexionar en que Cristo pronunció esas palabras en su agonía final en la cruz, como conclusión a su Pasión y su obra en la tierra.

El dolor y el sufrimiento es algo en lo que todos tendemos a no pensar, algo que preferiríamos evitar. Recuerdo que, de niño, aborrecía los sermones y las pláticas de los retiros que trataban de la Pasión del Señor. La descripción de la agonía de Cristo que hacían los profesores o quienes dirigían los ejercicios espirituales me provocaba escalofríos. Todo me parecía demasiado vívido y, al mismo tiempo, inútil; no tenía un sentido aparente. La idea del dolor me repelía, tanto en la Pasión como en la vida, que me parecía demasiado preciosa para que los sufrimientos la estropearan. Por eso, deseaba escuchar algo sobre la Pasión que no fuese el dolor; buscaba otro significado a los sufrimientos de Cristo. Y creo que empecé a encontrarlo en las serrerías de los

Urales, en el dolor y en el sufrimiento tanto físicos como espirituales que conocí allí. Porque fue allí donde comencé a entenderlos en el contexto más amplio del apostolado.

¿Fui a Rusia porque quise? No: fui porque estaba convencido de que Dios me quería allí. Y el hecho de estar allí y seguir la voluntad de Dios conllevaron sacrificio. Conllevaron abandonar mi país, a los jesuitas que conocía y con los que trabajaba, a mi familia y mis amigos, y todo lo relacionado con mis primeros treinta años de vida. En una palabra: conllevó romper con cuanto había conocido y hecho hasta entonces para adaptarme a una vida de penalidades enteramente nueva, extraña, ardua y difícil en la que llevar a cabo un apostolado. Es el mismo sacrificio que hace y se le exige a mucha gente: los misioneros, los soldados, los matrimonios, los jóvenes que dejan su casa por primera vez. Ese sacrificio constituye la prueba primera de toda vocación, de toda llamada a seguir la voluntad de Dios. «Aquí estoy —como está escrito acerca de mí en el Libro— para hacer tu voluntad, Dios mío». Ese debe ser el fundamento de su vida y de su vocación, como lo es de toda vocación cristiana; y solo a la luz de esa fidelidad a la voluntad de Dios en el sacrificio, en el dolor y en el sufrimiento deberíamos escuchar las palabras de Cristo en la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Pero ¿por qué la Pasión? ¿Por qué el dolor y el sufrimiento? ¿Es Dios tan vengativo como para infligir dolor y sufrimiento a quienes le siguen? La respuesta no está en la voluntad de Dios, sino en el mundo en que vivimos y en el que procuramos seguir su voluntad. La vida y los sufrimientos de Cristo fueron redentores: su «apostolado» en el plan de la salvación consistió en restaurar el orden y la armonía originales de toda la creación destruidos por el pecado. Su perfecta obediencia a la voluntad del Padre redimiría la primera y las constantes desobediencias del hombre a esa voluntad. «La creación entera», dice san Pablo, «gime y sufre con dolores de parto hasta el momento presente», aguardando la obra redentora de Cristo que restaure la justa relación entre Dios y su creación. Pero la obra redentora de Cristo no restauró por sí misma todas las cosas; simplemente, hizo posible la obra de la redención: comenzó nuestra redención. Así como todos los hombres participan de la desobediencia de Adán, deben participar también de la obediencia de Cristo a la voluntad del Padre. La redención solo se completará cuando todos los hombres participen de su obediencia. Por eso el mundo no ha cambiado de la noche a la mañana, y es el mundo en el que procuramos seguir el ejemplo de Cristo el que nos castiga como le castigó a Él. No es el Padre, no es Dios quien nos inflige el sufrimiento, sino ese mundo irredento en el que debemos esforzarnos por hacer su voluntad, el mundo en el que hemos de participar en su redención.

Fue en las serrerías de los Urales donde los refugiados polacos y judíos con los que trabajaba me reprocharon por primera vez mi forma de vivir y mi trabajo concienzudo. «¿Para qué trabajas?», me preguntaban. «¿Qué pretendes demostrar?». Yo sabía que eran incapaces de comprender por qué trabajaba tanto, por qué tenía que padecer hambre y penalidades, metido todo el día en un río medio congelado o en medio de un bosque cubierto de nieve, haciendo cola durante horas para una ración extra de pan,

soportando noches en vela, un alojamiento miserable y ropas harapientas. Para ellos no tenía sentido que les hablara de apostolado, que les dijera que lo hacía solamente por acompañarlos, por estar disponible para ellos respondiendo a la voluntad de Dios. Y, sin embargo, esa era la verdad. Desde un punto de vista puramente humano, mi estancia en la Unión Soviética se podría considerar el hecho más estúpido y absurdo de mi vida. Pero en esas penalidades, en esa triste realidad veía una parte integral de mi apostolado. No podía separar esa realidad terrena de la voluntad de Dios, porque es la voluntad de Dios lo que cada uno de nosotros hemos de hacer en este mundo.

Durante los cinco años de interrogatorios, el dolor y los sufrimientos espirituales se intensificaron más aún que los físicos. En esa época, sumido en la agonía de la falta de confianza en mí mismo, en la angustia que sentía cuando me asaltaba la tentación de pensar que Dios me había abandonado, hubo momentos en que estuve a punto de perder de vista mi objetivo. Más tarde, en los campos, volvió a resultarme más fácil situar los males y los dolores, los sufrimientos, las limitaciones y el desaliento dentro del contexto del apostolado. Fue entonces cuando reflexioné sobre la nimiedad de mis esfuerzos por salvar las almas si los consideraba al margen de la voluntad de Dios. La idea de que actos que carecían de valor en sí mismos podían ser de algún modo redentores; que podían servir para extender su reino en la tierra si se realizaban obedeciendo a su voluntad; que podían ser también fuente de gracia para otros y podían participar de la obra de Cristo mereciendo la gracia para ellos, me sostenía en la alegría y me animaba a trabajar todavía más para lograr una comunión aún mayor con Dios y con su voluntad.

Esta verdad tan sencilla –la de que el único fin de la vida del hombre en la tierra es hacer la voluntad de Dios– contiene riquezas y recursos suficientes para toda una vida. Una vez que se aprende a vivir juzgándola lo más importante, a ver cada día y cada actividad diaria bajo esa luz, se convierte en algo más que en fuente de salvación eterna: se convierte en una fuente de gozo y de felicidad aquí en la tierra. La idea de que la voluntad humana, si está unida a la voluntad divina, puede desempeñar un papel en la obra de Cristo para redimir a la humanidad es abrumadora. La maravilla de la gracia de Dios que transforma las acciones humanas carentes de valor en medios eficaces para extender el reino de Cristo en la tierra causa un asombro y una humildad sin límites, y aporta una paz y una alegría desconocidas para quienes nunca lo han experimentado e inexplicable para los que no creen.

En esta sutil luz interior del alma tocada por el poder de Dios reside la auténtica alegría interior. Y mientras esa visión persiste, mientras el alma no olvida esta verdad fundamental, la alegría y la paz interiores que se derivan de ella se conservan incluso en los momentos más tristes y atroces de las pruebas y los sufrimientos humanos. No por eso cesan el dolor y el sufrimiento: los males y la angustia del cuerpo y el alma no desaparecen de la conciencia humana. Pero sí se convierten en un medio de alimentar esa alegría, de fomentar la paz y la conformidad con la voluntad de Dios, porque se ven como una prolongación de la Pasión de Cristo: no como los hechos tergiversados y sin

sentido de una sangrienta carnicería que me hacían estremecer de niño, sino como hechos dotados de un fin, hechos redentores y sanadores mediante los cuales el mundo se reconcilia con la voluntad del Padre. Este sufrimiento solo puede traer consigo una profunda dicha espiritual, pues de él nacen la redención y la salvación, la victoria definitiva sobre el pecado, sobre otros sufrimientos e incluso sobre la propia muerte. Por la desobediencia de un hombre, dice san Pablo, entró el pecado en el mundo y, con el pecado, la muerte. Y solo por la obediencia de un hombre, por la aceptación de la voluntad de Dios, el pecado será aniquilado y, con él, el sufrimiento y la muerte.

Por consolador que sea para el alma conformarse a la voluntad de Dios, por mucha paz y alegría que demuestren derivarse de ello, no se puede alcanzar solamente pidiéndolo. Tampoco creo que se logre entender bien el dolor y el sufrimiento sin una visión más amplia de la salvación o en el contexto más inmediato del apostolado y de la vocación. Yo, al menos, lo aprendí únicamente mediante la práctica constante de la oración, procurando vivir siempre en presencia de Dios y ver en todo la manifestación de su voluntad divina. No siempre era fácil ni siempre lo conseguía. En medio de las penalidades de los Urales, de la angustia de Lubianka, de los sufrimientos y las adversidades de los campos de prisioneros, mi alma no dejó nunca de luchar. Por muy cerca que se sintiera de Dios, por bendecida que se viera a veces con la certeza de su presencia, las realidades de la vida siempre estaban ahí, siempre pidiendo reconocimiento, siempre exigiendo aceptación. Continuamente tenía que aprender a aceptar la voluntad de Dios: no como me gustaría que fuese, no como podría haber sido, sino como era realmente en ese momento. Y fue a través de esa lucha como llegaron el crecimiento espiritual y un mayor discernimiento de su voluntad.

Naturalmente, las dudas seguían ahí; y, a veces, casi la desesperación. La única razón que me sostenía entonces era la fe. Solo la fe me permitía ver a Dios presente en toda circunstancia; solo la fe me permitía penetrar en el misterio de su gracia salvífica, no cuestionándolo, sino cooperando plenamente con él tal y como Dios pedía. Era entonces cuando, en distinta medida y con distintos grados de éxito, los atisbos de su providencia gobernándolo todo despejaban las dudas y los temores que se hallaban siempre a las puertas de la mente. Por el método de ensayo y error aprendí que, si quería conservar mi paz y mi alegría interiores, debía recurrir constantemente a la oración, a los ojos de la fe, a una humildad que me permitiera darme cuenta de lo poco que importaban mis esfuerzos y de lo mucho que dependía de la gracia de Dios incluso en la oración y para mi propia fe.

Nada de esto ocurrió fácilmente, porque yo no era un espíritu desprovisto de cuerpo. El hambre me distraía, los interrogatorios me ofuscaban, el dolor de cada una de mis articulaciones gastadas por un largo día ártico de trabajo agotador me dejaban totalmente extenuado y abatido. Es mucho más fácil ver el papel redentor del dolor y el sufrimiento en el plan divino cuando no se están padeciendo. Pero fue solo luchando contra esos sentimientos como llegó el crecimiento. Cada victoria sobre el desaliento aumentaba el

coraje del espíritu; cada éxito –por efímero que fuese– a la hora de descubrir la mano de Dios detrás de todo hacía más fácil recuperar el sentido de sus fines en un nuevo día de trabajo aparentemente carente de sentido, penoso y lleno de sufrimiento.

Día tras día, aprendí a experimentar en una u otra medida el poder de Dios manifestado en el misterio de la Pasión. El sufrimiento y el dolor iban incluidos en el sacrificio de la Pasión necesario para salvar a las almas. Todos los que estaban llamados al apostolado debían llevar a cabo un sacrificio parecido. Y, sin embargo, en el sufrimiento y el sacrificio había un matiz de profunda alegría interior, porque en ellos veías cumplida la voluntad de Dios en una vida que, de otro modo, sería frustrante; veías realizada la gran obra de la salvación. Si miras el sacrificio y el sufrimiento solamente con los ojos de la razón, tiendes a evitarlos todo lo posible, porque el dolor en sí mismo nunca es agradable. Pero, si eres capaz de aprender a ver el papel del dolor y el sufrimiento en relación con el plan redentor de Dios para el universo y para cada alma, tu actitud cambiará. No lo rehúyes cuando te alcanza, sino que lo soportas en la medida de la gracia que recibes. En él ves realmente representado a Cristo. Fruto de esa visión vienen la alegría y un aumento de la esperanza; fruto de ella crecen la compasión hacia los demás y la esperanza de que también a ellos se les pueda ayudar a entender el auténtico significado de la vida y de sus pruebas, de sus alegrías y sufrimientos. Ardiendo de entusiasmo, el alma ansiaba incesantemente comunicar a todos las maravillas de la gracia divina. Este deseo, este celo no conocía barreras, no ponía límites a su actividad. Aunque en realidad lograrlo superaba todo esfuerzo humano, el alma encendida con este conocimiento prestaba poca atención a los resultados concretos. Lo más importante era mantener viva la llama de ese celo. De ahí la constante necesidad de la oración diaria, el empeño constante por ver en el dolor y en el sufrimiento de cada día una auténtica obra de redención, una auténtica participación en los actos salvíficos de Cristo.

Los obstáculos que encontraba cada día, las dificultades que afrontaba al poner en práctica ese celo, no alteraban al alma encendida por este descubrimiento. Porque la conversión efectiva de la gente exigía mucha oración, mucha fe perseverante en Dios, muchas pruebas y muchos sacrificios. El alma entregada, en constante comunión con Dios, se daba cuenta de que, a ojos del Padre, lo más importante era la rendición plena a su voluntad en el apostolado. Todo lo que Él inspiraba u ordenaba se convertía en algo primordial; y ni el esfuerzo ni la sabiduría ni el trabajo humanos procedían de la iniciativa personal.

La meditación casi habitual de estas ideas en medio de las agotadoras tareas de aquellos días interminables en los campos de Siberia me hizo consciente de la obligación que tenía con Dios de cumplir lo mejor posible con la rutina diaria de oración, trabajo y sufrimiento, ofreciendo un ejemplo lo más esmerado posible a mis compañeros presos, ayudándoles a descubrir con mis palabras y con mis obras que incluso los días de una existencia tan sumamente desgraciada en una estepa helada podían ser eficaces para hacer realidad el reinado de Dios en la tierra. Dios no pierde de vista ninguna vida

humana, ningún sufrimiento humano. Porque cada uno de nosotros hemos sido creados para alabar, reverenciar y servir a Dios y, de ese modo, salvar nuestras almas y ayudar a la salvación de otros. No hay acción, por insignificante que sea, que, aceptada y llevada a cabo como recibida de las manos de Dios y en conformidad con su voluntad, no sea redentora y participe en la gran obra de la salvación iniciada por la Pasión de Cristo.

Meditar estas verdades resultaba consolador, pero era más que eso. Me abría una perspectiva totalmente nueva de Siberia, del dolor y del sufrimiento que me rodeaban. De esas vidas arrasadas e infortunadas me parecía ver alzarse una Iglesia enteramente nueva, si había suficientes trabajadores para la viña. Allí se estaba gestando una Iglesia de hombres y mujeres rebosantes de sacrificio y de una entrega plena. Una Iglesia formada por una generación perseguida y frustrada, probada como oro en el crisol. Una Iglesia de nuevos guías, supervivientes de esos campos en un país de militancia atea, pero conscientes de que todo dependía exclusivamente de Dios; incapaces quizá de darle culto públicamente, pero unidos a todo el cuerpo místico llamado Iglesia: tal vez ese resto salvador al que se refería Isaías. Un pueblo que aceptaba la persecución con alegría podía descubrir en sus propias pruebas y sufrimientos la auténtica obra cristiana de redimir al mundo que lo rodeaba, de ser la levadura en la masa. «Pues ¿quién conoció los designios del Señor?, o ¿quién llegó a ser su consejero? Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos –oráculo del Señor–. Tan elevados como son los cielos sobre la tierra, así son mis caminos sobre vuestros caminos». Quizá, en la providencia divina, de todo ese sufrimiento surgiría algo nuevo y precioso en el cuerpo místico: cristianos encendidos, con un ideal nuevo de entrega que ofrecer a la Iglesia que vive en el mundo como institución humana. En la providencia divina, esa Iglesia perseguida –esos cristianos sufrientes– enriquecían constantemente la Iglesia en la tierra, el cuerpo místico de Cristo.

Capítulo 13

EL SIGNIFICADO DE LA MISA

A veces pienso que quienes no se han visto privados nunca de la posibilidad de celebrar u oír misa no aprecian realmente el tesoro que representa. En cualquier caso, sé lo que llegó a representar para mí y para los demás sacerdotes que conocí en la Unión Soviética; sé los sacrificios que hacíamos y los riesgos que corríamos para tener la oportunidad de celebrarla o asistir a ella. En los campos, donde padecíamos un hambre constante, donde la comida que conseguíamos cada día apenas era suficiente para subsistir, vi cómo los sacerdotes renunciaban al desayuno y trabajaban a destajo hasta el mediodía con el estómago vacío para no romper el ayuno eucarístico, pues el descanso de mediodía de que disfrutábamos en el mismo lugar donde trabajábamos era el momento en que más fácil nos resultaba reunirnos para la misa clandestina. Yo también lo hacía. Y en ocasiones, cuando los guardias nos vigilaban más estrechamente y no podíamos arriesgarnos a celebrarla allí mismo, las cortezas de pan que me había guardado en el desayuno se quedaban intactas en el bolsillo hasta que, de vuelta en el campo, podía celebrar misa por la noche. Durante el verano ártico, cuando los días se alargaban más y las horas de sueño eran escasísimas, vi a sacerdotes y prisioneros privar a sus cuerpos del sueño necesario para levantarse antes de que sonara la alarma y celebrar una misa clandestina en medio del silencio de los barracones, mientras todos los demás se aferraban a unos momentos más de un descanso precioso. En cierto sentido, con nuestras misas llevábamos una vida de catacumbas. Éramos severamente castigados si nos descubrían celebrándola y siempre había confidentes. Pero la misa nos mereció siempre ese riesgo y ese sacrificio; la valorábamos como un tesoro, la esperábamos con ansia; habríamos hecho casi cualquier cosa con tal de celebrarla o asistir a ella.

Durante el tiempo que pasé en el colegio ruso de Roma soñando con la oportunidad de entrar en la Unión Soviética, a menudo me preguntaba qué haría si no pudiera celebrar misa. A veces los alumnos lo comentábamos entre nosotros. Es probable que Roma y sus catacumbas sirvieran de inspiración para algunas de esas conversaciones. Pero no cabe duda de que nuestras especulaciones eran algo románticas. En el colegio romano asistíamos a misa a diario, como habíamos hecho cada día de nuestra vida en el seminario o en nuestras casas jesuitas mientras nos preparábamos para la ordenación y para decir la misa de rito oriental y latino. Como futuros sacerdotes, la misa tenía un significado especial, pero creo que no miento si digo que, de algún modo, la subestimábamos. No es que fuera igual que cualquier otra celebración religiosa: al menos en mi caso, la misa siempre había tenido un significado particular por ser el momento del día de una especial intimidad con el Señor. Pero era fácil asistir a la misa diaria. Estaba siempre ahí, formando parte del orden del día, y la idea de que alguna vez quizá resultara

difícil poder celebrarla no dejaba de ser una fantasía. Era algo de lo que hablábamos, algo sobre lo que leíamos en la historia de las persecuciones de la Iglesia, pero no algo que hubiéramos experimentado o padecido nunca. Recuerdo la emoción de mi primera misa el día después de la ordenación, el privilegio de obrar con mis propias manos la reconstrucción del Calvario, la alegría de pensar que había sido elegido entre los hombres para las cosas de Dios y que por fin podría cumplir el mandato dado por Cristo a sus discípulos en la Última Cena: «Haced esto en memoria mía». Desde mi ordenación, durante los tranquilos años de Al'Bertin, y en medio de la confusión y las convulsiones que siguieron a la invasión de Polonia por parte de los soviéticos, no hubo un solo día que no empezara con el sacrificio de la misa.

Hasta que el padre Victor y yo iniciamos el largo viaje en tren desde Lvov hasta las serrerías de los Urales, no se hicieron realidad nuestras vagas fantasías del pasado en torno a la imposibilidad de celebrar misa. Solo entonces experimenté por primera vez la auténtica carencia de no poder empezar el día celebrando la Eucaristía. Llevábamos con nosotros pan y vino, y un pequeño juego compuesto de cáliz y misal. Pero en aquel vagón repleto de trabajadores nadie sabía que éramos sacerdotes y la situación de hacinamiento complicaba mucho las cosas. Hacíamos lo que podíamos. En cuanto se presentaba la ocasión, sobre todo durante las paradas en que bajábamos del vagón para estirar las piernas y buscar comida extra, aprovechábamos para celebrar juntos la Eucaristía. Cuando llegamos a las serrerías y nos enfrentamos a la vida de los barracones dentro de los recintos básicos y rudimentarios de los campos, la cosa siguió siendo difícil. Nos daba miedo arriesgarnos a que nos descubrieran; no sabíamos cómo aceptarían el hecho de que fuéramos sacerdotes y, por lo menos al principio, solo celebrábamos cuando estábamos los dos solos. Esperar a la tarde para poder retirarnos a un rincón tranquilo de los barracones significaba ayunar todo el día sin dejar de trabajar en las brigadas madereras. Por las mañanas, los preparativos para salir a trabajar convertían los barracones en un hervidero y era difícil hallar un momento de recogimiento para celebrar misa como deseábamos. Por eso no conseguíamos decirla todos los días, pero guardábamos una reserva de hostias consagradas para al menos poder comulgar a diario.

En los campos de los Urales el peligro y la dificultad de celebrar misa se convirtieron en una realidad. Entonces empezamos a hacer lo que probablemente hubiéramos debido hacer antes: prepararnos para decir misa de memoria. Temíamos perder nuestro juego de cáliz y misal, pero estábamos decididos a intentarlo mientras dispusiéramos de pan y vino. Tarde tras tarde, mientras los demás charlaban, leían o jugaban a las cartas, nosotros repetíamos las oraciones de la misa hasta que nos las supimos de memoria. ¡Cuántas veces, a lo largo de los años siguientes, di gracias a Dios por ese interludio en las serrerías de los Urales y por el tiempo de entrenamiento y de gracia que se me concedió para preparar los años que vendrían después!

Al cabo de unos meses, cuando el padre Victor y yo nos hicimos un poco a la vida de los barracones, pudimos encontrar cada vez más ocasiones de celebrar misa. Salíamos a

caminar juntos por el bosque, por ejemplo, y celebrábamos sobre el tocón de un árbol. Yo no podía evitar pensar en cuánto se parecían a veces los bosques a una catedral: las altísimas hileras de árboles que formaban una arcada por encima de nosotros, el silencio susurrante, la belleza de la naturaleza que nos rodeaba, la callada blancura de la nieve en invierno. Hasta el tiempo parecía detenerse cuando ofrecíamos el sacrificio eterno del Calvario por las numerosas intenciones que llenaban nuestros pensamientos y nuestros corazones, entre las que no ocupaban un puesto menor los miles de necesitados de la Iglesia silenciosa, en aquella tierra en otro tiempo cristiana, para los que habíamos ido a ejercer en secreto nuestra labor de sacerdotes. Nunca olvidaré, en mi vida de sacerdocio, esas misas en los bosques de los Urales.

Otras veces el P. Victor y yo decíamos misa sentados en el borde de la cama, uno enfrente del otro. Mientras pronunciábamos las oraciones, fingíamos estar leyendo o hablando en voz baja. En los barracones no podíamos utilizar el cáliz, de modo que este se convertía en un vaso corriente de agua y nuestra hostia, en un trozo de pan con levadura. Si la gente dejaba de hablar, procurábamos interrumpir nuestra conversación lo más tranquila y rápidamente posible para recuperar nuestro recogimiento y poder continuar con nuestra Eucaristía clandestina. Yo trabajaba fuera en las brigadas madereras, pero el P. Victor era contable en las oficinas de la compañía, y llevaba siempre al Santísimo envuelto en un purificador y guardado en su cartera dentro del bolsillo del abrigo. De esa forma, si nos era imposible celebrar misa, al menos recibíamos la comunión a diario. Más tarde, nos hicimos amigos de la limpiadora encargada de los barracones y a veces dejábamos al Santísimo cuidadosamente escondido dentro de un lío de ropa en su pequeña oficina o en su sala de estar privada. Nos enteramos de que era católica y nos ayudaba de muchas maneras. Para ella suponía una inmensa alegría tener al Santísimo en su cuarto y saber que el Señor al que rendía culto habitaba bajo su techo.

Sé que resulta imposible explicar todo esto a quienes no creen. Me temo que incluso para muchos cristianos la idea del Santísimo Sacramento como pan de vida no es, en cierto modo, más que una frase poética o simbólica utilizada por Jesús en el evangelio. Sin embargo, ¡qué fuente de alimento fue para nosotros entonces! ¡Qué importante era disponer del Cuerpo y la Sangre de Cristo como alimento de nuestra vida interior en el sacramento del amor y la alegría! La experiencia era muy real: podías sentir sus efectos en la mente y en el corazón, en tu vida diaria. Para nosotros era una necesidad alimentar la vida del alma: tan necesario como el pan de cada día para sostener el cuerpo. En el exilio de los Urales había mucha gente privada de él que parecía indiferente. No me cabe duda de que Dios cuidaba a su modo de aquellas personas espiritualmente hambrientas, igual que cuidaba de nosotros de una manera especial. ¿Quién es capaz de entender del todo los caminos del Señor? No obstante, ese pan de vida, esa Eucaristía, era para nosotros una auténtica fuente de comunión con Él y con quienes deseábamos acercarnos a Él.

Los cinco largos años de Lubianka me hicieron darme cuenta de ello con más

contundencia que nunca. Carecía de ese alimento espiritual y de la realidad de esa comunión. Acudía a Dios en la oración, recitaba frecuentes comuniones espirituales a lo largo del día, pero estaba literalmente hambriento de poder recibirle. Todos los días decía de memoria las oraciones de la misa y a veces creo que eso solo servía para intensificar mi sensación de carencia. En aquellos días de tormento y tensión, de oscuridad y humillación, sabía que necesitaba desesperadamente de la fuente de fortaleza que el pan de vida habría sido capaz de proporcionarme... y no disponía de ella. Oraba a Dios, hablaba con Él y le pedía fuerza y ayuda; sabía que estaba a mi lado. Contaba con todo eso, pero no podía tenerlo en mis manos, no podía tener su presencia sacramental. Y para mí la diferencia era muy real. Era un hambre del alma tan real como el hambre física que me atenazó permanentemente durante aquellos años. Años después, muchas veces me he preguntado si habría fallado tan estrepitosamente, si habría estado tan cerca de la desesperación, de haber contado de alguna manera con el pan de vida.

Cuando llegué a los campos de Siberia, para mí fue una inmensa alegría saber que podía volver a celebrar misa a diario. En todos los campos los sacerdotes y los presos hacían cuanto estaba en su mano y se arriesgaban sin vacilar con tal de contar con el consuelo del sacramento. Para los que no podían asistir a misa, todos los días consagrábamos hostias y nos las arreglábamos para distribuir la comunión entre quienes lo deseaban. En los barracones la falta de intimidad y la presencia de los confidentes incrementaban el riesgo de que nos descubrieran. Por eso normalmente celebrábamos nuestra misa diaria en el mismo lugar de trabajo durante el descanso de mediodía. Pese al esfuerzo añadido que suponía, todo el mundo observaba estrictamente el ayuno eucarístico desde la noche anterior, prescindiendo de la oportunidad de desayunar y trabajando toda la mañana con el estómago vacío. Pero nadie se quejaba. En pequeños grupos, los presos arrastraban los pies hasta el lugar convenido, donde el sacerdote decía misa con su ropa de trabajo, sucio y desaliñado, envuelto en ropa para protegerse del frío. Celebrábamos misa en casetas de almacenamiento expuestas al viento, o apiñados entre el barro y la nieve semiderretida en un rincón de los cimientos de un túnel subterráneo. La intensa devoción de sacerdotes y prisioneros suplía todo lo demás: no había altar, ni velas, ni campana, ni flores, ni música, ni níveos lienzos blancos, ni vitrales, ni siquiera el mínimo calor que la parroquia más sencilla puede proporcionar. Pero incluso en esas condiciones rudimentarias la misa te acercaba a Dios más de lo que nadie sería capaz de imaginar. La constatación de lo que estaba ocurriendo sobre el tablón, la caja o la piedra utilizados como altar penetraba hasta lo más hondo del alma. Las distracciones originadas por el miedo a ser descubiertos que acompañaban cada celebración en esas condiciones no disipaba en absoluto el efecto que ejercían en el alma ese minúsculo trozo de pan y esas pocas gotas de vino consagrado.

Muchas veces, mientras doblaba el pañuelo sobre el que había descansado el Cuerpo del Señor y secaba el vaso o la tacita usados como cáliz, el sentimiento de haber llevado a cabo algo de inmenso valor para la gente de ese país sin Dios era abrumador. El simple

hecho de haber celebrado misa allí, en ese lugar, convertía mi viaje a la Unión Soviética y todos los sufrimientos que padecía en algo necesario y que merecía la pena. Ninguna inspiración podía hacer más profunda mi fe ni proporcionarme coraje espiritual en mayor abundancia que el privilegio de celebrar misa para los miembros más desgraciados y necesitados del rebaño de Cristo Buen Pastor. A veces, por un momento me embargaba la emoción al pensar cómo Dios había encontrado un modo de seguir y alimentar a aquellas ovejas perdidas y descarriadas en medio de la tierra más inhóspita. Por eso nunca dejaba pasar un solo día sin celebrar misa: era mi principal preocupación. Hacía todo lo posible, sufría cualquier inconveniente, corría cualquier riesgo para facilitar a aquellos hombres el pan de vida.

Aunque el pan y el vino para la misa nos lo pasaba a escondidas la gente de las ciudades árticas vecinas, lo normal era que hiciera el viaje desde Ucrania. En las tiendas de Siberia era prácticamente imposible comprar vino de misa, porque todos los disponibles contenían impurezas. Pero los que habían sobrevivido a los campos y habían vuelto a Ucrania solían enviar un pequeño barril de vino de unos cinco litros a sus amigos de las ciudades cercanas a los campos. Estos, ayudados por algún camionero afín que salía y entraba de las zonas de trabajo de la prisión valladas y sometidas a vigilancia para entregar material de construcción, se las arreglaban para pasarlo y hacerlo llegar a algún sacerdote preso. De hecho, en los campos existía un tráfico regular de artículos de contrabando. La gente libre de las ciudades de alrededor, compadecida de los presos, pasaba de esa forma vodka y alimentos, de modo que no era solo vino de misa lo que solíamos recibir. Por las noches el cambio de turno facilitaba ocultar las cosas, porque los guardias no eran por lo general tan estrictos como los de día: por la noche solo trabajaban los equipos de mantenimiento formados por presos esqueléticos, de modo que los guardias eran menos y la seguridad, mucho más relajada.

Los sacerdotes de Ucrania, Polonia o Lituania que aún no habían sido arrestados o que habían recuperado la libertad y regresado a casa consideraban una obligación cuidar de los compañeros que cumplían condena en los campos. Además, las monjas hacían maravillas para ayudar a los sacerdotes presos. Las reglas del campo establecían el derecho de los prisioneros a escribir a su familia más inmediata dos veces al año. De tarde en tarde también se podían recibir paquetes, si es que el jefe de seguridad concedía permiso al preso: normalmente el límite estaba en dos paquetes por año. Por eso, los sacerdotes presos informaban a sus parientes de dónde estaban y, entre líneas, les pedían que dieran noticias suyas y de los demás a los sacerdotes de sus países. Sin embargo, los sacerdotes ucranianos y los de los países ocupados estaban sometidos a una estrecha vigilancia, por lo que solían ser las monjas las que atendían las necesidades de los deportados, exiliados o encarcelados. Muchas se las habían ingeniado para conseguir trabajo en los hospitales locales después de que cerraran sus conventos, y eran ellas las que proveían a los sacerdotes de los campos del pan y el vino para la misa y de los misales. Las hojas de los libros se mezclaban con los periódicos y se usaban como

envoltorios de los paquetes. Con otras se envolvía el pan para la misa. Los guardias prestaban poca atención a aquellos «trozos de papel», pero era normal que algunas páginas se perdieran o se tiraran a la papelería. Por eso, los presos que trabajaban de ordenanzas en las oficinas estaban avisados y salvaban las hojas desechadas antes de que las quemaran. A cambio de la promesa de una parte del contenido del paquete, los hambrientos prisioneros, fuesen cristianos o no, siempre estaban dispuestos a hacer ese favor y burlar a las autoridades del campo.

Aunque el problema del vino era un poco distinto, ya he dicho que las monjas lo enviaban a determinadas personas de las ciudades vecinas. Así, por diversos medios y a través de distintas personas, lo metíamos en el campo en pequeñas cantidades. Aun a riesgo de ser descubiertos y castigados, los fieles colaboraban gustosamente para ayudarnos a guardar una provisión de pan y vino en distintos puntos del campo, de modo que cada sacerdote recibiera lo necesario para celebrar misa a diario. Si le hacía falta algo, solo tenía que pedirlo y se lo hacían llegar en cuanto les era posible. Así que, pese a las condiciones a menudo imposibles de los campos de prisioneros, el sacerdote que manifestaba su deseo de celebrar misa siempre podía hacerlo. Y lo hacía.

Dentro del campo, sin embargo, solo podíamos decir misa tomando las máximas precauciones. En los barracones los presos se movían constantemente de un lado para otro y en todas las brigadas de trabajo había confidentes. Estaba terminantemente prohibido entrar en otro barracón que no fuera el tuyo y, en cuanto alguien se daba cuenta de que eras un extraño, te echaba de allí. No solo los guardias eran tan estrictos. Los propios presos se mostraban precavidos porque los ladrones expertos siempre estaban al acecho de una oportunidad de robar algo: cualquier cosa que fuera mejor que las propias. Si salíamos juntos del barracón, los guardias desconfiaban y sospechaban de los grupos de hombres, y nos ordenaban que volviéramos a él.

Celebrar misa en el barracón era complicado y peligroso, y solo lo hacíamos en contadas ocasiones o cuando existía una necesidad imperiosa. En ese caso, formábamos un corrillo en algún rincón oscuro mientras otros prisioneros amigos nuestros se apostaban en los pasillos para avisarnos si se acercaba algún guardia. A una señal suya, consumíamos de inmediato las especies del pan y el vino consagrados y deshacíamos rápidamente el grupo. Solo me descubrieron en una ocasión. Tres guardias, obviamente guiados por los confidentes, aparecieron de repente en el rincón del barracón donde estaba sentado celebrando misa junto con unos cuantos compañeros y enfilaron hacia nosotros. Nos obligaron a levantarnos y a quedarnos allí de pie mientras llevaban a cabo el registro. Arrojaron al suelo y bajo las literas las partículas de pan consagrado entre toda clase de desperdicios. El vino consagrado, sin embargo, no lo tocaron, porque sobre la banqueta que hacía de altar había otras tazas junto a la que habíamos utilizado como cáliz. Todos los sacerdotes pasaron por aquella triste experiencia en algún otro momento de su estancia en los campos. Era algo angustioso y cada misa se convertía en motivo de ansiedad por miedo a que nos descubrieran y cometiesen sacrilegio.

De ahí que, por lo general, prefiriéramos celebrar misa en el lugar de trabajo, aunque aquello significara pasar en ayunas toda la mañana y renunciar a los escasos momentos de descanso permitido a los presos durante el almuerzo. Ni siquiera entonces podíamos invitar a mucha gente a asistir a misa, ya que un grupo de hombres reunidos a diario en el mismo sitio atraería la atención sobre nuestras actividades. Solíamos elegir una caseta o algún rincón entre unos cimientos alejados de las habituales zonas de trabajo –a veces tardábamos quince minutos o más en llegar a la caseta o al edificio donde íbamos a celebrar– y teníamos que empezar puntualmente para no regresar tarde. Para muchos prisioneros aquello era un problema, de ahí que consagráramos un poco más de pan para distribuir la comunión en cuanto nos fuera posible. A veces solo conseguíamos vernos cuando volvíamos al barracón por la noche, antes de la cena. Esos hombres se pasaban todo el día en ayunas haciendo un trabajo agotador sin nada que llevarse a la boca desde la noche anterior, solo para poder recibir la Sagrada Eucaristía: tanto significaba para ellos el sacramento en un lugar por lo demás dejado de la mano de Dios.

Los escasos días libres en que se permitía a todos los presos descansar dentro del campo eran los más complicados para celebrar misa. Pero eran también los más adecuados para que asistiera un grupo más amplio, si es que lográbamos reunirnos con uno u otro pretexto en el patio; y a veces nos arriesgábamos a hacerlo, sobre todo si coincidía con una fiesta o un tiempo de fiesta religiosos. Pero, por lo general, esos días celebraba misa a primera hora de la mañana, reclinado en la litera mientras la mayoría de los presos dormía. La noche antes me hacía con el vino en la enfermería o en el cuarto de desinfección, donde los amigos que trabajaban en ellos guardaban oculto el vino para los sacerdotes. Tumbado en la litera, tomaba entre mis manos el pan envuelto en un trozo de tela blanca y pronunciaba de memoria las oraciones. Antes de que sonara la señal de levantarse, había acabado la misa y podía repartir la comunión aprovechando el bullicio y el movimiento general que seguían a la alarma. Nunca dejaba de maravillarme el fervor de aquellos hombres. La mayoría había recibido muy escasa formación religiosa; pocos sabían algo más que las oraciones y las verdades transmitidas por unos padres o unos abuelos devotos. Y, aun así, creían y estaban dispuestos a hacer sacrificios inauditos a cambio del consuelo de asistir a misa o recibir la comunión.

En general, los presos cristianos mostraban un gran respeto hacia los sacerdotes del campo. Procuraban pasar el mayor tiempo posible a su lado. Incluso quienes no practicaban activamente la fe solían preferir formar parte del grupo que se reunía en torno al sacerdote. Los defendían, ayudaban y animaban en la medida de sus posibilidades. De alguna manera, lo consideraban una obligación. De vez en cuando hasta les ofrecían una parte de su escasa ración de pan para que pudieran tener algo de comida extra. Deseaban hacer ese sacrificio –decían– para manifestar su fe en Dios y su gratitud por haberles enviado un sacerdote. Sin duda, recibirían el ciento por uno que Cristo prometió a quienes dejaran por Él padre, madre, parientes y casa: no de una forma espectacular, sino con las obras sencillas y ordinarias de aquellos generosos fieles, con

sus pequeños y constantes favores. Porque cuanto sacrificaban, por insignificante que pudiese parecer, era una parte de todo lo que tenían para sobrevivir.

Y en los campos de trabajos forzados de Siberia lo que primaba en la mente de todos era el deseo de sobrevivir. Todo el mundo albergaba la secreta esperanza de superar aquello y ver por fin la libertad. El instinto de vivir, de continuar con vida, especialmente para quienes contaban con una familia o con unos seres queridos junto a los que regresar, era la motivación más poderosa cada hora de cada día. ¡Qué conscientes eran aquellos hombres de cada día que pasaba! Lo contabilizaban como un día menos de condena y, al mismo tiempo, como un día menos de vida. Nadie deseaba, ni siquiera para su peor enemigo, la desgracia de morir en los campos, lejos de todo lo que más apreciaba un hombre. Y, sin embargo, cada día era –y ellos lo sabían– un paso adelante en la lenta marcha hacia la muerte.

A mí me habían elegido, me habían concedido el privilegio de llevar el pan de vida a esos hombres. «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros», dijo Cristo a sus discípulos. «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna». Ellos, con una fe llana y sencilla, comprendían y creían esta verdad. No eran capaces de explicarla como haría un teólogo, pero la aceptaban y vivían por ella, y estaban dispuestos a sacrificarse, incluso en medio de una vida de absoluta necesidad, con tal de recibir el pan de vida. La misa y el Santísimo Sacramento eran para mí una fuente de inmenso consuelo, la fuente de mi fortaleza, de mi alegría y de mi sustento espiritual. Pero, cuando me di cuenta de lo que la Sagrada Eucaristía significaba para ellos, me supe animado, elegido y conducido hasta allí para hacer posible que recibieran el pan de vida tan a menudo como desearan. Ningún peligro, ningún riesgo, ninguna represalia podían impedirme celebrar misa a diario para ellos. «Cuántas veces hagáis esto, hacedlo en memoria mía». Para aquellos hombres, cada día de vida en los campos de prisioneros era en muchos sentidos un Calvario: habría hecho cualquier cosa con tal de volver a ofrecer por ellos, todos los días, el sacrificio del Calvario en la misa.

Capítulo 14

RETIROS

La vida en los campos de prisioneros consistía en una rutina implacable e interminable. Para los presos no había diversiones, ni fiestas, ni vacaciones, ni actividades de ocio. El trabajo era el orden del día, de todos los días, uno tras otro, y un día seguía al anterior con una regularidad demoledora y tediosa, con la única variación de la meteorología o del trabajo que había que llevar a cabo. Algunos días el prisionero podía sentirse orgulloso de lo que había hecho, aunque solo fuera la satisfacción de haber cubierto la cuota de trabajo establecida. Para conservar el sentido de la dignidad humana, de su valía y su mérito personales, el hombre necesita algo, experimentar cierto sentimiento de logro; incluso en la rutina más inflexible, más repetitiva y tediosa, busca algo que conserve el sentido de su dignidad y su valor. En las duras circunstancias de los campos, a veces podía sentirse satisfecho solo con saber que su condición humana había sobrevivido un día más al sistema.

Los días de trabajo en los largos crepúsculos árticos se hacían interminables y se sucedían en una corriente aparentemente infinita. El trabajo era duro y las circunstancias, hostiles, y eso era lo que se pretendía: era el castigo que debía cumplir el prisionero por sus pecados contra el Estado. Solo recibía la comida imprescindible para mantenerse con vida, para permitirle a duras penas continuar trabajando; y trabajaba cada día hasta la extenuación. Constantemente hambrientos, siempre cansados, a los prisioneros se les mantenía sometidos sin dejarles pensar apenas en la huida o en una revuelta. Las autoridades del campo nos tenían trabajando a lo largo de uno o varios meses sin un solo día de descanso. Despertarse a las cinco de la mañana con el sonido de un gong de acero, salir a trabajar entre doce y catorce horas diarias, volver al campo caminando en busca de una ínfima cantidad de comida compuesta de sopa y *kasha*, siempre la misma, hasta caer rendidos en las literas de madera de los barracones: esa era la rutina del preso mientras un día se fundía borrosa y monótonamente con el siguiente. Los funcionarios de las prisiones establecían ese régimen para tener a los presos ocupados el mayor tiempo posible y mantenerlos sometidos; pero también debían cubrir una cuota de trabajo determinada por Moscú y ganarse de las autoridades un aprecio que perseguían escrupulosamente. A los presos no les quedaba más remedio que conformarse con el patrón impuesto: la misma rutina diaria año tras año hasta que se volvía automática; una tediosa monotonía sin fin y sin otra esperanza que la de sobrevivir.

Quizá el cuerpo fuera capaz de adaptarse a esa situación, pero la mente, no. Privados de lectura e incluso de demasiadas oportunidades de conversar, los hombres se dedicaban a pensar en lo suyo, en la libertad perdida, en la vida que llevaban, y a buscar algún sentido a todo aquello. Para compensar, sufrían un constante bombardeo de propaganda

sobre el valor del trabajo, sobre su parte de responsabilidad en la construcción de la sociedad socialista herida por sus delitos, sobre la necesidad de un sacrificio aún mayor, de mayores esfuerzos, de más altos objetivos y más trabajo. Esas exhortaciones, por constantes que fueran, no hacían mella alguna en los presos. Con su insistencia, con su implacable reiteración, la propaganda solo representaba una forma más de continuo acoso. El prisionero la reconocía como lo que era, protestaba de ella, la ignoraba. En general, la sufría pacientemente, como todo lo demás, con el único deseo de sobrevivir para salir de allí. Sin embargo, decían los presos, tampoco el fin de los campos significaría el fin de la política del partido, ni liberarse de la presión de seguir trabajando para construir un nuevo orden, el nuevo mundo socialista. No había manera de escapar de él; no había sitio donde el hombre pudiera vivir en paz y a su aire.

Para sobrevivir en esta situación, a un hombre le hacía falta algo más que comida o alimento intelectual: le hacía falta fortaleza espiritual. Por eso, en cada uno de los campos procuré organizar actividades de retiro. Comencé por los sacerdotes, que acogieron la idea con entusiasmo. Ellos eran, sin duda, los más conscientes de la necesidad de un sólido espíritu de fe, de una honda vida interior. Una necesidad que muchos sentían particularmente, pues se hallaban en el límite del desaliento y, en ocasiones, de la desesperación. En los campos los sacerdotes eran víctimas de un especial acoso; las autoridades los sometían a una vigilancia permanente y estaban siempre bajo sospecha. Los llamaban continuamente a interrogatorio, los confidentes no les quitaban la vista de encima, sufrían constantes amenazas y los trasladaban de barracón en barracón para evitar cualquier posibilidad de que influyeran en los demás presos. Este acoso implacable les impedía llevar a cabo su labor; de ahí que se desanimaran con facilidad.

Aún peores eran las dudas que les asaltaban cuando se hallaban cansados o abatidos. ¿Qué podía hacer en el campo un puñado de sacerdotes?, decían; ¿qué podía hacer cada uno de los sacerdotes diseminados por toda la Unión Soviética para combatir el ateísmo y la propaganda dirigida contra la Iglesia y la religión? ¿Con qué posibilidad real contaba la Iglesia para sobrevivir bajo un sistema donde la gente padecía el bombardeo constante de informes que desacreditaban la religión tildándola de superstición; donde se disuadía de su práctica de mil maneras y donde la obstaculizaban tantas presiones sutiles; donde un hombre podía perder su empleo o la posibilidad de educar a sus hijos si se sabía que era creyente, o donde se burlaban de ellos en la escuela a causa de la fe de sus padres, o se les enseñaba a desdeñar las prácticas religiosas a las que todavía se aferraba la generación anterior y de las que se seguía hablando en casa? ¿Cómo podían unos pocos sacerdotes, cuyo número había mermado con el cierre de los seminarios, albergar la esperanza de ejercer alguna influencia frente a toda la oposición del poder del gobierno y de su propaganda? ¿Cómo podían hacer algún bien cuando incluso quienes todavía creían o deseaban creer en Dios tenían miedo de acudir a ellos o de que se les viera en su compañía por temor a las represalias en el trabajo, o a la condena y la hostilidad de amigos y vecinos, o a las presiones de todo tipo que se veían obligados a soportar tanto

ellos como sus familias? Desde un punto de vista humano, la tarea parecía imposible y el futuro, en el mejor de los casos, incierto. Era muy fácil sentirse descorazonado, por lo que el consuelo de la compañía de otros y la idea de los retiros o de unos días de recogimiento recibieron una calurosa acogida.

Muchos de nuestros sacerdotes eran personas mayores que se cansaban enseguida. Poco familiarizados con el duro trabajo físico y bajo el permanente acoso de las autoridades, enfermaban con frecuencia y requerían atención médica. Pero hasta los escasos cuidados dispensados en la enfermería del campo se les solían negar por el hecho de ser sacerdotes. Su debilidad y su mala salud no hacían sino intensificar el sentimiento de desánimo y abatimiento y el temor a su futuro y al de la Iglesia. La vida en el campo les privaba de todas las prácticas religiosas externas que habían conocido durante su larga vida sacerdotal. Incluso en la misa nos veíamos obligados a prescindir totalmente de la liturgia prescrita por la Iglesia. Celebrábamos misa sentados, a veces paseando y otras medio tumbados, porque las rúbricas no podían sino atraer la atención sobre lo que estábamos haciendo y lograr que tuviéramos a los guardias inmediatamente encima de nosotros. A muchos de los sacerdotes mayores, aunque quisieran, les resultaba difícil mantener una vida de oración y entrega sin el apoyo de los signos externos a los que llevaban mucho tiempo habituados.

Cuando predicaba los retiros a los sacerdotes, nada más podía atenderlos de uno en uno. Seguía el método de san Ignacio, que era el que mejor conocía, recordando las meditaciones de memoria y adaptándolas a la situación y las circunstancias del campo. Les exponía los temas a las seis de la mañana, antes de que todos los presos salieran a trabajar. Para hacerlo bien, necesitábamos por lo menos media hora y era complicado, porque en esos momentos reinaba la confusión en el campo. Los presos salían en masa de los barracones y corrían en todas direcciones: la cocina, el almacén, el taller de zapatería, el horno, la bodega y la enfermería. Todos se mostraban nerviosos, ocupados en algo importante, acelerados, intentando ver al médico para librarse del trabajo, buscando comida extra o robar alguna prenda que pudiera protegerlos del frío polar, o velando para evitar que les robaran a ellos. También los guardias corrían enloquecidos de barracón en barracón, vigilando a los presos y pegando gritos a los que vagaban de un lado a otro para que volvieran a los barracones y se prepararan para el trabajo. En medio de todo aquel nerviosismo, teníamos que encontrar un sitio tranquilo donde estar a solas. Por la tarde, después del trabajo, era más fácil reunirse y pasar una hora o más con el sacerdote que estaba haciendo el retiro.

En esas condiciones, los retiros solían durar tres días, a veces cinco y nunca mucho más de una semana. Siempre que fuera posible, intentaba que me ayudara algún otro sacerdote. En ocasiones, éramos tres los que atendíamos los retiros individuales, de modo que se pudiera elegir al director espiritual. Yo, por mi parte, me ceñía a las meditaciones clave de los ejercicios de san Ignacio: principio y fundamento, el reino de Cristo, dos banderas y las meditaciones de la Pasión. Me parecía sumamente importante,

dadas nuestras circunstancias, procurar que recordaran una vez más el plan de Dios para la salvación del hombre, que aumentaran la confianza en Él, que fortalecieran su decisión de descubrir su voluntad en los acontecimientos de cada día –incluidos esos días que estábamos viviendo– y pusieran todo su empeño en cumplirla con plena confianza en su providencia y en su poder.

Hacia hincapié en que, como sacerdotes, habían sido elegidos para responder a la llamada de Cristo de un modo particular, aunque eso significara imitar sobre todo su sufrimiento para la redención del mundo. Habían respondido a esa llamada para trabajar con Él, padecer con Él, incluso morir con Él, y conducir a los demás hasta el reino que Cristo había venido a instaurar. A los sacerdotes se les pedía de manera especial que bebieran «el cáliz que yo he de beber», como dijo a Juan y Santiago. Habían respondido a la llamada y hecho una promesa, y Cristo no dudaría en concederles su gracia para verles cumplir la tarea que les había encomendado.

Era fácil perder esa visión, sentirse abatido y sin esperanza, inútil en medio de la monótona vida que llevábamos y las condiciones en que intentábamos ejercer nuestra labor. Pero ¿quién tiene la vida fácil? La visión del reino, la llamada de Cristo a trabajar y sufrir con Él posee matices de una magnífica y noble cruzada; nosotros, sin embargo, debíamos traducir esa visión y conservar su espíritu en los hechos rutinarios y tediosos de cada día, de esos días que transcurrían en un campo de prisioneros. Sería fácil –nos decimos a nosotros mismos– vivir constantemente encendidos con esa idea si fuéramos un Francisco Javier o un Ricardo Corazón de León convirtiendo las Indias o escalando las murallas de Jerusalén espada en mano, inmersos en el tumulto de la batalla para alzarnos con una espléndida victoria. Olvidamos que también Javier vivió frustrado y quizá desalentado el día a día, cada una de esas veinticuatro horas cargadas de tantas derrotas y fallos como triunfos, cada sesenta minutos de cada hora llenos de rutina y tratando a gente insignificante ocupada y preocupada por otras muchas cosas: día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Mientras intentaba predicar el evangelio, ¿con cuánta frecuencia debió de preguntarse Javier si alguna vez sería posible llegar a los millones de personas que tenía a su alrededor? ¿Cuántas veces debieron de descorazonarlo aquellos a quienes trataba cada día sin responder a su predicación? ¿Cuántas veces perdería la esperanza o se sentiría desamparado ante el mal del mundo que lo rodeaba?

A los sacerdotes presos en los campos no hacía mucha falta hablarles del poder del mal. Lo palpábamos. Nos rodeaba por todas partes. La existencia de una fuerza del mal desatada en el mundo y combatiendo por las mentes de los hombres era tan real como la alambrada que nos cercaba y el bombardeo diario de propaganda. Ese era su campo de batalla, donde Cristo, en su providencia, había considerado oportuno colocarlos, y donde ellos debían trabajar, sufrir y tal vez morir. No en las Indias del siglo XVI, ni en los Santos Lugares del siglo XII, ni tampoco en la rutina igualmente tediosa y a menudo frustrante de una parroquia con los problemas diarios de los hombres y los asuntos de este mundo,

sino ahí, en las circunstancias aparentemente desesperadas de un campo donde los presos luchaban únicamente por sobrevivir y se enorgullecían y consolaban por haber superado un día más.

Esos sacerdotes presos debían convencerse de la necesidad de renovar su fe en que la victoria de Cristo era la garantía de la suya. Había que hacer realidad el reino de Dios en el mundo, porque ese era el sentido de la Encarnación. Y tenían que hacerlo realidad los hombres, otros Cristos; tenían que hacerlo realidad hoy, cada día, con un esfuerzo constante y con las personas y circunstancias que Dios les ponía delante en cada momento. El «reino de Dios» se había iniciado en la tierra con la venida de Cristo, pero el mundo no había cambiado visiblemente con su nacimiento. Doce pescadores galileos recibieron el mandato de contar la buena nueva al mundo entero ¡y qué imposible les debió de parecer la tarea, incluso a los más audaces, después de Pentecostés! Transcurridos veinte siglos, el reino de Dios seguía siendo un grano de mostaza y los sacerdotes como ellos continuaban la imposible tarea de hacer que hombres que nunca habían creído, o que habían abandonado sus creencias bajo la presión de la vida diaria o la avalancha de propaganda, volvieran a escuchar la buena nueva de la salvación y del amor de Dios, y creyeran en Él. Esa buena nueva, por la gracia de Dios y según los planes de su providencia, llegaba a los hombres de uno en uno no gracias a una cruzada extraordinaria y visionaria, ni de la noche a la mañana a raíz de algún hecho milagroso. Cada día, todos los días de nuestra vida, Dios nos pone delante personas y ocasiones con las que espera que actuemos. No espera más de nosotros, pero no aceptará menos; y faltamos a nuestra promesa y a nuestro compromiso si no descubrimos su divina voluntad en cada momento de cada día.

Así es como se ha extendido el reino de Dios desde los tiempos de la venida de Cristo hasta nuestros días. Depende de la fe y del compromiso de cada hombre, y especialmente del sacerdote, cada día de su vida. Cualquier momento de la vida de los hombres es precioso a los ojos de Dios y ninguno se debe malgastar por culpa de las dudas o el desaliento. La obra del reino, la obra de trabajar y sufrir con Cristo, no suele ser más espectacular que la rutina de la vida diaria. Quizá el sacerdote no viva éxitos clamorosos –al menos, no lo que los hombres consideran éxitos–, ni conversiones milagrosas, ni demostraciones entusiastas de fervor, ni nada dramático. Pero debe creer y estar firmemente convencido de que Cristo es la garantía de su éxito. Cristo ha dispuesto que esté ahí, en ese momento y entre esa gente, para que el reino de Dios pueda progresar en ese lugar y en medio de esas personas. Como sacerdote, tiene que ofrecer un testimonio especial del poder del reino para transformar todo lo humano, incluso lo torcido y lo distorsionado, lo monótono y lo que parece insignificante. De hecho, las cosas intrascendentes y las aparentemente imposibles son su verdadero desafío. Porque también eso debe ser transformado y redimido para que Cristo alcance su victoria. El reino de Dios no llegará a su cumplimiento en el mundo gracias a una extraordinaria batalla a espada contra el poder de las tinieblas, sino al trabajo y al sufrimiento diarios de

cada uno de nosotros como Cristo trabajó y sufrió, hasta que todo acabe transformado. Y ese proceso de transformación continúa hasta el fin de los tiempos.

Tan solo una profunda renovación de la fe en Cristo, una visión renovada de cómo ganar su reino en este mundo y un sentido renovado de la entrega a su voluntad eran capaces de disipar el desaliento que solían sentir los sacerdotes, aterrados por el poder del mal y la aparente imposibilidad de su causa que se abatían sobre ellos con toda su evidencia. Las pruebas que sufrían y que habían sufrido eran muy duras; desde un punto de vista humano, demasiado duras tal vez para enfrentarse solos a ellas. Ni siquiera las ocasiones de hablar con los demás sacerdotes del campo y discutir sobre temas religiosos, sobre la Iglesia y el sacerdocio, se demostraban suficientes para despejar toda duda y restaurar la paz interior. Sin embargo, las meditaciones del retiro parecían ayudar a aquellos cuya fe era escasa a renovarla y recobrarla, a ver los acontecimientos que los rodeaban desde la perspectiva del reino y la obra de la salvación del mundo. Los retiros no podían cambiar las cosas en el campo o hacer que sus vidas fueran mejores, pero sí obraban un efecto en sus almas. Renovaban la visión de su propia vida y de las que los rodeaban a la luz de la providencia divina y del poder transformador de Cristo. Les proporcionaban una nueva fortaleza y un espíritu nuevo para afrontar los retos diarios en las condiciones más adversas como oportunidades para edificar el reino de Dios que no se podían desaprovechar.

Con este mismo propósito intentábamos dirigir ejercicios para los demás presos siempre que podíamos. No solía ser fácil, porque al principio ni siquiera los que conservaban la fe estaban demasiado dispuestos a hablar en profundidad de religión. En general, a los prisioneros les costaba abordar estos temas, preocupados como estaban por la mera supervivencia. Su fe era básica, y más aún su moral. En los campos de prisioneros, las mentiras, los engaños y los robos eran un estilo de vida; ellos los justificaban interiormente como el único modo de sobrevivir y de burlar el absoluto dominio que el poder ejercía sobre sus vidas. En cuestiones como estas escaseaban las conciencias delicadas. Un hombre hacía lo que tenía que hacer para continuar viviendo a cualquier precio. Quizá lo mencionaran en la confesión porque así les habían enseñado a hacerlo, pero les costaba mostrarse arrepentidos. A veces daban la impresión de buscar la aprobación de esas prácticas más que el perdón de Dios o la absolución. Querían ser «francos» con Él, pero también deseaban sobrevivir en aquel sistema injusto y cruel, y confiaban en que Dios lo entendería.

Eso era lo que más nos sorprendía de aquellos hombres: la sencillez y la sinceridad de su fe y de la inalterable confianza en Dios. Era como si el reconocimiento de sus faltas y pecados manifestados en la confesión sirvieran únicamente para fortalecer su fe. Si Dios lo había protegido hasta entonces, solía decir el preso, si no lo había rechazado a pesar de sus delitos, sino que le había conservado la vida, seguro que tampoco lo abandonaría. Esa era la fuente de su seguridad y su confianza. Con Dios se podía contar cuando no se podía contar con los hombres; Él les ayudaría si los amigos y todo lo demás fallaban. Así

lo había demostrado hasta entonces. Para el preso, Dios era la última esperanza de supervivencia, su último recurso. No importaba lo que hubiese hecho, en qué hubiera fallado a Dios o al prójimo: Él aún no le había abandonado y podía contar con que volvería a sostenerle mañana.

En realidad, los retiros para presos eran más bien una misión. Intentábamos fortalecer la confianza y la fe en un Dios al que ya estaban aferrados y con quien ya contaban, animarlos a acercarse más a Él a través de los sacramentos, de una comunión y una confesión más frecuentes. E intentábamos también ayudarles a entender que sus vidas no estaban ni destruidas ni desperdiciadas, sino que seguían siendo valiosas a ojos de Dios. Por eso Él no los había abandonado ni los abandonaría. Insistíamos una y otra vez en la providencia como algo más que el cuidado y la protección que Dios les dispensaba, ese cuidado y esa protección que ellos percibían tan sólidos. Intentábamos ayudarles a que vieran que también sus vidas tenían un significado; que su trabajo y sus sufrimientos diarios poseían un valor; que lo que hacían seguía siendo digno, si no a ojos de los hombres, sí a los de Dios. Y les enseñábamos a hacer cada mañana el ofrecimiento de obras –entregando a Dios todas las oraciones, el trabajo y los sufrimientos de la jornada en conformidad con su voluntad– como un medio de obtener gracia para otros, especialmente sus familiares y amigos.

De este modo, por dura que fuese la situación en los campos, por inútil y cruel que pudiera parecer el trabajo, este adquiría un significado y un valor añadidos. Era algo de lo que un hombre podía sentirse orgulloso, porque se lo ofrecía a Dios. Cada día de trabajo y de penalidades, como los granos de trigo molidos para convertirse en la hostia de la misa, se podía consagrar a Dios y transformarse en algo de inmenso valor a sus ojos; era un sacrificio que todos los hombres podían ofrecerle en el transcurso de aquellos largos y penosos días. La tediosa rutina del trabajo diario, incluso en Siberia, tenía un significado, poseía un valor, igual que las vidas de los hombres de cualquier lugar –por grises, monótonas o insignificantes que parezcan– tienen un valor y un significado en la providencia divina.

Capítulo 15

EL MIEDO A LA MUERTE

Creo que encontrarte frente a un pelotón de fusilamiento es una excelente manera de examinarte de tu teología de la muerte. Un examen que no aprobé con matrícula de honor precisamente. Quizá todo ocurriera demasiado deprisa y sin previo aviso. Cuando en el campo 5 de Norilsk estalló una revuelta de prisioneros, recurrieron al ejército para sofocarla; luego dividieron a los presos en grupos pequeños y se los llevaron. A mí me incluyeron en un grupo de treinta, uno de los primeros que sacaron en manada del campo para conducirlo hasta un recinto de arena, a cerca de un kilómetro de allí. No sabíamos qué medidas disciplinarias tomarían, pero ni por un momento se nos ocurrió pensar que veríamos a los soldados formar frente a nosotros a cinco metros de distancia, con los rifles preparados, a la espera de recibir la orden. La dieron y levantaron los rifles; otra orden y cargaron las armas y nos apuntaron a la cabeza. Por un momento nos pareció estar soñando: ninguno entendíamos lo que estaba ocurriendo. Luego la fuerza con que estalló en mi cabeza la constatación de que teníamos ante nuestros ojos las bocas de los rifles aguardando una única orden hizo que todo se detuviera. Se me revolió el estómago y me quedé paralizado; mi corazón dejó de latir; creo que incluso me olvidé de respirar y se me nubló la mente.

El primer pensamiento que me viene a la memoria fue una pregunta: «¿Es el final, Señor?». Sé que empecé a rezar el acto de contrición, pero recuerdo haber sentido cómo una parte de mí era incapaz de comprender las palabras que estaba pronunciando. La otra parte estaba concentrada en el hecho de que, pasada una fracción de segundo, me hallaría delante de Dios, desconcertado y sin preparar, sin poder sentir dolor de mis pecados a causa de una confusión y un pánico tan repentinos, entumecido por una parálisis total, e igual de incapaz de extraer de mí un simple acto de fe en ese Dios en el que había aprendido a confiar sin reservas en cada una de mis acciones diarias, y menos aún de pensar con anticipación en el encuentro cara a cara con Él. Aún puedo recordar vívidamente mi conciencia del momento y el miedo que volvió a apoderarse de mí cuando me di cuenta de mi impotencia para llevar a cabo ningún acto cristiano que me redimiera, inmóvil y aterrado, pero consciente de lo que debía hacer –de hecho, intentaba recitar de memoria el acto de contrición sin comprenderlo y sin hallarle ningún significado– en el último instante de vida que me quedaba antes de que el velo se apartara y me encontrara en la presencia de Dios.

Ignoro cuánto duró ese momento. De repente sonó un disparo a lo lejos, se oyeron gritos y apareció un grupo de oficiales que detuvo la ejecución. Lo único que sé es que, pasado ese instante, el corazón se me salía del pecho, cada uno de mis músculos y mis nervios estaban temblorosos, mis rodillas flaqueaban trémulas y mi mente volvía a ser

capaz de seguir la secuencia de acontecimientos de un modo coherente. Cuando nos sacaron de allí, intenté descifrar lo que me había sucedido.

Durante los años de prisión e interrogatorios y mientras viví en los campos, la idea de la muerte me acompañó con mucha frecuencia. En más de una ocasión me dijeron que acabarían conmigo de un tiro y sabía que se trataba de amenazas muy reales. Había visto morir a los hombres de inanición o víctimas de la enfermedad; o, sencillamente, porque ya no deseaban seguir viviendo. En mi mente me enfrenté a la muerte una y otra vez, ayudé a otros en sus instantes finales y conviví con la palabra muerte y con su presencia. Pensé y reflexioné sobre ella; no la temía y a veces la deseé. ¿A qué venía entonces ese momento de pánico que me trastornó de aquella manera y me impidió hacer nada, ni rezar, ni tan siquiera pensar? ¿Fueron la precipitación y la sorpresa las que me traicionaron?

Seguramente tuvieron su parte en ello. Y también el miedo físico. Todo el mundo ha experimentado en algún momento de su vida los efectos de un miedo repentino, de un buen susto: escapar por los pelos de un accidente, quizá, o una caída inesperada; tal vez solamente un súbito sonido violento y extraño. En esos instantes se apodera de ti el instinto animal: la mente se queda en blanco y el cuerpo reacciona; se tensan los músculos, el corazón se acelera, se te cierra el estómago y los nervios se exageran. Y, cuando pasa ese momento sin recibir un contacto ni un daño físicos, se produce una reacción y el cuerpo flaquea. Son meras manifestaciones físicas del miedo y no resulta sorprendente que el cuerpo tema un daño e incluso la muerte. No puedo asegurarlo —y probablemente no pueda saberlo hasta que vuelva a acercarme al momento de la muerte—, pero sospecho que buena parte del pánico que sentí frente al pelotón de fusilamiento a las afueras de Norilsk se debió a ese instinto animal ante un daño físico repentino y totalmente imprevisto.

Porque a mí no me aterra el momento de la muerte, ni me aterró en la guerra, ni en la cárcel, ni en los campos de prisioneros. La muerte les llega a todos los hombres al final de su vida en la tierra, pero no es nada malo. Si la buena nueva del cristianismo significa algo es que la muerte no oculta ningún miedo, no encierra misterio, no es algo que el hombre deba temer. No es el final de la vida ni del alma ni de la persona. El acto central de la salvación no es la muerte de Cristo en el Calvario, sino su muerte y su resurrección. Fue la resurrección la que logró la victoria sobre el pecado y la muerte, esa herencia del pecado original que hizo necesarios un Redentor y una redención. Esa fue la «buena nueva» de la salvación, destinada a eliminar las últimas dudas, los últimos miedos de la humanidad acerca de la naturaleza de la muerte. Porque la resurrección es un hecho, un hecho tan cierto y seguro como la propia muerte, y significa que esta no vence al hombre, que la vida del más allá es una certeza y no solamente una esperanza o una invención humanas. Ese fue el hecho que hizo hombres nuevos de sus once discípulos atemorizados; esa fue la «buena nueva» que predicaron. Los breves sermones recogidos en los Hechos de los Apóstoles se centran en este tema: Dios ha resucitado a Cristo de la

muerte, Cristo ha resucitado, y nosotros somos testigos de ello.

Desde la caída de Adán, Dios prometió un Redentor. Desde el día en que la muerte entró en el mundo, Dios prometió un vencedor de la muerte. Y la buena nueva que predicar por todo el mundo fue la venida del Redentor, ¡la victoria sobre la muerte! Esta es la alegría de la Pascua, la paz que trae consigo. «¡Necios y torpes de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas!», dijo Cristo a los discípulos camino de Emaús. «¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?». La victoria del «ungido» de Dios, del Mesías, fue acabar con el «reinado» de la muerte y del pecado, pero ¿cómo podía triunfar si no era sufriendo primero la muerte y liberándose luego de sus cadenas? La Pascua fue la victoria, la «buena nueva» que se envió a predicar a los apóstoles hasta los confines de la tierra. Y la alegría de la Pascua es la alegría de esa buena nueva, mientras que la paz de la Pascua es la que se deriva de saber que aquello que los hombres más temían —el final de la vida, la aniquilación, la muerte— en realidad no encierra ningún temor.

No se trata de una invención del cristianismo: se trata de una realidad, y la prueba de ello es la resurrección. «Si Cristo no ha resucitado», dice san Pablo a los cristianos, «inútil es nuestra fe». No se puede ser cristiano y dudar de este hecho. La venida de Cristo a la tierra, el que Cristo tomara carne humana, no tuvo otro fin que morir y después vencer a la muerte. No era un líder religioso ni un gran maestro de la ética o la moral: era el Prometido, el Salvador, el Mesías. Su muerte y su resurrección son los hechos centrales no solo del cristianismo, sino de toda la historia humana. Los hombres vivían expectantes ante su venida y su victoria sobre la muerte hasta que llegó: desde entonces, la «buena nueva» de su triunfo se ha proclamado en todas partes y ha sostenido en la paz y en la alegría a quienes han creído.

Tal vez no exista otro lugar en el mundo donde el contraste entre quienes creen y quienes no creen sea tan llamativo como en la Unión Soviética. En el ámbito del comunismo la muerte es casi un tema tabú. En la ideología del materialismo ateo, para el hombre la muerte es, sin duda, el final de todo. Una tragedia especialmente en el caso de los jóvenes, cuya vida se interrumpe cuando están empezando a vivir; es trágica para las personas de mediana edad, que han alcanzado la cima de su potencial; y para los ancianos, que han tenido una vida plena, quizá signifique una liberación, pero no por eso deja de ser el final de la vida y, por tanto, una tragedia. El hombre tal vez sobreviva en la memoria de sus seres queridos, la reputación de alguien famoso tal vez mantenga vivo su nombre algún tiempo más que el de la mayoría, pero para los demás la muerte no significa únicamente el final de *esta* vida, sino de toda la existencia. Un comunista ferviente podía trabajar con el fin de edificar una sociedad mejor para sus descendientes, para quienes vinieran detrás de él, pero él no podía sobrevivir. A los hombres se les exhorta a enorgullecerse de su trabajo, a construir un mañana mejor para toda la humanidad, pero su esperanza solo puede ser esta. Marx y Lenin sentaron las bases de la doctrina; los comunistas de hoy en día consideran un honor y un privilegio ser los

pioneros de un nuevo orden social, de una impresionante marea revolucionaria que se propaga por todo el mundo comunista. Por eso la vida exige el total sacrificio de uno mismo por la gran causa de la construcción del comunismo y no se permite ninguna idea de la muerte que distraiga de este propósito. De ahí las medidas prácticas que se toman en la Unión Soviética para evitar cualquier mención del asunto.

Naturalmente, cuando llega, la muerte afecta a la familia inmediata y a los parientes y amigos. Si fallece un funcionario del partido o algún trabajador insigne, se exhibirán y elogiarán sus logros. Un ramo o un par de flores, junto con unos cuantos eslóganes, marcarán su tumba en señal de distinción y honores. Quizá una banda de música acompañe al cortejo fúnebre y los camaradas del partido rindan su último homenaje bien con su presencia, bien pronunciando unas palabras junto a su sepultura. Pero el ciudadano de a pie muere y es enterrado casi sin que se note.

Por lo general, los entierros se celebran después del trabajo para que a quienes desean asistir les sea posible hacerlo; ningún entierro puede interrumpir el trabajo. El ataúd suele consistir en unos cuantos tablones de madera unidos en forma de artesa que se cubre con un tejido de malla teñida de rojo. Eso es todo. El coste del ataúd no excede los cinco rublos. El furgón empleado para trasladarlo al cementerio lo presta gratuitamente la empresa en la que trabaja el camarada y tampoco está disponible hasta después del horario de trabajo, cuando el plan quinquenal no se ve interrumpido por el uso del furgón para algo como un entierro. El que el furgón hubiera pasado el día acarreando grava, hombres, basura u otros materiales poco les importaba al conductor o a quienes lo usaban después como coche fúnebre. Unas cuantas pasadas de escoba bastaban para limpiar la suciedad de la plataforma; se bajaba la puerta trasera y el furgón estaba listo para el entierro.

Al cortejo fúnebre no lo acompañaba ninguna pompa. Un pequeño grupo compuesto por la familia inmediata y unos cuantos amigos seguía la lenta marcha del furgón en silencio y sumido en el dolor. Estaba dispuesto que para los entierros se usaran las calles laterales, rodeando los cruces concurridos o las carreteras principales de modo que la visión del cortejo no distrajera o conturbara innecesariamente a los demás ciudadanos. Cuantos menos testigos hubiera de tan tristes escenas, decían los funcionarios, mejor. Y es que el laicismo comunista hace hincapié en las alegrías de la vida, en el progreso del hombre, y no en el dolor ni en la desolación. Aun así, quienes pasaban junto al cortejo se conmovían. Muchos se detenían y aguardaban con la cabeza descubierta para expresar su compasión hacia el muerto y hacia la desconsolada familia. Otros se arrodillaban en la acera y se santiguaban, permaneciendo en esta postura hasta que pasaba el cortejo, porque la idea de la muerte afecta muy de cerca a la naturaleza humana.

En Rusia siempre ha existido una corriente de misticismo sobre este tema, tal y como queda patente en la obra de Dostoievski, de Tolstoi y de otros grandes autores rusos. Incluso entre los no creyentes esa corriente se ha mantenido hasta el día de hoy. Sobre todo en los pueblos y aldeas, es muy común que los aniversarios de la muerte de los

seres queridos se conmemoren rigurosamente. Ese día la familia y los amigos visitan la tumba en el cementerio y vuelven a adornarla con flores. Los cristianos también colocan sobre ella medallas o iconos bendecidos y, en la medida de lo posible, procuran que ese día un sacerdote bendiga de nuevo la sepultura. Ahora, sin embargo, la ley soviética prohíbe que los sacerdotes bendigan las tumbas en los cementerios; por eso la gente pide que se cante en la iglesia el oficio de difuntos por el ser querido cuyo aniversario se conmemora.

En las casas se invita a familiares y amigos a una comida especialmente preparada para la ocasión. Se hornean panecillos de todo tipo rellenos de carne, pescado, queso y verduras como repollo, zanahoria y cebolla. Se sirven grandes tortas con nata, mantequilla o mermelada, si es que se consigue. Acabada la comida, en el centro de la mesa se coloca un cuenco grande de arroz con pasas y miel, de donde los invitados cogen una cucharada mientras pronuncian el nombre del difunto, manifestando su simpatía hacia la familia y recordando al mismo tiempo las buenas obras del ser querido. Es una especie de ceremonia religiosa en la que se revive la presencia en espíritu del difunto entre su familia y sus amigos y parientes. Se derraman lágrimas y se rememora el día del entierro de palabra y en el recuerdo; así se conserva la unión entre los vivos y los muertos, rindiendo pleno tributo a quienes han fallecido.

El jueves siguiente al primer domingo después de Pascua (domingo in albis) es una fecha especial para conmemorar a los muertos. Multitud de gente acude en masa a los cementerios con comida y flores, como si se tratara casi de una merienda campestre. Se limpian las tumbas y la gente se sienta a comer junto a ellas. A quienes pasan por ahí se les invita a sumarse a la comida o a hacer un brindis. Ese día los cristianos pedían al sacerdote también que celebrara junto a la sepultura un servicio especial de réquiem conocido como Panikhida. Durante mis últimos años en Norilsk, había veces que me pasaba desde primeras horas de la mañana hasta entrada la noche yendo de tumba en tumba y cantando ese servicio para las familias. Hoy está prohibido y el *Komsomol* y la Liga de Ateos Militantes han emprendido una constante cruzada en la prensa para desterrar esas celebraciones anuales, argumentando que generan desórdenes públicos y borracheras. Pero su observancia continúa y es extraño contemplar cómo ese día todo el mundo acude al cementerio para rendir homenaje a los muertos. Comunistas y no comunistas manifiestan así su respeto no solo a sus difuntos, sino también a los de vecinos y amigos, compartiendo sus recuerdos y su dolor, y hallando consuelo en todo ello y cierto lazo de unión con sus expresiones de un cariño y una ternura conmovedores.

En todo aquello, entre las personas de a pie, comunistas y no comunistas, se podía percibir de alguna manera el deseo de conservar un vínculo con quienes habían muerto, mantener viva al menos su memoria, aferrarse a una pequeña esperanza de que la muerte no es el final de la existencia humana. Se trataba de un instinto, arraigado en el carácter y en la tradición rusa, que no podían debilitar todas las doctas afirmaciones en la prensa, la radio y la televisión de los pretendidos expertos en el tema de la muerte. La gente

poseía un profundo sentido de lo que la vida significaba para ellos y no era capaz de creer que la muerte fuese el final de todo. Al menos la familia debía recordar.

Pienso, por ejemplo, en la querida *babushka*, la abuela de la familia con la que viví seis años en Abakán antes de regresar por fin a Estados Unidos. Le gustaba hablar conmigo porque la escuchaba. Algo flaca de memoria, todos los días me contaba las mismas experiencias de sus setenta y seis años de vida. Solía hablarme de su difunto esposo, de cuando lo visitaba en la cárcel, de lo enfermo que estuvo, de cómo ella hizo cuanto pudo hasta el día de su muerte. Su mayor pena era que su marido hubiese muerto en prisión, lejos de su hogar y de su familia. Le parecía una inmensa tragedia no solo para él, sino para todos ellos. Solía hablarme de la lástima que le inspiraba yo, solo y sin familia en la Unión Soviética, y cómo rezaba para que algún día pudiera volver a Estados Unidos y morir en mi tierra rodeado de mis familiares y personas cercanas. Para ella morir en tierra extraña era algo terrible y morir sin un ser querido junto a tu lecho, la peor de las tragedias.

El miedo a la muerte, el hecho de la muerte incumbe a todos los hombres; y la corriente de misticismo en torno a la muerte que recorre el trasfondo de la literatura y las costumbres populares rusas da la impresión de intensificar aún más lo angustioso de este fenómeno universal. A esos miedos se refiere la «buena nueva» del cristianismo. Yo lo veía sobre todo en la gente sencilla, en la gente buena para quien el deseo o la expectativa de una vida después de la muerte no era una fantasía ni una ilusión, como tan a menudo oían decir a la propaganda comunista. Se trataba, más que de una creencia, de algo real, algo que ni todas las afirmaciones de los intelectuales materialistas, ni las pruebas científicas, ni las demostraciones en las aulas podían echar por tierra. Para ellos la muerte no era un final, sino un principio, el paso a la vida eterna. Se alegraban porque algún día volverían a reunirse con sus seres queridos, y a veces deseaban liberarse de las penas de esta vida y encontrar la paz para siempre junto a Dios.

La salvación, decía esta gente sencilla, no se mide en función de cómo hagamos las cosas aquí en la tierra, sino que depende en última instancia de nuestra fe y nuestro abandono en Dios. En el éxito o en el fracaso, en la salud o en la enfermedad, en las alegrías o en las penas, el hombre debe volverse a Dios, debe confiar en Dios, creer en Él cada día más, amarle cada día más, preparándose para la vida futura a su lado. Había algo hermoso en esa sencillez, algo que ni todos los teólogos ni los manuales de teología podrían igualar al tratar de la muerte. Al principio me sorprendió encontrarme con algo así en la Unión Soviética. Me enseñó mucho. Y, unido a mi propia experiencia, me hizo pensar, y pensar con profundidad, en el significado de la muerte para un cristiano.

¿Qué tiene la muerte de temible? Significa, ni más ni menos, el fin de nuestro tiempo de prueba aquí en la tierra; es una vuelta, un regreso a casa, al Dios y Padre que nos ha creado. No es el final de la vida: así lo demuestra, más allá de toda duda, el hecho de la resurrección. Naturalmente, duele separarse de la familia y los amigos: un dolor humano del que nadie debe sentirse avergonzado. Pero, como dice san Pablo, los cristianos no

nos entristecemos igual que quienes no tienen esperanza; creemos en la resurrección – como decimos en el Credo, nuestra profesión de fe– y en la vida del mundo futuro. En nuestra fe la muerte no es una tragedia, sino el paso previsto de esta vida a la otra.

Quienes deberían temer la muerte son los que no creen, los que no tienen esperanza. Deberían temerla aquellos cuya fe en Cristo y en la resurrección es débil o los que tienen miedo de encontrarse cara a cara con Dios por lo que han hecho o por cómo han vivido en este tiempo de prueba que llamamos vida en la tierra. Es legítimo que los hombres se apenen por quienes dejan atrás; los cristianos hemos rezado siempre para vernos libres de una «muerte repentina e imprevista». Pero no tememos a la muerte en sí misma. Es una vuelta a casa, el regreso del hijo pródigo, quizá, a los brazos abiertos de un padre amoroso. La esperamos como la esperan todos los hombres; pero lo hacemos con confianza e incluso con alegría, anclados en nuestra fe en Cristo y en su victoria sobre la muerte.

Cristo ha resucitado y nuestra fe no es inútil. La resurrección es un hecho, un hecho registrado en la historia del hombre y en lo que los teólogos llaman la «historia de la salvación». Por eso, para nosotros la muerte no es un enemigo, algo temible, una palabra en la que preferimos no pensar o que ocultamos, como hacen los comunistas. Nos referimos a ella no como el final de todo, sino como el final de nuestra prueba. Nuestra fe nos permite esperarla cada día, incluso gustosamente. Podemos aprender a anhelarla, a prepararnos para ella y a abrazarla gustosos, con alegría y con paz, cuando por fin nos llamen a nuestra morada para heredar el cielo. Eso es lo que creemos; eso es lo que significa en esencia ser cristiano: aquel que cree en Cristo, el Redentor prometido y el vencedor del pecado y de la muerte.

Capítulo 16

LIBERTAD

Durante los años que pasé en prisión o en los campos de trabajos forzados de Siberia, más de una vez los funcionarios e interrogadores me dijeron que nunca volvería a ver la libertad dentro de la Unión Soviética. A veces lo decían con sarcasmo, a veces en son de amenaza y otras con absoluta naturalidad. En los campos, cuando me llamaban a interrogatorio –cosa que hacían periódicamente con todos los sacerdotes–, podía dar casi por seguro que en algún momento de la conversación un funcionario me aseguraría que jamás volvería a ser libre. Por supuesto, tanto ellos como yo sabíamos que mi condena oficial era de quince años, un hecho que pasaban por alto como si se tratara de una especie de ficción legal. Por otra parte, eran tantas las infracciones técnicas de las leyes del campo y las faltas menores que se cometían constantemente que los funcionarios siempre podían encontrar alguna excusa para añadir tiempo de condena si así lo deseaban. Ellos mandaban, su palabra era ley y, llegado el caso, el preso no podía recurrir ante los tribunales ni contaba con esperanzas de apelar a alguna autoridad superior. Incluso mis compañeros presos daban casi siempre por hecho en nuestras conversaciones diarias que nunca llegaría a ver el final de mi condena ni lo que había al otro lado de la alambrada. Como muestra de simpatía, meneaban la cabeza y se encogían de hombros, pero lo aceptaban como una evidencia más de la injusticia sistemática a que nos veíamos sometidos, como una conclusión reprochable, pero ineludible. Pasado algún tiempo, también yo acabé creyendo lo mismo y aceptándolo como una realidad.

Sin embargo, una mañana de primavera en el campo de prisioneros de Kayerkán me llamaron a las oficinas antes de salir a trabajar y me comunicaron que en un plazo de diez días sería libre. Repasando mis informes, los funcionarios habían descubierto que, de acuerdo con los nuevos reglamentos, tenía derecho a tres meses menos de condena; en realidad, solo había cumplido catorce años y nueve meses de los quince que estipulaba la sentencia. En los pocos días que quedaban, después del horario de trabajo comencé una ronda de exámenes médicos y el papeleo previo a la puesta en libertad de un prisionero. La noche antes de ser liberado no pegué ojo: no podía creer que, después de quince años, iba a recobrar la libertad. A la mañana siguiente, en torno a las nueve, el capataz me sacó del barracón y me llevó a la oficina del KGB (la policía de seguridad interna), donde me pasé cerca de dos horas sentado firmando documentos y rellenando formularios. Continuaba temiéndome algún problema, quizá un nuevo interrogatorio, pero el personal proseguía su rutina, sin prestarme más atención que a cualquier otro preso a punto de ser liberado. Por fin, todo quedó en regla y uno de los funcionarios me explicó con detalle mi nuevo estatus.

Quienes salen de los campos de prisioneros no son totalmente libres: en lugar del

pasaporte emitido para los ciudadanos soviéticos y que estos llevan encima, los exconvictos obtenían el denominado «documento de liberación», un certificado en el que consta que se ha cumplido la condena. Aun así, existe una diferencia más. El prisionero puede ser plenamente liberado y rehabilitado, o bien solo parcialmente, como en mi caso. A causa de la condena por espionaje, me entregaron lo que se conoce como certificado restringido o *polozenie pasporta*, que limitaba las opciones donde vivir y trabajar. No me estaba permitido, por ejemplo, residir en una ciudad del régimen, es decir, en poblaciones grandes como Leningrado, Moscú, Kiev, Vladivostok o Taskent, ni en ninguna ciudad fronteriza por la que pudiera abandonar supuestamente el país. Podía visitar esos sitios por un período máximo de tres días con autorización expresa de la policía y del gobierno. Y con el *polozenie pasporta* una de las primeras cosas que debía hacer en cualquier ciudad era informar a la policía y dejar constancia de mi presencia en ella.

Recibidas todas estas explicaciones de los funcionarios y después de revisar los documentos por lo que me pareció enésima vez, me dijeron que, cuando saliera del campo, me dirigiese a Norilsk e informase a la policía de allí. Según ellos, la policía me entregaría una serie de documentos de identidad oficiales para poder establecerme en la ciudad como ciudadano libre. Hacia las doce de aquel día de un mes de abril siberiano, dieron por terminados el papeleo y las explicaciones y crucé la puerta principal del campo por última vez. Automáticamente, después de andar quince pasos, me detuve y esperé a los guardias, como hacíamos todos cada mañana cuando salíamos a trabajar. Los guardias de la puerta se quedaron mirándome y se echaron a reír: nueve de cada diez presos liberados, llevados por la fuerza de la costumbre, caían en lo mismo.

Estaba tan cohibido que no sabía caminar como un hombre libre. Me sentía raro, con los brazos colgando a uno y otro costado en lugar de cruzados detrás de la espalda. Me volví para lanzar una última y prolongada mirada al campo, casi como si me costara dejarlo, y luego metí las manos en los bolsillos y caminé en dirección a la ciudad de Kayerkán. Había un tren en la estación. Subí a bordo sin que nadie me diera el alto ni me prestara la más mínima atención. No lo podía creer. La revisora me cobró el billete. Me quedé esperando a que me interrogara o me pusiera pegatas de cualquier tipo, pero se limitó a sonreír cortésmente. Tomé asiento y miré por la ventana, a punto de echarme a llorar: un hombre libre tratado como un hombre libre. Seguía esperando que sucediera algo, que alguien se pusiera a gritar, o que el tren se detuviera, o que me señalaran con el dedo. Pero no ocurrió nada. El tren arrancó: por fin era libre.

Creo que, probablemente, hay que haber estado privado de libertad para darse cuenta realmente del inmenso don que representa. No cabe duda de que en la cárcel o en los campos de prisioneros uno de los mayores tormentos consistía en conocer y recordar lo que significaba ser libre. El estricto régimen de las prisiones y los campos no hacía sino intensificar ese sentimiento, porque allí todo estaba estipulado; no se trataba solo de estar detrás de unas rejas o una alambrada, sino que hasta los detalles más nimios de la vida diaria eran invariables e inflexibles. El preso no tomaba decisiones propias. Estaba fijada

la hora de levantarse, el momento de salir a trabajar, el tiempo para el descanso o el ejercicio y la hora de irse a dormir. También había un horario para las exiguas comidas y, si por cualquier razón el preso llegaba tarde, no le quedaba otra que pasar hambre. Pero peor aún que todas esas restricciones físicas era la terrible constatación –que se abatía sobre el hombre a través de la amarga experiencia y que los funcionarios repetían machaconamente– de que el preso era una persona sin derechos a la que había que tratar como tal. En realidad, se convertía en una cosa y no en un individuo, sin ningún respeto hacia su dignidad o su persona, ni siquiera hacia su existencia como ser humano. Era solo un número y, por lo general, de él se valían los guardias y los funcionarios para dirigirse al preso.

A algunos esa constatación, sencillamente, los destrozaba. Otros se refugiaban pensando únicamente en el pasado, en un intento de acabar de un soplo con la horrible realidad del presente y, de ese modo, hallar una vía de escape a la desoladora vida de los campos. Algunos caían en una depresión gradualmente agudizada por las presiones que sufrían; otros abandonaban toda esperanza y el deseo de continuar resistiendo. De estos eran pocos los que sobrevivían. Solo quienes aceptaban la amarga pérdida de la libertad, por mortificante que fuese, y decidían seguir su instinto de supervivencia conseguían salir de allí. Se reunían en grupos y hacían amistades, casi como si formaran parte de una fraternidad, porque el instinto les decía que un hombre solo corría el riesgo de terminar perdiendo. Estar con otros, en constante comunicación con ellos, les proporcionaba cierta seguridad. Lo habían perdido todo, su vida se hallaba permanentemente expuesta al peligro de la enfermedad o la impotencia física, e incluso a la muerte. Pero no estaban solos. Había alguien en el barracón que se preocupaba por él: si no podía ayudarle, al menos le daría consuelo. Algo tan sencillo como eso servía hasta cierto punto para devolverle al prisionero el sentido de la dignidad humana, de su valor como persona. Él, a su vez, podía compadecerse de la pérdida de libertad y del incierto futuro del amigo, compartir con él su esperanza de sobrevivir, sus recuerdos del pasado, sus ideas de futuro.

Al cuerpo se le puede encerrar, pero nada es capaz de destruir la libertad más profunda del hombre, la libertad del alma, como tampoco la libertad de la inteligencia y la voluntad. Estas son las facultades más excelentes y nobles del hombre, las que hacen que sea la clase de hombre que es, y nada las puede constreñir. Incluso en prisión el hombre conserva su libre albedrío, su libertad de elección. Incluso en prisión un hombre puede elegir entre obrar bien o mal, entre luchar por sobrevivir o desesperar, entre servir a Dios y a los demás o replegarse dentro de sí mismo. Queda el libre albedrío y queda, por tanto, la libertad, porque la libertad se define sencillamente como la condición de ser libre, de no estar coaccionado ni en la capacidad de elegir ni en las obras por la necesidad, por el destino o por las circunstancias.

Esa libertad es absoluta, pero la libertad en sí no es un absoluto en el sentido en que muchos nos quieren hacer creer hoy. Los jóvenes suelen anhelar la libertad y la

independencia como si estas fueran en cierto modo absolutas. Hablan de ella como un bien en sí mismo, como si solo existiera en una categoría ideal, sin las trabas de las obligaciones y el deber. Este deseo de independencia y de libertad por parte de la juventud es algo natural: forma parte del proceso de crecimiento, de la evolución hacia la madurez, de ese soltarse de las faldas de su madre y prepararse para la vida adulta. Pero los padres no cumplen con su deber si no controlan esa tendencia, si no la refrenan y no procuran que sus hijos ejerzan su libertad en el contexto de los deberes y obligaciones del hogar y la escuela, con sus padres y con su familia, con los amigos y con quienes tienen autoridad. Porque el mundo de los adultos que el niño tan ardientemente desea alcanzar, que con tanta fuerza y tanta impaciencia ansía, es también un mundo en el que la libertad se ve modificada por las circunstancias, por determinadas obligaciones y limitaciones, y solamente en ese mundo real de la vida diaria existe la libertad humana tal y como es, y no como una categoría ideal.

En una sociedad democrática, muchas veces la libertad sufre a causa de quienes abusan de ella más que por las trabas legales impuestas a su ejercicio; aun así, sufre. A mi juicio, eso suele ocurrir porque las leyes o quienes obligan a ellas son demasiado permisivos y no castigan correctamente a los que violan los derechos ajenos. En un Estado totalitario, por su parte, la libertad sufre por la falta de su ejercicio, porque las leyes son restrictivas y los castigos severos, y las mismas autoridades limitan los derechos de los ciudadanos. El hecho es que las causas que restringen la libertad del hombre en el mundo concreto y real son muchas, tanto si se trata de la libertad de expresión como de la libertad de conciencia, de la libertad civil como de las libertades social, religiosa o personal. Sea cual sea el aspecto de la noción de libertad que se contemple, en esta vida siempre existirán dificultades insalvables y que impidan conceder a cada uno de los hombres la plena libertad que desea.

Sentado en el tren que me llevaba a Norilsk y emocionado por mi nueva libertad, se me venían a la cabeza estos pensamientos. ¿Qué significaba para mí, para cualquier hombre, ser libre? Había salido de los campos de prisioneros, libre de la rigurosa rutina diaria, libre de organizar mi nueva vida, de tomar mis propias decisiones cada día. En ese sentido, era libre, pero no de toda limitación. Pesaban sobre mí ciertas restricciones, sobre todo dada mi condición de exconvicto: siempre las habría mientras dispusiera del *polozenie pasporta*. Pero esas restricciones solo diferían en los detalles de las que atan al hombre en cualquier sociedad: las reglas y las prácticas, las leyes y las costumbres, e incluso las tradiciones familiares, religiosas, sociales o culturales «aceptadas». La libertad de ningún hombre es absoluta.

En último término, nuestra única libertad absoluta es el libre albedrío humano. Y esa libertad nos ha sido entregada por el Creador, principalmente, para que libremente podamos elegir amarle y servirle a Él. Todas las demás criaturas le sirven necesariamente; en el hecho de ser y existir manifiestan el poder y el amor de Dios, o reflejan de alguna manera su gloria y su belleza. Solo a los hombres y a los ángeles se les

ha dado la capacidad de elegir libremente amar y servir a Dios. Nos ha hecho algo inferiores a los ángeles, nos ha dado la inteligencia y la libertad; y esa es la marca distintiva del hombre, al tiempo que su gloria suprema, su don más preciado, su responsabilidad más temible. Solo el hombre puede elegir libremente no servir a su Creador.

Cuando el hombre elige servir a Dios y hacer su voluntad, conquista su libertad más sublime y más plena. Puede parecer paradójico afirmar que nuestra libertad más plena y sublime depende de seguir hasta en el más mínimo detalle la voluntad de otro, pero no deja de ser cierto cuando ese otro es Dios. Yo puedo dar prueba por propia experiencia – especialmente en las horas más oscuras de Lubianka– de que el mayor sentimiento de libertad se consigue cuando se renuncia totalmente a la libertad para cumplir la voluntad de Dios; y, con él, la paz del alma y un constante sentimiento de seguridad. Nunca podré volver a dudar de que la mayor seguridad con que he podido contar en mi vida se ha derivado de conocer y seguir gustosamente la voluntad de Dios tal y como se me ha manifestado. Demasiado bien supe lo vano y peligroso que resultó en mi caso seguir la propia voluntad, las propias inclinaciones y deseos, a menos que fueran conformes a los suyos. Entonces fui consciente, y cada día lo fui siendo más, de que la verdadera libertad no significaba otra cosa que dejar obrar a Dios en el alma sin poner obstáculos; poner por delante la voluntad de Dios tal y como se me revelaba a través de sus indicaciones, de sus inspiraciones y de otros medios de que se vale para comunicarlos; y no obrar por propia iniciativa.

Supongo que a quienes no creen en Dios estas ideas les parecerán desprovistas de sentido y un absurdo inexplicable. Pero a mí no me cabe ninguna duda: la libertad más plena que he conocido nunca, el mayor sentimiento de seguridad, han procedido de la renuncia a mi libertad para cumplir únicamente la voluntad de Dios. ¿Qué había de temer mientras lo hiciera así? No la muerte. No el fracaso, excepto el de no hacer su voluntad. «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?». Elegir cumplir su voluntad y experimentar la libertad espiritual que se deriva de ello fue mi mayor gozo y la fuente de una extraordinaria fortaleza interior. Porque saber que Él me guiaba en todas mis acciones, que me sostenía con su gracia, me proporcionaba un sentimiento de paz y de coraje indescriptible. Incluso en los momentos de desaliento humano, la conciencia de estar cumpliendo su voluntad en todo lo que me sucedía servía para disipar toda duda y toda desolación. Fueran cuales fueran las pruebas de cada momento, las penalidades o los sufrimientos, lo más importante de todo era saber que procedían de Dios y servían a su divina providencia. No siempre era capaz de desentrañar lo más oculto de su providencia ni pretendía entender su sabiduría, pero tenía la certeza de que abandonándome a su voluntad cumplía con la mayor perfección posible lo que quería de mí.

Esa libertad –así me lo hizo saber la amarga experiencia– no es algo que se pueda alcanzar de la noche a la mañana ni poseer de manera definitiva. Cada día que pasa, cada

hora de cada día que pasa, cada circunstancia y cada situación nuevas, cada nueva obra constituyen una ocasión más de ejercitar y crecer en esa libertad. Su crecimiento exige una actitud de aceptación y apertura a la voluntad divina más que una estrategia planificada o un método calculado. Hasta las prácticas ascéticas, como las penitencias, el ayuno o las mortificaciones, pueden convertirse en un impedimento, y no en una ayuda, si son autoimpuestas. Por el contrario, luchar por acabar con toda voluntad propia, por aceptar la voluntad de Dios manifestada en las circunstancias de la vida diaria, es el camino más seguro para crecer en la conformidad con la voluntad divina. Nos proporcionará algo más importante que suficiente virtud que practicar, sufrimiento que soportar o dolor que sobrellevar: nos hará instrumentos eficaces para cumplir sus designios no solo para nuestra salvación, sino para la de los demás. El servicio a Dios debe preceder a cualquier otra cosa.

Por eso, la espiritualidad basada en la confianza plena en Dios es la garantía más segura de la paz del alma y de la libertad de espíritu. El alma debe aprender a obrar no por propia iniciativa, sino en respuesta a cualquier demanda de Dios en las ocasiones de cada día. Su actuación debe estar siempre centrada precisa y primordialmente en la voluntad de Dios revelada y manifestada en las personas, en los lugares y en las cosas que Él nos pone delante, más que en los medios exigidos para cumplirla. Entonces no importa lo que esos medios exijan –sufrimiento, peligro, soledad o penalidades físicas, como el hambre o la enfermedad–: saber que aceptándolos estamos cumpliendo la voluntad de Dios hace más fácil el sacrificio y más ligera la carga. No existe otra razón para aceptar el sacrificio y la mortificación: de hecho, buscarlos por cualquier otro motivo que no sea conformarse a la voluntad de Dios es una especie de deformación espiritual. Sin embargo, aceptar lo que venga o lo que suceda como voluntad de Dios, sea cual sea su precio espiritual, psíquico o físico, es el camino más rápido y seguro hacia una libertad del alma y del espíritu que supera toda comprensión y toda explicación.

El trayecto en tren desde Kayerkán hasta Norilsk no era demasiado largo. Pero trajo a mi memoria aquel primer y largo viaje a Rusia desde Lvov, cuando tan seguro me hallaba de estar haciendo la voluntad de Dios. Es verdad que esa había sido la auténtica razón de mi viaje, pero ¡qué equivocadamente lo entendía entonces! ¡Cuánto había aprendido en ese tiempo, cuántas veces había fracasado, qué dura había sido la lección! Ahora por fin, como un hombre libre, empezaría a hacer de nuevo lo que soñaba entonces: servir como sacerdote en lo que pudiera a la gente de la Unión Soviética, ayudándoles a alcanzar la salvación eterna mediante el servicio y el amor a Dios. Físicamente quizá no fuera tan libre para hacer lo que quisiera como hubiese deseado: tenía que presentarme a la policía en cuanto llegara a Norilsk y probablemente estaría sometido a vigilancia. Pero espiritualmente nunca me había sentido más libre o más seguro en mi convicción de que Dios velaba constantemente por mí y me guiaba por las sendas señaladas por su divina providencia.

Capítulo 17

EL REINO DE DIOS

Lo primero que hice al llegar a Norilsk fue ir en busca de un sacerdote ucraniano, el P. Viktor, que había estado conmigo en uno de los campos y llevaba cuatro meses en libertad. Sabía que también a él le habían concedido un pasaporte restringido y enviado a Norilsk. Tras hacer algunas indagaciones, di con él en un barrio de la periferia de la ciudad. Se trataba de un batiburrillo de chabolas, chozas y casuchas (llamadas *boloks*) que en otro tiempo habían albergado a un importante grupo de trabajadores chinos «voluntarios» en Siberia: la gente de Norilsk lo seguía conociendo como «ciudad de Shanghai». Las chabolas estaban construidas con maderas viejas y cajas de cartón, y adosadas unas a otras como fichas de dominó. Generalmente, las paredes eran dobles y las formaban desechos y fragmentos de chatarra aisladas por un recubrimiento de ceniza. Las casas mejores tenían un revestimiento exterior de tela asfáltica, barro o yeso. Encontré al P. Viktor viviendo en uno de esos *boloks* en compañía de otro sacerdote, el P. Neron, quien había estado preso en el mismo campo minero de Kayerkán de donde yo acababa de salir, aunque a él le habían liberado antes de mi llegada.

En ese pequeño *bolok*, de unos tres por tres metros, había dos camas separadas por un altar; de hecho, la habitación servía también de capilla. Vivían tan estrechos y hacinados que le pregunté al P. Viktor si conocía a alguna familia del vecindario con la que pudiera alojarme. Pero ni él ni Neron lo consintieron. Estaban felices de verme y se empeñaron en que me quedara con ellos. Me prepararon la cena en un pequeño hornillo eléctrico que utilizaban tanto para cocinar como para calentar el *bolok*. Luego nos pasamos horas hablando. Por la noche juntamos tres sillas en el exiguo espacio que quedaba entre las dos camas delante del altar y me acosté en ellas, usando mi abrigo acolchado de preso y mis pantalones –las únicas prendas en mi haber– como colchón, manta y almohada. A la mañana siguiente, en cuanto nos levantamos, corrimos las camas y nos preparamos para celebrar misa.

Hacia las seis y media se habían reunido en aquella pequeña habitación diez o doce personas. Los domingos la gente abarrotaba el cuarto y el pasillo que quedaba al abrir la puerta. Para poder atender a un número cada vez mayor de personas, Viktor y Neron decían cada uno una misa y predicaban una homilía: a cada misa asistían unas sesenta personas o más. Porque, en realidad, ese desvencijado *bolok* era su «parroquia». Casi todas las tardes solía acudir gente con algún motivo: confesiones, bautizos, bodas o algún *Panikhida*, las bellísimas exequias rusas cantadas por los difuntos.

Había tanta gente que, al cabo de un tiempo, todos los domingos cogía el maletín que me daba el P. Viktor con lo necesario para la misa y me marchaba a otra zona de la ciudad –a un campo de prisioneros, para ser exactos– donde celebraba la Eucaristía para

otra «parroquia» de polacos en un antiguo barracón reconvertido en vivienda municipal. Antes de la misa confesaba a la gente y luego celebraba bautizos y bodas, que fueron en aumento cuando se enteraron de que estaba disponible todos los domingos. Tal y como me habían ordenado, me presenté ante la policía y, algún tiempo después, conseguí un trabajo y pude por fin tener mi propio y pequeño *bolok*. También allí celebraba misa a diario para un grupo creciente de personas, pero los domingos seguía atendiendo a mi «parroquia» polaca del viejo barracón.

Naturalmente, la policía me vigilaba siempre, igual que a mis feligreses. A veces me citaban para interrogarme y me advertían que no «agitara» a la gente. Yo sabía que a algunos de esos feligreses también los interrogaba la policía y que los funcionarios sindicales o los supervisores de sus lugares de trabajo los perseguían para que no practicasen la religión tan abiertamente. En cuanto a mí, la constancia de su fe y el valor que demostraban ante aquella persecución menor me maravillaban y confortaban, y estaba decidido a continuar ayudándoles mientras pudiera. Aunque eso significara un nuevo arresto o que me volvieran a enviar a la cárcel o a los campos, me hallaba dispuesto a correr ese riesgo con tal de ejercer mi sacerdocio al servicio de aquellos valientes cristianos.

Lo cierto es que me asombraba cómo la gente se aferraba a la fe en medio de un país declaradamente ateo. Un ateísmo que se enseñaba y se predicaba en todas partes: en la prensa, en la radio y en la televisión, en las escuelas y en libros y revistas de todo tipo. La Constitución soviética, claro está, garantiza el derecho de cualquier ciudadano a practicar su fe, pero prohíbe toda predicación o enseñanza religiosa formal. De hecho, la ley se ha interpretado de modo que a los niños menores de dieciocho años no se les permite asistir a la iglesia, ni siquiera acompañados de sus padres, y los sacerdotes no pueden impartir formación religiosa a los jóvenes. El mismo artículo de la Constitución que garantiza la libertad para practicar la religión, pero no para predicarla, garantiza también la libertad de la propaganda atea. Y esta garantía la ejercía plenamente el Estado por todos los medios imaginables. Cualquier persona, desde los niños pequeños hasta los ancianos, se hallaba permanentemente expuesta y sometida a la influencia de esa propaganda. El efecto de todo esto sobre la que en otro tiempo fuera la Santa Rusia ha sido el de transformar la vida social del país, la manera de pensar y de comportarse del ciudadano de a pie. Aun así, no ha afectado a la fe de millones de creyentes.

Si el ateísmo ejerce su influencia por todos los rincones del país, lo mismo hacen la Iglesia ortodoxa y otras sectas religiosas, pese a las condiciones adversas y a los inmensos obstáculos en medio de los cuales desarrollan su labor. Las iglesias son pocas y están muy distanciadas. No se pueden comprar ni publicar Biblias ni literatura religiosa. La gente no dispone de periódicos ni de documentos de la Iglesia ni de folletos. Sin embargo, en algunos monasterios ortodoxos aún existen pequeños iconos, rosarios, velas y estampas con una breve oración impresa al dorso, y la gente los cuida y conserva como un tesoro. Las iglesias celebran servicios los domingos o los sábados por la tarde. Para

celebrar otros días –las fiestas más importantes de la Iglesia, por ejemplo– el sacerdote asignado depende de los buenos oficios de un comité que organiza todos los servicios y administra los asuntos religiosos.

Los comités religiosos responden directamente ante el gobierno. Su trabajo consiste en supervisarlos todo, incluidos los sermones, que deben ceñirse estrictamente a temas religiosos, ser breves y estar cuidadosamente seleccionados, evitando cualquier alusión a la política o cualquier crítica contra el gobierno, el partido o el sistema. La Iglesia ortodoxa, que sigue siendo la Iglesia «oficial» en Rusia, recibe subvenciones del gobierno para el mantenimiento de los edificios históricos, así como un pequeño salario que distribuye el comité destinado al sacerdote. Sin duda, resulta paradójico que el gobierno ateo de la Unión Soviética cuente con un Ministerio de Cultos (Asuntos Religiosos) que incluso provee de fondos para los asuntos eclesiásticos; pero ese mismo Ministerio sirve además como órgano de férreo control sobre las iglesias y sus asuntos. De ahí que la institución de la Iglesia ortodoxa y su jerarquía poco puedan hacer para contrarrestar la poderosa influencia del gobierno que trabaja contra la pureza de la estructura espiritual.

La gente era muy consciente de lo que sucedía. A veces protestaban de que el clero y los obispos no reaccionaran frente a esa injerencia del gobierno en los asuntos religiosos. Pero estos no podían hacer mucho. Y, si lo hacían, las denuncias y protestas nunca se daban a conocer públicamente. El silencio de las autoridades de la Iglesia algunas veces suscitaba rumores entre la gente. De vez en cuando, oías a algunos condenar airadamente a quienes hacían cabeza, llamándolos prostitutas o agentes comunistas. Pero la mayoría comprendía que las jerarquías y demás autoridades eclesiásticas no podían escapar a las presiones del régimen vigente y la Iglesia ortodoxa y sus sacerdotes conservaban la alta estima en que los tenían.

Todo el mundo era consciente también de las represalias que desencadenaría cualquier intento por parte de las iglesias de oponerse al gobierno o de no plegarse al Ministerio de Cultos. El gobierno lo tenía muy fácil. Se redactaba, por ejemplo, una solicitud acompañada por cierto número de firmas pidiendo que la iglesia se cerrara por motivos de orden público, de seguridad o de cualquier otro tipo. O puede que la ciudad diseñara repentinamente algún proyecto de edificación y la iglesia formara parte de la lista de inmuebles destinados a demolición. Naturalmente, el gobierno siempre aprobaba la solicitud o el nuevo plan de edificación. No obstante, pese a las presiones, pese a la injerencia y el control del gobierno, pese a la propaganda y al acoso constante y ruin que se lleva a cabo en la oficina, en la fábrica o en la escuela, la Iglesia ortodoxa continúa ejerciendo una notable influencia en todo el país.

Por lo general, las iglesias que aún se conservan o que no se han cerrado siguen llenas de gente; y no solo de un número menguante de ancianos, como proclaman el *Komsomol* y la Liga de Ateos Militantes, sino también de gente joven. Algunos acuden a las iglesias precisamente porque no es lo que se espera de ellos y, como los jóvenes de todas partes, hacen así demostración de su independencia. Otros van al principio por

curiosidad, o llevados de un vago deseo de redescubrir un vínculo étnico o cultural con las antiguas tradiciones. Muchos buscan algo: algo que ni siquiera acaban de comprender del todo y que no pueden expresar con claridad. Saben por sus padres y abuelos cómo eran las cosas en los «viejos tiempos»; se preguntan si no estarán perdiendo o si no podrían encontrar algo de la paz y la seguridad que sus «mayores» parecen haber hallado en Dios. Y van. De este modo, por providencia divina, la fe se conserva sólida y continúa creciendo; se siguen celebrando bautizos e incluso los hijos de algunos funcionarios del Partido Comunista reciben el bautismo en secreto.

En Rusia hay muy pocas iglesias católicas que no sean las de los territorios ocupados por la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial. De hecho, la mayoría de los rusos católicos de hoy en día son un remanente de los «voluntarios» que, como yo, llegaron a la Unión Soviética durante la guerra para trabajar en las serrerías y en las fábricas, o bien presos a los que no se les permitió regresar a su patria. Las «parroquias» que yo atendía en Norilsk son un buen ejemplo de ello: había grupos similares de polacos, alemanes o lituanos diseminados por muchos de los pueblos y aldeas más pequeñas, y muy pocos en las grandes ciudades. Estaban felices de poder contar con un sacerdote y los sacrificios que hacían, las distancias que recorrían para asistir a misa y recibir los sacramentos, eran para mí un motivo constante de asombro y consuelo. En caso contrario, debían asistir a los servicios celebrados en las iglesias ortodoxas.

Sin embargo, la mayoría de los sacerdotes ortodoxos no permitían al resto de los cristianos recibir el sacramento del bautismo, la Sagrada Eucaristía o la penitencia. Eran a este respecto muy estrictos y sumamente inflexibles. Algunos sacerdotes católicos de rito bizantino se mostraban mucho más abiertos a los fieles ortodoxos. Los confesábamos y bautizábamos a sus hijos, bendecíamos sus casas, visitábamos a sus enfermos y enterrábamos a sus muertos. Pero éramos pocos los que lo hacíamos. Los fieles ortodoxos y católicos desarrollaron en buena medida ese espíritu que a partir del Vaticano II conocemos como ecumenismo; no obstante, las Iglesias continúan oficialmente aferradas a la estricta interpretación de las leyes que existe desde hace mucho tiempo y que pretende evitar que los fieles caigan en el error; leyes que han prohibido la intercomuni3n con otras denominaciones cristianas. Dadas las circunstancias que vivíamos en la Unión Soviética, esas leyes no parecían tener demasiada importancia y los fieles fueron los primeros en entenderlo así. Querían rendir culto a Dios, practicar su religión, y para ellos el Dios Uno y Trino al que se daba culto y se adoraba en las iglesias era el mismo; el que se ofrecía en el sacrificio de la misa, independientemente del rito en que se celebrase, era el mismo Cristo. Se comprendían entre ellos, se apoyaban los unos en los otros, se ayudaban mutuamente, se decían dónde se iba a celebrar misa o dónde encontrar a un sacerdote. Fueron ellos los primeros en seguir las inspiraciones del Espíritu y en derribar barreras; y los sacerdotes los siguieron reacios.

En Siberia, como en toda la Unión Soviética, había otras sectas religiosas, algunas de ellas florecientes. No construían iglesias en las que reunirse para celebrar sus servicios:

les bastaban las casas a las que acudían los domingos o en otras ocasiones. No llevaban un registro de sus actividades. Pero cada vez que se reunían para orar en común, para leer las Escrituras, de alguna manera estrechaban lazos y se estimulaban para buscar a otros que se unieran a ellos. La falta de formalidad de sus servicios, la convicción de sus principios religiosos y la espontaneidad de sus oraciones les hacían conscientes de la presencia de Dios en el otro y en la comunidad de fieles congregados. Su fe era firme, no temían practicar ni hablar abiertamente de ella a los demás y demostraban mucho menos miedo a la persecución que otros cristianos u otras personas aterradas por la represión oficial. Eran la pesadilla de la policía secreta y del Ministerio de Cultos, porque se negaban a recibir intimidaciones... y no tenían iglesias que confiscar. Desgraciadamente, muchas veces trasladaban esa intransigencia a sus relaciones con los demás cristianos; criticaban sin remilgos a las iglesias instituidas, especialmente a la ortodoxa y la católica. Estaban convencidos de ser los únicos que practicaban la pureza del mensaje evangélico y consideraban al resto de los cristianos pecadores necesitados de conversión, y a los sacerdotes, enviados del demonio o de la ramera de Babilonia que descarriaban a la gente; y lo decían alto y claro. Algunas de las experiencias más desagradables que viví en los campos fue con personas como estas, con las que me relacionaba muy poco en mi labor de sacerdote.

En cualquier caso, yo admiraba a esta gente, así como la firmeza de su fe frente a la propaganda y la persecución constantes en que todos nos movíamos. También me maravillaba cómo la divina providencia y la acción misteriosa de la gracia conservaban la fe en Rusia, pese a la fuerza y el poder de un sistema ateo decidido a extirpar la religión, y pese a los muchos fallos humanos de las propias Iglesias. En esos momentos, comprendía lo vanos que eran los intentos de destruir el reino de Dios por parte del hombre o del gobierno. Se pueden cerrar las iglesias, se puede encarcelar a los sacerdotes y a los ministros, se puede incluso hacer que los hombres y las Iglesias disputen entre ellos, pero no se puede desarraigar la buena semilla que existe entre la cizaña, esa buena semilla que es el reino de Dios: subsistirá, como el grano de mostaza, como la levadura en la masa. La fe de esos valientes cristianos de Siberia y de toda Rusia es prueba suficiente de ello.

Sí: como dijo Pilato, Cristo es rey; pero su reino no es de este mundo. No es un reino contrario al gobierno soviético ni a ningún otro gobierno; no es un reino fundado sobre un territorio, sobre unos edificios o unas estructuras. Es un reino de justicia, de amor y de paz, como canta la Iglesia en el prefacio de la misa de Cristo Rey; un reino de verdad y de vida, un reino de santidad y de gracia que existe en los corazones de los hombres y se funda en su fe y en su confianza en las palabras de Cristo. Como recoge san Mateo, «no he venido a traer la paz, sino la espada», anunció Cristo. Pero la revolución que predicaba no era contra los poderes de este mundo, sino que debía llevarse a cabo en los corazones de los hombres. «Arrepentíos», dijo, «haced penitencia, cambiad vuestros corazones, porque está cerca el reino de Dios».

Dios, en su providencia, no deja vivir en paz a los hombres hasta que la crisis que antes o después debe producirse en todo corazón los convierte. La gracia de Dios exige una total transformación del hombre, porque el hombre pertenece a Dios. Solo por la fe, solo con un cambio del corazón puede el hombre entrar en el reino de Dios. Antes o después, el hombre debe aprender que este mundo cambiante e inestable no puede ser la fuente de su seguridad, de la auténtica paz del corazón. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia», dice el Señor, «y todas estas cosas se os añadirán». *Esa* es la fuente de nuestra paz y nuestra seguridad últimas: la providencia divina; pero hemos de aprender a acogerle con fe, a buscar su voluntad en todo y seguirla, a poner toda nuestra confianza y nuestra fe en Él. Hecho esto, debemos vivir con ese espíritu cada día en todo lo que hacemos, en todo lo que decimos, en todo lo que pensamos. Y, viviendo de este modo, cuanto hagamos en la tierra contribuirá a extender el reino de Dios.

Nuestra primera responsabilidad, el principal objetivo de todos nuestros esfuerzos ha de ser la transformación de nosotros mismos, de nuestros corazones y de nuestras vidas. En la medida en que lo logremos, alentamos la expansión del reino, porque de ese modo nos disponemos al mismo tiempo a ayudar a los demás y a colaborar aún más en su extensión. En la práctica, esto significa que cada uno de nosotros debe cumplir fielmente los deberes de la vida diaria. Las circunstancias y la gente que el Señor nos pone delante cada día a través de su providencia nos ofrecen la oportunidad de llevar a cabo una acción tras otra como prueba de nuestra dedicación al reino. Poco importa si estamos casados y nos ocupamos de la casa y la familia, si estudiamos en la escuela, si trabajamos en una oficina, en una fábrica o en una granja, o si hemos abrazado la vida sacerdotal y religiosa: en todo lo que hagamos, siempre debemos buscar primero el reino de Dios. Así, cuanto hacemos cada día hemos de aceptarlo como venido de Dios y ofrecérselo a Él; hemos de hacerlo cumpliendo su voluntad, porque solo así se alienta y se extiende por el mundo el reino de Dios.

Experimentamos a diario lo difícil que es hacerlo realidad en nuestra vida personal cumpliendo su voluntad en todo. Nadie que haya intentado en serio vivir así un día y otro dirá que es tarea fácil. Solo es posible con la ayuda de la gracia de Dios. Esa gracia se nos da siempre, pero hemos de aprender a reconocerla en las circunstancias y en las personas que, por providencia divina, nos salen al paso; en los pensamientos y en las inspiraciones que tiran de nuestras mentes y nuestros corazones. Sabemos que no siempre respondemos a la gracia de Dios, porque su gracia exige de nosotros sacrificio, la renuncia de nuestra propia voluntad, esfuerzo y un espíritu de entrega incansable; y la práctica de todo ello no es fácil ni para el joven, ni para el adulto fatigado, ni para el anciano. Pero en eso consiste el reino de Dios.

Si nos damos cuenta de lo escasa que es la gracia que acogemos y hacemos realidad en nuestra vida personal, podemos adivinar cuánta más es la que se desperdicia y se rechaza a nuestro alrededor. Y entendemos por qué en el mundo de hoy siguen existiendo tanto mal, tanto pecado, tanta violencia y tantas guerras, tanto odio e

inmoralidad, tanta persecución religiosa e incluso el rechazo de Dios. Todo esto continuará mientras el hombre se niegue a aceptar su gracia y a hacer su voluntad. El reino de Dios, reinstaurado en medio de los hombres por la Encarnación de Cristo —que vino a mostrarnos el ejemplo perfecto del hombre entregado en todo y en todo momento a la voluntad del Padre—, no puede establecerse ni se establecerá hasta que los hombres vivan cada día de su existencia siguiendo su ejemplo.

«El reino de Dios está en medio de vosotros», dice el Señor. ¡Qué evidentes y qué profundas me resultaban esas palabras en Norilsk! La Iglesia visible, reflejo del reino de Dios en este mundo, casi no existía en la inmensidad de Siberia. Allí los cristianos, y también yo, debíamos intentar servir a Dios envueltos en una atmósfera de descreimiento e impiedad, una atmósfera de propaganda atea casi asfixiante. Pero mi mayor consuelo era la fe palpable de los valientes cristianos a los que servía, testimonio vivo en medio de aquella tierra desolada del poder de la gracia de Dios y de la existencia de su reino. Su fe, su coraje me animaban cada día a ofrecer todas mis actividades, mis obras y sufrimientos por la obra de extender el reino de Dios en la tierra. ¿Qué era yo al lado de los millones de ateos de la Unión Soviética? ¿Qué era yo al lado del poder y la fuerza del gobierno soviético? ¿Qué éramos cada uno de nosotros frente al sistema que nos rodeaba, con todos sus órganos de propaganda y sus medios de persecución? Sin embargo, por providencia divina, allí estábamos. Ese era el lugar que Él había elegido para nosotros, la situación y las circunstancias en las que nos había colocado. Una cosa podíamos hacer, y hacerla a diario: buscar primero el reino de Dios y su justicia, antes en nuestras propias vidas y después en las de quienes nos rodeaban. Desde tiempos de los apóstoles —doce hombres sencillos, solos y asustados, que recibieron la misión de ir por todo el mundo predicando la buena noticia del reino— no ha habido otro modo de extender el reino que no sean las obras y la vida del cristiano que lucha cada día por cumplir la voluntad de Dios.

Capítulo 18

HUMILDAD

Entre mis recuerdos de Norilsk destacará siempre una Vigilia Pascual: desgraciadamente, ese fue también el motivo de mi partida. La Semana Santa que la precedió fue una de las más atareadas de mi vida sacerdotal. Los padres Viktor y Neron no estaban en Norilsk y me encontraba solo, cuando nuestro rebaño era más numeroso que nunca. Aquella Semana Santa la pasé entera confesando y bautizando en mi tiempo libre; el Domingo de Ramos celebré tres misas y prediqué en todas ellas, anunciando a la gente que se celebrarían todos los oficios de Semana Santa. Después de las misas del Domingo de Ramos, la gente se arremolinó para acordar la tradicional bendición de la comida de Pascua. Como estaba solo y había mucho que hacer, formé un comité que organizara la bendición de las cestas pascuales. En un cuaderno trazamos un mapa de la ciudad, fijamos algunos puntos de encuentro y establecimos un horario, de modo que a quienes les fuera imposible acudir a mi pequeño *bolok* se reunieran allí para la bendición. Cuando todo quedó más o menos dispuesto, me hice a la idea de que tendría que ponerme en marcha a las cinco de la tarde del viernes y trabajar las veinticuatro horas siguientes, con la esperanza de llegar a tiempo para la Vigilia Pascual.

A lo largo del viernes oí un número increíble de confesiones pascuales, como cada noche de esa semana después del trabajo. El Viernes Santo por la tarde, después de los oficios, salí a hacer mi gira por la ciudad. En todos los sitios que visité había gente esperando, incluso en plena noche y durante las largas y frías primeras horas de la mañana. Regresé a mi *bolok* la mañana del sábado para los servicios de las seis. Estaba lleno de gente: buena parte de ella había pasado allí la noche para coger sitio delante del altar durante la larga Vigilia Pascual. Muchos se quedaron en la capilla después del servicio del sábado, sin comer en todo el día, hasta que llegara el momento de la misa de medianoche y poder estar cerca del altar. Después del servicio, reanudé mi gira, volviendo sobre mis pasos hasta el *bolok* cada cierto tiempo para bendecir las cestas de comida –una considerable tanda cada vez– que llenaban mi pequeña habitación de pared a pared. Hacia las once y media de la noche del sábado, al regresar a casa, me costó llegar al *bolok*. Hasta los pasillos y el vestíbulo estaban atestados; fuera había un montón de gente pululando en medio del frío de la noche. Apenas quedaba sitio para moverse, pero cerca de las doce ya me había revestido –la masa de gente me impedía alzar los brazos y alguien tuvo que meterme las vestiduras por la cabeza– y estaba preparado para celebrar misa. Las flores y las velas cubrían el altar y contábamos incluso con un coro. Al empezar a entonar la solemne Vigilia, fue como si una explosión de sonido inundara la capilla. En principio, la Vigilia siempre es gozosa, pero nunca olvidaré el entusiasmo de la gente aquella noche. A pesar del cansancio de las cuarenta y ocho sin dormir corriendo

de aquí para allá, me sentí súbitamente eufórico y me dejé arrastrar. Me olvidé de todo lo que no fuera la misa y la alegría pascual.

Era tanta la gente que resultó imposible repartir la comunión, porque nadie podía moverse, así que tuve que hacerlo después de la misa. El servicio acabó a las tres de la madrugada, pero a las nueve de la mañana siguiente aún continuaba dando de comulgar a un torrente imparable de gente. Fuera podía oír a la multitud que regresaba a casa al amanecer, saludando con el tradicional *Khristos voskres!* (¡Cristo ha resucitado!), y la gozosa respuesta: *Voistinu voskres!* (¡Realmente ha resucitado!). Al acabar, volví a mi habitación y me senté a la mesa de mi *bolok* vacío, completamente exhausto. Pero estaba muy satisfecho: raramente he vuelto a experimentar la alegría de ese día. Por fin, gracias a la providencia divina, comenzaba a hacerse realidad mi sueño de servir a su rebaño de Rusia. «¡Y todo esto ha sucedido en Rusia, en Norilsk!»: ese era el pensamiento que iluminaba mi mente.

Estaba trabajando esa semana cuando me llamaron a las oficinas del KGB. El agente al mando no perdió al tiempo y me espetó:

—Wladimir Martinovich, en Norilsk no nos hace ninguna falta tu labor misionera, ¿sabes?

Con severidad, me dijo que cogiera un billete en el primer vuelo disponible a Krasnoyarsk y me presentara allí ante el KGB.

—Si intentas volver, te arrestaremos y te meteremos en la cárcel. Aquí mando yo y estas son mis órdenes.

Me quedé mirándole sin abrir la boca. Después de una larga pausa, me dijo fríamente:

—Puedes irte.

Estaba dando media vuelta cuando añadió:

—Cuando tengas el billete, yo mismo te escoltaré hasta el aeropuerto.

El vuelo de Norilsk a Krasnoyarsk es largo, unas cuatro horas. Yo no había volado nunca y, cuando despegamos, estaba nervioso y muerto de miedo. Pegué la espalda al asiento y cerré los ojos, intentando no mover ni un músculo: pude oír retumbar el sonido de los motores en mi cabeza hasta que se me taponaron los oídos, pero más aún notaba el malestar en la base del estómago. Cuando me hube acostumbrado, me puse a pensar en la gente que dejaba atrás, entristecido por la idea de que ya no podría hacer nada por ellos excepto encomendarlos a Dios. Luché contra los pensamientos de ira que me consumían desde mi visita al cuartel del KGB y volví a sentir la humillación de recibir órdenes pese a que se suponía que era un hombre libre. Como de costumbre, me consolé pensando y repitiéndome a mí mismo que Dios sabía muy bien lo que hacía: «Hágase tu voluntad». Pero me costaba entenderlo.

Al rato, en la oración, me vino a la cabeza la idea de que hacer la voluntad del Padre no siempre es tarea fácil: las palabras del Señor que repetía en mi fuero interno Él las había pronunciado en la agonía del Huerto. Fue la oración de Cristo justo antes de

padecer sus mayores pruebas y su mayor humillación. Solemos usarlas como ejemplo de obediencia, pero en realidad son la ilustración más cabal de la virtud de la humildad. Porque la humildad, al fin y al cabo, se basa en el mero reconocimiento de una verdad fundamental: la auténtica relación entre Dios y el hombre. El aforismo espiritual de que «la humildad es la verdad» lo resume perfectamente, pues la humildad no es ni más ni menos que saber el sitio que ocupamos ante Dios. Toda la vida de Cristo, desde su nacimiento hasta su muerte, fue un acto perfecto de humildad nacido de su plena sumisión a la voluntad del Padre. Alcanzó su punto culminante en la cruz, donde murió humillado y despojado de todo. «Aprended de mí», dijo a sus discípulos, «que soy manso y humilde de corazón». Ni siquiera cuando se tiene mucha experiencia en la vida interior solemos ser humildes cuando nos humillan. Si queremos lograrlo alguna vez, necesitamos recordarnos constantemente a nosotros mismos al Cristo humilde, el Cristo que hizo siempre la voluntad del Padre.

Resistir a la humillación es algo completamente natural. Retrocedemos ante las experiencias humillantes porque atentan contra nuestra dignidad (que es otra manera de decir que hieren nuestro orgullo). Esa es la clave del problema. Entonces nos vendrá bien recordar quiénes somos nosotros realmente y quién es Dios. Si detrás de esa experiencia solo vemos el daño y lo desagradable del hecho, únicamente puede ser porque hemos perdido de vista, al menos momentáneamente, la voluntad de Dios y su providencia. Porque las humillaciones nacen de las circunstancias, de los acontecimientos y de la gente que Dios nos pone delante cada día; y todas esas cosas no son sino manifestaciones de su providencia. De ahí que debamos aprender a descubrir en todo ello, incluso en las humillaciones, ocasiones para una mayor conformidad con la voluntad de Dios. Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo hubo de sufrir oposición, contradicción... y sí: humillaciones. Pero siempre estuvo decidido a olvidarse enteramente de sí y a glorificar al Padre con sus obras. Si realmente queremos imitar a Cristo en nuestra vida, debemos aprender a hacer lo mismo.

Constantemente hemos de recordar esa verdad del catecismo que aprendimos de niños: que Dios nos ha creado para amarle, reverenciarle y servirle en esta vida y ser felices con Él en la venidera. No nos salvamos haciendo nuestra voluntad, sino la del Padre; y no lo hacemos si la interpretamos o reducimos hasta que signifique lo que nos gustaría que significara, sino aceptándola en su totalidad, tal y como se nos manifiesta a través de los acontecimientos, las circunstancias y las personas que nos envía su providencia. Así de sencillo es y, a la vez, así de complicado. Dios nos da cada día, cada minuto de cada día, con ese propósito. Nosotros, por nuestra parte, podemos aceptarlos y ofrecerle nuestra oración, nuestro trabajo y nuestros sufrimientos diarios, por insignificantes o poco brillantes que nos parezcan. Pero es precisamente porque nuestras circunstancias diarias nos parecen tan insignificantes y poco brillantes por lo que fallamos tan a menudo en este sentido. Son la aparente pequeñez de nuestra vida diaria y la repetición de las cosas las que hacen que nuestra atención y nuestros buenos propósitos

se desvíen y no tengamos en cuenta que todo eso es también un signo de la voluntad de Dios. Entre Dios y el alma no hay momentos insignificantes: ese es el misterio de la divina providencia.

Vemos ejemplos de todo esto en las vidas de quienes nos rodean. Los jóvenes que proyectan casarse, que eligen una profesión o que responden a la llamada al sacerdocio o a la vida religiosa sienten un entusiasmo y una alegría interior que no han conocido hasta entonces. Luego, a medida que van pasando los años, las dificultades aumentan y se exige un sacrificio constante y un espíritu renovado en la promesa o en el voto inicial que formularon. Es entonces cuando empieza a ponerse realmente a prueba nuestra humildad: darnos cuenta del puesto que ocupamos ante Dios. Es entonces cuando comienzan a pesar las dificultades de la llamada que ha recibido el hombre. «Mi yugo es suave y mi carga, ligera», dice Cristo; pero las cargas de la vida, los sacrificios y la renuncia de uno mismo, las humillaciones, solo serán ligeros si descubrimos expresada en ellos la voluntad de Dios. ¿Puede haber algo más consolador que ver en una carga o en una humillación no lo que son en sí mismas, sino lo que Dios quiere y te señala en cada momento? Vistas de este modo, por muy pesadas o arduas que sean las cargas o las dificultades, puedo llevarlas con un espíritu capaz incluso de aligerarlas, porque saber que proceden de Dios y que son su voluntad en mi vida conlleva un sentimiento de entusiasmo, de logro, de importancia que trae la alegría y el consuelo al corazón.

Desgraciadamente, quienes han perdido el auténtico sentido de la humildad —esa permanente conciencia de la relación entre cada individuo y Dios— han perdido también la capacidad de llevar sus cargas de este modo. No ven más que la carga, las dificultades y las humillaciones en sí; y se hunden. Empiezan a autocompadecerse, a cuestionarse cosas de su vida matrimonial o de su vocación que antes estimaban en mucho. El sacrificio, el esfuerzo y la entrega parecen no tener sentido; la caridad, la paciencia y el amor se convierten en meras palabras vacías. Empiezan a cuestionarse incluso el acierto o la validez de su decisión primera, a buscar la libertad o algún modo de escapar. Puede que lo justifiquen con datos de la ciencia o de la psicología, o con argumentos acerca de los nuevos tiempos en un mundo cambiante. Pero, en definitiva, lo que intentan explicar es ese cambio radical en ellos mismos que los ha llevado hasta una crisis interior en la vocación que una vez abrazaron con tanto gozo y entusiasmo.

¿Cómo puede suceder esto tan deprisa, en un espacio de tiempo aparentemente tan corto? La respuesta está en la pérdida de la virtud de la humildad, en la pérdida de la visión de la vida como algo importante a los ojos de Dios, de esa visión que contempla todas las cosas como venidas de las manos de Dios. Una vez perdida esa visión, el yo, muy sutilmente, va adquiriendo cada vez más importancia y la voluntad de Dios, cada vez menos. El origen no está en nuestros fallos ni en nuestras faltas ni en nuestros pecados, sino en la falta de humildad. El hombre humilde, por muchas veces que caiga, arregla las cuentas con Dios y vuelve a empezar, porque su humildad le revela su total dependencia de Él.

Ahí reside la diferencia entre la persona realmente humilde y aquella a la que le falta humildad. La primera se culpa a sí misma de los desórdenes de su vida, de sus fracasos y sus faltas, y lucha por volver a encontrar el sentido de la entrega a la voluntad de Dios. La segunda, en lugar de culparse a sí misma de sus faltas y fracasos, intenta justificar sus obras de uno u otro modo e insiste en continuar haciendo precisamente aquello que poco a poco la va alejando de Dios y de su vocación. Ni siquiera los remordimientos que sufre se ven como una gracia de Dios para hacerle volver, sino que los interpreta como una señal de que la decisión primera de seguir esta o aquella vocación debió de ser un error.

Allí estaba sentado yo, en el avión que me llevaba a Krasnoyarsk, preguntándome por qué me hallaba de repente tan resentido por haberme visto obligado a abandonar mi «parroquia» de Norilsk. ¿Era porque me había humillado el modo en que el KGB me había ordenado que me fuese? Después de tantos años procurando ver la voluntad de Dios en los tumbos que había dado en la vida pese a mis sueños y mis propósitos personales (a veces en marcado contraste con lo que yo pretendía o planeaba); después de tantos años aprendiendo poco a poco a ver la mano y la providencia de Dios en los extraños y —a menudo— amargos acontecimientos que había vivido, ¿por qué dudaba en creer o en entender que ese traslado también procedía de Dios? «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos», dice el Señor, «ni vuestros caminos, mis caminos. Tan elevados como son los cielos sobre la tierra, así son mis caminos sobre vuestros caminos». ¡Cuántas veces había llegado a comprender esto reflexionando sobre mi propia experiencia! ¡Cuántas veces me había decidido a intentar ver siempre su voluntad en todo! ¿Y ahora dudaba en aceptar ese brusco final de mi apostolado en Norilsk porque mi inteligencia humana no le encontraba sentido?

¿Era realmente la preocupación por los valientes cristianos que dejaba atrás lo que me entristecía, o era la decepción personal por verme obligado a poner fin a mi primera experiencia sacerdotal verdaderamente gratificante, justo cuando las cosas parecían ir tan bien? «Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?», dijo el Señor a Pedro. «Tú sígueme». Cristo llamó a Pedro aparte y a Pedro le preocupaba Juan. Y ahora Cristo, a través del KGB, me sacaba de Norilsk. ¿Por qué dudar de que proveería de algún modo a quienes acababa de dejar, igual que había estado proveyéndoles antes de mi llegada? Mi primera preocupación debía ser ir a donde Él me llevara, descubrir siempre su voluntad en los acontecimientos de mi vida y seguirla fielmente, sin dudas ni preguntas.

Sí, estaba desanimado. No, no tenía respuesta para todas las preguntas que me asediaban, ni era capaz de ordenar todos los pensamientos que poblaban mi mente mientras el avión se acercaba a Krasnoyarsk. Pero sabía una cosa: que llevaba mucho tiempo decidido a luchar por ver su voluntad en todo. Había prometido abandonarme completamente a su providencia. Aquel era un nuevo día, quizá un nuevo capítulo en mi misión de extender el reino, y mi tarea consistía en aceptar sin cuestionarlas las situaciones y las circunstancias de ese día sin mirar atrás. Después de todo lo que había

aprendido, después de haber conseguido entender los misteriosos caminos de su providencia, no era el momento de empezar a rechazar las obras de su gracia y de su voluntad. Aquel día, igual que siempre, mi tarea consistía en aceptarla sumisamente sin intentar que se adecuara a la mía ni entenderla plenamente con mi limitada inteligencia humana; en abandonarme una vez más con una fe y una confianza plenas en las misteriosas obras de su gracia y su sabiduría.

Mi vida, como la de Cristo –si es que mi sacerdocio significaba algo–, consistía en hacer siempre la voluntad del Padre. Lo que necesitaba era humildad, la gracia de darme cuenta del lugar que ocupó respecto a Dios. No solo cuando las cosas iban bien, como había ocurrido en Norilsk, sino especialmente en los momentos de dudas y desaliento, como ese día en que nada salía como había planeado o hubiese deseado. La humildad significa eso: aprender a aceptar el desánimo e incluso la derrota como enviados por Dios; aprender a perseverar y seguir adelante con el corazón en paz y confiando en Dios, seguros de que lo que suceda merece la pena, por el mero hecho de que en nuestra vida está actuando la voluntad de Dios y nosotros procuramos aceptarla y seguirla.

Y es que en los planes de la divina providencia lo que más cuenta no es el hombre ni lo que este haga, sino que acepte cada día confiado y lleve a cabo lo mejor que pueda lo que Dios ha elegido para él. «Dios escogió la necedad del mundo para confundir a los sabios», dice san Pablo, «y Dios eligió la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes». Lo que había aprendido a base de ensayo y error, de sufrimientos y de derrotas, era que Dios podía servirse de alguien como yo, cabezota, a veces necio y lleno de defectos, y no era el momento de volver a las andadas. La verdadera humildad consiste en aprender a reconocer siempre esta relación. Debemos recordárnoslo una y otra vez, porque a la orgullosa naturaleza humana no le cuesta nada pensar que ese logro o aquel otro se deben al esfuerzo que hemos puesto y a lo que hemos trabajado. Y, en cuanto nuestra humildad empieza a fallar, comenzamos a perder de vista a Dios y su gracia, a excluirlo hasta cierto punto de nuestras vidas.

Da gracias, pues –me decía a mí mismo–, de que la amorosa providencia de Dios ponga humillaciones en tu camino. Da gracias al KGB por haber evitado que pienses que esa Pascua en Norilsk ha sido en cierto modo obra tuya. Fue Dios quien plantó la semilla en los corazones de esa gente; fueron los padres Viktor y Neron los que la regaron; y solo porque Dios, en su providencia, te puso allí en ese momento disfrutaste de la cosecha y el consuelo de esos días. ¡Consuélate, necio!, me decía, ¡pero no te engañes! Fue también Dios quien dispuso esa alegría para fortalecerte y confortarte, y quien ha dispuesto que ahora desaparezcas de escena, humillado y de repente, para recordarte una vez más que en este mundo todo está gobernado por su providencia, y no por los esfuerzos del hombre. Que ayer fue ayer y hoy es hoy. En la Unión Soviética no has hecho nada que no haya sido gracia y voluntad suya; cada vez que has intentado hacer algo tú solo, que has trazado planes, que has buscado respuestas de antemano, tus esfuerzos han acabado en desastre y has tenido que volver a empezar a buscar la

voluntad de Dios en todo acontecimiento y circunstancia. ¿No va siendo hora de que aprendas? ¿No va siendo hora de que aprendas a ser manso y humilde de corazón; de que renuncies a tu voluntad y luches por conformarte a la de Dios; de que busques primero el reino de Dios y su justicia, sin que te inquiete adónde te lleva este avión, qué encontrarás allí o lo que dejas atrás?

Capítulo 19

FE

A la semana de llegar a Krasnoyarsk, «heredé» una parroquia de un modo que no pudo sino confirmar una vez más mi confianza en las obras de la divina providencia y causar mi asombro. Siguiendo las instrucciones del jefe del KGB de Norilsk, acudí a registrarme a la comisaría de policía, donde me encontré con un anciano lituano. Me imagino que, al oír mi acento, dedujo que yo no era ruso y me preguntó por mi nacionalidad. Le contesté que polaca. Me preguntó si era católico. Como no me parecía que la comisaría fuese el lugar para hablar de esas cosas, especialmente en mi caso, le respondí con cierta cautela que sí. Me preguntó si conocía a algún sacerdote. Sin darme tiempo a responder, me contó que pertenecía a una parroquia de las afueras de la ciudad. Había muchos feligreses, dijo, pero el sacerdote acababa de morir la semana pasada. Y ahora estaban buscando desesperadamente otro.

Por un momento, pensé si no se trataría de alguna trampa urdida por el KGB; pero continué hablando un buen rato con el anciano y accedí a acompañarle para conocer a otros feligreses. Aunque aún no le había dicho que era sacerdote, no dejaba de maravillarme el modo en que Dios dispone las cosas. Aquella parroquia de la periferia contaba incluso con su propia iglesia: un edificio grande de una sola planta con aspecto de barracón. El interior lo ocupaba totalmente la capilla, una amplia habitación de techos altos con cabida para más de doscientas personas. El altar tenía una hermosa talla, las estaciones del vía crucis recorrían las paredes y a un lado había un confesonario. Una iglesia parroquial como cualquier otra de cualquier otro lugar del mundo. Detrás del altar estaba la sacristía y, tras ella, una habitación para alojar al sacerdote. Era tal mi entusiasmo que decidí quedarme en ese mismo instante.

Los feligreses no paraban de decirme lo necesitados que estaban de sacerdote, tanto por razones religiosas como políticas. Los funcionarios de la ciudad ya estaban hablando de apropiarse del edificio para destinarlo a otros usos con la excusa de que se habían quedado sin ministro y no había otro disponible. Por eso, cuando por fin les dije que era sacerdote, se alegraron muchísimo. No obstante, les conté también mi experiencia con el KGB en Norilsk y les advertí que lo más probable era que en Krasnoyarsk me sometieran a estrecha vigilancia. Mi relato no les importó en absoluto: me pidieron que me quedara para ser su sacerdote y, cuando acepté, dijeron que celebrara sobre la marcha una acción de gracias a Dios por haber respondido a sus plegarias enviándome a mí. Así lo hice, emocionado y al borde de las lágrimas, y el primer breve sermón que les prediqué ese día trató de la providencia divina.

No me permitieron que buscara un empleo: me dijeron que la parroquia daba mucho trabajo y prometieron hacerse cargo de mis necesidades. Además, les hacía falta alguien

a tiempo completo. Pretendían presentar una solicitud ante el concejo municipal diciendo que tenían sacerdote y pidiendo que no les confiscaran la iglesia. La verdad es que la gestión me tenía inquieto. Sabía que los funcionarios de la ciudad querrían saber quién era yo y de dónde venía: dadas las circunstancias, estaba convencido de que mi estancia en Krasnoyarsk no duraría mucho. Pero ellos no se dejaron disuadir; y, vistas las obras de la providencia más recientes, no estaba en condiciones de discutir.

Cursaron la solicitud y pidieron una cita con el jefe del concejo municipal. Este no les dio una respuesta directa ni firmó el documento requerido, sino que insistió en que aquello era cosa de Moscú. Sin dejarse arredrar, los feligreses decidieron enviar a Moscú un comité con su petición. Me sorprendió su audacia y hasta me abochornó un poco la fe que demostraban: en realidad, me dio vergüenza constatar que, en cierto modo, su fe era aún mayor que la mía. En ningún momento dudaron de que Dios se las arreglaría para que su solicitud obtuviera una respuesta favorable, igual que había respondido a sus oraciones pidiendo un nuevo sacerdote. Y no tenían miedo de plantarse delante del concejo ni del Kremlin y dar testimonio de su fe. Sabían –igual que todo el mundo en la Unión Soviética– que su conducta podía costarles el empleo o desencadenar represalias aún peores, pero no vacilaron ni un instante.

¿Cómo explicar tanta fe en un país donde el ateísmo y el miedo estaban a la orden del día? No había otra explicación que la de toda la vida: esa fe era, como lo es siempre, un don de Dios. Para aquella gente, Dios era una realidad, una realidad a la que se aferraban y que ponían por delante de cualquier otra consideración personal. Para ellos la fe era, literalmente, cuestión de vida o muerte. Por ella estaban dispuestos a sacrificarlo todo. No se trataba de una doctrina, ni de unos preceptos, ni de unas prácticas: se trataba de una honda convicción. Dios era para ellos tan real como su propio padre, su hermano o su mejor amigo. Acudían a Él en las dificultades, confiaban en Él, temían que juzgara sus pecados y estaban dispuestos a perderlo todo antes que ofenderle.

No, no eran perfectos, ni como personas ni como cristianos; no eran santos, pero en su vida diaria la fe era una cuestión de principios y de práctica. No hablaban de ella, pero se hacía visible en el modo de enfocar los problemas de la vida diaria, en el modo de hablar, en el modo de pensar y de reaccionar ante cualquier circunstancia. Era una fe sencilla, directa e infantil, la clase de fe que el Señor elogia explícitamente en el evangelio cada vez que la encuentra. «Ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande», dice al centurión. Eso era lo que percibía yo en la parroquia de Krasnoyarsk.

Quizá fuese una fe pasada de moda. Para ellos estaba basada sobre todo en la Iglesia y en los sacramentos, en devociones, novenas y oraciones. Quizá no fuese demasiado elaborada y algunas de sus ideas sobre el bien y el mal, sobre el pecado y la contrición, el sufrimiento y la redención, la muerte y la resurrección, la gracia y los sacramentos no hubiesen satisfecho a un teólogo más puntilloso que yo. Pero era también una fe probada y purificada en el fuego de una persecución refinada y constante; atacada y ridiculizada por todas partes y a todos los niveles por los propagandistas ateos... y había sobrevivido.

A ojos de aquella gente sencilla era demasiado valiosa para comerciar con ella a cambio de un ascenso social, un empleo mejor o incluso una educación mejor para sus hijos, a quienes adoraban. Para ellos la fe era una forma de vida: el centro de su vida, de su día y de todas sus actividades. Raramente hablaban o discutían de ella con los demás; probablemente, de haberlo intentado, no habrían sido capaces de explicar demasiado bien sus creencias. Pero estaba ahí, en el centro de su existencia: creían en Dios y en su Iglesia. Se fiaban de Él, acudían a Él en las dificultades, le daban gracias en los momentos buenos y esperaban pasar junto a Él toda la eternidad.

Esa es, naturalmente, la fe que todos compartimos. No la hemos merecido —la hemos recibido de Dios como un don gratuito—, pero de nosotros depende conservarla o perderla. De nosotros depende cuidarla o no valorarla; y, si empezamos a no valorarla, probablemente la perderemos. Por eso hemos de luchar por ser cada vez más conscientes de ella, por ser celosos de ella y guardarla, igual que los judíos, desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días, han cuidado y continúan guardando con celo la conciencia de ser el pueblo elegido por Dios; igual que aquellos sencillos cristianos de Krasnoyarsk guardaban y practicaban su fe. Debemos hacer de ella el principio tácito que guía cada una de nuestras acciones, el centro de nuestra existencia y de todo lo que hacemos cada día. Debe convertirse en algo tan real para nosotros, tan necesario en nuestras vidas como el aire que respiramos, porque sin ella nuestra vida carece de sentido y nuestra alma puede morir. Debemos esforzarnos sin cesar por fortalecerla y por hacerla operativa en todas nuestras acciones.

Creo que el medio más seguro para lograrlo es la oración. En la oración hablamos con Dios, le pedimos ayuda, buscamos su perdón o prometemos enmendarnos, y le damos gracias por los favores recibidos. Pero no se puede rezar hablándole al vacío: por eso, en el mismo acto de la oración nos recordamos a nosotros mismos la realidad y la presencia de Dios, fortaleciendo así nuestra fe en Él. De ahí que el ofrecimiento de obras de la mañana sea, al menos para mí, una de las mejores prácticas de oración, por muy pasado de moda que a algunos les pueda parecer. Porque con él, al empezar el día, aceptamos de Dios y le ofrecemos todas las oraciones, las obras y los sufrimientos de la jornada, y eso nos vale para volver a recordar su providencia y su reino. Si fuéramos capaces de acordarnos de pasar todo el día en su presencia, haciendo su voluntad, ¡qué diferentes serían nuestras vidas y las de quienes nos rodean! No podemos estar rezando siempre como los contemplativos que dedican su vida entera a la oración y la penitencia. Tampoco podemos andar todo el día abstraídos, pensando únicamente en Dios y desatendiendo nuestras obligaciones hacia quienes tenemos alrededor, hacia la familia, los amigos y aquellos de quienes somos responsables. Pero *sí* podemos rezar siempre si convertimos en oración cada acción, cada tarea y cada sufrimiento diarios porque antes se los hemos ofrecido y prometido a Dios.

Por otra parte, no estamos solos en nuestra fe. Somos miembros de la Iglesia, el Cuerpo Místico, el reino de Dios en la tierra. Somos miembros de esa Iglesia a través del

bautismo –el sacramento de la vida de fe–, y dentro y a través de la Iglesia Cristo nos ha entregado los medios para fortalecer nuestra fe: sus sacramentos. Estos han sido los medios establecidos por Cristo precisamente para fortalecer la fe de quienes le siguen. Si nos hemos empeñado seriamente en guardar *nuestra* fe, no podemos dejar de servirnos de ellos, especialmente del sacramento de la penitencia –el medio para reconciliarnos y estar en paz con Dios– y de la misa y el sacramento de la Eucaristía.

Pero la Iglesia es algo más que un sistema sacramental: es una comunidad de creyentes, un Cuerpo Místico, el reino de Dios en la tierra. Como miembros de ese cuerpo, no podemos permanecer indiferentes ni al margen de los otros o del bien del todo. Cada uno tiene que poner de su parte para fortalecer ese cuerpo y extender ese reino. Por eso nuestra vida personal no se puede desarrollar separada de la Iglesia. Tanto si en nuestra vida pasamos por una crisis como si alguna vez sentimos el desafecto de otros cristianos, nos haremos daño a nosotros mismos y haremos daño al Cuerpo Místico abandonando la Iglesia. Sea cual sea la dificultad, tenemos la obligación, nacida de la fe que compartimos, de buscar una solución dentro de la Iglesia, y no fuera de ella. No podemos separar sin más nuestra vida personal de la de Cristo ni del cuerpo del que Él es la cabeza movidos por un sentimiento personal de insatisfacción u ofensa. No cabe suponer ingenuamente que a Dios se le puede encontrar –y servir, amar e invocar como Salvador– en cualquier parte, e ignorar la Iglesia fundada por Él. La Iglesia está llena de fallos humanos porque está formada por seres humanos; tiene sus escándalos y sus malos pastores, sus inteligencias mediocres, su egoísmo y su espiritualidad superficial, sus hombres falibles e imperfectos que no siempre practican lo que predicán. Pero sigue siendo la institución fundada por Cristo para conservar y guardar la fe; el Cuerpo Místico dentro del cual hasta los débiles se pueden hacer fuertes.

El hombre de fe siempre tiene presente a Dios, tanto en su propia vida como en la de los demás. Ese es el fundamento de la auténtica caridad, del gran mandamiento que nos enseña a «amar a Dios con todo nuestro corazón, y con toda nuestra alma, y con toda nuestra mente, y al prójimo como a nosotros mismos». La fe es el fundamento del amor: solo desde la fe entendemos la paternidad de Dios y la fraternidad de todos los hombres. El amor, repite san Juan en más de una ocasión, es lo único que cumple todos los mandamientos y la ley. Pero antes que el amor, apuntalándolo desde dentro, está la fe: antes de poder amar, hemos de tener fe; si no, acabaremos amando mal, amándonos a nosotros mismos más que a Dios o amando a las criaturas por sí mismas: eso es lo que significa el pecado. Para crecer en nuestro amor, para amar correctamente, debemos luchar siempre por aumentar nuestra fe, y lo hacemos a través de la oración y los sacramentos.

El mismo Jesús, en medio de las ocupaciones de su vida pública, solía apartarse de sus discípulos y se retiraba a la montaña a orar. Hemos de seguir su ejemplo si queremos conservar y fortalecer nuestra fe, si queremos no perder nunca de vista el hecho de que toda nuestra vida procede de Dios y se dirige a Dios, si queremos tener siempre presente

su voluntad en cada cosa que hacemos. En la oración ponemos en manos de Dios cuanto sucede en nuestra vida diaria, sea bueno o malo. Porque no existe ninguna diferencia entre un hombre de fe y un hombre sin fe (o con poca fe) en la rutina de cada momento de nuestra vida, día tras día, una semana y un mes y un año tras otro. Externamente, nuestras vidas difieren muy poco de la de quienes nos rodean; lo que marca la diferencia, lo que *tiene que* marcar la diferencia, es la fe que inspira todas nuestras decisiones, nuestras elecciones y nuestras acciones. Sin la fe, nuestras vidas no son más que una rutina vacía, tediosa y hueca, y los días se suceden casi sin sentido y con la sensación de no haber hecho nada importante. Con la fe, sin embargo, hasta la acción más tediosa y rutinaria del día posee un valor y un sentido para nosotros y para el reino de Dios.

En toda vida hay momentos de crisis, momentos de angustia y de temor, momentos de frustración y contrariedad, a veces incluso momentos de pánico. El reino de Cristo – ese reino de justicia y de paz, de amor y de verdad– aún no se ha cumplido en la tierra: ha comenzado, pero todavía queda mucho por hacer hasta que alcance su plenitud y toda la creación se haga nueva según los designios del Padre. Junto a la justicia sigue existiendo el mal, como la cizaña entre el trigo; el odio junto al amor, el mal junto al bien, el pecador junto al santo. Nadie puede escapar de las tensiones de este mundo imperfecto: ni el pecador ni el santo, ni el malvado ni el bueno, ni el débil ni el fuerte, ni el enfermo ni el sano, ni el necio ni el instruido, ni el tibio ni el consagrado. Solo mediante una fe viva puede el hombre aprender a vivir en paz en medio de las tensiones de este mundo, convencido de poder capear las crisis de la vida con la ayuda de Dios, vengan cuando vengan y sean cuales sean, porque sabe que Dios está con él. En medio del sufrimiento, del fracaso e incluso del pecado, cuando se siente perdido o abrumado por el peligro o la tentación, su fe le sigue recordando a Dios. Gracias a la fe ha aprendido a pasar por encima de las circunstancias de esta vida con la mirada puesta en Dios, de quien espera la gracia y la ayuda que necesita, por indigno que se sienta.

La fe es el punto de apoyo de nuestro equilibrio moral y espiritual. Los problemas del mal o del pecado, de la injusticia, del dolor e incluso el de la muerte no pueden angustiar al hombre que cree ni hacer que se tambaleen su fe y su confianza en Dios. Su impotencia para solucionarlos no será para él motivo de desesperación o abatimiento, por intensas que sean la preocupación o la angustia que sienta por él mismo o por quienes lo rodean. En el fondo de su ser existe una confianza inquebrantable en que Dios proveerá a través de los misteriosos caminos de su divina providencia.

Pero la fe enseña también que no puede permanecer indiferente, que no puede limitarse a encogerse de hombros y a suspirar: «¡Dios proveerá!». Como dice la máxima espiritual, sabe que debe «trabajar como si todo dependiera de él y rezar como si todo dependiera de Dios». Reconoce que con la Encarnación se ha instaurado el reino de Dios. Porque en el misterio de su Encarnación Dios se hizo hombre para darnos el ejemplo más perfecto y, por medio de él, mostrarnos cómo extender en la tierra el reino de Dios. El reino de Dios crecerá en la tierra y llegará a su cumplimiento del mismo

modo que se instauró: a través de la vida diaria y aparentemente escondida de quienes hacen siempre la voluntad del Padre.

Esa era la fe que tanto me impresionó en los cristianos de Krasnoyarsk y en los demás creyentes que conocí en la Unión Soviética, fuesen ortodoxos, baptistas, evangélicos o miembros de las distintas sectas con que traté. Rodeados de obstáculos y de la persecución más sutil, constreñidos por la ley, conservaron su fe en Dios y todo lo que ella implicaba en la práctica. Estoy seguro de que sus oraciones y sufrimientos no pueden sino anunciar una futura cosecha de fe en esa tierra conocida en otro tiempo como la Santa Rusia. El reino de Dios pervive y se extiende gracias a la fe activa e inmovible de personas como aquellas; y permanece también en los corazones de las masas que saben instintivamente que tiene que existir otra vida distinta que el futuro que promete el comunismo. Nadie mejor que quienes atacan constantemente la fe saben lo arraigada que continúa su semilla en Rusia: solo Dios en su providencia conoce cuándo germinará.

Capítulo 20

HUMANISMO

Mi estancia en la parroquia de Krasnoyarsk no duró mucho. La policía secreta se presentó un día a la una de la madrugada y me dio cuarenta y ocho horas para salir de la ciudad. No perdieron el tiempo con argumentos ni explicaciones. Se limitaron a estampar el sello de «cancelado» en mi permiso para residir en Krasnoyarsk y me dijeron que me arrestarían si pasados dos días seguía allí. Ignoraron mis preguntas y continuaron con los trámites como si nada, la mayor parte del tiempo en silencio. Una vez concluidos, el agente al mando me dijo fríamente y sin rodeos:

—Wladimir Martinovich, ya has recibido varias advertencias y esta es tu última oportunidad. Te puedes marchar a Abakán o a Yeniseisk: nada más.

No había oído hablar nunca de ninguna de las dos ciudades, pero él me dijo que Yeniseisk estaba al norte de Siberia y Abakán en el sur. Del norte de Siberia ya había tenido suficiente, así que elegí Abakán.

—Muy bien —dijo—. Ahora te voy a dejar clara una cosa: en Abakán no volverás a dedicarte a lo que has venido haciendo aquí y en Norilsk, o acabarás donde empezaste, ¿te queda claro?

No mencionó mi sacerdocio ni la religión, pero ambos sabíamos a qué se refería.

De manera que, cuando llegué a Abakán, empecé a trabajar en un garaje de la ciudad, el ATK-50, y les alquilé una habitación a un inválido y a su esposa. Lo más irónico del caso es que, antes de enfermar, él había sido secretario del concejo municipal y era miembro del partido, y continuaba siendo un comunista acérrimo. Como era inválido y cobraba una pequeña pensión, tanto él como su mujer estaban encantados de alquilar la habitación que les quedaba vacía para complementar la renta familiar, aunque yo no fui muy concreto sobre cómo y por qué había llegado a Abakán ni cuánto tiempo tenía intención de quedarme.

Viví con ellos más de dos años, hasta que el hombre, con disgusto y cierto apuro, me dijo que sus antiguos compinches del concejo municipal habían indagado acerca de mí y le habían «sugerido» que no estaba bien visto que un miembro del partido tuviera viviendo bajo su techo a alguien como yo. Para entonces, nos habíamos convertido en buenos amigos y, aunque le avergonzaba tener que pedirme que me fuera, le inquietaba perder la afiliación al partido y su escasa pensión. Como yo también había hecho muchas amistades entre el vecindario, no me fue difícil conseguir trasladarme a vivir con la familia de la puerta de al lado, que era amiga mía. Estaba encantado con el arreglo: me había encariñado con aquella gente que me trataba como a un miembro más de la familia y me alegró poder quedarme con ellos. Por otra parte, mi nuevo alojamiento me brindaba algo más de intimidad y la posibilidad de celebrar misa a diario sin temor a

interrupciones. Cuando acababa mi turno en el garaje, no solía haber nadie en casa excepto *Babushka*, la abuela, por lo que antes de cenar podía decir misa o rezar tranquilamente. *Babushka* y yo enseguida nos hicimos amigos y por la noche, al regresar a casa, siempre había esperándome un tazón de sopa caliente o *kasha*.

Aquellos años en Abakán se convirtieron en mi primera y auténtica oportunidad de participar de cerca en la vida cotidiana y familiar de la Unión Soviética. Pasaba muchas horas hablando con la familia y con sus amistades, y acabé conociendo a una gran diversidad de gente: desde los que trabajaban en el garaje y en otros sitios hasta los miembros del partido que se dejaban caer constantemente para charlar con su antiguo colega del concejo municipal. De hecho, su casa era el centro de reunión de todo tipo de gente y recibía un permanente aluvión de visitantes. Aquello también suponía una ventaja para mí: en medio de tantas idas y venidas, la gente podía venir a mi casa y quedarse hablando conmigo en privado de religión sin que llamáramos demasiado la atención. Al principio, fui extremadamente prudente en Abakán y no mencioné que era sacerdote ni me embarqué en ningún apostolado. Pero poco a poco se fue sabiendo: un amigo se lo contaba a otro y muy pronto volví a estar ocupado, no de manera oficial ni con grandes grupos de gente, sino de uno en uno o por parejas. Aconsejaba, dirigía, confesaba y bautizaba a los niños, y ungía a los enfermos y moribundos. Una vez más, me asombraban la fe y la perseverancia de aquella gente y los sacrificios que estaba dispuesta a hacer en defensa de su fe. Y mi amor hacia el pueblo ruso creció más que nunca.

El ciudadano soviético de a pie no se deja engañar por la propaganda. Como cualquier ser humano, anhela una vida más rica y plena, busca un significado más profundo a su vida que las cosas materiales prometidas (y no facilitadas) por el comunismo o la construcción de la sociedad socialista perfecta que promete la «gloriosa revolución». Está orgulloso de los logros de su país, orgulloso de lo que ha conseguido en unas pocas generaciones, y no se cuestiona demasiado el sistema en que vive. Pero tanto a él como a sus amigos les preocupan los mismos problemas que a la gente de todas partes y buscan respuestas. No están seguros de que esa respuesta esté en la religión, e incluso sospechan de ella y de las iglesias, pero quieren respuestas más satisfactorias a su anhelo interior y a sus preguntas que las que el comunismo les ha ofrecido hasta ahora.

Por propia ideología, el comunismo se ocupa del humanismo: a ese fin dirige todos sus esfuerzos. Ningún sistema social del mundo concede tanto prestigio al hombre como el comunista, al menos en teoría y en la propaganda. La literatura, la cultura, la educación, el trabajo, la ciencia, el derecho, la medicina, la mano de obra y toda la riqueza del país están al servicio del bien del pueblo. Por todas partes hay eslóganes que rezan «todo por el hombre». Suele citarse con frecuencia la frase de Gorki de que la palabra *hombre* suena hermosa, y a los niños en las escuelas y a los obreros en las fábricas se les repite que no hay nada en el mundo tan valioso como el ser llamado hombre. Para el uso diario se han creado expresiones concretas que ensalzan la bondad

de la naturaleza humana. Se ha construido toda una ética en torno al tema que ha penetrado en el orden social. Cuando las autoridades o algún camarada reprenden a un ciudadano por una falta o error, le recuerdan su obligación de ser alguien humano, de tener conciencia, de ser honesto y hombre de palabra. A los niños y a todo ciudadano soviético se les inculcan con feroz insistencia las características fundamentales del ser humano. El hombre comunista, el hombre del nuevo orden social, debe ser superior al resto, porque de él depende la conversión del mundo al comunismo, a la libertad, a la fraternidad y a la justicia para todos.

El partido y el gobierno hacen uso de todos los medios a su alcance para educar a los ciudadanos en el nuevo espíritu del comunismo. Los medios de comunicación, los teatros, el arte y la literatura, las escuelas, los sindicatos y las asociaciones creadas en todo el país con ese propósito recalcan el mismo tema. Ni siquiera los espectáculos y el arte quedan libres de esta insistencia –a menudo molesta– en las virtudes del nuevo hombre comunista, en la dignidad del trabajo a favor de una causa, la necesidad de ser honesto y respetar la ley, la fraternidad y la obligación de hacer y aceptar las correcciones con fraternal camaradería. Se ensalzan las nociones más elevadas del amor y la caridad; el egoísmo, la pereza y la codicia son los principales enemigos. El objetivo consiste en preservar el bien común, hacer por humanidad lo que la humanidad nunca ha logrado hacer.

No cabe duda de que esta propaganda constante ejerce sus efectos. Uno de sus logros palpables consiste en un espíritu de camaradería inexistente en cualquier otro lugar. Otro es el genuino orgullo que provoca en la gente su propio éxito, tanto si se trata de cumplir un plan quinquenal como de la construcción de una presa o una fábrica nuevas, una buena cosecha o el mero hecho de atenerse a las normas diarias que rigen en el puesto de trabajo. El sentimiento de haber enriquecido el suelo patrio de uno u otro modo hace sentirse a la gente partícipe de las cosas y orgullosa del sistema. Son incapaces de entender el capitalismo y así lo manifiestan abiertamente. Han visto exaltados una y otra vez su sistema y sus logros a lo largo de toda una generación y han acabado creyendo en ellos: simplemente, los dan por hecho y piensan que así deben ser las cosas. Y no tiene nada de sorprendente. En Occidente se produce el mismo efecto psicológico a través de la publicidad de todo tipo de productos: coches, casas, jabones y desodorantes, modas e incluso pornografía. El estilo de vida americano se pinta a todo color y la gente acaba creyendo que debe poseer todas esas cosas: hasta el punto de endeudarse o solicitar un crédito con tal de contar con lo último y estar al día de las modas o novedades más recientes.

Pero nada de todo eso satisface a la gente. Quizá exista una aceptación inconsciente, como un reflejo condicionado, de las premisas y los objetivos constantemente repetidos, pero existe también un sentimiento vagamente percibido y tal vez igual de inconsciente de que en la vida debe haber algo más que los bienes o los logros materiales, tanto individuales como colectivos. Con mucha frecuencia tomé parte en discusiones sobre el

significado de la vida y la cuestión de la moral con obreros corrientes, con esposos, esposas y abuelas comunistas, desde los más sencillos a los más instruidos. No hacía falta que iniciara yo esas conversaciones: la machaconería del eslogan «todo por el hombre» es el equivalente comunista de los anuncios de televisión, y una noticia, un documental e incluso algún programa cultural o de entretenimiento bastaban para suscitar reacciones y dar comienzo a las discusiones.

La mejora de la humanidad, la noción abstracta de humanismo o la idea glorificada del hombre son ideales muy tenues que enseguida pierden el poder de inspirar o satisfacer frente a la experiencia diaria y la repetitiva monotonía de la vida. Uno puede dedicarse temporalmente al objetivo de servir a la humanidad sufriente, puede ponerse como meta la idea de fraternidad; pero, dada la naturaleza humana y su condición —y los fallos humanos demasiado frecuentes—, es difícil mantener y perseverar en esos momentos de inspiración sin alguna motivación más honda y de peso. Para la ideología comunista, para el comunismo ateo, no hay nada más que el hombre y el mundo material; por lo demás, solo existe una vaga visión de cierta futura sociedad perfecta, de un estadio mejor y más elevado de la humanidad que se dará en una edad dorada aún por llegar, para la que hasta los apologistas más doctrinarios del comunismo hace mucho que renunciaron a fijar una fecha. De repente, los comunistas de hoy en día se han encontrado en la misma posición que aquellos cristianos de los siglos I y II que empezaron a comprender que la Parusía, la segunda venida de Cristo, no estaba a la vuelta de la esquina. Irónicamente, la futura edad de oro del comunismo ahora es contemplada por el ciudadano corriente, y especialmente por los jóvenes, con el mismo desdén que los portavoces comunistas solían reservar para la religión, descrita como meros «castillos en el aire».

Al fin y al cabo, el hombre solo es un hombre, sobre todo si se trata del vecino de al lado con todos sus pequeños defectos, o ese tipo estúpido que trabaja en la mesa pegada a la tuya, el carnicero o el dependiente tramposos, el conductor del autobús maleducado e impaciente, el agente de tráfico brusco y malhumorado, el miembro del partido que te habla a gritos o es un arribista, el encargado de la tienda o el jefe sindical antipáticos, o los niños malcriados y desobedientes del vecino. Puede que el enfermo y el afligido te inspiren compasión y te sientas inclinado a ayudarlos; puede que te conmuevan los relatos de las víctimas de la guerra o de las catástrofes naturales; pero cuesta experimentar compasión o sentimientos fraternales hacia aquellos con quienes te codeas y cuyos defectos demasiado humanos contemplas todos los días. ¿Qué derecho tiene el hombre de la calle sobre mí? ¿Por qué tengo que tratar con el energúmeno que vive al lado o que trabaja conmigo movido por cierto ideal noble pero totalmente abstracto de fraternidad? Amar a la familia y a los amigos es una cosa —nace de la propia naturaleza humana y de los vínculos que crean el sacrificio mutuo y las cosas compartidas—; pero amar a la humanidad en general... ¿qué significa eso?

¿Y cómo explicar los grandes males del comunismo? Aquella gente conocía el terror

de la época de Stalin; prácticamente todo nuestro entorno tenía un amigo, un familiar o sabía de alguien que había estado en los campos de prisioneros de Siberia. ¿Dónde se veía ahí el tan cacareado «humanismo»? O los abortos. Pensemos en los abortos. Solo en nuestra pequeña ciudad se practicaban cincuenta y seis abortos diarios –basta con repasar las estadísticas oficiales–; ¿y qué decir del resto de la Unión Soviética? ¿Es ese un modo de promover el humanismo?

En la Unión Soviética el aborto es legal. Cualquiera que lo desee puede abortar. El gobierno afirma que se debe legalizar para evitar abusos privados. Los sueldos del marido y la mujer apenas bastan para mantener a uno o dos hijos, así que todo el mundo quiere abortar. Pero es un tema que les inquieta. Las salas de espera contiguas a las salas de abortos de las clínicas estaban llenas de carteles que, lejos de elogiarlo, informaban a las pacientes de las posibles secuelas psíquicas y físicas que la intervención podía provocar. Los médicos –mujeres en su mayoría–, las enfermeras y el resto del personal intentaban disuadir a las pacientes. Pasados los años, las mujeres confesaban que no podían librarse de los sentimientos de culpa. Y no eran «creyentes», sino mujeres y chicas que habían recibido una educación totalmente atea en las escuelas soviéticas.

Incluso para el comunismo se trata de un asunto relacionado básicamente con la vida y la muerte, con el bien y el mal. Si ya desde sus inicios la vida se trata con tanta ligereza, decía la gente, ¿quién va a evitar que se extienda esa mentalidad? ¿La sociedad? Difícilmente. La sociedad ni siquiera es capaz de lidiar convenientemente con los problemas de delincuencia actuales ni con otros desórdenes sociales. Y, cuando una sociedad apoya el mal, ¿dónde acabará? ¿Se puede confiar en que el hombre resuelva él solo los problemas de la humanidad? Contemplad la historia y hasta dónde han caído, una y otra vez, los países civilizados.

Poco a poco, en esas conversaciones iba sacando la idea de Dios y de la religión, de la naturaleza humana caída y de la redención, de Cristo y de su reino. Naturalmente, lo que dijera o hasta dónde llegara dependía de con quién estuviese y de su disposición a escucharme. Mis amigos más cercanos sabían que era sacerdote y a veces escuchaban gustosamente; con otros me limitaba a declararme «creyente» sin ningún rubor y aguardaba su reacción para saber hacia dónde dirigir la conversación.

Algunos sentían curiosidad y me hacían preguntas; otros simplemente se encogían de hombros; había quienes atacaban con acritud la religión y a la Iglesia. Sus ataques solían centrarse siempre en los abusos que constituyen el plato fuerte de toda la propaganda atea contraria a la religión: la codicia de la Iglesia y la venta por parte de sacerdotes y monjes de velas e iconos con afán de hacer negocio; las perversiones sexuales de monjas y sacerdotes; la influencia y el poder político de la Iglesia en la época de los zares; las extrañas prácticas ascéticas y las penitencias de los «santos», e incluso las torturas de la Inquisición. Cada una de las acusaciones a las que han dado pie la Iglesia o los clérigos con sus errores humanos se exponen detalladamente en las clases de ateísmo impartidas en las escuelas y se exhiben en los museos públicos ateos. Esa es la única faceta de la

Iglesia de la que ha oído hablar el ciudadano normal de esta generación, de modo que su antipatía hacia la Iglesia y la religión, basada en medias verdades y distorsiones, es comprensible. Yo no intentaba defender ese tipo de cosas –solo Dios sabe si son defendibles–, sino que procuraba reconducirlas hacia las verdades de la fe relacionadas con nuestra conversación previa sobre el significado de la vida y la fraternidad humana.

Hablaba de Dios tal y como creía en Él, de la creación y del plan divino en relación con el hombre y el mundo. Hablaba de la caída y del pecado, del rechazo de Dios y del plan divino por parte del hombre, del desorden introducido en el mundo y de los males que aquejaban a la raza humana a causa de ese desorden que llamamos pecado. Hablaba de la promesa divina de un Redentor y de la venida de Cristo. Hablaba del ejemplo que nos dejó Él de una vida humana perfecta, en la que cada pensamiento y cada obra estuvieron dedicados a hacer la voluntad de Dios, la voluntad del Padre, y así volver a restaurar el orden perfecto en que consistía originariamente el plan divino para toda la humanidad. Hablaba de cómo Cristo había sufrido todas las humillaciones que el ser humano es capaz de sufrir, desde un nacimiento humilde hasta la pobreza; hasta treinta años de una vida de trabajo rutinaria y monótona en una aldea pequeña y remota; hasta el rechazo, el sufrimiento, el dolor y, finalmente, la muerte: el final al que se enfrenta todo hombre. Hablaba de su resurrección y de su victoria sobre la muerte: el hecho central de toda la fe cristiana, que nos proporciona la absoluta certeza de que existe una vida después de la muerte, una vida después de esta vida; la certeza de que el hombre y su existencia en la tierra tienen un sentido que trasciende la muerte.

Les decía que su venida era el comienzo de una nueva era, de un reino nuevo: el comienzo –y solo el comienzo– de una nueva creación del mundo de acuerdo con el plan original de Dios al que todos nosotros debíamos entregarnos en cuerpo y alma para perfeccionarlo y llevarlo a su plenitud. Les explicaba lo que enseñaba sobre la paternidad de Dios, lo único que daba sentido a la fraternidad de los hombres; sobre el amor, la justicia, la verdad, la honradez, el sacrificio de uno mismo y la conformidad con la voluntad de Dios, que constituyen el fundamento de la moral cristiana y del perfeccionamiento del reino que Cristo vino a instaurar en la tierra. Y, finalmente, les hablaba de la fe y la esperanza que ofrecía a los hombres, no solo en un futuro mejor, en ilusorios «castillos en el aire», sino en la posibilidad de redimir este mundo y a toda la humanidad.

No pretendía convertir a nadie, sino que contribuía con estos temas a las conversaciones que surgían espontáneamente en torno al significado de la vida y de la humanidad, a la fraternidad y al sentido de dedicarse a trabajar por una vida mejor, al mal en el mundo y a la moral, a la libertad y a la paz. Si en el curso de esas enmarañadas discusiones no conseguía hacer de ellos creyentes, al menos les ofrecía una alternativa a la política del partido y a las doctrinas que oían y en las que habían acabado creyendo, y que a veces se cuestionaban. Les ofrecía al menos otra respuesta a los temas que los inquietaban y les hacía ver que, para quienes creíamos, existía un significado del hombre

y de su existencia aquí en la tierra que iba más allá de lo meramente humano y material. No se trataba de decirles que tenía de mi lado todas las respuestas y ellos del suyo, todas las preguntas y dilemas; lo que intentaba mostrarles era que las dudas y los anhelos que manifestaban, la agitación interior de sus corazones y sus almas procedían de un espíritu humano que era natural en ellos, pero que trascendía lo material. Me hacía eco de las palabras de san Agustín: el corazón del hombre ha sido hecho solo para Dios y está inquieto hasta que descanse en Él. Tampoco se trataba de pronunciar largos sermones ni de explicar la doctrina de la Iglesia, ni el Credo, ni la historia de la salvación –como parece desprenderse de lo que acabo de resumir–, porque las tardes estaban llenas de preguntas y repreguntas, argumentos y refutaciones, de razonamientos que suscitaban nuevas ideas, preguntas y razonamientos; y por lo general bajo esa sinceridad había un trasfondo de buen humor.

La mayoría de los ciudadanos rusos corrientes saben que en el país aún subsiste la religión y muchos están deseosos de aprender más sobre ella. También son muchos los que pueden recordar cómo sus padres y abuelos se aferraban a las creencias y prácticas tradicionales y deseaban que sus hijos al menos recibieran el bautismo; y recuerdan con una mezcla de cariño y nostalgia la bondad de aquella generación que más tarde les enseñaron a ridiculizar en la escuela a causa de sus «supersticiones». ¿Era la religión –se preguntaban ahora– lo que hacía de los ancianos buenas personas? ¿Era lo que hacía llegar al momento de la muerte con una fe intacta? También se hacen preguntas acerca de una religión que mueve a vecinos y colegas que les consta que siguen practicando su fe a enfrentarse al escarnio y al acoso, a pequeñas persecuciones y a la pérdida de privilegios sociales, al sufrimiento y al sacrificio personales. ¿Hay algo de verdad en ella –se preguntan– y realmente puede ser tan importante, marcar una diferencia tan grande en la vida del hombre?

El ejemplo de esos valientes cristianos, la curiosidad y las preguntas que suscitan, no logran muchos conversos, como tampoco los lograron mis conversaciones ni mis explicaciones. Pero sin duda preparan el terreno para la semilla de la fe que solo Dios puede plantar en los corazones de los hombres. A través de los admirables caminos de su providencia, Dios se sirve de muchos medios para alcanzar su fin. Incluso el comunismo, a pesar de su objetivo expreso de acabar con la religión y con toda fe en Dios, tiene un significado en el plan divino. Hay en él mucho de implacable, de cruel, de violento, pero ha eliminado también mucha corrupción; ha empezado a construir una nueva sociedad dedicada –por irónico que parezca– a la humanidad. Desde un punto de vista puramente natural, su preocupación por el hombre ha hecho mucho bien; la gente, a través del sufrimiento –y mucho sufrimiento innecesario, no cabe duda–, ha respondido a sus severas exigencias con grandes sacrificios, con un espíritu de entrega y un sentido de la fraternidad que podrían ser la envidia de muchos países cristianos. Sin duda, las semillas de la fe que Dios plantará en su momento acabarán hallando en sus corazones un suelo fértil y una abundante cosecha.

Mi apostolado entre esas personas, a través –una vez más– de los misteriosos caminos de que se vale la providencia, ha concluido. Pero las recuerdo con cariño y con nostalgia; rezo por ellas todos los días. Sigo recordándolas cada mañana en mi misa, a ellas y a mis cristianos rusos de Norilsk y Krasnoyarsk, a mis compañeros y a mis amigos de los campos de prisioneros. Y ofrezco por su salvación eterna y por su felicidad junto a Dios mis oraciones, mi trabajo y mis sufrimientos diarios. Ahora como entonces, esa es mi misión en el reino, lo que Dios quiere de mí, y acepto y abrazo cada día su voluntad.

EPÍLOGO

En este libro se ha escrito mucho sobre la voluntad de Dios y su providencia. Me temo que a algunos lectores les parecerá que he abusado de ello y no puedo sino disculparme. A otros les parecerá que mis creencias a este respecto son demasiado simples e incluso ingenuas; quizá piensen que mi fe no es solo la de un niño, sino pueril. Si eso es lo que creen, lo lamento, pero me he limitado a escribir sobre lo que conozco y las experiencias que he vivido. Hay mucha gente, desde periodistas a amas de casa, que no ha dejado de preguntarme cómo conseguí sobrevivir a aquellos años en las cárceles soviéticas y en los campos de trabajo de Siberia. Mi respuesta siempre ha sido –y solo puede ser– que lo hice apoyándome en una fe que puede que otros consideren demasiado simple e ingenua. He ofrecido estas explicaciones en respuesta a las muchas preguntas que me han formulado, con la esperanza de que puedan ser útiles a quienes les interese o busquen una respuesta. A los que se sientan decepcionados y les cueste aceptar una explicación tan simple, o a los que quizá esperaban de mi boca algún secreto o fórmula misteriosa que les ayude a cambiar de vida o a fortalecer su fe y no están dispuestos a aceptar lo que he escrito, solo puedo expresarles mi pesar y mi simpatía.

Quizá para algunos mis palabras adquirirían mayor relevancia si yo fuese un teólogo capaz de explicar mejor la obra de la gracia y los movimientos del alma que he conocido solo a través de la experiencia, pero no lo soy ni puedo serlo. Únicamente puedo exponer con la mayor sencillez y sinceridad posibles las simples verdades que aprendí por ensayo y error; las verdades que poco a poco llegué a entender en mi propia vida después de mucha angustia en el alma y mucha reflexión orante; las verdades que, en último término, me sostuvieron durante largos años de dudas y oscuridad, de penalidades y sufrimiento. Espero –y es lo que pido– que lo que aprendí y acabé por entender tan lenta y dolorosamente pueda servir a otros. Dios es un maestro muy paciente y yo he sido un alumno torpe. Pero estoy convencido de que las lecciones que he intentado recoger aquí no iban dirigidas solo a mí, sino también a ayudar a otros. Animado por esa convicción comencé a escribir este libro, sabedor de mi limitada capacidad y demasiado consciente de no contar con ningún derecho a que me escuchen y me crean, pero convencido de que uno de los motivos de mi regreso de la Unión Soviética –por los misteriosos caminos de su providencia– es el de narrar la historia que he intentado recoger aquí. De alguna manera, como Isaías, me siento cohibido, pero también empujado a hablar de lo que se me ha encargado que hable.

A pesar de mis disculpas, no me avergüenzo de lo que he escrito, por simple que a algunos les pueda parecer. De hecho, lo espléndido de toda verdad divina es su simplicidad. Tanto los secretos del universo físico creado por Él (el $E=mc^2$ de Einstein) como el decálogo, las bienaventuranzas o las verdades del catecismo que nos han enseñado se pueden exponer de un modo sencillo. No obstante, ¡resulta curioso que esa misma simplicidad las haga tan inadmisibles a ojos de los sabios, prudentes y mundanos!

«Dios escogió la necedad del mundo», dice san Pablo, «para confundir a los sabios». ¿Así lo ha previsto Dios realmente, o somos nosotros los que con nuestra visión humana nos mostramos demasiado orgullosos para aceptar la absoluta simplicidad de la sabiduría divina? ¿Por qué hemos de buscar siempre respuestas más complicadas, más elocuentes, más pertinentes, cuando Él nos presenta la verdad de un modo tan sencillo y escueto?

El hombre ha sido creado para alabar, reverenciar y servir a Dios nuestro Señor en este mundo y ser feliz para siempre con Él en la vida futura. Eso es un hecho, lo creas o no lo creas; y no hay más que decir. Los filósofos pueden discutir sobre ello, y lo han hecho; algunos han llegado a convencerse a sí mismos y a otros de esa verdad, y a otros no. Pero es la principal verdad de la fe y quienes la tienen lo admiten así; y quienes no la tienen no lo admiten. Yo no puedo convencer a nadie, pero lo creo. No pido perdón por tener fe ni me avergüenzo de ello.

Lo que he intentado mostrar en las páginas de este libro es cómo esa fe influyó en mi vida y me sostuvo en cada una de mis experiencias. La fe es la respuesta a la pregunta que con más frecuencia me han planteado («¿cómo logró sobrevivir?») y no puedo sino repetirlo, con toda sencillez y sin avergonzarme. Para mí, esa verdad afirma algo más aparte de que el hombre tiene un deber y una obligación hacia su Creador, como muchos han querido interpretar: afirma que Dios cuenta con un fin especial, con un amor especial, con una providencia especial para cuantos ha creado. Dios cuida de nosotros, nos protege y nos mantiene de uno en uno. Él nos envía las circunstancias de cada día de nuestra vida, de cada momento del día. Dejemos que los teólogos discutan cómo lo hace y que los filósofos e intelectuales de este mundo se pregunten y duden si puede ser verdad. La verdad revelada que hemos recibido de boca de Dios, sencillamente, lo afirma así. Quizá es que a todos nos da un poco de miedo aceptarlo en toda su aplastante simplicidad, porque las consecuencias para nuestras vidas son al mismo tiempo terribles y maravillosas.

Eso quiere decir, por ejemplo, que cada instante de nuestra vida tiene un propósito; que cada una de nuestras acciones, por monótonas, rutinarias o triviales que puedan parecer en sí mismas, poseen una dignidad y un valor que escapan al entendimiento humano. A ojos de Dios, no hay hombre cuya vida sea insignificante, como no lo son sus obras, al margen de lo que piensen el mundo, los vecinos, la familia o los amigos. ¡Qué tremenda responsabilidad! Porque eso significa que no podemos desperdiciar ni un solo momento, no podemos dejar pasar ni una sola oportunidad, ya que todo tiene un propósito en la vida del hombre, todo tiene un propósito en el plan de Dios. Piensa en tu día: en el hoy o en el ayer. Piensa en lo que has hecho, a quién has tratado, un momento detrás de otro. ¿Qué ha significado para ti y qué puede haber significado para Dios? ¿Es una pregunta demasiado sencilla de responder, o es que tememos hacérsela por miedo a la respuesta que daríamos?

En nuestros días el aire está cargado de palabras de paz, de compromiso, de plenitud personal. Pero nadie puede conocer una paz mayor, nadie puede estar más

comprometido, nadie puede alcanzar un sentimiento mayor de plenitud de vida que el hombre que cree esta verdad de fe y lucha cada día por ponerla en práctica. Si te parece demasiado simple, no tienes más que intentarlo y descubrirás lo difícil que es. Pero, si lo intentas, descubrirás también el gozo, la paz y la felicidad que es capaz de aportar. Porque, en último término, ¿qué puede inquietar al alma que acepta cada momento de cada día como un don salido de las manos de Dios, y que lucha por hacer su voluntad? «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?». Nada, ni siquiera la muerte, puede separarnos de Él. No hay nada que nos afecte que no salga de sus manos; nada puede turbarnos, porque todo procede de ellas. ¿Es esto demasiado simple, o es más bien que nos da miedo creerlo, aceptarlo plenamente y en cada detalle de nuestra vida; que nos da miedo entregarnos a ello con un compromiso total? Esa es la pregunta última de la fe y cada uno de nosotros debe darle respuesta en la quietud del corazón y en el fondo de su alma. Contestar a ella afirmativamente, sin embargo, significa conocer una paz y descubrir un sentido a la vida que superan toda comprensión.

Ese es el único secreto que aprendí. Un secreto que no es solo mío: el mismo Cristo habló de él, los santos lo han practicado y otros han escrito sobre ello mucho mejor que yo. Por mi parte, solo puedo esperar que mis palabras toquen la fibra sensible de alguien moviéndole a responder; que sirvan de ayuda a otros, por pocos que sean. Y rezo para que tú seas uno de ellos.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1 - Al' Bertin
Capítulo 2 - La decisión de entrar en Rusia
Capítulo 3 - Rusia
Capítulo 4 - Arresto y prisión
Capítulo 5 - Lubianka
Capítulo 6 - Los interrogatorios
Capítulo 7 - Cuatro años de purgatorio
Capítulo 8 - En camino
Capítulo 9 - El cuerpo
Capítulo 10 - El trabajo
Capítulo 11 - El sacerdocio
Capítulo 12 - Apostolado
Capítulo 13 - El significado de la misa
Capítulo 14 - Retiros
Capítulo 15 - El miedo a la muerte
Capítulo 16 - Libertad
Capítulo 17 - El reino de Dios
Capítulo 18 - Humildad
Capítulo 19 - Fe
Capítulo 20 - Humanismo
Epílogo

Index

Prólogo	6
Capítulo 1 - Al'Bertin	10
Capítulo 2 - La decisión de entrar en Rusia	16
Capítulo 3 - Rusia	22
Capítulo 4 - Arresto y prisión	30
Capítulo 5 - Lubianka	36
Capítulo 6 - Los interrogatorios	46
Capítulo 7 - Cuatro años de purgatorio	55
Capítulo 8 - En camino	63
Capítulo 9 - El cuerpo	69
Capítulo 10 - El trabajo	75
Capítulo 11 - El sacerdocio	81
Capítulo 12 - Apostolado	88
Capítulo 13 - El significado de la misa	94
Capítulo 14 - Retiros	102
Capítulo 15 - El miedo a la muerte	109
Capítulo 16 - Libertad	116
Capítulo 17 - El reino de Dios	123
Capítulo 18 - Humildad	130
Capítulo 19 - Fe	137
Capítulo 20 - Humanismo	143
Epílogo	151
Índice	154